AMOR Y ORGASMO

Una guía revolucionaria para la satisfacción sexual

Alexander Lowen

Kairós

Annotation

Este libro trata de la naturaleza y función del orgasmo. El comportamiento sexual no puede separarse de la personalidad del individuo, por lo que tampoco puede modificarse sin los correspondientes cambios en su personalidad. La satisfacción sexual completa no se consigue, según Lowen, a través del uso de determinadas técnicas sexuales, tan de moda hoy en día, sino que es el resultado de una forma de vida, la experiencia de una personalidad madura. La persona sexualmente madura vive y respeta su cuerpo y sus sentimientos. Esta autoaceptación la capacitará para amar y respetar a su pareja y a todos los seres vivos. Es lo que el autor llama 'un corazón abierto'. La persona que tiene 'un corazón cerrado' tiene miedo a amar. Puede darse el caso de un individuo sexualmente sofisticado que parece haberse liberado de todos los tabúes sexuales, y al que, sin embargo, sus principios no le garantizan la consecución de una vida sexual plena.

El material presentado en Amor y orgasmo incorpora el conocimiento adquirido durante quince años de trabajo psiquiátrico activo y veinte años de estudio del tema: los problemas emocionales y los problemas sexuales de una persona reflejan una misma perturbación en la personalidad.

Relaciones heterosexuales, relaciones homosexuales, masturbación, impotencia, sensualidad, roles sexuales masculino y femenino, son aspectos analizados con detalle por el autor a través de ejemplos reales de su consulta.

Cada individuo constituye una unidad psicosomática. El movimiento, la estructura, la respiración son pautas corporales en las que quedan fijados nuestros traumas infantiles, afectando a nuestra expresividad y creatividad, y, por tanto, a nuestro comportamiento sexual. Detrás de cada postura, del tono de voz, de los agarrotamientos o lasitudes musculares, existe una emoción reprimida que es preciso desvelar para ganar nuestra libertad y poder gozar de la vida totalmente.

Alexander Lowen es mundialmente conocido como creador de la bioenergética.

ALEXANDER LOWEN

Amor y orgasmo

Traducción de Gerhard Strasser

Kairós, S.A.

Sinopsis

Este libro trata de la naturaleza y función del orgasmo. El comportamiento sexual no puede separarse de la personalidad del individuo, por lo que tampoco puede modificarse sin los correspondientes cambios en su personalidad. La satisfacción sexual completa no se consigue, según Lowen, a través del uso de determinadas técnicas sexuales, tan de moda hoy en día, sino que es el resultado de una forma de vida, la experiencia de una personalidad madura. La persona sexualmente madura vive y respeta su cuerpo y sus sentimientos. Esta autoaceptación la capacitará para amar y respetar a su pareja y a todos los seres vivos. Es lo que el autor llama 'un corazón abierto'. La persona que tiene 'un corazón cerrado' tiene miedo a amar. Puede darse el caso de un individuo sexualmente sofisticado que parece haberse liberado de todos los tabúes sexuales, y al que, sin embargo, sus principios no le garantizan la consecución de una vida sexual plena.

El material presentado en Amor y orgasmo incorpora el conocimiento adquirido durante quince años de trabajo psiquiátrico activo y veinte años de estudio del tema: los problemas emocionales y los problemas sexuales de una persona reflejan una misma perturbación en la personalidad.

Relaciones heterosexuales, relaciones homosexuales, masturbación, impotencia, sensualidad, roles sexuales masculino y femenino, son aspectos analizados con detalle por el autor a través de ejemplos reales de su consulta.

Cada individuo constituye una unidad psicosomática. El movimiento, la estructura, la respiración son pautas corporales en las que quedan fijados nuestros traumas infantiles, afectando a nuestra expresividad y creatividad, y, por tanto, a nuestro comportamiento sexual. Detrás de cada postura, del tono de voz, de los agarrotamientos o lasitudes musculares, existe una emoción reprimida que es preciso desvelar para ganar nuestra libertad y poder gozar de la vida totalmente.

Alexander Lowen es mundialmente conocido como

creador de la bioenergética.

Título Original: *Love and orgasm*
Traductor: Strasser, Gerhard
©1998, Lowen, Alexander
©2000, Kairós, S.A.
ISBN: 9788472454279
Generado con: QualityEbook v0.87

Alexander Lowen

Amor y orgasmo

Una guía revolucionaria para la satisfacción sexual

TÍTULO original: LOVE AND ORGASM
A Revolutionary Guide to Sexual Fulfillment
© 1998 by Alexander Lowen
Traducción del inglés de Gerhard Strasser
Editorial Kairós, S.A.
Primera edición: Mayo 2000
Cuarta edición: Febrero 2014
ISBN-10: 84-7245-427-4
ISBN-13: 978-84-7245-427-9
Depósito legal: B-46.283/2008

SUMARIO

1. SOFISTICACIÓN sexual *versus* madurez sexual
2. Sexo y amor
3. Amor y sexo
4. Muerte, sexo e individualidad
5. Homosexualidad
6. La personalidad lesbiana
7. Homosexualidad latente
8. Heterosexualidad
9. Sexualidad masculina y femenina
10. Sensualidad *versus* sexualidad
11. El orgasmo sexual
12. Impotencia orgásmica en el varón
13. Impotencia orgásmica en la mujer
14. El doble estándar
15. Los roles sexuales de la mujer
16. Los roles sexuales del hombre
17. La verdad del cuerpo

1. SOFISTICACIÓN SEXUAL *VERSUS* MADUREZ SEXUAL

Cincuenta años de creciente libertad desde las restricciones victorianas sobre la expresión y el comportamiento sexual, han tenido como resultado una actitud que se puede describir como sofisticación sexual, pero que difícilmente puede ser llamada madurez sexual. Aunque la gente corriente de hoy en día parece tener más conocimiento relacionado con el tema del sexo que sus antepasados, existen muchas indicaciones que muestran que las personas están más bien confusas sobre sus roles y metas sexuales. El psicoanálisis, desde su peculiar enfoque, ha dado respuesta a numerosas cuestiones sexuales, pero ha hecho poco para resolver la culpabilidad de la gente o disminuir sus frustraciones. Estas frustraciones no se deben a la falta de oportunidades para tener experiencias sexuales, sino a la incapacidad de obtener el gozo y la satisfacción que el amor sexual promete. Existe una extensa literatura que describe las técnicas sexuales de diferentes culturas, tanto de Oriente como de Occidente, pero, por desgracia, no resuelve los problemas de infelicidad sexual que padecen las personas que diariamente acuden a los médicos, psiquiatras y consejeros matrimoniales. Todos los temas sexuales se discuten ahora con una libertad impensable hace cincuenta años, pero aun asísigue persistiendo una considerable ignorancia y mala información sobre la naturaleza y la función del orgasmo sexual, lo que hace sospechar que la sofisticación sexual actual es sólo una tapadera bajo la que se esconden inmadurez sexual, conflictos y ansiedad.

La respuesta popular a los libros que ofrecen el “secreto” de la satisfacción sexual en un par de lecciones sencillas delata una falta de madurez e ingenuidad ampliamente extendida. Los libros *Cómo hacer* y *Cómo ser felizserían* inofensivos si la situación sexual fuera menos desesperada. Pero dadas las circunstancias que vivimos, ese tipo de libros distorsionan el problema y llegan a confundir aún más al lector. La gran avalancha de manuales sobre sexo debería ser entendida como un indicio de que las dificultades no encontrarán una solución sencilla. El comportamiento sexual no puede separarse de la personalidad del individuo, ya que es inherente a ella y no puede ser cambiado sin las correspondientes modificaciones en la personalidad. Sin embargo, como mostraré más tarde, la sexualidad

forma y modela la personalidad. Por esta razón, la satisfacción sexual no se puede conseguir a través del uso o de la práctica de técnicas sexuales especiales, sino que es más bien el producto de una forma de vida, la experiencia de una personalidad madura. Existe una gran necesidad de una mejor comprensión de la sexualidad como expresión emocional. El presente libro intenta satisfacer esta necesidad, así como proporcionar algo de claridad respecto a la naturaleza del orgasmo sexual. Esto no se puede hacer sin considerar la relación entre sexualidad y personalidad. Una vez explorada esta relación, será posible formular algunas de las razones de esta gran falta de satisfacción sexual en hombres y mujeres. El estudio de casos individuales de mi consulta psiquiátrica será empleado para ilustrar problemas comunes a muchas personas. La crítica de las actitudes sexuales actuales, que surgirá de este estudio, puede ayudar a prevenir los errores que perpetua lainfelicidad sexual. El material presentado aquí incorpora el conocimiento que he adquirido en quince años de trabajo psiquiátrico activo y veinte años de estudio sobre el tema. Éste está basado en la simple observación, confirmada a menudo en la práctica, de que los problemas emocionales de una persona y sus problemas sexuales reflejan la misma perturbación en su personalidad. Pensar de otra manera significaría que hay dos tipos de compartimentos en la vida de una persona: uno para sus actividades diarias (a plena luz, con la ropa puesta) y otro para sus actividades en la cama (en la oscuridad, sin ropa). Mi experiencia me dice que la gente no está tan compartimentada, a pesar de sus esfuerzos para convencer a los otros y a sí mismos de lo contrario. Pese a que, por lo general, las personas intentan demostrar que funcionar de manera diferenciada a estos dos niveles, el hecho es que el ama de casa compulsiva no es una alegre mariposita nocturna, y que un responsable ejecutivo no puede comportarse como un caballero Lothario. Cuando llega el momento de la respuesta sexual, el ama de casa compulsiva tiene miedo de dejarse llevar, y el ejecutivo responsable teme involucrarse.

Estoy convencido de que el comportamiento sexual de una persona refleja su personalidad, y ésta es a su vez la expresión de sus sentimientos sexuales. El punto de vista en el que se basa este estudio es que el comportamiento sexual de un individuo sólo se puede entender en referencia a su personalidad. Para definir y establecer este punto de vista es necesario distinguir la sofisticación sexual de la madurez sexual, distinguir la pretensión de la realidad. La sofisticación sexual se manifiesta sobre todo en las actitudes hacia: 1) el acto sexual, 2) la masturbación y 3) el cuerpo. Cada una de estas actitudes será analizada y descritas sus implicaciones,

después de una definición preliminar de la posición sofisticada.

La persona sexualmente sofisticada comprende el acto sexual como una función de teatro, y no como la expresión deun sentimiento hacia su pareja sexual; considera que hacer el amor es una victoria del ego, mientras que la masturbación es una derrota. Tal énfasis sobre los valores egóticos de la sexualidad sirve para racionalizar la falta de adecuación sexual y eliminar la conciencia de los sentimientos de culpabilidad sexual, evidente en los sentimientos de estas personas respecto a la masturbación.

La actitud sofisticada considera la personalidad como idéntica al ego o la mente e ignora el papel del cuerpo y de sus procesos físicos como determinantes del comportamiento y la respuesta humana. Esta ignorancia se muestra en una falta de reconocimiento de los efectos de la tensión muscular sobre la respuesta sexual. Estas deformaciones musculares crónicas inhiben la respiración normal y la movilidad y provocan una disminución de los sentimientos sexuales. El individuo sofisticado asume que sus dificultades sexuales son puramente psíquicas y pierde por ello el contacto con los aspectos somáticos de su problema.

1. La persona sexualmente sofisticada se ha liberado en apariencia de toda culpabilidad sexual. Conoce una gran variedad de posiciones sexuales y la complejidad de las técnicas relativas al sexo y ha trascendido los límites que anteriormente separaba lo normal de lo perverso. Ha aceptado como valor social la falta de cualquier inhibición o restricción en el comportamiento sexual. Es alguien aficionado a la literatura erótica y un claro exponente del acercamiento objetivo, científico, a la sexualidad. Es un individuo sexualmente emancipado. Sin embargo, su actuación sexual a veces le falla y siente que no da la talla, así que ocasionalmente lo encontraremos pidiendo ayuda en la consulta de algún psiquiatra. Sus ansiedades, nos asegura, vienen de su temor a fallar. No tiene miedo del sexo, dice, ni sentimiento de culpabilidad alguno respecto a las actividades sexuales. Tiene miedo de no funcionar adecuadamente, en especial teme no conseguir una erección, perderla, o sufrir una eyaculación precoz. Y es muy consciente de que, precisamente debido a sus temores y ansiedades, todo lo que teme fácilmente le puede ocurrir. A la mujer sexualmente sofisticada le preocupa no poder llegar al clímax o no conseguir el orgasmo.

Puedo entender la idea de fallar en términos de una derrota del ego masculino, es decir, puedo comprender la idea de fallar en términos de una falta de capacidad para satisfacer a la mujer, y puedo concebir el fracaso de una mujer para llegar al clímax como un golpe contra su orgullo femenino; pero una visión de la

sexualidad según la cual el éxito o el fracaso en una representación es considerado un criterio válido para el funcionamiento sexual me parece sospechosa. Así que vamos a analizar las ideas en las que se basa tal visión, puesto que expresan la actitud subyacente de la sexualidad de las personas sexualmente sofisticadas.

En numerosos libros que tratan el tema del sexo se defiende la idea de que la actividad sexual comporta una representación, y que las habilidades en este campo se pueden aprender en determinados manuales o desarrollar mediante la práctica. Llama especialmente la atención la aparición del término "representación" en relación con el sexo. Una representación sugiere la ejecución de un acto de tal manera que queden destacadas las habilidades artísticas del actor. Hay un aspecto público en una representación, en el sentido de que la ejecución de un acto está sujeta a la observación y crítica de otra persona o de un auditorio. Una representación es evaluada mediante normas que son externas al actor. Esta diferenciación se puede ver muy clara en la función del comer. Normalmente, cuando uno come no actúa. Pero cuando uno come en público, las acciones relacionadas con el comer adquieren ciertas características de una actuación. El comportamiento en la mesa está sujeto a observación y no se pueden evitar críticas si no se ciñe a lo que se entiende por buenos modales. El placer de comer no es tan importante cuando la atención se centra en la etiqueta. Escribir una carta, por poner otro ejemplo, normalmente es una acción personal y privada, pero en cuanto el estilo o la gramática son juzgados o evaluados, adquiere características propias de una representación. El concepto de representación distingue los actos públicos de los actos privados. En este sentido vemos que cualquier acto puede transformarse en actuación si se ejecuta con el fin de impresionar a otros o, lo que es lo mismo, si se evalúa según criterios objetivos en vez de subjetivos.

El acto sexual es una acción privada, pero se transforma en pública cuando se expone a la observación. Adquiere carácter público cuando el estilo o la manera de su ejecución son cuestionados y discutidos, independiente de los sentimientos que la acción intenta expresar. Se convierte en una actuación cuando perdemos de vista los sentimientos que le dan su validez, y pierde su sentido personal cuando los criterios bajo los cuales es juzgado dejan de ser subjetivos. El acto sexual se toma representación si se utiliza para impresionar a la pareja y no para expresar un sentimiento, o si satisfacer al otro se convierte en algo más importante que complacer a las propias necesidades, o si los valores del ego priman sobre los sentimientos o sensaciones. La persona sexualmente sofisticada es un actor sexual. De él se dice que "lo hace bien" si es capaz de hacer llegar a su pareja al clímax, sin

tomar en consideración su experiencia subjetiva en el acto. De hecho —como dice Albert Ellis—, puede que ni siquiera le sea necesario penetrar a la mujer, «puesto que es fácil para él estimular las partes más sensitivas de la mujer con sus dedos, labios, lengua, u otras partes de su anatomía, si su pene no es adecuado».[1]

Muchos hombres en esta era sofisticada son actoressexuales. Su comportamiento sexual tiene un elemento compulsivo basado en la necesidad de impresionarse a sí mismos y a los otros con sus proezas sexuales. Están fijados en sus egos masculinos, el símbolo del cual es el falo erecto. Este comportamiento que en el pasado pertenecía a una minoría (Casanovas es un magnífico ejemplo), caracteriza ahora la actitud sexual de la mayoría de los hombres. Mientras exista tal compulsión, el acto sexual será una representación marcada por el miedo al fracaso. Sólo después de reducir o eliminar tal compulsión en el curso de una terapia analítica, emergen los sentimientos verdaderos del individuo. Uno de mis pacientes relató recientemente esta observación:

Por primera vez en mi vida estoy perdiendo la erección. Puede que esto me hubiera ocurrido antes una o dos veces, en situaciones especiales, pero ahora es muy diferente. Antes era capaz de follar y a continuación ir a boxear un par de asaltos. Supongo que eso era el resultado de una necesidad compulsiva de mostrar lo fuerte que era. En más de una ocasión he estado con cuatro o cinco mujeres en un solo día, corriendo de un apartamento a otro. Estaba muy orgulloso de ello. Ahora siento que ya no tengo muchas ganas de hacer el amor y por ello pierdo la erección. He notado que incluso me va mejor cuando estoy debajo de la mujer que encima.

En este paciente encontramos un profundo conflicto entre sus necesidades orales, pasivas y de dependencia, y su ideal egótico de una personalidad masculina fuerte y agresiva. Así que sacó el pecho, sobredesarrolló sus músculos y apretó la mandíbula para defenderse del niño que llevaba dentro. Su compulsiva potencia ereccional formaba parte de la misma estrategia. Sin embargo, nunca se sentía sexualmente feliz o satisfecho. Para poder resolver su conflicto, antes tenía que abandonar esta pose.

Si la persona no actúa cuando está practicando el sexo, sea para su propio beneficio o el de su pareja, no existe la posibilidad de fallar. Si alguien siente que no tiene ganas de comer, difícilmente describiría esta falta de apetito como un fallo. Si esto es así, ¿por qué nos afecta tanto la pérdida del deseo sexual? La respuesta a esta pregunta tiene que ver con que entendamos el acto sexual como una actuación mediante la cual escondemos a los demás y a nosotros

mismos nuestros verdaderos sentimientos. De otra manera, la impotencia eréctil sería entendida como falta de interés sexual en la pareja, que puede ser el resultado de miedos, hostilidades o la ausencia de cualquier excitación sexual por la pareja; tan sólo desde un punto de vista neurótico puede considerarse que la falta de interés sexual por el otro sea un fallo. Una actitud más honesta consigo mismo ayudaría al individuo a descubrir sus verdaderos sentimientos y evitar así una situación que, como mínimo para el hombre, es embarazosa. La pérdida de erección también puede deberse al miedo a penetrar en la vagina, a una sensación de repugnancia hacia los órganos sexuales femeninos o a cualquier otro tipo de casusas, pero aun así no debería ser considerada como un fallo. Si el acercamiento sexual del hombre hacia la mujer básicamente está motivado por su deseo de ganar su aprobación o evitar su rechazo, será difícil que a la larga el individuo sea capaz de mantener una erección consistente. Si la pérdida de erección representa un fallo, este fallo está basado en su situación de falta de sinceridad consigo mismo.

La persona sexualmente sofisticada esconde sus ansiedades, hostilidades y sentimientos de culpabilidad, transformándolos en un "miedo a fallar". Por ello será necesario primero desenmascarar al actor y exponer su miedo a fallar como una sofisticada racionalización de sus verdaderos miedos.

Tuve una vez el fuerte deseo de tener sexo con mi madre... Me daba tanta vergüenza... supongo que todavía estoy avergonzado. Jesús, uno no admite cosas así. Todavía la veo... desnuda, blanca, bonita... atormentándome. Me siento incómodo cuando pienso en ello. Me siento tenso y se me seca la garganta.

Recuerdo a Mary, una astuta y viciosa puta que giraba todo lo que se le decía y que jugaba el papel de salvadora de los borrachos. Como me hubiera gustado follarla... bien y durante largo rato, y hacerla arrastrarse hacia mí porque se lo hacía tan bien y tan duro y tan largo. Quería que me persiguiera, llorando y suplicando, y yo la arañaría, la excitaría y luego se lo haría y se lo haría hasta que la hiciera correrse y chillar de placer. Así me excito pero tengo miedo. Ella es una zorra muy astuta y fuerte, que sé que puede retorcerme las bolas. Le tengo miedo... mucho miedo... y no pude hacérselo nunca. He conocido muchas Marys y siempre he tenido miedo de todas ellas porque les quería hacer lo mismo a todas. Mi papel es el de gran amante, porque odio, porque temo a las mujeres de verdad, porque no soy un hombre.

De esta patética declaración se pueden extraer varias cosas que

indican por qué este paciente era sexualmente impotente. Primero, expresa tanto miedo y hostilidad hacia las mujeres que queda poco espacio para ningún sentimiento positivo o tierno. Segundo, las sensaciones sexuales del paciente están tan mezcladas con la necesidad de excitar y satisfacer a la mujer que no le quedan sentimientos para sus propias necesidades. Posiblemente sería capaz de "actuar bien" en situaciones que se asemejan a sus fantasías puesto que estas situaciones le excitan sobremanera, sin embargo, estas mujeres, tal como él las describe, le dan también mucho miedo y las evita. En relación con otras mujeres, incluida su esposa, se comporta de forma ambivalente. En tercer lugar, el origen de todos estos miedos y ansiedades reside en ese deseo sexual tan abrumador hacia su propia madre. Ella es la fuente de la ambivalencia que le lleva a ser impotente. Dependía oralmente de ella y se sentía genitalmente atraído por ella, se identificaba con ella y era hostil contra ella. Ella es la virgen y la puta, la madre y el objeto sexual. ¿Cómo podía evitar "fallar", cuando seguir adelante significaría poseer sexualmente a su propia madre?

El problema edípico no es exclusivo de los individuos sexualmente sofisticados. Lo que es único y característico de la sofisticación sexual es la distorsión mediante la cual el miedo a la mujer es transformado en el deseo de satisfacerla, y el miedo al éxito (posesión) se convierte en miedo a fallar. Sin reconocer esta distorsión no podemos entender las confusiones y contradicciones existentes en las costumbres sexuales de nuestros días. J.B. Priestley escribió: «El fomento y la explotación del erotismo, a veces basado en el odio a la mujer y el miedo al sexo verdadero y al amor, y muy a menudo tan sólo motivado por el beneficio comercial, constituye ahora una de las peores características de nuestra civilización occidental». La explotación del erotismo en la literatura, el cine y en el mundo del ocio no sería tan nefasta si la sofisticación sexual no fuera confundida con madurez sexual.

2. La distorsión encubierta por la sofisticación sexual incluye otra transposición más de significado. Antiguamente, fracaso significaba la incapacidad de inhibir o suprimir el deseo sexual irrefrenable. Ahora, se refiere a la incapacidad de experimentar sensaciones fuertes. Si investigamos el desarrollo psicosexual de un individuo sofisticado, casi invariablemente encontraremos que tuvo un problema bastante severo de masturbación en su temprana adolescencia. Tuvo que luchar contra ansiedades y sentimientos de culpabilidad que ahora, en su vida adulta, tiene racionalmente resueltos. «Oh, sí —dirá el paciente—, entonces pensé que era nocivo y malo; ahora ya sé que no es así.» Aprendió que no era la masturbación en sí misma la que era mala, sino las culpabilidades

que la acompañaban. Ahora es una persona sexualmente ilustrada.

Pero si aceptamos su actitud consciente como representativa de sus sentimientos inconscientes, entonces nos arriesgamos a pasar por alto un grave problema.

Pues el problema con el que tuvo que luchar mi paciente en su juventud no era sólo el sentimiento de culpa acerca de la masturbación, sino también su incapacidad de controlar sus actividades masturbatorias. ¿Por qué era incapaz de parar? ¿Tenía algún problema para controlar su voluntad? A pesar de todo tipo de buenos propósitos reiterados de dejar de masturbarse, se encontró atrapado en una práctica que, aunque finalmente fue capaz de aceptar como inocua, de ninguna manera pudo considerar como virtuosa. En consecuencia, experimentó cualquier acto de masturbación como una falta de autodisciplina, una debilidad de su fuerza de voluntad, una derrota para su ego. En el contexto de tal experiencia se llega a asociar el acto sexual con la idea de un fallo, una asociación que persiste en el inconsciente y queda activa, corroyendo las actividades sexuales adultas. Así, el miedo a fallar tambiénes el miedo a no poder controlar los impulsos sexuales, un hecho expresado directamente por todos los individuos que se quejan de eyaculación precoz. En sus miedos conscientes de llegar demasiado pronto al clímax pretenden controlar el impulso sexual, pero no se dan cuenta de que por la naturaleza del intento mismo de controlar se tensarán y angustiarán, lo que llevará a la incapacidad de mantener la carga sexual necesaria para un buen orgasmo. El individuo con eyaculación prematura se encuentra en un círculo vicioso: cuanto más intenta controlar o retrasar el acrecentamiento de su excitación, más rápidamente llega al clímax. Precisamente el miedo a fallar de la persona sexualmente sofisticada revela la presencia de sentimientos de culpa y ansiedades relacionados con el sexo que nunca fueron resueltos sino simplemente encubiertos.

Lo dicho hasta aquí sobre los varones es igualmente aplicable a las mujeres, en sus miedos a ser sexualmente inadecuadas, específicamente, a no llegar al orgasmo. El que una mujer llegue o no al orgasmo no constituye ningún criterio válido para juzgar si es adecuada o no como mujer. ¿Qué tipo de símbolo de prestigio representa entonces la potencia orgásmica en una mujer o en un hombre? Toda mujer es biológicamente capaz de una respuesta orgásmica durante el acto sexual, y el hecho de que una mujer no llegue al clímax puede tener su explicación en una gran variedad de condiciones sobre las cuales no tiene control consciente. Puede reflejar una base de ansiedades y sentimientos de culpa, relacionados con su sexualidad, que inhiben su capacidad de

rendirse a sus sentimientos sexuales. También puede reflejar una hostilidad inconsciente contra su pareja o contra el hombre en general que inhibe su completa entrega durante la unión sexual. Su respuesta seguramente será condicionada por la potencia sexual del hombre con quien está y, por ello, puede que refleje la sexualidad inadecuada de éste. Pero mientras ella no esté también actuando, su falta de respuesta plena expresa sus sentimientos verdaderos y se debería interpretar como tal. Nada impedirá tanto el goce sexual a una mujer como su creencia de que el acto sexual es una actuación de cuyo éxito o fracaso depende su adecuación como mujer.

La sofisticación sexual es un obstáculo que impide llegar a la madurez sexual, por lo que ha de ser eliminada si deseamos que nuestra libertad sexual nos procure placer en la vida y el amor. Lamentablemente se ha transformado en parte de nuestros hábitos sexuales y se ha infiltrado en el pensamiento sexológico corriente, lo que se manifiesta particularmente en la actitud actual ante la masturbación. La experiencia clínica habitual en psiquiatría informa de que los pacientes comentan sus experiencias de sentimientos de culpabilidad alrededor de la masturbación, pero no del coito. Esta situación es aceptada como bastante normal por muchos autores y terapeutas analíticos. Edrita Fried dice:

Pienso que, en cierta manera, la vergüenza y la culpabilidad posteriores a la masturbación tienen una función de autoprotección, puesto que le dicen al adulto que estando en condiciones de salir y encontrar una pareja se inclina por el autoerotismo, así que cabe deducir que algo va mal.[2]

Todo el mundo, incluso el masturbador, se percata que el placer o la satisfacción derivados del coito serán bastante más intensos que los que se puedan obtener mediante la masturbación. Si un individuo se inclina por la masturbación, normalmente es porque no tiene acceso al placer de una relación de pareja. Esto se puede deber, por ejemplo, a una falta de miembros del sexo opuesto, o a una incapacidad neurótica de acercamiento al otro sexo, o bien a una situación de conflicto entre marido y mujer. En cualquier caso no veo justificación alguna para aceptar ningún sentimiento de culpabilidad, vergüenza o angustia. Como psicoterapeuta, naturalmente, apoyaría a todo paciente a retirar todos los obstáculos que dificultan la plena experiencia del placer de las relaciones sexuales. Todo individuo preocupado tiene sentimientos de culpa, vergüenza y angustia que inevitablemente

asociará con la masturbación. La función de los médicos y

terapeutas consiste en eliminar estas culpabilidades, no en perdonarlas. El acto de masturbación en sí nunca es autodestructivo, sino que muy a menudo tiene el positivo efecto de calmar un estado de ansiedad. Lo que es tan nefasto para la personalidad es la presencia de culpabilidad, vergüenza y angustia en la masturbación. ¿No deberían los terapeutas ayudar a descubrir por qué un paciente necesita utilizar un método inferior para obtener satisfacción sexual, en vez de criticar su uso, y averiguar por qué se asocia más culpa a la masturbación que al coito?

Mi experiencia como psiquiatra me ha mostrado que los sentimientos de culpabilidad sexual respecto al coito son enmascarados bajo la aceptación social actual del acto. Existe una gran variedad de racionalizaciones para justificar la aceptación social de las relaciones sexuales mantenidas por individuos adultos. Hablamos de la forma de comunicación más profunda posible entre dos seres humanos, de comunión, de expresión de amor, etc. Estas descripciones tienen mucho de verdad, pero el hecho es que la sexualidad no precisa de ninguna justificación. Es una función biológica que deriva su poder de motivación del placer y de la satisfacción que proporciona. El hombre es un mamífero de placer; y si no es capaz de aceptar su naturaleza animal como parte de su herencia biológica, entonces deberá enfrentarse siempre a sentimientos de culpa y vergüenza relacionados con sus funciones sexuales.

Aunque es fácil racionalizar el valor de las relaciones sexuales, resulta más difícil justificar la masturbación con razones sociales. Por consiguiente es justo en el tema de la masturbación donde la culpabilidad sexual se muestra más claramente. Una de mis pacientes femeninas lo expresó muy claramente:

¿Supones que mi incapacidad para masturbarme con satisfacción va unida a la culpa? Es algo que no puedo hacer por mí misma, así que quiero que el hombre lo haga para mí. Es duro tener que admitir esto... Nunca conseguí masturbarme hasta que empecé la terapia. De hecho, nunca me masturbé. Tenía tanto miedo de mis partes íntimas que temí usar tampones hasta los veintidós años. La primera vez que tuve relaciones sexuales tenía veintitrés, y me hizo mucho daño. Sólo la noche pasada fui capaz de masturbarme con cierto placer pero lloré. Sentí que quería un hombre.

El llanto que siguió a la masturbación placentera de esta paciente no se puede entender en términos de su sentimiento de soledad. Nunca se había echado a llorar cuando sus intentos de masturbación no eran satisfactorios. En vistas de su placer, le

indiqué que su llanto me hacía pensar en el llanto de personas que se vuelven a reunir con su amado o en familiares que estuvieron separados por mucho tiempo. A eso respondió: «Supongo que quieres decir que es como si reencontrara de repente mi propio cuerpo». En la masturbación debida a la ausencia de otra persona, uno tiene la oportunidad de encontrar completamente su propia entidad corporal. Si la masturbación es satisfactoria, lejos de aislarnos, incluso nos proporciona incentivos adicionales para encontrar una pareja con la que compartir el placer.

La chica que siente que su vagina es sucia y que siente repulsión cuando se la toca con sus propias manos, pero que permite a un chico que la acaricie o que tenga relaciones sexuales con ella, está desviando la responsabilidad a través de su sexualidad. De manera similar, la culpa que sienten muchos hombres respecto a la masturbación indica su falta de autoaceptación. El coito se transforma entonces en una forma de satisfacción del ego que esconde la falta de realización y placer por el acto en sí mismo. En tales casos, si el individuo se atreve a rasgar el velo de la sofisticación sexual, se encuentra con los sentimientos de culpa sexual encubiertos. Fui consultado una vez por un hombre casado de cuarenta años, padre de varios niños, que había sido psicoanalizado durante varios años y había experimentado cierta mejoría pero sin resolver sus problemas principales. En nuestros primeros encuentros le pregunté por sus sentimientos sexuales y sobre la masturbación. Él admitió que se masturbaba, y añadió que esto era una fuente de considerable preocupación para él. Yo estaba sorprendido con esta respuesta en vista a su terapia previa. Cuando le aseguré que no había nada malo ni amoral en la masturbación, soltó un suspiro con visible señal de alivio. «Doctor —dijo—, me ha quitado de encima una preocupación que me ha obsesionado durante muchos años.» Siempre me sorprende que un paciente que ha estado en terapia analítica me diga que el tema de la masturbación no fue explorado. Una de las tareas más importantes de un analista es descubrir y limpiar la nube de culpa sexual que se cierne sobre la masturbación y que insidiosamente oscurece todo placer sexual. La afirmación del terapeuta de que la masturbación es una actividad natural es una gran ayuda para contrarrestar los efectos nefastos de la culpabilidad que experimenta el paciente al respecto.

Wilhelm Reich me dijo un día: «El paciente que no se puede masturbar con satisfacción no ha concluido su proceso terapéutico». Con esto no quiero incitar a la masturbación, sólo trato de dejar claro que la incapacidad para masturbarse con satisfacción indica la existencia de culpabilidades sexuales que frecuentemente se hallan

encubiertas por la aceptación sofisticada de las relaciones sexuales. La masturbación es una experiencia de percepción y aceptación de sí mismo. Como tal tiene un papel legítimo en la vida de los individuos, como mostraré en un capítulo posterior. En su obra *Black Ship to Hell*, Brigid Brophy apunta muy acertadamente: «Creo que el miedo a estar solo está muy relacionado con el miedo y la culpabilidad alrededor de la masturbación. Sólo cuando se está solo uno se siente tentado a masturbarse, pero, también, sólo cuando uno está solo tiene la oportunidad para encontrarse consigo mismo».

3. La tercera área donde la sofisticación revela su función defensiva es en su actitud hacia el cuerpo. La sofisticación sexual ha ido creciendo paralelamente con la aceptación común de las ideas psicoanalíticas que en las mentes no especializadas denotan la dominación de la mente sobre el cuerpo. El hecho de que las actitudes psíquicas se encuentran estructuradas en posturas corporales y determinadas por tensiones físicas es admitido, aunque con mucha reticencia. El pseudointelectual suele utilizar su facilidad de manejo de términos psicológicos para esconder su falta de sensaciones en el cuerpo. Se puede discutir la validez de una interpretación psicológica, pero no se puede argumentar contra una evidente carencia de armonía y gracia en el movimiento corporal.

La personalidad y la sexualidad están condicionadas por las funciones del cuerpo y se reflejan en la expresión corporal. La manera como una persona mantiene y mueve su cuerpo dice tanto sobre su personalidad como lo que ella misma nos puede explicar, a menudo incluso más. En nuestras relaciones con los demás respondemos a su apariencia y sus patrones físicos sin ni siquiera analizar la base de nuestra respuesta. Así, nos damos cuenta de si alguien se mantiene tenso y sentimos instintivamente que esa postura representa una actitud psicológica correspondiente. No esperamos de una persona así que sea cálida y fácil de tratar y, en general, no nos equivocamos en nuestro juicio. De manera similar, como apunta Gordon Allport, nos fiamos en gran medida de muchas señales motoras como indicios de la personalidad: la expresión de los ojos, la comisura de la boca, el tono de voz, la calidad del apretón de manos, la forma de los gestos, etc.

El concepto de que la estructura del carácter de una persona es funcionalmente idéntica a su actitud corporal, formulado por W. Reich, es una herramienta importante para entender las alteraciones de la personalidad y de la función sexual. Estoy utilizando esta herramienta ya hace muchos años como técnica diagnóstica en mi práctica psiquiátrica. Los principios en que se basa este concepto y las observaciones y conclusiones a las que nos lleva ya fueron

elaborados en mi anterior libro, *The Physical Dynamics of Character Structure.*[3] Puesto que este concepto será utilizado ampliamente en este estudio de la sexualidad y la personalidad, parece conveniente incluir aquí una breve descripción de su tesis básica.

La represión de un sentimiento o la inhibición de una acción siempre van unidas a ciertos cambios corporales que distorsionan la forma y la movilidad del cuerpo de una manera característica. Tomamos un ejemplo para ilustrar este punto: tuve una paciente que tenía gran dificultad para llorar y expresar cualquier sonido fuerte como gritar o chillar. En cuanto se producían en ella las más mínimas ganas de llorar, su garganta se tensaba, su mandíbula se apretaba fuertemente y la urgencia de llorar desaparecía. Paralelamente con estas reacciones corporales, ella solía pensar: «¿Para qué sirve?». Una indagación en esta actitud reveló que ésta estaba conectada con sus experiencias de primera infancia. Mi paciente era una más entre diez hermanos. Siempre había sentido que no podía imponer sus necesidades frente a la larga lista de demandas expuestas a su madre por los otros niños. En esta situación aprendió a reprimir su llanto e inhibir su deseo de más atención y afecto. El resultado era una mujer joven con la cara bastante contraída, con la garganta constreñida, las mandíbulas crónicamente apretadas e inmóviles y con tendencia a retener la respiración. En el transcurso de su terapia se hizo evidente que su impulso de chupar fue severamente inhibido. Tenía considerables dificultades para hacer movimientos de chupeteo con su boca. En una ocasión, cuando se puso los nudillos en la boca e intentó chuparlos, rompió en profundos sollozos. Esto no ocurrió hasta que no invertimos mucho tiempo en relajar los músculos de sus mandíbulas, su garganta y pecho. Su aspecto sombrío y su incapacidad de expresar sus sentimientos eran responsables en parte de su fracaso como actriz. Su caso ilustra cómo un problema emocional llega a estructurarse en una actitud física.

Quizás la más común alteración en ambas —la sexualidad yla personalidad— es causada por prácticas demasiado severas o tempranas de control de esfínteres. Si un niño se ve forzado a ser “limpio” antes de que pueda adquirir el control voluntario sobre sus esfínteres anales, se produce una alteración crónica de la movilidad pélvica. En estos casos el niño utiliza los músculos de los glúteos y del suelo pélvico para conseguir algo de control sobre sus funciones anales, en vez del control normal a través de los esfínteres. Así estos músculos se acostumbran a una contracción constante como defensa para no “mojarse” o “ensuciarse”. Esto tiene el efecto de mover la pelvis hacia adelante y de fijarla en esta posición. Al mismo tiempo se produce una rotación de los muslos hacia afuera, muy

característica de este problema. También es típica la formación de nalgas pequeñas y duras, metidas para adentro e inmovibles. El balanceo natural de la pelvis es drásticamente reducido, de manera que los movimientos sexuales resultan forzados en vez de libres. Estos individuos también tienden a apretar mucho para ir de vientre en lugar de evacuar de una manera natural y espontánea. Esto ocurre porque la represión del conflicto anal elimina el control consciente sobre estos músculos crónicamente contraídos. Es sorprendente hasta qué punto llegó a generalizarse esta tendencia. Un paciente mío se describe a sí mismo como "apretador". Dice: «Hago el amor como hago todo lo otro. Aprieto». Y sus experiencias sexuales, igual que su funcionamiento en el trabajo, a menudo fueron insatisfactorias. La asociación del sexo con la analidad, debido a la persistencia de un conflicto anal sin resolver, es responsable del tan ampliamente compartido sentimiento de que el sexo es "sucio" o "guarro".

Desde el punto de vista físico existe un cierto número de factores que determinan la respuesta sexual de una persona. El más obvio entre ellos es la vitalidad del individuo. La sexualidad es un proceso biológico que depende de la disponibilidad de un exceso de energía para que pueda funcionar adecuadamente. Las situaciones de fatiga o los estados de agotamiento disminuyen sensiblemente los sentimientos sexuales de las personas; por contraste, una persona más sana y más energética de una manera natural mostrará una respuesta sexual más intensa. Factores psicológicos pueden llegar a distorsionar esta condición, pero no la pueden cambiar. Individuos físicamente cansados pueden manifestar un aparentemente fuerte deseo sexual. Pero la falta de energía reducirá mucho la intensidad de la respuesta final u orgasmo. Es fácil que las relaciones sexuales se vuelvan insatisfactorias cuando uno está agotado. Las personas sexualmente sofisticadas piensan en la sexualidad sólo en términos psicológicos e ignoran la realidad de los factores físicos que determinan la calidad de la experiencia. Es un indicio de madurez sexual ser consciente del propio estado de salud y del cuerpo.

Puesto que la fatiga crónica es probablemente la más común queja médica en nuestros días, no es de extrañar que haya tan poca satisfacción sexual real. Muchas personas no se dan cuenta del bajo estado energético de sus cuerpos. Se mueven constantemente entre los estados de euforia y depresión, sin percatarse de la relación de estos estados psíquicos con la condición de fatiga crónica subyacente. La persona vital tiene un equilibrio psíquico estable.

Existen muchos signos físicos de un nivel bajo de energía: la pálida, amarillenta o poco tersa tez de la piel; la falta de brillo en los ojos; el pobre tono muscular en todo el cuerpo; la falta de viveza

y espontaneidad en los gestos. Estos son algunos de los criterios que utilizo para hacerme una primera idea. Y a pesar de las afirmaciones de lo contrario de algunos pacientes, no puedo concebir una vida sana y sexualmente satisfactoria con la evidencia de una vitalidad reducida. Al final suele resultar que ese paciente no sabe lo que es realmente una vida sexual plena y satisfactoria.

Otro factor físico determinante para la calidad de la respuesta sexual es la movilidad del cuerpo. Las rigideces que limitan el movimiento corporal reducen la intensidad de las sensaciones sexuales y disminuyen la respuesta orgásmica. Rigideces que se encuentran a menudo en tobillos, rodillas, caderas, hombros y nuca, y siempre están relacionadas con rigideces de carácter que representan bloqueos de la expresión de ciertos sentimientos. La persona con nuca de toro es obstinada; el individuo inflexible (hablando psicológicamente) no es capaz de inclinar y doblarse físicamente. Sería poco lógico esperar que una persona así pudiera entregarse a los sentimientos del amor. Para resolver tales rigideces he creído necesario analizar sus significados psicológicos y al mismo tiempo recuperar la movilidad del cuerpo.

Por otro lado, existen condiciones de movilidad exageradas que indican la presencia de una personalidad patológica. El paciente capaz de inclinarse hacia atrás hasta quedar casi doblado puede sufrir de una falta del sentimiento de una fuerte espina dorsal. Tal falta se puede descubrir también mediante el análisis del comportamiento del paciente y uno de estos métodos de diagnóstico puede servir para confirmar la observación del otro. He observado invariablemente que la ausencia de un fuerte sentimiento de columna vertebral se asocia con la falta de fuerza de ego y una pérdida de sentido de sí mismo, ambos elementos de gran importancia para sanar la sexualidad, como mostraré más adelante.

Con otra observación más será suficiente para cimentar la validez de este enfoque. Durante una primera entrevista con una paciente noté que, estando de pie, cargaba todo el peso sobre sus talones. Un ligero empuje casi la hizo caer de espaldas. Cuando le hice ver su falta de equilibrio y su significado como incapacidad de hacer frente contra la presión ejercida por otros, ella respondió: «Esto es lo que los chicos llaman “tacones redondos”. Si para ellos eres un ligue fácil, dicen que tienes “tacones redondos”». Este era el gran problema por el cual me consultaba. Se quejaba de que no podía aguantar los avances agresivos de los hombres.

El cuerpo es el terreno común donde se encuentran el sexo y la personalidad. El cuerpo no sólo es el reflejo físico de la personalidad, sino también el instrumento del impulso sexual. Cualquier alteración corporal se encuentra reflejada igualmente en

la personalidad y en la función sexual. Al estudiar la relación entre sexo y amor en los siguientes dos capítulos veremos que la base biológica para las emociones humanas se halla dentro de las funciones y necesidades naturales del cuerpo. La persona sexualmente sofisticada no es consciente de esta relación. Según la medida de su sofisticación se puede decir que "tiene el sexo en la cabeza", lo que quiere decir que funciona a base de ilusiones y no de realidad.

La persona sexualmente madura, como yo la percibo, no es ni sofisticada ni cargada de culpabilidad sexual. No es un intérprete; su comportamiento sexual es la expresión directa de sus sentimientos. No llega a ser perfecta, pero tampoco lo pretende. No se encuentra sexualmente satisfecha en cada encuentro, porque las vicisitudes de la vida no dan para alcanzar la perfección. El éxito o el fracaso no son un criterio según el cual juzga su comportamiento sexual. Sabe que la satisfacción sexual no se puede ver separada de la satisfacción general en la vida. Sin embargo disfruta de ambas satisfacciones porque su madurez trae consigo un compromiso realista y entusiasta con la vida y el amor.

2. SEXO Y AMOR

Parece poco lógico escribir sobre el sexo y no tratar su relación con el amor. La persona sexualmente sofisticada ve el sexo y el amor como dos sentimientos distintos y separados. Esta visión es una actitud característica de los individuos neuróticos y está basada en una comprensión superficial de estas emociones. En este capítulo examinaremos la relación que tiene el sexo con el amor para encontrar la función común que los une.

El sexo es una expresión del amor. En un artículo que escribí para la *Encyclopedia of Sexual Behaviorincluso* llegué a afirmar que «no hay sexo posible sin amor». Una copia de este artículo fue enviado al editor de una revista católica que había mostrado gran interés en mi trabajo. Me envió una carta en la que decía que aunque había quedado impresionado por las ideas expuestas en mi artículo, esta afirmación no le encajaba con el comportamiento de los hombres que van con prostitutas o de los soldados que violan mujeres.

Antes de intentar aclarar esta aparente contradicción, hay que reconocer que el ser humano medio de nuestra cultura no está libre de conflictos neuróticos y actitudes ambivalentes. Ambivalencia significa que tendencias opuestas están presentes al mismo tiempo en la personalidad. De esta manera, una mujer puede amar a su marido, pero mostrar igualmente una actitud hostil hacia él. Una madre puede estar muy entregada a sus niños, pero expresar tal ira hacia ellos que les produzca miedo. Esta ambivalencia hace referencia a la presencia de amor y odio en una misma relación. Se deriva de un conflicto en la personalidad que fracciona en dos emociones opuestas lo que debería ser un sentimiento unitario. Si la actividad sexual no fuera una expresión de amor, ninguna persona madura hablaría del coito como un acto de amor. El sexo es una expresión biológica del amor. Si el acto sexual es acompañado por sentimientos de hostilidad o desprecio hacia la pareja sexual, tal ambivalencia denota la disociación de los sentimientos conscientes del individuo de su comportamiento instintivo. La conexión íntima entre sexo y amor se puede mostrar claramente.

El sentimiento de amor inspira muchas relaciones que no suelen ser sexuales. Usamos la palabra “amor” para describir nuestros sentimientos hacia un hermano, un amigo, hacia nuestro país y hacia Dios. Todas las relaciones en el contexto de la palabra amor se caracterizan por el deseo de proximidad, tanto espiritual como

física, con el objeto amado. “Cercanía” puede que no sea una palabra lo suficientemente fuerte. En sus formas más intensas, el sentimiento de amor incluye el deseo de fusión y unión con el objeto amado. Como Erich Fromm apunta en *El arte de amar** «la respuesta al problema de la existencia humana consiste en el logro de la unión interpersonal o fusión con otra persona, en amor». Esto es verdad, no sólo para el amor de una persona por otra, sino también para el amor que una persona siente por los símbolos y objetos materiales que aprecia. El amor impulsa a las personas a buscar proximidad, tanto en espíritu (identificación) como en cuerpo (contacto físico y penetración). Deseamos estar cerca de los que amamos y amamos a quienes deseamos tener cerca.

¿En qué manera se diferencia de esto el sexo? El sexo une a la gente. Alguien dirá que el sexo une a la gente físicamentepero no espiritualmente. Esto no es así. La parte espiritual de la vida tan sólo se puede separar de la física corriendo el riesgo de destruir la unidad e integridad del ser completo. El acto físico del sexo engloba la experiencia espiritual de la identificación con la pareja y el conocimiento de ella. En el antiguo hebreo y griego la palabra “cohabitar” es expresada por el verbo “conocer”. La Biblia relata que «Adán conoció a Eva como su mujer y ella concibió y parió a Caín». Esta elección de palabras no es ni fortuita ni eufemística, sino que denota la íntima relación entre conocimiento y proximidad física, entre conocer y el sentido primordial del tacto. Para conocer (amar) un objeto, se tiene que estar cerca de él. Visto bajo este prisma, el acto sexual es la forma más íntima del amor.

Podemos demostrar la relación del sexo con el deseo de cercanía. Existen otros fenómenos que se pueden interpretar de manera que den soporte a la tesis de que el sexo es una expresión del amor. La erección del pene depende de la sangre retenida en este órgano. Y de la misma manera que esta retención de sangre es necesaria para la función sexual del hombre, la congestión es necesaria para la respuesta sexual por parte de la mujer. El sentimiento de plenitud en la vagina y el clítoris, el flujo de las secreciones lubricantes y la sensación de calor tienen su origen en el flujo de sangre hacia el área pélvica del cuerpo femenino. Biológicamente, la excitación genital se puede considerar una función de la sangre y del sistema circulatorio. En el acto sexual dos órganos repletos de sangre, y cargados de tal manera que a menudo se notan pulsátiles, llegan al contacto más cercano posible entre ellos. Las zonas erógenas se caracterizan por la riqueza de su suministro sanguíneo. Un contacto muy cercano de órganos ricos en sangre ocurre también en los besos y al dar de mamar, actos que también se consideran expresiones de amor.

Al tratar los sentimientos en oposición a las ideas, es válido cuestionarse la ubicación física de estos sentimientos. Si una persona dice "siento un dolor", es natural que el médico le pregunte "¿dónde le duele?". De manera similar podemos localizar un sentimiento de angustia como una sensación de opresión en el pecho, mariposas en el estómago, piernas flojas, manos temblorosas, etc. Por otro lado, existen sentimientos generalizados de ansiedad que se manifiestan en sudoración, debilidad y escalofríos. También el amor se suele experimentar como un sentimiento general o localizado. El sentimiento de amor, en oposición a la idea del amor, a menudo se localiza alrededor o dentro del corazón, e incluso se extiende a los brazos —cuando éstos se tienden para abrazar al objeto amado— o a otras partes del cuerpo, como los labios y los genitales.

La relación del corazón con el amor se expresa en símbolos comunes y en el lenguaje cotidiano. Flechas de Cupido atravesando corazones indican que el amor ha despertado. El corazón es el símbolo del día de San Valentín, el santo del amor. Usamos expresiones como "mi corazón está lleno de amor", "me duele el corazón de tanto amor", "me has tocado el corazón" y muchas más para expresar nuestra comprensión inconsciente de esta relación. Las canciones de amor están llenas de referencias al corazón como símbolo de amor.

El simbolismo de la sangre como portadora del amor es casi igual de obvio. Las relaciones de sangre son consideradas de manera natural como relaciones de amor. Los amantes consagran su fidelidad con sangre; en muchos casos se producen pequeños cortes y unen la sangre emergente. Uno de mis pacientes psicóticos escribió una nota a su novia con su propia sangre para mostrarle su gran amor. Dar la propia sangre a otra persona es una expresión directa del amor al prójimo. El color del amor es el rojo, como la rosa roja que simboliza la sangre y el corazón. En *El yo y el ello** Sigmund Freud sugiere que «alguna sustancia debe ser la principal representación de Eros», peronunca dice qué sustancia puede ser. No obstante, un solo momento de reflexión sobre la descripción del Eros como "fuerza vital" nos hace pensar que puede ser la sangre.

Estas ideas no constituyen una prueba científica que demuestre que una erección sea una expresión del deseo de amor. De todas formas, el fenómeno del amor es un tema muy difícil para la investigación científica. Desde el punto de vista de la ciencia, basada en hechos fisiológicos, el corazón es meramente una bomba que impulsa la sangre a través del cuerpo. Tal pensamiento científico, sin embargo, no nos proporciona ninguna comprensión del comportamiento o de los sentimientos humanos. Si el corazón

sólo es una bomba, el pene únicamente es un órgano para introducir células reproductoras dentro del cuerpo femenino, y el ser humano no es más que una máquina que no necesita ningún sentimiento de amor o placer para motivar sus funciones. Yo rechazo este concepto según el cual el ser humano es sólo un mecanismo cuyo comportamiento se explica en términos de leyes psicoquímicas. Creo que tenemos que dar algo de crédito a las creencias e ideas mediante las cuales la mente humana desde siempre ha intentado comprender sus propios sentimientos y acciones.

Una objeción más seria contra la visión de la erección como expresión de amor es el fenómeno de la "erección fría". Muchos hombres experimentan este tipo de erección al despertarse por las mañanas. Se suele atribuir a la estimulación producida por la vejiga llena, puesto que no se asocia con la idea o el sentimiento de deseo sexual. Sin embargo, hablando sobre la erección matutina, Donal W. Hastings[4] afirma que «la vejiga llena no es la explicación, dado que el hombre civilizado se encuentra en muchas situaciones, sobre todo sociales, en las cuales su vejiga se llena y, sin embargo, no se produce ninguna erección».

Las erecciones matutinas convencieron a Wilhelm Stekel de que la impotencia eréctil es de origen psicológico. Si existiera realmente la "erección fría", echaría por tierra la tesis expuesta anteriormente. El hecho es que el pene no es frío sino cálido. La que está fría es la mente, no el pene. Esta circunstancia indica un estado de disociación entre la mente consciente y los procesos biológicos inconscientes. A nivel inconsciente y corporal, el individuo está sexualmente excitado, pero su mente consciente no está "conectada". Puede estar preocupado por los asuntos prácticos del día que tiene por delante y sentirse ansioso por ponerse en marcha; así que se levanta, va a orinar y la erección desaparece. Por ello, la llamada "erección fría" se puede considerar una manifestación inconsciente del deseo de amor sexual e ilustra muy bien el alto grado de disociación en las funciones físicas a que el hombre puede llegar. Esto evidencia claramente que el amor y el sexo —normalmente unidos— pueden estar disociados en la mente y en el comportamiento de un individuo.

La erección fría se caracteriza por un pene tibio, pero no caliente. Mientras las cavernas huecas del tejido eréctil están cargadas de sangre, las arteriolas, capilares y venillas superficiales se encuentran contraídas. El resultado es poco calor superficial. El pene es rígido e insensible, una condición que se observa también en los hombres a cuyo funcionamiento sexual le falta el calor de la pasión. En estos hombres, además, se suele encontrar la rigidez e

insensibilidad como estructuras caracterológicas tanto en el cuerpo como en la mente. Hay mujeres que han descrito a tales hombres diciendo que su pene no forma parte de ellos. Funciona como una parte separada de su ser. Resulta que en hombres de este tipo el sentimiento de amor no está presente en el acto sexual. En la presencia de tales tendencias disociativas el acto sexual tiende a ser insatisfactorio. Aunque no ereccionalmente impotente, el varón rígido es relativamente impotente en el sentido orgásmico. Yo describiría esta condición diciendo simplemente que su amor no viene de "todo corazón"; dejo que el lector decida si se quiere tomar este comentario literalmente o como metáfora.

Como ya he indicado antes, también podemos encontrar en la mujer fenómenos biológicos de configuración sexual correspondientes. Los pezones y el clítoris son órganos eréctiles, este último, de hecho, se puede ver como un pene en miniatura. La erección se produce en cuanto la sangre fluye dentro de estos órganos. Más importante, sin embargo, es el flujo generalizado de sangre dentro del área pélvica de la mujer y especialmente en el plexo uterino venoso y en el plexo vaginal venoso. Este último está constituido por una gran red de venas a ambos lados de la vagina, de manera que este órgano queda rodeado de sangre cuando la mujer se excita sexualmente. La inundación del área pélvica de la mujer con sangre produce calor y firmeza en los tejidos de su aparato genital. Es justo la presencia de esta sangre la responsable de la sensación de calor que las mujeres suelen asociar a su deseo y respuesta sexuales. Así que se puede ver fácilmente paralelismos entre las respuestas sexuales femeninas y las masculinas. Las mujeres también pueden llegar a disociar el corazón de su respuesta vaginal, con variable intensidad.

Un ejemplo interesante de tal disociación es el caso de Suzie Wong. En su encantador cuadro *El mundo de Suzie Wong*, justifica sus actividades como prostituta diciendo que, mientras les daba a los hombres su cuerpo, no les abría su corazón. De esta forma, consiguió no implicarse emocionalmente en el acto sexual. Sin embargo, cuando se enamoraba, la cosa era diferente y se entregaba plenamente a su amante. Según Suzie, la diferencia debería ser obvia para cualquier hombre, mientras no tenga un corazón muy pequeño. Nuestras costumbres sexuales no incluyen tal diferenciación, pero el argumento de Suzie tiene su mérito.

La importancia de la idea de Suzie se encuentra también ilustrada en la siguiente historia que me contó un paciente:

Mi novia me había dicho que quería dejar nuestra relación. "Esto fue un golpe muy fuerte para mí, porque realmente quería

mucho a esa chica. Empecé a llorar desconsoladamente, y ya sabes cuánto me cuesta llorar. Entonces le dije que ella significaba mucho para mí. Se quedó sorprendida al conocer mis sentimientos y me abrazó. Un beso llevó al otro y nos enrollamos. Nunca tuve una experiencia así en mi vida. Todo mi cuerpo reaccionó durante el orgasmo. Fue extático. Al día siguiente me sentí diferente. Me encontraba tan vivo que pude sentir cómo latía mi corazón. Parecía que podía sentir el pulso de todas las cosas vivas dentro de mi corazón. Fue una sensación fantástica mientras duró.

La disociación entre sexo y amor está condicionada por todas las alteraciones emocionales con las cuales están familiarizados los psiquiatras. Analicé muchos de estos problemas en un estudio anterior.[5] Examinaremos aquí sólo dos situaciones durante el desarrollo de los niños que pueden llevar a tal disociación. La primera es el estancamiento del desarrollo psicosexual del niño en el nivel oral debido a la falta de satisfacción de sus necesidades orales infantiles. La segunda es la prohibición de la expresión de los sentimientos sexuales infantiles tanto en su forma de actividades autoeróticas como en el juego corporal y el contacto físico con los padres.

Las necesidades orales infantiles incluyen la necesidad de contacto corporal, alimento, afecto y cuidados. Las dos primeras idealmente, se satisfacen mediante la función naturalde dar el pecho. La relación entre boca y pezón es el prototipo de la posterior relación entre pene y vagina. Al mamar, el niño expresa su amor hacia la madre mediante su deseo de proximidad física y la unión entre la boca y el pecho los hace uno a los dos. El amor de la madre se expresa mediante su respuesta a las necesidades del niño. Justo porque la relación boca-pecho establece el patrón de la función genital posterior, resulta que la calidad del amor que el niño experimenta en esta cercanía con la madre determina la forma de su respuesta amorosa como adulto.

Un experimento muy revelador confirmó los descubrimientos analíticos sobre el efecto que genera la privación del amor materno en el comportamiento sexual adulto. Unos monos macacos de la India recién nacidos fueron separados de sus madres y criados por dos madres sustitutivas en forma de figuras de alambre; una estaba cubierta con tela de felpa y la calentaba una bombilla eléctrica para dar calor a las crías, y la < otra tenía una botella con una tetilla para proporcionarles alimento. Se descubrió que las crías de mono preferían la figura cubierta de tela. De esta observación se dedujo que las necesidades infantiles de contacto físico y calor de los monos son más fuertes que las de alimentación. La descripción de

Harlow[6]de la reacción de los pequeños monos en un ambiente extraño, según la presencia o la ausencia de la madre de felpa, es conmovedora: «Cuando la madre de tela estaba presente, las crías corrían rápidamente hacia ella, se le subían encima, se frotaban contra ella y se pegaban estrechamente a ella... Sin embargo, si la madre de tela no estaba, las crías corrían por todo el espacio de investigación, se tiraban contra el suelo, sujetándose la cabeza y el cuerpo con sus brazos y expresandomediante fuertes chillidos toda su angustia». Todos estos monos experimentales mostraron alteraciones en su desarrollo y comportamiento emocionales. Totalmente inesperado, sin embargo, fue el descubrimiento de que ninguno de estos monos fue capaz de realizar satisfactoriamente el acto sexual una vez alcanzada la edad adulta.

Durante la fase oral de su desarrollo el niño se encuentra en el extremo receptor y la madre en el extremo dador de su relación. En esta fase el niño se llena con el suministro que necesita para crecer y madurar. Se trata de lo que los psicoanalistas denominan suministros narcisistas, y que incluyen amor, comida, atención, juego, etc. Puesto que el patrón de crecimiento y desarrollo en el niño es de la cabeza hacia abajo, la carencia de estos suministros tendrá efectos muy serios sobre las funciones de la parte inferior del cuerpo, es decir, las funciones asociadas con las piernas y los genitales, que son las que determinan la independencia y madurez del organismo, incluyendo la capacidad de mantenerse sobre los propios pies, moverse libremente y funcionar como adulto sexualmente adecuado. Los psiquiatras encontraron que éstas son precisamente las funciones deterioradas en el individuo oralmente carente.

No existe un acuerdo general unánime respecto a que estas alteraciones se manifiesten a nivel físico tanto como psíquico. Un examen del cuerpo de un individuo así, a menudo revela las siguientes características: la musculatura de las piernas está subdesarrollada; los pies son flácidos, con el arco colapsado, o estrechos y pequeños y con arco alto y fuertemente contraído; las rodillas están bloqueadas hacia atrás para proporcionar más rigidez a las piernas y compensar la sensación de debilidad; el control del movimiento de las piernas es pobre y la coordinación inadecuada; en posiciones tensas las piernas se cansan muy rápidamente. Adicionalmente se percibe un subdesarrollo muscular generalizado asociado con uncuerpo alto pero delgado. William H. Sheldon denominó este tipo de constitución corporal ectomórfico. Una severa tensión muscular de todo el cinturón pélvico limita estrechamente la amplitud y la libertad de los movimientos sexuales.

La privación de amor (contacto corporal, afecto, cuidados y nutrición) durante los primeros años de la vida es la causa de que un individuo sea poco maduro y emocionalmente subdesarrollado. La personalidad resultante de tal carencia se caracteriza por sensaciones internas de vacío, la necesidad dependiente de ser cuidado y el constante anhelo de contacto y proximidad. Tales individuos se tienen que describir como personas inmaduras. Sus relaciones con otras personas están condicionadas por su falta de recursos interiores. Por otro lado, la madurez depende de una sensación de plenitud, la capacidad de dar y recibir, el deseo de independencia y el sentido de responsabilidad. El carácter oral, como se le llama en la jerga psiquiátrica, tiene la misma necesidad, la misma capacidad y el mismo sentimiento de amor que los demás. En otras palabras, él también tiene un corazón y, también, desea estar cerca de una persona querida. Pero el sentimiento de amor en él no baja hasta los genitales con la suficiente fuerza para facultarlos como órganos de descarga. En vez de ello, buena parte de este sentimiento sube hacia arriba, a la cabeza y la boca, para completar una "ingestión" que no se concluyó en la infancia. En sus relaciones con el sexo opuesto, una parte de sus sentimientos de amor van por un camino, otra parte por otro. Está dividido entre oralidad y genitalidad. Esta división, hasta cierto punto, se produce en todos los individuos cuyas tendencias orales, debido a la privación, siguen persistiendo aún en la edad adulta.

Que no puede haber sexo sin amor es válido, tanto para el carácter oral como para cualquier otro. La disociación en el carácter oral no es entre amor y sexo, más bien es una división del impulso amoroso entre el anhelo infantil de contacto y seguridad, y el deseo adulto de penetración y descarga. La consecuencia es un debilitamiento de la carga genital y no se alcanza la satisfacción sexual plena. La genitalidad es utilizada en interés de la oralidad; es decir, el carácter oral usa el sexo como vía para conseguir amor y afecto. La persona amada queda dividida en una madre y un objeto sexual, y el individuo no puede entregar su corazón completo a ninguna de las partes. El resultado es una persona con impotencia orgásmica.

La segunda situación que puede producir alteraciones en la natural relación entre sexo y amor es la prohibición de las manifestaciones de sexualidad infantil por los padres. Estas manifestaciones, que se observan a las edades de entre dos y seis años, toman dos formas en el niño: el juego autoerótico y el contacto corporal con naturaleza erótica con la figura paternal del sexo opuesto. La severidad de estas prohibiciones, frecuentemente acompañadas por algún tipo de castigo, es un reflejo directo del

sentimiento de culpa de los padres con respecto a su propia sexualidad. A menudo las prohibiciones de exhibición, de tocamiento de los genitales y del juego erótico quedan asociadas con la retirada del amor y de la aprobación parental.

Los adultos suelen caer en el error de confundir la actividad sexual de los niños, que es un mero juego erótico, con la actividad genital adulta. Las sensaciones sexuales en los niños suelen estar difusamente distribuidas por todo el cuerpo, con tan sólo un reducido enfoque sobre los órganos genitales. Con el placer y la excitación que les produce, la actividad sexual de los niños pequeños sirve al mismo propósito que cualquier otro tipo de juego: es simplemente su vía de descubrir las posibilidades de placer que les brinda su cuerpo. Por la misma razón, el contacto corporal con el progenitor del otro sexo enriquece el placer del niño con su cuerpo y la identificación con él. Si entendiéramos más claramente esta necesidad, podríamos evitar gran cantidad de perjuicios innecesarios, puestoque el niño reacciona con intensos sentimientos de frustración y enojo a la negación de sus necesidades. Y además, infortunadamente, debido al mal entendimiento de la naturaleza de sus reacciones, su comprensible ira y rabia, se encuentran sólo con más amenazas y castigos.

Este problema llega a su cumbre a la edad de cinco y seis años, cuando la situación edípica fuerza el niño a elegir entre el amor por sus padres o sus sentimientos sexuales. Enfrentado a este problema, el niño suele suprimir sus sentimientos sexuales en favor de una sumisión abierta a la autoridad parental. El amor por sus padres adquiere una función defensiva y una calidad compulsiva. Se transforma en un “niño bueno”. Pero no es fácil lograr tal supresión. La frustración y la rabia acompañadas han de ser contenidas y reprimidas para que la sumisión pueda ser eficaz. Para ello, el niño tiene que desarrollar una actitud rígida que se manifiesta tanto física como psicológicamente. La rigidez capacita al niño a reprimir sus sentimientos sexuales y su enojo, sin tener que abandonar su independencia. Le permite entrar en la siguiente etapa, el período de latencia, sin ningún conflicto sexual abierto, eliminando la componente sexual de sus sentimientos de amor. Gracias a esta división puede seguir expresando su afecto, que ahora ha sido abstraído de su significado corporal y erótico.

La reaparición del impulso sexual en la pubertad provoca el fin de este artificial equilibrio neurótico. En el joven adulto se vuelve a despertar el conflicto entre amor y sensaciones sexuales, ahora en forma de un fuerte impulso genital. Este conflicto se acentúa por las nuevas prohibiciones de los padres, ahora dirigidas contra la actividad genital en forma de masturbación y relaciones sexuales.

De nuevo, el adolescente hace el esfuerzo de reprimir sus sensaciones sexuales en el nombre del amor y del buen comportamiento moral. Pero con el correr de los años y la adquisición de más madurez, el problema, de repente, cambia. Como adulto, del adolescente de ayer de repente se espera que funcione sexualmente, con una madurez que nunca tuvo oportunidad de aprender. Así que, para que pueda empezar a funcionar sexualmente, tiene que invertir la respuesta al conflicto entre amor y sexo generada en la infancia, pues el conflicto en sí no ha sido eliminado. Ahora tiene que suprimir los sentimientos de amor en favor de la actividad sexual. Se trata simplemente de darle la vuelta a la moneda, sin realizar ningún cambio sustancial. La rigidez desarrollada por el niño para encajar la frustración original se transforma en la armadura que ahora recluirá los sentimientos de ternura del adulto.

He descrito el tipo de personalidad que emerge sobre este fondo como carácter rígido. Esta rigidez queda patente en las funciones, tanto del cuerpo como de la mente. Psicológicamente, se puede describir el carácter rígido como de afecto bloqueado, es decir, con expresión emocional limitada. Por ejemplo, a un hombre con esta estructura de personalidad le cuesta mucho llorar. Su acercamiento a la vida es racional y agresivo, pero su agresión es exagerada y sirve como mecanismo de defensa. En el cuerpo, esta rigidez se manifiesta en una columna tensa y poco flexible. Las paredes del tórax son duras e inamovibles. La mandíbula carece de movilidad y hace que su rostro sea inexpresivo. Tanto el aspecto físico como el psicológico de esta rigidez protegen al individuo contra cualquier dolor emocional. Por esto suele decirse que tales personas presentan una fuerte coraza.

Los tipos de carácter oral y rígido son personalidades neuróticas. Son neuróticos porque sus conflictos sin resolver han dividido la percepción de unión del organismo. Es tan natural amar a la persona que uno desea sexualmente como desear sexualmente a la persona que uno ama. Para expresarlo en sentido amplio, sexo y amor son dos modos diferentes de expresar el deseo unitario de proximidad e intimidad. Adquieren valores opuestos y cargados de conflictos sólo bajo la influencia de una cultura que contempla el aspecto físico como degradado y que exalta el aspecto espiritual. Una cultura así también divide la unidad del ser en cuerpo y mente, asignando valores más elevados a la mente y más bajos al cuerpo. El conflicto del carácter rígido es la expresión directa de la tendencia cultural que separa el sexo del amor. Pero también el problema del carácter oral tiene sus raíces en el mismo proceso de disociación. El abandono de las mujeres de la función tan básica de dar el pecho es

responsable en gran medida de la tan amplia prevalencia de tendencias orales en nuestra cultura. Esta práctica no sólo ha sido ampliamente abandonada, sino que su arte se ha perdido casi por completo. El rechazo de las madres en nuestro tiempo a dar el pecho es la expresión de una tendencia cultural que valora mucho más el ego que el cuerpo, más el erotismo que la sexualidad, más la ciencia que la naturaleza.

Otro aspecto de la misma tendencia cultural es la práctica psiquiátrica en el tratamiento de alteraciones emocionales de separar el aspecto físico del paciente de su aspecto psicológico. Durante la descripción de los tipos de carácter oral y rígido indiqué que la dificultad emocional se estructura en tensiones físicas tanto como en actitudes mentales. A pesar de la validez de la idea de la unidad de cuerpo y mente, usualmente es ignorada en la práctica analítica. Sin un concepto y una aproximación que trate a la persona como una unidad holística, tanto física como mentalmente, los problemas emocionales de los pacientes neuróticos no encontrarán solución. De manera similar, cualquier visión del sexo que ignora su relación con el amor se mostrará estéril y poco satisfactoria.

¿Hay excepciones a la afirmación de que el sexo es imposible sin amor? ¿Las relaciones sexuales de un hombre con una prostituta han de considerarse como expresiones de amor? La respuesta tiene que ser afirmativa. Los sentimientos sexuales de un hombre hacia una prostituta expresan su amor por ella en su deseo de cercanía y en el hecho de que se produce una erección. Desafortunadamente, en nuestra cultura, el amor sexual no está libre de sentimientos secundarios como la vergüenza, la repugnancia, la culpabilidad y la hostilidad, y su presencia en una persona distorsiona el significado del acto sexual y socava sus valores. El resultado es que la expresión del amor sexual se puede volver imposible, excepto bajo condiciones que permiten la liberación de estos sentimientos asociados. Así, el hecho de que un hombre sólo funcione sexualmente con una prostituta indica que sólo es capaz de amar a una prostituta y no puede amar a una mujer de su propia clase o posición social. Este amor por la prostituta, por otro lado, es real. No es tan raro el caso de que un vínculo así haya desembocado en una relación duradera y respetable. Tanto la historia como la literatura ofrecen testigos del afecto genuino que un hombre desarrolla hacia una criada o una prostituta, y tampoco es infrecuente que los sentimientos de una prostituta hacia su amante sean más sinceros y afectivos que los que este hombre haya inspirado en otras mujeres. En *El gran dios Brown** Eugenie O'Neill retrata una relación así en términos muy simpáticos.

¿Cómo explicar una violación? ¿No es la sexualidad de un violador más bien una expresión de sadismo que de amor? Analizar en detalle el comportamiento sexual patológico exigiría mucho más espacio del que quiero dedicar a ello en este contexto. Tendré que limitar mis comentarios sobre este problema a la observación de que el comportamiento sádico se dirige exclusivamente a las personas amadas y manifiesta la condición de ambivalencia: amor y odio orientados hacia el mismo objeto. El elemento de amor en una violación determina su contenido sexual; el elemento de odio rebate al acto su placer y satisfacción normal. En la medida en que la expresión del amor sexual es inhibida, distorsionada u obstaculizada por sentimientos secundarios, se limita la función sexual en su capacidad de producir placer y satisfacción.

Si concebimos el amor como algo más que un "noble sentimiento", tenemos que reconocer que contiene una fuerza que impulsa a actuar y que persigue culminación y satisfacción en todas las relaciones donde está presente. Una persona no es feliz hasta que no pueda hacer algo para expresar sus sentimientos hacia un amigo. Una madre queda frustrada hasta que no sienta que los esfuerzos realizados por ella contribuyen al bienestar de sus hijos. El amante es alguien que da. Pero el amor no es desinteresado. La necesidad de amar forma parte de nuestra constitución biológica, tanto como la necesidad de respirar o de movernos. El impulso amoroso busca satisfacer esta necesidad. La satisfacción del amor se deriva de la expresión del amor en alguna forma concreta y material o en alguna acción apropiada. La tendencia universal a ofrecer regalos y presentes a los que nos importan es una manifestación de esta necesidad de dar. ¿No es verdad eso también en el sexo? El acto sexual es un darse a sí mismo. La satisfacción es el resultado de la plena entrega del propio ser a la pareja en el abrazo sexual. Sin tal entrega no se puede conseguir satisfacción real. En otras palabras, sólo si hacer el amor viene del corazón o, en otras palabras, hasta que el corazón no se una a los genitales en el acto sexual, no será posible lograr satisfacción orgásmica en el amor sexual. Justamente, la felicidad sexual es relativamente rara en nuestra cultura porque los individuos han perdido la capacidad de darse completamente a otro ser. La pérdida de esta capacidad de amor es tanto causa como resultado de las neurosis tan comunes en nuestros tiempos.

Una de mis pacientes hizo una observación que, como creo, clarifica mucho la relación entre sexo y amor. Dijo: «Un hombre no puede amar a una mujer hasta que no ame a la mujer». Lo mismo se puede decir de la mujer. Sólo puede amar a un hombre si es capaz de amar a los hombres en general. El amor por el sexo opuesto

determina la capacidad de responder sexualmente a este sexo. Está muy estrechamente asociado con el impulso biológico del sexo, que a su nivel inconsciente no es discriminatorio. Se puede postular que la fuerza de un sentimiento sexual en el hombre es proporcional a la fuerza de sus sentimientos positivos hacia el sexo femenino. El misógino y el homosexual son hombres relativamente impotentes, y lo que hay de verdad en esto para el hombre lo es igualmente para la mujer.

El amor en el sentido personal es un sentimiento consciente, resultado del enfoque del afecto general sobre un individuo específico. Debido a esta forma personal de amor, el sexo llega a ser discriminatorio. El mismo fenómeno se puede observar en los niños. Un niño recién nacido o muy pequeño se dejará criar con cualquier pecho. Pero en cuanto el bebé haya adquirido conciencia de quién es su madre, enfocará sus sentimientos y deseos hacia ella. De manera similar, la sexualidad adolescente está dominada por el elemento inconsciente en su amplia respuesta hacia el sexo opuesto. Esto explica por qué el comportamiento sexual tipo donjuán se describe como adolescente. La sexualidad madura es selectiva. Tiene un componente consciente más amplio que se sobrepone a la reacción instintiva generalizada subyacente.

La disociación entre sexo y amor se puede describir como división entre los sentimientos de amor conscientes e inconscientes. El hombre capaz de responder sólo con una prostituta reacciona con ella a un nivel impersonal. Como “mujer” es un objeto legítimo de sus deseos sexuales. Su anonimato o su papel de marginada social le permite expresar hacia ella sus sentimientos sexuales. Su amor se dirige hacia la fémina que hay en ella, independiente de su personalidad. El violador tiene una actitud similar. Sólo puede responder sexualmente a lo femenino en una mujer sí, mediante la violencia, puede destruir la integridad de su personalidad. El grado de disociación entre los sentimientos tiernos y afectivos y los sentimientos sexuales varía según la severidad de la alteración neurótica. Pero da igual en qué grado esté presente, esta disociación actúa en detrimento de la potencia orgásmica.

En este capítulo he intentado demostrar que el sexo es una expresión del amor. Pero la relación entre sexo y amor contempla muchos aspectos más. ¿Podemos demostrar también que el amor es una manifestación de la sexualidad? Vamos a explorar esta idea en el siguiente capítulo.

3. AMOR Y SEXO

Freud dijo que «el amor es sexualidad con el objetivo inhibido». La reacción que se produjo por esta afirmación fue casi tan violenta como la seguida a su anterior afirmación de que los niños eran criaturas sexuales. ¡Cómo osaba! ¡Estos pequeños inocentes! Conectar el amor con el sexo era algo blasfemo. El amor es divino. El sexo es una pasión animal. Como yo lo entiendo, la expresión "objetivo inhibido" significa que la necesidad de gratificación erótica es desprendida de su impulso sexual. Lo que se ha abandonado de este impulso es el sentimiento de afecto y el deseo de cercanía al objeto amado, lo que Freud llamó amor.

Theodor Reik, un neofreudiano, rechaza categóricamente este concepto de Freud. El mantiene que el amor es un fenómeno psicológico, mientras que el sexo es un proceso físico. El amor es cultural, el sexo es biológico. El amor pretende poseer el ideal del ego, el sexo simplemente quiere descargar una tensión física. La disociación de Reik del comportamiento en psicológico y físico ignora la unidad básica del ser vivo. Estas categorías sólo se pueden emplear como conveniencias descriptivas, no corresponden a una división real de la personalidad, en contra de lo que sugiere la afirmación de Reik.

El amor no es más sexo que el sexo amor. Esta afirmación, por su lado, no rechaza la idea de una relación íntima entre estos dos sentimientos. El sexo es una expresión del amor, pero también existen otras maneras de expresar amor, aparte del sexo. El amor no es sexo, pero se puede mostrar que deriva de la función sexual. La base para esta idea se puede encontrar tanto en la evolución de los animales como en el desarrollo personal del individuo.

El amor entendido como sentimiento consciente es relativamente nuevo en el campo de las emociones. Por contraste, el sexo ya apareció muy temprano en el esquema de evolución de la vida. La diferenciación sexual y la actividad sexual aparecen entre los animales rudimentarios mucho antes de que se pueda reconocer algún comportamiento motivado por sentimientos de afecto o amor. Incluso los sentimientos básicos de amor maternal hacia las crías están totalmente ausentes en la mayoría de las especies de peces. En cambio, el sexo en sus funciones de apareamiento y reproducción de los peces no es tan diferente de las funciones correspondientes en los animales más desarrollados, incluido el ser humano.

Si seguimos el curso de la evolución de los animales, es

interesante observar que los signos de ternura y afecto aparecen en forma de cercanía física e intimidad entre los sexos y se incrementan durante el transcurso del apareamiento. En el apareamiento de los peces, el macho se coloca sobre la nube de huevas expulsada por la hembra para descargar su esperma. Hay muy poco contacto entre macho y hembra en esta actividad. El contacto durante la actividad sexual se reconoce por primera vez en los anfibios. La rana macho, por ejemplo, sujeta a la hembra con las almohadillas de sujeción especiales de sus ancas mientras la cubre durante la descarga de los gametos sexuales. Las células de huevos y esperma son descargadas libremente en el agua donde se produce la fertilización. Los anfibios tienen una ventaja sobre los peces por el hecho de que la descarga simultánea aumenta las posibilidades de fertilización con éxito.

No existe ni penetración ni deposición de esperma dentro del cuerpo de la hembra hasta el paso evolutivo hacia animales que pasan su vida entera en tierra firme. Parece que no había necesidad de penetración entre los animales acuáticos. El mar era el gran depositario, la formidable sustancia madre. Sandor Ferenczi expresó la idea de que la penetración sexual entre los animales terrestres tiene la función de proveer un medio fluido con una composición química semejante al anterior mar, para el proceso de fertilización y desarrollo embrional.[7] El embrión humano se desarrolla y crece en un medio líquido igual que lo hacen los huevos fertilizados de peces y anfibios. En este sentido, es adecuado afirmar respecto a todas la criaturas vivientes que su vida empezó en el mar. Pero sea por la razón que sea, el hecho es que la evolución de los animales se caracteriza por un cada vez más cercano e íntimo contacto sexual.

Con el incremento de cercanía física e intimidad que caracteriza el acto sexual de los pájaros y mamíferos, hace su aparición un comportamiento que refleja sentimientos de afecto, ternura y amor. Los naturalistas han descrito actos entre pájaros que sólo se pueden entender en términos de estos sentimientos. Entre los pájaros existe la costumbre de que la hembra acicale las plumas de su compañero mientras se encarama a su lado en una rama, lo que parece agradar al macho. A cambio, él le embucha gran cantidad de gusanos u otro alimento como recompensa por este sentimiento.

Tuve la ocasión de observar y fotografiar una pareja de perros collie que parecieron atraerse a primera vista y que más adelante se aparearon. El macho corrió al lado de la hembra mientras iban jugueteando por la arena, lamiéndola en todomomento. Era un animal grande y hermoso. De manera regular puso su cuello sobre el de ella, frotándolo hacia adelante y hacia atrás. Una tarde, cuando la escuchó en la playa, saltó de una ventana del primer piso

para estar cerca de ella. Había estado encerrado en esa habitación porque pasó toda la noche anterior fuera, cerca del chalet donde se encontraba su "novia". Es importante añadir que la hembra no estaba en celo en esos momentos, así que su comportamiento no se podía explicar cómo sexual. En mi opinión representaba un genuino sentimiento de afecto.

Lo que yo y muchos otros han observado en animales son comportamientos que se asemejan mucho a los humanos en circunstancias similares. Atribuir sentimientos de amor o afecto a tales comportamientos no parece tan descabellado. Sin embargo, al punto al que quiero llegar es que el comportamiento que se puede describir como afectivo sólo lo manifiestan animales que muestran gran intimidad física durante el proceso de reproducción.

Entre los seres humanos, la ternura y el afecto entre un hombre y una mujer generalmente se asocian con el interés sexual. Un conjunto de emociones envuelve a otro. Argumentar que estos sentimientos, amor y sexo, no tienen ninguna relación funcional u orgánica va en contra de la experiencia común. Incluso en las parejas de larga duración donde la atracción sexual ha disminuido mucho, parece poco razonable separar el afecto que se mantiene de los sentimientos sexuales que los unió al principio. La cuestión es ¿el sentimiento de afecto o amor deriva de la atracción sexual? Si respondemos afirmativamente a esta pregunta será importante saber cómo. Podemos obtener cierta comprensión del estudio del comportamiento maternal de los animales.

La evolución de los animales se caracteriza también por la creciente cercanía e intimidad entre la madre y las crías. Entre los animales que depositan sus huevos para que sean fertilizados en el mar o que dejan en la tierra los huevos fertilizados para que se incuben sin más atención, no hay signos de cuidados maternales o afecto. Sólo en los animales más desarrollados, donde el proceso biológico impone una relación física más cercana entre la madre y su descendencia, se evidencia que aparece el amor materno. Los pájaros no sólo incuban sus crías con el calor de su cuerpo, sino que también los alimentan y los protegen hasta que están preparados para dejar el nido. Entre los mamíferos, la dependencia de los pequeños de la madre es aún mayor y su respuesta es más amplia. La madre los limpia, los protege, juega con ellos y les enseña. Su más que obvia aflicción, si la separan de ellos, es la base de la asunción de un sentimiento maternal, cuya intensidad entre las madres animales parece ser proporcional a la indefensión de su prole.

¿Qué tiene que ver ahora el amor de madre con la sexualidad? ¿Qué conexión existe entre crianza y coito? Incluso si admitimos

que el amor maternal tiene sus raíces en la necesidad biológica del pequeño de contacto con el cuerpo de la madre, esto no muestra que el amor se deriva de la sexualidad. Para relacionar entre sí estos dos fenómenos es necesario mostrar que existe una conexión directa entre la lactación y el acto sexual. Tal conexión existe.

La función de la lactación solamente se encuentra entre los animales cuya reproducción comprende la inserción de un pene en una vagina. No creo que estos dos procesos se desarrollaran juntos en estos animales por pura casualidad. El pezón y la boca tienen una relación funcional que se parece en mucho a la que existe entre pene y vagina. Como el pene, el pezón es un órgano eréctil. Como la vagina, la boca es una cavidad envuelta con una membrana mucosa. Además estos cuatro órganos están ricamente irrigados por la sangre. En ambas situaciones un líquido es segregado dentro de la cavidad y en ambos casos el placer erótico y la gratificación son obtenidos del contacto y de la fricción de dos superficies. Además, la estrecha intimidad física del amamantamiento es muy semejante a la del coito. Por otro lado, el pezón es pasivo en comparación con el pene, mientras la boca es más activa que la vagina aunque las similitudes son más significativas que las diferencias.

Desde otro punto de vista parece que el pezón tiene una relación más cercana con el pene que la primera visión física indica. La investigación de la línea mamaria en algunos animales revela que converge en el clítoris de la hembra o en el pene del macho. En la hembra las mamas son secretorias, mientras que el clítoris es inactivo. En el macho ocurre lo contrario con pene y pezones.

Es lógico asumir que ambas funciones, la lactancia y la reproducción genital, se desarrollaron de una raíz común: el uso de una proyección (pene y /o pezón), desde una superficie ventral hacia una cavidad receptiva (vagina y boca), para unir dos organismos. Es una concepción poética creer que la naturaleza adoptó el mecanismo de genitalidad para nutrir la descendencia de su actividad genital.

La naturaleza homologa de pene y pezón, deducible por su similar relación biológica y espacial, como he descrito antes, clarifica la conexión íntima entre oralidad y genitalidad que se observa en la práctica psiquiátrica. Para muchas mujeres, la felación es un deseo oral por el pezón que ha sido desplazado hacia el pene. Incluso la penetración sexual para algunos individuos adquiere la connotación de un acto de nutrición. Algunos pacientes varones me han expresado el sentimiento de alimentar a la mujer. La idea de la "vagina dentada" indica el desplazamiento que puede ocurrir de la boca a la vagina. Durante una sesión terapéutica una de mis pacientes tuvo la visión de que los pechos de su madre se

transformaban en el pene de su padre. Fue una experiencia chocante para ella. Estas asociaciones puede que expliquen por qué algunos sexólogos, como Havelock Ellis, creyeron que el semen era una sustancia nutritiva.

Una cadena de eventos biológicos conduce de la sexualidad a través de la concepción, el embarazo y el nacimiento hasta la lactancia. Psicológicamente, esta secuencia comienza con el amor de una mujer por un hombre y culmina en su amor por el niño, expresado en alimentarlo y cuidarlo, en proporcionarle afecto y atención. En vista de la asociación lógica de estos eventos se nos plantean varias cuestiones importantes. ¿Hasta qué punto se puede disociar uno de estos fenómenos de su precursor? ¿Puede una mujer sentir de una manera por el padre de su hijo y de otra por el hijo mismo? Más específico, ¿la hostilidad de una mujer hacia un hombre se transfiere automáticamente a su hijo? ¿Puede una mujer tener un juego de sentimientos en el área sexual que comienza el ciclo y otro juego distinto relacionado con la alimentación que completa el ciclo? No es fácil dar una respuesta a estas preguntas. Sería ingenuo postular que no existe conexión alguna entre las actitudes y sentimientos acerca de los eventos de un lado de la cadena y los del otro lado. Alguien ha dicho que los «niños sanos tienen padres que son felices en la cama», y yo concordaría con este planteamiento. La experiencia clínica confirma repetidamente lo contrario de este postulado. En los problemas de niños neuróticos invariablemente se puede trazar el rasgo hasta los desajustes y conflictos sexuales de sus padres. Podemos emitir una seguramente buena afirmación general: una madre realmente satisfecha en su vida sexual puede satisfacer fácilmente las necesidades de sus niños desde la abundancia de su amor.

El desarrollo psicosocial de los niños nos proporciona buen material para el estudio de la relación del amor con el sexo. Biológicamente se puede decir que cada niño es concebido en amor, como deducción lógica de la premisa que, a nivel corporal, el sexo es una expresión de amor. Desafortunadamente, ambivalencias y conflictos están presentes en casi todos los individuos. El sexo y el embarazo a menudo son contaminados por lo que Wilhelm Reich denominó “impulsos secundarios”. El sexo puede ser un acto de sumisión para evitar conflictos, en vez de ser una entrega voluntaria al amor. El embarazo puede estar motivado encubiertamente por el deseo de la mujer de atar al hombre a ella o de llenar el vacío que siente en su vida. Estos sentimientos secundarios limitan el amor de la madre pero no lo anulan por completo. Toda expresión de amor y atención que una mujer muestra hacia sus niños manifiesta su amor por ellos. Pero también puede odiarlos. Muchas madres me

explicaron que a veces se sentían como si quisieran matar a un niño difícil. Un tono áspero de la voz, una mirada fría, un comentario humillante pueden dejar traslucir un odio que la madre posiblemente no percibirá conscientemente, pero al que el niño no es insensible. En sus primeros días, el bebé, como todos los bebés mamíferos, simplemente reacciona con placer o dolor a la satisfacción o denegación de sus necesidades. No es capaz de entender los problemas emocionales de su madre.

Mientras va creciendo, se produce en el niño un proceso de desarrollo mediante el cual el amor como función biológica se transforma en amor como experiencia psicológica consciente. Este desarrollo es el afloramiento de la autoconciencia, junto con su corolario, la conciencia del otro. Ya temprano en la vida, el niño se da cuenta de que su madre es un objeto que le puede proporcionar placer y satisfacción. El reconocimiento de la cara humana manifestada por la respuesta del bebé en forma de sonrisa, algo que suele ocurrir a partir de aproximadamente los tres meses de vida, según René Spitz, indica que la memoria y la anticipación ya están presentes en la psique del niño. Más o menos a partir de los ocho meses el bebé muestra signos de angustia por el acercamiento de una persona que no le es familiar. Spitz interpreta esta reacción comosigno de que el niño puede distinguir ahora su propio objeto libidinal de otras personas. Basándose en otros comportamientos infantiles Spitz concluye que a esta edad «el ego se ha establecido». En definitiva, no se puede decir que un bebé de ocho meses es consciente del amor por su madre, esto llega algo más tarde, pero es consciente de la figura de su madre, reconoce su papel especial en relación con sus necesidades y puede expresar su deseo de cercanía mediante acciones apropiadas.

Los psicoanalistas vieron que un niño se forma dos imágenes bien diferentes de su madre que corresponden al comportamiento de ella. La “buena madre” es la que culmina sus necesidades y satisface sus deseos eróticos. La “mala madre” es la figura castigadora o amenazadora, responsable de sus sentimientos de ansiedad o dolor. Todos los sentimientos buenos del niño, los dirige a la imagen de la “buena madre”. Mediante este mecanismo el niño evita el problema de un conflicto interno. Reconoce a la “buena madre” por su actitud positiva y a la “mala madre” por su irritabilidad y desaprobación. Mientras estas dos imágenes se mantienen separadas y distintas, las reacciones del niño no son ambivalentes. Sólo cuando más adelante se funden en una sola persona, aparecen las dificultades de comportamiento.

Sin embargo, una vez desarrollada la capacidad de hablar, a la edad de aproximadamente tres años, el niño expresa sus

sentimientos afectivos hacia la “buena madre” con palabras de amor. Cualquiera que haya escuchado a un niño decir “te quiero, mamá”, no dudará en admitir la sinceridad y profundidad de este sentimiento. Estas palabras parecen llegar directamente de su corazón. Lo que originalmente fue una respuesta biológica al placer y el gozo por el acercamiento de la “buena madre”, ahora se ha transformado en la experiencia psicológica que el niño aprendió a expresar en palabras. El uso de la lengua capacita al niño a disociar el sentimiento de su base anterior, la acción de extender los brazos hacia su madre. La memoria y la anticipación se combinan para crear un sentimiento de afecto dirigido hacia la imagen de la “buena madre” que ahora puede percibir conscientemente y expresar de forma verbal. Marcel Proust definió la belleza como “promesa de felicidad”. Yo definiría el amor como la anticipación de placer y satisfacción.

El objeto de amor, aun en la vida adulta, suele englobar ciertos aspectos de la “buena madre”. Saber lo que es el amor presupone el conocimiento de la “mala madre” o “madre re— chazadora”. Esta misma idea expresa Theodor Reik al decir que el amor es una «contrarreacción a la actividad de envidia y hostilidad reprimida». Según Reik, «el punto de inicio es el sentimiento de una deficiencia del ego y la necesidad de completar o mejorar este ego». Estas dos visiones del amor no son inconsistentes. Ambos se basan en la idea de una antítesis de sentimientos: hostilidad y cariño, envidia y autoabnegación, odio y amor. Pero mientras Reik cree que el problema original reside dentro del individuo, yo me inclino a verlo como resultado de la relación del niño con su madre. El amor romántico restablece la situación de la primera infancia, pues muestra cierta irrealidad en la experiencia del amor, en el sentido de la negación de lo negativo: la hostilidad y la imagen de la “mala madre”. El objeto del amor romántico se ve siempre bueno, puro, noble, es decir, como un ideal.

El amor como experiencia psicológica es una abstracción. Con esto quiero decir que es un sentimiento separado de su acción apropiada, una anticipación que no ha encontrado todavía su realización. Tiene la misma cualidad que la esperanza, el deseo o los sueños. Tales aspiraciones y sentimientos son necesarios para la existencia humana. La apreciación del amor como fenómeno psicológico no debe cegamos ante la necesidad de su realización mediante la acción. El amor encuentra su realidad en el placer y la satisfacción del impulsobiológico del abrazo y la unidad. El amor romántico es la criada de la sexualidad y cumple una función importante.

El amor incrementa la tensión de la atracción sexual. Lo hace

poniendo una distancia psíquica entre los amantes. Esta distancia es la conciencia elevada de la persona amada. Esta percepción elevada en realidad separa a dos personas, pues define sus diferencias y acentúa su individualidad. La persona amada se convierte en única, nunca genérica. El dicho «La ausencia [distancia] hace que en el corazón aumente la pasión» parece que quiere decir que cuanto más profundo es el amor, más amplia la separación. Y es aquí donde aparece el sexo. El sexo tiene un mecanismo de placer. Pretende eliminar la distancia y descargar la tensión, produciendo placer en el proceso. Puesto que la cantidad de placer está en proporción directa con la cantidad de tensión, como señaló Freud, cuanto más profundo es el amor, más grande la distancia y más pleno el placer de la unión sexual.

El cambio de la posición de coito desde atrás, empleada por la mayoría de los mamíferos, al acercamiento por delante adoptada por la mayoría de las personas, es significante en términos de la relación entre amor y sexo. En la posición cara a cara, la percepción de la pareja sexual como individuo se hace más extendida y profunda. Es más fácil darse cuenta de los sentimientos del otro. En esta posición entran en contacto físico las superficies frontales del cuerpo, las más sensitivas. Es una especulación interesante suponer que este cambio de posición puede haber aumentado la conciencia del ser humano de su sentimiento de amor.

La relación entre amor y sexo se puede plantear como sigue: el sexo, separado de su aspecto consciente, es decir, el sexo como impulso instintivo, obedece al principio del placer. El aumento de tensión sexual lleva entonces al intento inmediato de descargar esta tensión a través del objeto disponible más a mano. Pero en cuanto aparece en escena el amor, entraen acción el principio de realidad. Conociendo el amor, se sabe que el placer de la descarga sexual se puede aumentar mediante ciertos objetos sexuales y disminuir mediante otros. Conociendo el amor, se tiende a retrasar la acción, conteniendo conscientemente la descarga de la tensión sexual, hasta que se establezca la situación más favorable posible, que, desde luego, es la presencia de la persona amada. La insistencia en la selectividad y discriminación durante la elección del objeto sexual en pos de un mayor placer sexual es una de las funciones principales del amor. Cuando se busca un objeto especial, la persona se vuelve más consciente de este objeto, más sensitiva al amor y a la pareja amada.

El amor se puede expresar espiritual o físicamente. Una manera no excluye a la otra. Normalmente ambas formas de expresión son complementarias. En una persona sana la expresión espiritual del amor crea una tensión que más tarde es descargada mediante algún

acto físico de amor. El placer proporcionado por ello incrementa por su lado la conciencia y la espiritualidad. Una manera lleva a la otra y hace de la otra una experiencia más significativa.

En un individuo no neurótico contribuye la espiritualidad a la sexualidad, y viceversa. En ausencia de tendencias disociad vas que dividan la unidad de la personalidad, más espiritualidad significa más sexualidad. Por esta razón diría, hablando en general, que la sexualidad de una persona civilizada es superior, cualitativa y cuantitativamente, a la de una persona primitiva. Cualitativamente contiene más ternura, una sensibilidad más sutil y un respeto más profundo de la individualidad. De manera cuantitativa encontramos más frecuencia y más intensidad de los impulsos sexuales. Pero esto es verdad sólo en ausencia de neurosis. El individuo neurótico envidia con anhelo la libertad sexual y el placer gozado por cierta gente primitiva.

En otros tiempos, las personas primitivas envidiaban la aparente sexualidad superior del hombre civilizado. El sentido de individualidad del hombre civilizado atemorizaba al hombre primitivo y fascinaba a la mujer primitiva. Desafortunadamente, la mente primitiva no estaba preparada para el comportamiento neurótico de los civilizados, ni para su astucia y su embuste.

En *Laughing Boy*, la historia de un indio navajo, Oliver La Farge, explora el efecto de las prácticas sexuales del hombre blanco sobre las actitudes indias. Laughing Boy encuentra y se siente atraído por una muchacha india que creció entre gente blanca y que fue seducida por uno de ellos. Ella le inicia en las excitaciones del juego del amor, con sus besos y caricias, y también en el alcohol. Laughing Boy se enamora locamente de esta muchacha y se da cuenta de que no puede dejarla para volver con su gente. Por otro lado, su familia no la aceptaría. Pero aun así lo intenta. El dilema se resuelve por la muerte de ella durante el viaje de retomo. Pero Laughing Boy ha de luchar entonces con la insuperable dificultad de no poder aceptar como mujer a alguna de las sosas chicas indias. Decide vivir solo, pero no se siente solo porque la memoria de su amor ilumina su corazón.

He mostrado solamente una visión del amor del hombre civilizado. La promesa que ofrece no es fácilmente cumplida. La cultura no sólo da promesas sino también problemas, tanto conflictos como excitación. Aunque el amor sea el aliado del sexo, también puede traicionarlo. El peligro en cualquier relación dialéctica es que un miembro de la pareja se puede girar en contra del otro. Es en el nombre del amor que se suprime la sexualidad infantil. La madre cree que está actuando en el mejor de los intereses de su niño cuando le ataja sus actividades masturbatorias.

Es en el nombre del amor que la actividad sexual de los adultos es restringida y socavada. ¿Cuántas mujeres han expresado el pensamiento: «Si me quisieras, no querrías que hiciera eso»? Es verdad, esta actitud ya no es tanacusada hoy en día, pero de ninguna manera ha desaparecido. El antagonismo de amor y sexo se expresa también en el doble patrón que muchos hombres siguen: uno no se acuesta con la chica que quiere y uno no puede querer a la chica con quien se acuesta. En los oídos de la gente sofisticada, esto suena a agua pasada, pero incluso muchos escritores modernos enfatizan la distinción entre amor y sexo. La distinción está allí, disociando el amor del sexo como postula Theodor Reik: «Creo que amor y sexo tienen un origen y una naturaleza diferente». El sexo, según él, es un instinto biológico que sólo pretende la descarga de una tensión fisiológica. El amor es un fenómeno cultural que persigue la felicidad estableciendo una relación muy personal. Reik cree que existe sexo sin amor, «sexo directo».[8] El efecto de tal actitud es una degradación de la sexualidad. Es reducido a una pasión animal, una lujuria que es inferior a la noble calidad del amor.

La eliminación del amor del sexo se deriva de la división de la naturaleza unitaria del ser humano en dos categorías opuestas, cuerpo y espíritu, naturaleza y cultura, mente inteligente y cuerpo animal. Estas distinciones existen, pero ignorar su unidad en esencia en la naturaleza biológica del hombre es crear una condición esquizoide. Oponer la cultura a la naturaleza puede resultar peligroso. Una mente inteligente actúa para controlar el cuerpo en el interés de un mejor funcionamiento de él y una experiencia más rica de sus pasiones. El hombre sólo puede ser humano en la medida que también es un animal. Y el sexo es una parte de la naturaleza animal del hombre.

Todo esto, sin embargo, solamente es la explicación filosófica del antagonismo entre amor y sexo. Como he manifestadoantes, el mecanismo dinámico de este antagonismo se remonta a la infancia. El bebé o el niño es capaz de experimentar dos diferentes sentimientos en la relación con su madre. Uno es el placer erótico de su pecho y el que experimenta con la proximidad de su cuerpo. El otro es la percepción de la madre como objeto amado, una persona que promete placer y satisfacción al estar con ella. Normalmente, estos dos sentimientos se encuentran fundidos en una sola imagen. Sin embargo, esta imagen de la madre a menudo es dividida en una “buena madre” y una “mala madre”. La “buena madre” promete felicidad, y el niño transfiere su amor a esta imagen. La “mala madre” es la figura frustradora, la que deniega las necesidades de satisfacción erótica del niño, que entonces enfoca su

hostilidad sobre esta imagen materna. De esta manera se asocia, en la mente del niño, el amor con la promesa de felicidad, pero no con su satisfacción.

En la medida en que crece esta promesa, disminuye la posibilidad de su satisfacción. No podemos evitar sentimos impactados por el hecho de que todas las grandes historias de amor terminan en tragedia y muerte. *Romeo y Julieta* o *Tristán e Isolda* son ejemplos clásicos; *Laughing Boy* es una versión moderna. La lista no tiene fin. ¿Es el amor una ilusión que se desdibuja en la dura realidad de la vida cotidiana? ¿Es el mundo tan cruel que el amor no puede sobrevivir en él?

Tuve como paciente a una mujer joven e inteligente que estaba muy enamorada. Me describió así sus sentimientos: «Le dije [a su amante], "te quiero tanto que nada me puede satisfacer. Quiero devorarte, consumirte; quisiera tenerte completamente dentro de mí."» Podemos describir su amor como neurótico, infantil, irracional, etc., pero su sinceridad y lo genuino de sus sentimientos no se puede negar. Ella indicaba que ni siquiera después de las experiencias sexuales más intensas se sentía satisfecha. Y remarcaba: «Cuanto más enamorada me sé, más indefensa, dependiente y débil me siento». Era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que sobre estos sentimientos no se podía asentar un matrimonio. Con el tiempo ambos se casaron con otra persona, pero la atracción entre ellos nunca se desvaneció del todo.

Cualquier analista reconocería fácilmente en los comentarios de esta paciente el deseo infantil de comer a la madre, una extensión del anhelo de pecho insatisfecho. Durante las primeras semanas de la vida, madre significa pecho. El amor de esta mujer es una expresión de su necesidad de ser llenada. Mientras no estaba enamorada estaba deprimida y se sentía vacía por dentro. ¿Cómo podía encontrar satisfacción en el sexo? No estaba buscando descarga genital. La genitalidad solamente funciona sobre la base de energía sobrante, de un organismo lleno, algo para descargar. Ella buscaba satisfacción oral y su inconsciente identificaba el pene con el pezón. La felicidad que buscaba no era la satisfacción sexual, sino la dicha de un bebé contento durmiendo en brazos de su mamá. Quizás sería más correcto decir que ella deseaba volver al útero, donde cualquier necesidad es cubierta automáticamente. El amor es nuestra búsqueda del paraíso perdido.

Esta paciente era neurótica, pero ¿acaso no hay cierto elemento de búsqueda del paraíso en todo sentimiento de amor? Y el paraíso ¿no se reencuentra cuando hallamos al ser amado? En esto reside la magia del amor: transforma lo ordinario en extraordinario, la tierra en el cielo. ¿Es eso neurótico, infantil o irracional? No lo creo. Mi

paciente era neurótica, no debido a su profundo amor, eso era lo mejor en ella, era neurótica porque era incapaz de satisfacer su amor de una forma sexual madura. Su fijación en el nivel oral le impedía la obtención de satisfacción genital. Su problema *no* era la incapacidad de amar, sino la incapacidad de expresar su amor como una mujer madura. El amor refleja al niño que llevamos dentro. Todos amamos como niños, pero lo expresamos como adultos. A esta paciente había que ayudarla, no haciéndola verlo inadecuado de su amor, sino resolviendo sus conflictos sexuales.

El amor que ha perdido su conexión con sus salidas biológicas se transforma en un "cuelgue", un "enganche". Esto se puede ver claramente en el fenómeno de transferencia que se da en el psicoanálisis. Muchos pacientes se enamoran de su analista, un hecho que se explica analíticamente por la transferencia de sus sentimientos inconscientes hacia sus padres o madres; muchas veces este amor se prolonga durante años. El paciente sueña despierto con su analista y pendiente de sus sesiones psicoanalíticas. Bajo estas condiciones no se puede esperar mucho progreso en la elaboración de los problemas del paciente. En mi experiencia, este "cuelgue" se produce cuando el analista es una persona inaccesible cuya personalidad real queda velada al paciente. Dado que no se suele permitir ningún contacto físico con el analista, el paciente espiritualiza sus sentimientos de amor y vive en un estado de ilusión. Este "cuelgue" se puede evitar si el analista es un ser humano accesible al que el paciente puede tocar, observar y frente al que puede reaccionar. Entonces el sentimiento de amor se transforma pronto en un sentimiento sexual que el paciente expresará mediante un sueño, un desliz lingüístico, un comportamiento de flirteo o una declaración directa. Entonces se puede pasar a analizar el sentimiento y resolver la transferencia. El amor biológicamente satisfecho no es ilusorio, adquiere sustancia que deriva de la satisfacción física proporcionada por la relación; tiene profundidad puesto que ha sido confrontado con la realidad y reforzado por el placer, y es amplio porque el buen sentimiento que lo envuelve, se extiende a todo el mundo. Hablar del amor en abstracto es como discutir sobre comida con un hambriento. Es una idea válida pero no tiene la fuerza para cambiar su condición fisiológica. Las vidas y el bienestar de los seres vivos son gobernados por acciones biológicas, no por sentimientos abstractos. El sexo es satisfactorio. Tomar el pecho es placentero. Tocar aumenta la sensación de seguridad. El contacto es caluroso. El cuerpo es de fiar.

Separado de sus raíces en la función biológica del ser humano, el amor se vuelve trágico. Buscar el paraíso en cualquier sitio pero no

en la tierra y en la realidad de la vida cotidiana lleva a la muerte. Lo divino en la forma humana es el éxtasis del orgasmo. Si hay otras formas, sólo existen en los santos, los ángeles y los mártires. Si no podemos ser santos y no queremos ser mártires, podemos ser seres humanos en el sentido completo de la palabra, lo que incluye nuestra naturaleza animal. El individuo sexualmente sofisticado aboga por el sexo sin amor. Proclamar amor sin sexo es prometer un reino que no es de este mundo. La realidad de nuestro ser es que la vida y el amor surgen del sexo que, por otro lado, se transforma en el vehículo para la expresión del amor. El gran misterio de la vida es el amor sexual. El amor promete la satisfacción que la sexualidad ofrece.

4. MUERTE, SEXO E INDIVIDUALIDAD

La conciencia del amor implica el conocimiento del paraíso perdido. Para conocer el sentido del amor hay que haber experimentado su pérdida. Aquí nos encontramos con un ejemplo del principio general de que la conciencia crece a través de la percepción de los opuestos: luz y oscuridad, arriba y abajo, masculino y femenino, placer y dolor. Otro ejemplo de este principio es la asociación consciente del sexo con su lado opuesto: la muerte. Encontramos por ejemplo la íntima conexión psicológica entre sexo y muerte en el símbolo de la tierra o la cueva que representan tanto el útero como la tumba. La ansiedad ante el orgasmo, es decir, el miedo a la disolución del ego que agobia al individuo neurótico al acercarse al clímax sexual completo, se suele percibir como miedo a morir. ¿Es esta asociación del sexo con la muerte el resultado de ansiedades neuróticas o tiene su raíz en los procesos biológicos básicos?

Es de aceptación general que la muerte afecta a todo organismo vivo. Sin embargo, sólo ocurre en los organismos vivos que desarrollaron una organización corporal fija. Hasta donde se sabe, la ameba nunca se muere de causas naturales. Pero la ameba no tiene una estructura corporal fija, es decir, no es un individuo en el sentido que damos a este término, ni se reproduce sexualmente. El fenómeno de la muerte natural se presenta sólo en organismos que se reproducen sexualmente y que manifiestan cierto grado de individualidad en su estructura corporal. Podemos decir que la muerte es inseparable del sexo y de la individualidad.

La ameba, quizás el animal unicelular más simple, se reproduce mediante un proceso conocido como división de células. En cuanto llega a cierto tamaño o estado de madurez se divide en dos células hijas, siendo cada una la mitad de la célula madre. Después, las dos células resultantes van creciendo y madurando hasta llegar a su tamaño completo, dividiéndose de nuevo y produciendo cuatro células hijas. Este proceso, se cree, puede seguir indefinidamente mientras las condiciones de vida y crecimiento para las amebas sean favorables.

Lo mismo ocurre con otras formas primitivas de vida como las bacterias y las células de levadura. En este estado de desarrollo de la vida básicamente se distinguen dos propiedades: crecimiento y multiplicación. Se ha calculado que una sola bacteria, si pudiera crecer y multiplicarse sin obstáculos, cubriría la superficie de la tierra en cuestión de un mes.

¿Por qué se tiene que dividir la ameba? ¿Por qué no va creciendo y creciendo y se hace cada vez más grande? No hay un acuerdo científico sobre esta cuestión. Se sugieren varios factores, como un límite por «desfase entre masa nuclear y cito— plasmática, o entre volumen del organismo y su superficie»,[9]o la llegada a un "tamaño crítico".

El crecimiento de los organismos vivos difiere en un aspecto importante del crecimiento de cristales en el mundo inorgánico. Un cristal en una solución correspondiente crecerá aumentando de tamaño añadiendo moléculas en su superficie. La adición ocurre en el lado exterior mediante el proceso de acrecentamiento. Por el contrario, en las formas vivas, el crecimiento se produce desde el interior, del centro hacia afuera. Cuando la ameba llega a un "tamaño crítico", cualquier crecimiento posterior incrementaría la presión interior hasta el punto de sobrepasar la tensión superficial de la membrana exterior. La ameba tiene que encontrar alguna manera de reducir la presión interna o reventará. La división de células lleva a cabo esta reducción de tensión: la masa se divide en dos, aumentando al mismo tiempo la extensión de la superficie total.

La vida se caracteriza por la producción de energía sobrante, es decir, un caudal de energía superior a las necesidades de supervivencia del organismo. La producción de energía sobrante se puede observar abundantemente en el hecho de la reproducción: un pez puede producir un millón de huevos, un árbol mil manzanas y una gata cien gatitos durante su vida reproductora. Este exceso de energía explica la función del crecimiento que se puede ver cómo inversión de energía sobrante en el organismo. La vida es un proceso de crecimiento, de multiplicación y de evolución con su creciente organización y complejidad de estructura.

Hace falta energía para mantener la vida y esta energía se extrae del alimento y del oxígeno. Pero la vida no se contenta con, simplemente, mantenerse viva; es un fenómeno de proceso, expandiéndose, extendiéndose; no se muestra satisfecha con el *status quo.*Un organismo no produce energía sobrante para crecer; crece porque la producción de energía sobrante es la naturaleza de su existencia. Si contemplamos el crecimiento funcionalmente y no teleológicamente, podremos entender el papel de la sexualidad en la vida. Cuando el crecimiento llega a su límite natural, hay que hacer algún uso diferente del exceso de energía producida. En el caso de la ameba esto toma la forma de un modo asexual de reproducción, la división de células. En los animales más desarrollados la energía sobrante se descarga en la función sexual, como mostró Wilhelm Reich.

Es interesante apuntar el hecho de que la función sexual en los animales más altos no llega a ser completamente operativa hasta que su organismo no haya llegado al tamaño completo. Madurez significa que la energía que antes se necesitaba para el proceso de crecimiento ahora se halla disponible para su descarga mediante la función sexual.

Mediante la división de células la ameba se rejuvenece transformándose en dos amebas más jóvenes, y este proceso puede seguir eternamente. Un investigador siguió el proceso de reproducción de una única ameba durante 3.019 generaciones sucesivas antes de darse por vencido. La ameba aparentemente es inmortal si las condiciones son favorables para su subsistencia. Puesto que no se añade ni se pierde nada en el proceso de división de células, se pude decir de la ameba original que sigue viviendo en sus células hijas. Freud reflexionó sobre esta cuestión de inmortalidad de la ameba en su discusión sobre el instinto de muerte. Concluyó que no refuta la existencia de un instinto de muerte en los seres vivos puesto que se puede comparar la ameba con las células de germinación de los animales más desarrollados, células que también tienen esta cualidad de inmortalidad. La muerte natural es un atributo del individuo; la vida en sí, hasta donde yo alcanzo a saber, es inmortal.

La cuestión de la inmortalidad de la ameba sigue estando pendiente. En el experimento mencionado antes cada nueva generación fue colocada en un nuevo cultivo nutritivo líquido. Bajo condiciones de laboratorio, sin renovación del medio de vida, la ameba se muere cuando se acaban los nutrientes o la acumulación de sus residuos imposibilita su existencia. Cómo se comporta en su hábitat natural en pozas y charcas estancadas, nadie lo sabe realmente. Pero la ameba exhibe otro fenómeno que sirve para renovar su fuerza vital. De tanto en tanto, dos amebas se encuentran, se funden en un solo cuerpo, mezclan su protoplasma, se dividen y se separan. La conjugación, como se llama este proceso, revitaliza a la ameba. Después muestra un vigor renovado que se traspasa a las siguientes generaciones. Aparte del hecho de que las dos amebas que se conjugan no muestran ninguna diferencia sexual, este fenómeno es el prototipo de la sexualidad de los animales más altamente desarrollados. Incluye atracción mutua, excitación, fusión y una reacción convulsiva que da como resultado dos individuos renovados.

Otro protozoo más desarrollado en su estructura corporal que la ameba hizo el primer paso de evolución hacia la diferenciación sexual. El *Volvox*, como se le llama, es conocido también como “rodillo” por sus movimientos giratorios para trasladarse en el agua.

Propulsado por la acción tipo barco de sus innumerables cilios, el *Volvox* se parece a una esfera preciosamente adornada que gira sobre su eje longitudinal mientras va avanzando. El *Volvox* es interesante por varias razones: primero, muestra en su estructura corporal la transición a una organización multicelular; segundo, representa el comienzo de la diferenciación y la reproducción sexual; y, tercero, el *Volvox* es un individuo mortal. Cuando su ciclo vital ha sido completado, sucumbe a una muerte natural. ¿Hay alguna conexión entre estos fenómenos?

La reproducción del *Volvox* es tanto asexual como sexual. La mayoría de las nuevas generaciones son asexuales y producidas por un proceso de "germinación" interna. Dentro del cuerpo del *Volvox* aparece un grupo de células especiales, las células vegetativas hijas, que a su tiempo son expulsadas al exterior para transformarse en un nuevo organismo completo. Cada célula vegetativa hija es idéntica a la célula parental de la cual antes formaba parte. Pero después de varias generaciones de reproducción según este patrón surge una generación sexual.

Algunos de estos pequeños organismos producen un grupo de células que se parece mucho a las células de esperma de los animales más desarrollados: los gametos masculinos. Otros organismos producen células tipo huevo que contienen materia nutriente. Las células de esperma y los huevos son expulsados de los respectivos cuerpos, pero no siguen desarrollándose hasta que un gameto macho no encuentre y se fusione con un gameto hembra, o huevo. El nuevo organismo que crece a partir de este huevo fertilizado no es una réplica exacta de sus padres: contiene material hereditario de ambos padres, así que es diferente de cada uno de ellos. La reproducción sexual añade algo nuevo: crea algo que es diferente.

Las células parentales que expulsaron los gametos de sus cuerpos han completado su ciclo vital mediante este proceso. Se dejan caer al fondo, paran todo movimiento y se mueren. Como expresó un zoólogo, cuestionando si valía la pena: «Aquí tenemos la primera aparición de la muerte natural en el reino animal, y todo eso sólo por el sexo». El *Volvox* muere de forma natural; llega al final de un tramo de existencia y deja de ser. En el sentido de tener una vida limitada en el tiempo y el espacio, es único. Por la misma razón se puede considerar como un individuo. Por otro lado, sería un error pensar que la muerte es el precio que el organismo ha de pagar por el sexo. Sería más verdadero afirmar que la muerte entra en la escena de la vida por una puerta, mientras que la sexualidad entra por otra. Pero el proceso que introduce el sexo y la muerte natural es el proceso de la vida misma en la creación de la individualidad.

Con la muerte del *Volvox*, su descendencia lleva adelante el fenómeno de la vida. La vida misma es inmortal, sólo el individuo muere. La muerte es el precio que pagamos por la individualidad. Y el sexo es el instrumento mediante el cual la individualidad es desarrollada y conservada.

La muerte se relaciona con la pérdida del deseo sexual o libido. Mientras el proceso de vida produzca la energía sobrantepara alimentar el impulso para la función sexual, no aparece la muerte natural. Si la muerte se presenta al final de una vida sexual, es porque el organismo ya no puede proporcionar la suficiente energía para mantener sus funciones vitales. Sobre todo: la sexualidad es una experiencia de promoción de vida, tanto para el individuo como para toda la especie. Ofrece renovación física y renacimiento psicológico, similar al efecto revitalizante de la conjugación en los protozoos. Un indio americano de ciento cuatro años de edad expresó esto concisamente al ser preguntado por la explicación de su larga vida. Su consejo era: «Gran cantidad de trabajo físico duro y no perder el interés en el sexo opuesto». Remarcó que fue padre de su último hijo cuando tenía ya noventa y un años.

En sentido amplio se puede decir que la muerte es el resultado de la incapacidad del organismo para sostener y mover la estructura individual que la vida creó. La edad se caracteriza por la pérdida de flexibilidad y elasticidad. Las experiencias de la vida se reflejan cómo estructura en los tejidos del organismo, reduciendo su movilidad y energía disponible. Esto se puede observar claramente en el crecimiento de un árbol, que comienza siendo una semilla, se convierte en un árbol joven y, finalmente en un gigante del bosque. Con cada año se incrementa más su estructura y se reduce su movilidad y vitalidad. De manera similar, el avance de años significa una creciente rigidez. Para apreciar este simple hecho, basta con comparar el cuerpo de una persona joven con el de un viejo. La muerte es *rigor mortis*:estructura, pero sin energía.

Nos morimos porque somos individuos. Somos individuos porque desarrollamos una estructura única y persistente que mantiene su funcionalidad durante todo el transcurso de su existencia. La sexualidad nos ayuda a mantener la continuidad funcional de nuestro ser porque invierte el proceso de individuación. El sentido de uno mismo se pierde cuando nos fusionamos con otro ser en el acto sexual, para salir de la experienciarenacidos y renovados como individuos. La sexualidad es la antítesis de la estructura. Se percibe como una disolución, un flujo y una fusión. Nos lleva atrás, hacia la fuente de nuestro ser, una única célula de la que emergimos.

Estas relaciones también se pueden ver de manera diferente.

Norman Brown, en su estudio *Eros y Tanatos** defiende que la individualidad es resultado de la muerte y basa su visión sobre el concepto del instinto de muerte de Freud, un concepto que nunca fue capaz de aceptar. La visión de Brown lleva a contradicciones inherentes: «Si la muerte —dice— le proporciona individualidad a la vida y si el hombre es el organismo que reprime la muerte, entonces el hombre es el organismo que reprime su propia individualidad». La muerte es el gran agente nivelador que reduce a todos los individuos a su denominador común: polvo. El conocimiento de la muerte eleva la conciencia de individualidad; el miedo a la muerte reprime el sentido de individualidad. Si el hombre es un organismo que reprime su sexualidad, entonces es un organismo que suprime su individualidad e incrementa su miedo a morir.

Si entendemos el sexo y la estructura como manifestaciones de la fuerza básica de la vida en un organismo, podemos entender la estrecha conexión entre sexo y muerte en algunos animales. El zángano que se aparea con la reina muere inmediatamente después. Parece que ha gastado su vida en el acto sexual. Pero los otros zánganos no le sobreviven mucho tiempo. Su tiempo de vida está limitado a una temporada; y, procreen o no, su tiempo se acaba. Los salmones maduros que se desgastan casi por completo para llegar a los lugares de desove y mueren poco después son otro ejemplo de una especie cuyo tiempo de vida se reduce a un apareamiento. No mueren por el sexo; viven para él. Marca su madurez y el final de suexistencia como individuo. En otras especies animales, el ciclo de vida, sin embargo, puede dar para múltiples temporadas de reproducción. Cada apareamiento no significa una muerte parcial sino una renovación de su existencia. Al contrario de Brigid Brophy, no creo que morimos un poco cada vez que nos nace un niño. El nacimiento de un niño es más bien un incentivo fresco para vivir, un estimulante para nuestras energías.

Y finalmente llegamos a una conexión entre sexo y muerte que es peculiarmente humana. El desvanecimiento del ego durante el orgasmo se puede equiparar con la muerte si la personalidad es equiparada con el ego. Brophy considera el orgasmo como una «castración temporal, una pequeña muerte». De manera similar, se puede considerar la pérdida de la erección después del orgasmo como muerte, pero sólo si se identifica la personalidad con el pene. En *Sex in History*, G. Rattray Taylor manifiesta que «la detumescencia sexual es una pequeña muerte y la mujer es siempre, en cierto sentido, la castradora del hombre». Creo que el miedo a la muerte es subyacente al miedo al sexo, pero la identificación del sexo con la muerte, con respecto al miedo, tiene su origen en el

desarrollo de la conciencia humana o de lo que en el psicoanálisis se llama ego. Ningún animal muestra esta ambivalencia hacia la sexualidad que marca al ser humano neurótico. ¿Podemos encontrar alguna clave sobre el origen de esta ambivalencia?

Los acontecimientos en el Génesis donde se relata la caída del hombre nos ofrecen una interpretación que puede dar luz a este misterio. Hay dos versiones de la creación en el Génesis. En el primer capítulo dice: «Dios creó al hombre a su propia imagen, a la imagen de Dios él creó; hombre y mujer, él los creó». Ambos sexos aparecieron en escena simultáneamente con el mandato «Sed fértiles y multiplicaos». En el segundo capítulo dice la historia que Dios primero creó al varón y después, para que no estuviera solo y tuviera ayuda, creó ala mujer de una de sus costillas. La presuposición de la prioridad del varón refleja su supuesta superioridad. Pero la segunda versión indica también alguna creencia en la naturaleza original bisexual de la vida, la condición andrógina antes de aparecer la diferenciación sexual. Nada en esta historia de la creación deja traslucir algún desagrado de Dios con el hecho de la sexualidad. Adán y Eva vivieron en el jardín del Edén en dicha e ignorancia, siendo el paraíso para ellos hasta que la serpiente tentó a Eva a comer la fruta del árbol prohibido.

Está escrito que, cuando Adán y Eva comieron la fruta del Árbol del Conocimiento, «se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos, y cosieron hojas de higuera para taparse». Antes del acto de desobediencia de Adán «el hombre y su mujer estaban desnudos y no sentían vergüenza». Pero después, Adán se escondió de Dios, porque, se excusó, «Tenía miedo porque estaba desnudo». Entonces la pregunta de Dios revela la clave del misterio. «¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del que mandé que no comierais?»

Es significativo que el conocimiento adquirido por Adán y Eva como resultado de comer la fruta del árbol prohibido fue el conocimiento de su desnudez. Parece muy poca ganancia para justificar el terrible castigo que Dios les infligió. ¿No es extraño que antes de su transgresión Adán y Eva no se dieron cuenta de que estaban desnudos? ¿De qué manera se volvieron los humanos como Dios («Vean, el hombre se hizo como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal»), si lo único que aprendió Adán fue el hecho obvio de su desnudez? ¿Cuál es la relación entre estar desnudo y el bien y el mal?

Las palabras son que «se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos». El énfasis está en el conocimiento como resultado de la observación. Adán vio su cuerpo y entendió el significado de su desnudez. En su anterior estado de dicha e

ignorancia la relación de Adán con su cuerpo era similar a la que tiene un animal con el suyo. No era consciente de aquel como objeto de observación. Era uno con su cuerpo y con la naturaleza. Era un animal. No sabía de *diferencias*, como de bien y mal, masculino y femenino, yo y mío. Las diferencias existían y él funcionaba acorde con ellas, como hacen los animales, por instinto y no por conocimiento consciente. El hombre no se hizo *homo sapiens* hasta que no llegó a ser consciente de su cuerpo y de su desnudez.

¿Cómo podemos entender la amenaza de muerte asociada con la fruta del árbol prohibido? Adán no murió como resultado de comer de esta fruta. Ganó el conocimiento de su desnudez, lo que implica el conocimiento de la mortalidad de este cuerpo. El hombre, a diferencia de los animales, *sabe* que su existencia es finita en tiempo y espacio. Sólo él es consciente de los cambios físicos en su cuerpo, que son resultado de su existencia; es decir, él sólo es consciente de la juventud, la madurez y la vejez. Su desnudez revela estos cambios en su estructura física cuyo resultado ahora puede deducir fácilmente. No nos extraña que Adán sintiera miedo cuando descubrió que estaba desnudo, pues eso le revelaba que algún día iba a morir.

La expresión «supieron que estaban desnudos» nos puede sugerir también la interpretación de que se dieron cuenta de que estaban solos, aislados, de que fueron conscientes de su individualidad. La unidad con la naturaleza se desvaneció. El hombre ya no se encontraba más vestido o envuelto por la naturaleza; pertenecía a ella pero también estaba por encima de ella. El miedo y la ansiedad entran en el campo de experiencia del ser humano.

Hay más que decir para apoyar la idea de que el primer conocimiento consistía en la conciencia del cuerpo. El término “desnudez” puede referirse exclusivamente a los órganos genitales puesto que fueron éstos las partes del cuerpo que se taparon. La conciencia del cuerpo, se deduce, puede relacionarse con la conciencia de la diferencia sexual y los sentimientossexuales. La estrecha relación entre conocimiento e intercambio sexual fue señalizada en el segundo capítulo de este libro con referencia al verbo “conocer”, que en el antiguo griego y hebreo tiene este doble sentido. Pero el hecho de que su nuevo conocimiento le haga a Adán sentir vergüenza tanto como miedo (y cubrió su desnudez), indica la estrecha asociación entre conocimiento, sexualidad y muerte. En cuanto Adán abandonó el jardín del Edén, «conoció a Eva como su mujer, ella concibió y parió a Caín». El sexo y la procreación no fueron extraños en el Edén; formaban parte del fondo animal del hombre. Lo que es nuevo es el conocimiento del

acto. ¿Podemos suponer que el conocimiento del que se habla aquí es la comprensión de la relación entre coito y procreación? Esta relación existe en todos los mamíferos, pero ningún animal, excepto el hombre, se da cuenta de ello. Si la conciencia del cuerpo lleva al humano a sentir miedo a la muerte, también le hace ver la posibilidad de crear vida. El hombre de verdad se transforma en *homo sapiens.*El fenómeno de conocimiento distingue al ser humano de los otros animales. Es la existencia del conocimiento que crea una psique como opuesto al soma, un ego como elemento opuesto al cuerpo.

La aparición de un ego crea la antítesis fundamental del ego contra el cuerpo. Para el ego, el cuerpo es un objeto que ha de ser comprendido, controlado y utilizado. El cuerpo también es la morada y el representante de estas fuerzas instintivas tan potentes sobre las que el ego nunca tendrá pleno control y que constantemente intentan arrollarlo, a saber, el impulso sexual. Dado que la sexualidad se identifica con el cuerpo y éste con la sexualidad, esta antítesis también puede verse entre ego y sexualidad. Freud postuló esta antítesis sobre la base del antagonismo de los así denominados instintos del ego y los instintos sexuales. Se corresponde con la polaridad física del organismo, la oposición del extremo de la cabeza y del extremo de la cola.

Un resultado de esta situación es la denigración del cuerpo a un valor inferior, mientras que se da a las funciones psíquicas una posición superior. Esta desvalorización del cuerpo tiene su origen en el fenómeno de la vergüenza en la necesidad del hombre de cubrir su cuerpo para esconder los genitales. La percatación de su desnudez, el sentido de la vergüenza, la caída de la gracia y la maldición de «tener que ganarse el pan con el sudor de la frente» fueron las sanciones con las que el hombre tuvo que cargar por la pérdida de su inocencia. Sin embargo, no podemos decir que se trata de una catástrofe sin fondo. Tal como la serpiente dijo al tentar a Eva a comer de la fruta prohibida, «No morirás... Tus ojos se abrirán y serás como Dios, conociendo el bien y el mal». La seducción de la serpiente ¿era mentira y engaño? A primera vista parece que sí, puesto que la serpiente se considera un bicho traicionero. ¿Cómo podía prometer a Eva inmortalidad basada en el conocimiento del bien y del mal? A pesar de la caída en desgracia, el hombre no ha ganado el conocimiento del bien y del mal. Este conocimiento se ha de adquirir de nuevo en cada situación de la vida. Lo que el hombre ganó fue el concepto del bien y del mal, es decir, el conocimiento de lo opuesto. Era como si le hubiera alcanzado un rayo que iluminara su conciencia y le revelara su insignificancia. El hombre adquirió un ego y perdió la inocencia.

Al observar su cuerpo el hombre se vuelve consciente del tiempo y de los cambios que éste produce en su cuerpo. No solamente se percata de que morirá, sino también de que envejecerá, de que tiene hambre y necesidad de cobijo y de que siente deseo sexual. Y conociendo estas cosas, actúa conscientemente para satisfacer estas necesidades. La conciencia del paso del tiempo implica el conocimiento de su continuidad y el darse cuenta del pasado y del futuro. Cuando a Adán se le abrieron los ojos, no sólo vio que estaba desnudo, sino que también pudo observar y comprender (ver) la interacciónde causa y efecto. Ser como Dios significa conocer la relación causa-efecto en la naturaleza, y mediante este conocimiento el hombre puede imponer su voluntad de la misma manera como se supone que lo hace Dios. Conociendo la causa y el efecto el hombre puede determinar el bien y el mal. De esta manera consigue la inmortalidad, como la serpiente le pronosticó, pero es la *inmortalidad del espíritu*, manifestada en la continuidad y trascendencia del conocimiento.

El hombre adquiere inmortalidad de espíritu al negar el cuerpo, que ahora se ha transformado en el símbolo de su existencia finita, terrenal y animal. En la historia de la caída podemos discernir el origen de la división de la unidad del hombre en valores superiores e inferiores, en el espíritu inmortal y el cuerpo mortal, en una mente cultural y un cuerpo animal. De esta manera el hombre se hace humano en la medida en que se eleva por encima de su naturaleza animal, creando así las categorías de ser humano y bestia. A la bestia le asigna las pasiones y los deseos, sobre todo la agresión y la sexualidad, los valores inferiores. Muerte y sexualidad se conectan en su mente porque ambas se asocian con el cuerpo, un objeto de corrupción. La vida del cuerpo es una vida de corrupción, tan sólo el espíritu es incorruptible, eterno.

Aunque la historia de la expulsión del paraíso es alegórica, la encontramos reproducida simbólicamente en el desarrollo y la educación de cualquier niño civilizado. La condición original del animal humano es la de unidad. Está desnudo pero no hay vergüenza. Tanto el feto en la matriz como el bebé recién nacido viven en la dicha de la ignorancia. Todavía no son conscientes de su cuerpo y sus funciones. Esta condición temprana no es tan paradisíaca como un adulto pudiera imaginarse, pero se parece mucho al jardín del Edén, en su falta de temporalidad y ausencia del conocimiento de la causa y el efecto, de lo bueno y lo malo. Refleja también el estado animal de la naturaleza, una condición en la cual la mente todavía no ha evolucionado hasta el punto de poder disociarse del cuerpo y dominarlo. Psicológicamente, este estado es anterior a la formación del ego.

El ego, según la descripción de Freud, une en sí las funciones de percepción y conciencia. Llega a su apoteosis en el fenómeno de la autoconciencia. Se desarrolla a través de la conciencia del cuerpo y del control consciente de sus funciones motoras. El ego humano incluye la conciencia de la muerte. A nivel biológico, muerte y sexualidad son fenómenos antitéticos. Para un animal la sexualidad es vida y no sabe nada de la muerte. El animal vive plenamente en la atemporalidad del presente y la inmediatez de su cuerpo. Sin embargo, para el ego, la sexualidad y la muerte son fenómenos asociados dado que ambos afirman la dominación del cuerpo sobre el ego. Este no puede contrarrestar su conciencia de la muerte con la sexualidad que en sí también es una función corporal. Sólo puede oponer su conciencia de la muerte con su conciencia de la dicha atemporal, siendo la memoria de su estado original. Esta memoria existe en el ser humano en forma de residuo de su herencia animal, reforzada por sus experiencias vividas en relación con el pecho de su madre. La percibe como conciencia del otro, de la madre en cuyos brazos el niño experimentó, ya conscientemente, la dicha de la satisfacción y del descanso. En el capítulo anterior se definió el amor como conciencia del otro (madre y objeto sexual) que ofrece la satisfacción de la necesidad de cercanía y unión. El amor es la respuesta del ego a la conciencia de la muerte. A nivel psicológico, amor y muerte son conceptos diametralmente opuestos.

La historia está repleta de relatos de individuos que se enfrentaron con coraje a la muerte. La crucifixión de Cristo es un ejemplo del poder del amor que ensalza el espíritu a la vista de la muerte. Los mártires cristianos son otro ejemplo de este poder del amor. Héroes como Nathan Hale demuestran que el amor por un país puede ser una fuerza lo suficientementefuerte para vencer el miedo a morir. Acciones así se pueden entender en términos de una fórmula dialéctica. Cuando se invierte el ego completo en el amor por otro (persona, humanidad o país), no queda energía psíquica libre para cultivar el miedo a la muerte. En otras palabra, la muerte es separada del sentimiento, dado que toda la capacidad para sentir es ocupada por el amor. Al amar, el sí mismo se identifica totalmente con el otro, como han enfatizado tantos escritores.

La primera persona con la que uno se identifica es la madre. El amor del lactante por su madre es el prototipo de toda relación de amor posterior. Toda relación de amor incluye, por ello, elementos de necesidad y dependencia. El amante no puede existir sin el objeto de su amor. En este sentido se parece mucho a un bebé que no puede sobrevivir sin su madre o un sustituto de ella. ¿Qué pasa cuando ambas partes de una relación amorosa tienen los mismos sentimientos de necesidad y dependencia hacia el otro? ¿Qué ocurre

cuando ninguno de ellos puede existir sin el otro? Cada uno vive a expensas del otro en una relación simbiótica que no puede terminar sino en una muerte mutua. Pero sorprendentemente, la muerte no representa ningún miedo para tales amantes. Hace falta bastante razonamiento como el anterior para poder explicar el hecho de que todas las grandes historias de amor acaban en tragedia.

Cuando la relación primaria de amor de un individuo, la relación con su madre, le permite la expresión y la realización de sí mismo, entonces el amor se hace uno con su satisfacción biológica. La identificación que se desarrolla bajo tales condiciones se limita a las necesidades y la satisfacción biológicas y no llega a consumir el ego, o el sí mismo de la persona amada. El sí mismo y el otro se mantienen como dos organismos independientes que se fusionan y luego vuelven a separarse, para fusionarse de nuevo más tarde, cuando la necesidad mutua vuelve a hacerse imperativa. El amor disociado de su expresión biológica, es decir, el amor como un mero fenómeno psicológico, puede liberar del miedo a la muerte. Tal amor, sin embargo, no constituye ninguna base para la vida. El amor en acción, expresado bien como respuesta biológica o como respuesta social a las necesidades de otras personas, tiene efectos sustentadores y renovadores de la vida. El amor psicológico es un antídoto para el miedo a la muerte, y el amor sexual, o el amor en acción, es el antagonista de la muerte.

El fenómeno de la individuación humana o autoconciencia da pie al problema de la ansiedad. El agobiante y destructivo impacto de la ansiedad sobre el hombre civilizado es responsable de la investigación y de todo el esfuerzo invertido en escribir libros sobre sexo, psicología y los temas relacionados. Adán empezó a sentir miedo cuando se dio cuenta de que estaba desnudo. Lo interpretamos en el sentido de que Adán empezó a sentir miedo cuando fue confrontado con su mortalidad y soledad. No importa mucho cuál de estos dos aspectos de desnudez preferimos. Creo que el uno implica el otro. La muerte nos hace sentir solos en el mundo y estar solo nos hace conscientes de nuestra mortalidad.

No podemos negar la observación de que el sentimiento de estar solo, apartado o aislado, produce ansiedad. Muchos psicólogos opinan que el aislamiento que sufren tantos individuos modernos es la causa subyacente de la ansiedad con la que luchen. Pero el aislamiento es, como mínimo en parte, una función de la unicidad de la personalidad, un compañero de la individualidad. Donde ésta se encuentra es menos desarrollada, no aparece el sentido de soledad. El hombre primitivo con la identidad determinada por su pertenencia a su clan o tribu apenas es consciente de su individualidad o su aislamiento. Una ameba nunca está sola, sino

que existe como parte de un flujo continuo de la vida de una ameba hacia la siguiente. Los organismos más primitivos muestran el fenómeno de formar parte del orden natural, de ser uno con su entorno. Pero estos animales primitivos no tienen sentido deindividualidad o, como mínimo, muy poco. Cuanta más individualidad ganamos, más solos y aislados nos sentimos. Por definición, la personalidad crea unicidad, diferencia, aislamiento. Cuanto el sujeto más se funde con la manada o el rebaño, más pierde la personalidad individual. Esto es una vía común de escapar de la ansiedad. Por contraste, cuanto más altamente desarrollada esté la personalidad (y con ello la individualidad), tanto más separado se encuentra el individuo de la masa. Las funciones asociadas con el crecimiento y el desarrollo de la personalidad crean un sentido de unicidad en el individuo, un sentimiento de estar aparte y la condición de soledad.

¿Cuál es el antídoto contra la soledad de la individualidad? ¿Cómo podemos evitar la destructiva ansiedad que puede generar? A menudo se dice que el amor es la respuesta. Esta respuesta nada cualificada la podemos escuchar en cada pulpito, cada domingo, pero lo único que nos ofrece es cierta elevación moral. La respuesta *es* el amor, pero el amor en acción, con su forma primaria que es el sexo. Es un hecho que un hombre que está en la cama con una mujer a la que quiere y cuida o por la que siente un fuerte deseo no se siente solo. Mientras el impulso sexual es imperativo y mientras es consciente y libre de culpabilidad, la ansiedad de estar solo no se presenta. Bajo estas circunstancias el individuo puede estar solo, pero no se angustia por ello.

Si es correcto relacionar la ansiedad con la condición de aislamiento o soledad, es igualmente correcto relacionarla con la inhibición de los sentimientos sexuales o de culpabilidad asociados con éstos. En este sentido podemos ver que la visión de Freud, relacionando la ansiedad con los problemas sexuales, es tan válida como la visión psicológica actual que relaciona la ansiedad con las dificultadas interpersonales. La vida crea dos fuerzas: una tendiendo a la individualidad y la estructuración, la otra dirigida a la fusión y el abandono de toda estructura única. Estas dos fuerzas las podemos reconocer en la personalidad y el sexo. La personalidad es la expresión de la estructura única de nuestro ser; la sexualidad es la fuerza que lleva a la cercanía, identificación y unión con el otro, representando siempre el mundo.

Sexualidad y personalidad son interdependientes. La sexualidad condiciona la personalidad puesto que determina la relación del individuo con los otros y con el mundo. Por otro lado, la personalidad perfila y moldea el comportamiento sexual de un

individuo. La persona sexual es una persona amorosa y una persona gozosa. Su sexualidad le proporciona la mayor fuente de placer y satisfacción en su vida. También le ofrece una orientación positiva hacia los otros y hacia el mundo. Una persona sexualmente frustrada invariablemente es también una persona amargada. Pero la personalidad modifica y controla la sexualidad. La persona amargada no es capaz de disfrutar de la dulzura del amor. Se vuelve ácida en su boca. La persona deprimida también se muestra deprimida sexualmente. Si la personalidad es vital y vivaz, la sexualidad de este individuo mostrará las mismas características. El funcionamiento sexual de una persona rígida es tan rígido y mecánico como lo es su personalidad. Y alguien cuyo comportamiento ha sido diseñado para impresionar actuará y expresará esta misma necesidad en su funcionamiento sexual.

La personalidad no se limita a las funciones psíquicas del individuo, sino que incluye tanto los aspectos físicos como los psicológicos. Desde luego no hay nada nuevo en la exposición de esta idea, lo que es nuevo es la capacidad de entender el lenguaje de las expresiones del cuerpo. Sin esta capacidad y este conocimiento se corre el peligro de llegar a confundir el símbolo con la realidad. Marilyn Monroe, por ejemplo, fue un símbolo sexual, pero no la encamación de la sexualidad. Su cuerpo mostraba una flagrante falta de unidad e integración. Un cuerpo sin unidad revela la falta de fusiónde los estímulos libidinosos pregenitales y su transformación en un fuerte y bien enfocado impulso genital.

La sexualidad de una persona se encuentra dentro de su ser. La satisfacción sexual se refleja en sus buenos sentimientos generales, su capacidad de goce y su felicidad. La madurez sexual se refleja en su apariencia y sus movimientos físicos. Un cuerpo que se ve armonioso, integrado, coordinado y vivo —simplemente un cuerpo que es bello y lleno de gracia en sus movimientos normales y naturales— denota una persona sexualmente madura. Estos atributos físicos son meramente la evidencia externa de un espíritu que es libre, independiente y responsable con su vida. La sexualidad es la expresión de la vida y la antítesis de la muerte.

5. HOMOSEXUALIDAD

En los capítulos anteriores puse de relieve la naturaleza sexual de la vida. La homosexualidad parece ser una contradicción a esta visión. Emerge la pregunta de si existen dos sexos o tres. Se podría postular que el ser humano básicamente es bisexual, puesto que muestra tendencias homosexuales o heterosexuales. ¿Es el homosexual una desviación de la naturaleza que merece la denominación popular de "marica"? ¿Es tan sólo una persona llevada por mal camino, que ha sucumbido a la tentación debido a sus dificultades personales basadas en una infancia infeliz? ¿O es el producto de una sociedad confundida que no puede aceptar toda la variedad de experiencias eróticas posibles en la naturaleza? Las respuestas a estas preguntas puede que nos proporcionen información sobre las alteraciones del funcionamiento sexual en los individuos heterosexuales.

Un aspecto interesante del problema de la homosexualidad es la reacción tan intensa que provoca el homosexual en tanta gente considerada normal. Estas personas a menudo expresan un considerable antagonismo y hostilidad hacia los homosexuales. He escuchado decir a un buen número de hombres que al ver a un homosexual sentían el impulso de darle una paliza. El homosexual a menudo es el objetivo de burlas y desprecio. Al mismo tiempo la gente llamada normal suele mostrar cierto interés e incluso fascinación por los homosexuales. Los bares *gay* en Greenwich Village de Nueva York suelen estar atestados de turistas que sienten curiosidad por esa forma de vida extraña. Esta gente se expone al ambiente *gay* mientras al mismo tiempo expresan repulsa y repugnancia al respecto. Un análisis profundo suele demostrar que tal ansiedad se deriva de un estado latente de homosexualidad, que es reprimido estrictamente en el individuo medio. Estas personas puede que sientan conscientemente que no corren el peligro de "infección" de esta "enfermedad", pero su actitud ante la homosexualidad muestra su miedo de que puedan ser susceptibles a esta forma de comportamiento sexual. En su inconsciente muchas personas dudan de la integridad de su orientación sexual.

La actitud social hacia la homosexualidad refleja la misma ansiedad. Es significativo que, mientras la homosexualidad masculina es menospreciada rotundamente en casi todos los países occidentales, la homosexualidad femenina suele ser más tolerada. Así, donde hay leyes prohibiendo la homosexualidad masculina puede que no las haya para la femenina. Esta actitud seguramente

tiene su base en el miedo de que la homosexualidad fuera contagiosa y que padecer esta "enfermedad" conllevase a la condición de debilitamiento, de pérdida de fuerzas y de impotencia. Esta condena tan fuerte sólo puede provenir de la convicción de una sociedad cuya supervivencia depende de su agresividad. El homosexual es considerado un individuo pasivo; se le ve como alguien con el que no se puede contar para mantener fuerte y luchar por la institución de la sociedad común. En otras palabras, se le considera un ser inferior.

Otra faceta de este problema es el hecho, que difícilmente puede ser pasado por alto, de que a menudo se encuentran homosexuales en la vanguardia de la actividad cultural; en el mundo del teatro, del arte, en el diseño, la moda y la decoración, así como en otras actividades creativas. Ciertamente, estotendrá mucho que ver con las fuerzas sociales de una cultura como la nuestra que da excesivo valor a la agresividad, la virilidad y la competitividad. Se disuade al heterosexual de dedicarse a actividades que se basan en la expresión de emociones tiernas y que por ello parecen pasivas y femeninas. Se le anima a ser duro, fuerte y agresivo. Al homosexual que esquiva la lucha de competición, le queda básicamente el sector creativo como campo de dominio propio. Pero esto seguramente no puede ser la respuesta completa. Esta situación también se deberá al hecho de que la competitividad en nuestra cultura es tan severa, tan fiera, que deja al individuo normal envuelto en ella con muy poca energía o inclinación sobrante para dedicarse a intereses artísticos.

El papel de la sociedad en la sexualidad es muy complejo. En la medida en que la estructura de una sociedad es homogénea, es decir, cuando la mayoría de sus miembros comparten todo el trabajo de la sociedad, la homosexualidad será una situación rara. En una cultura así no existe ningún antagonismo entre las dedicaciones agresivas y artísticas, ningún conflicto entre emociones tiernas y fieras. El guerrero también es el bailarín, el artista es también un trabajador. Ahí no hay mucha diferencia entre un hombre de acción y un hombre de pensamientos. Estas condiciones desde luego sólo caracterizan las culturas más simples o primitivas. El resultado es que estas culturas no dan lugar a una forma de vida homosexual, lo que no quiere decir que la homosexualidad no exista en tales comunidades. La historia y las investigaciones antropológicas muestran que es un fenómeno bastante universal que incluso se puede encontrar en el reino animal. Pero generalmente es una circunstancia esporádica, el recurso de un individuo que no tiene acceso al sexo opuesto. Sólo en las culturas más altamente desarrolladas la homosexualidad se convierte en una forma de vida. La división del trabajo, la

estratificación de la organización social y el conflicto entre las tendencias agresivas y pasivas aíslan a la persona sensitiva y poco asertiva, proporcionándole un ambiente donde estas calidades son aceptables.

G. R. Taylor nos muestra otra forma de ver la relación entre sociedad y sexualidad. Según él, si la restricción social de las tendencias sexuales es demasiado estricta, se pueden anticipar tres posibles reacciones: las personalidades más fuertes desafiarán el tabú; los más débiles desarrollarán formas indirectas de expresión o formas de sexo pervertidas; en otros aparecerán síntomas de alteraciones psiconeuróticas. Esta visión, con la que estoy de acuerdo, no entra en contradicción con las ideas que expresé antes, sino que añade una interpretación psicológica que necesita de más elaboración. La existencia de personalidades débiles que no están integradas en la vida normal de una comunidad crea un depósito de individuos que, por necesidad, buscarán modos indirectos de expresar su sexualidad. ¿Hay una debilidad especial que caracteriza al homosexual y cuál es la predisposición para esta forma de comportamiento sexual? En este capítulo buscaremos una respuesta a esta pregunta.

Conviene añadir unas palabras de cautela. La lógica del argumento de Taylor no nos debería llevar a creer que la etiología de la homosexualidad sea simple. Nuestro tiempo difícilmente se puede considerar una era de restricción sexual. Aunque no estemos sexualmente maduros, somos sexual— mente sofisticados. No obstante, según ciertas autoridades, la homosexualidad prevalece más hoy en día que en ningún momento del siglo anterior. Creo que tenemos que buscar una explicación más profunda de este fenómeno y que esta explicación la tenemos que encontrar en la personalidad del homosexual.

Aunque existan comunidades de homosexuales en la mayoría de las grandes ciudades de nuestro ámbito cultural, esto es un invento de apenas unas cuantas décadas. Más frecuentemente, el homosexual es un individuo aislado en una comunidad más grande de hombres y mujeres heterosexuales. Sin pareja, está solo, inseguro y preocupado. A pesar de las afirmaciones de algunos homosexuales declarados respecto a que la homosexualidad es una forma de vida “normal”, el invertido normal es consciente de que su inclinación es síntoma de una enfermedad emocional.

John representa un buen caso para ilustrar este problema. Me consultó debido a sus sentimientos de depresión y angustia por la finalización reciente de una relación homosexual que había durado varios años. John fue rechazado en favor de otro amante. Estaba enfadado y desconsolado y, aunque la relación se había terminado

hacía más de seis meses, era incapaz de sobreponerse a sus sentimientos de celos y rabia.

John era bailarín profesional. Durante muchos años fue miembro de una importante compañía de danza moderna y su implicación homosexual fue con el primer bailarín. Mientras estuvo en la compañía tuvo la sensación de que le estaban explotando, porque trabajaba duro por muy poca recompensa económica. Dado que sus ingresos como bailarín casi no le daban para mantenerse, ganaba algo de dinero extra con ciertas actividades musicales. Sus ingresos totales alcanzaron apenas para un piso con agua fría, unas cuantas exiguas posesiones y una vida bastante modesta. Pero John estaba contento con esta situación. Necesitaba muy poco para vivir, como dijo, y este poco siempre podía conseguirlo. Su problema más grave era cómo conseguir el dinero para la terapia que creía que necesitaba. Por otro lado, John sí tenía cierta ambición. Deseaba triunfar de alguna manera con su música y esperaba ganarse mejor la vida algún día.

Varios años antes John había intentado una relación con una mujer, pero resultó tan poco satisfactoria sexualmente que abandonó esta idea. Sin embargo, cultivaba amistad con varias mujeres que mantenían un interés maternal hacia él.

Durante el transcurso de su terapia, John experimentó por primera vez el sentimiento de excitación sexual a la vista de una muchacha, hecho que le sorprendió mucho. Pero a pesar de ello, un posterior intento de relación con una chica no dio mejor resultado que su esfuerzo anterior.

Obsesionado por la pérdida de su amante y atormentado por sus necesidades de contacto y liberación sexual, John vagaba por las calles y, de tanto en tanto, se dejaba caer en encuentros homosexuales sin futuro. Cuando encontraba alguna pareja, era sólo para una noche. Aunque temporalmente aliviado por esta actividad sexual, John nunca se sentía satisfecho, ni mucho menos libre de ese desgarrador sentimiento de soledad que ronda al homosexual sin relación estable. Es difícil para mí entender cómo los homosexuales se pueden llamar *gay*.[10] Es verdad, las fiestas y reuniones homosexuales tienen una apariencia superficial de fresca despreocupación y libertad de restricciones. En una fiesta de hombres homosexuales en Nueva York, la camarera era una chica atractiva que iba casi completamente desnuda sirviendo a los hombres. Nadie le prestó especial atención y nadie hizo ningún movimiento para acercarse a ella. La despreocupación y forma de vida *gay* reflejan una falta de fuertes sentimientos. Son máscaras para cubrir la muerte interior de la personalidad homosexual. Al llegar a conocerlos más íntimamente y bajo análisis, los

homosexuales suelen demostrar ser algunas de las figuras más trágicas de nuestros tiempos.

John no era una persona sin atractivo. Estaba bien formado, con buen desarrollo muscular que además había sido cultivado gracias a su carrera de bailarín. Su cara juvenil y sus facciones regulares resultaban agradables de mirar. Se podía detectar el problema de John en sus maneras suaves y afeminadas, en su comportamiento delicado y su hablar calmado. Estas cualidades están muy asociadas con el homosexual masculino, aunque sólo representen características secundarias. Las cualidades opuestas, desde luego, no definirían a un "hombre de verdad". ¿No será que allí había una alteración más profunda, responsable de la distorsión tan severa en la personalidad de John?

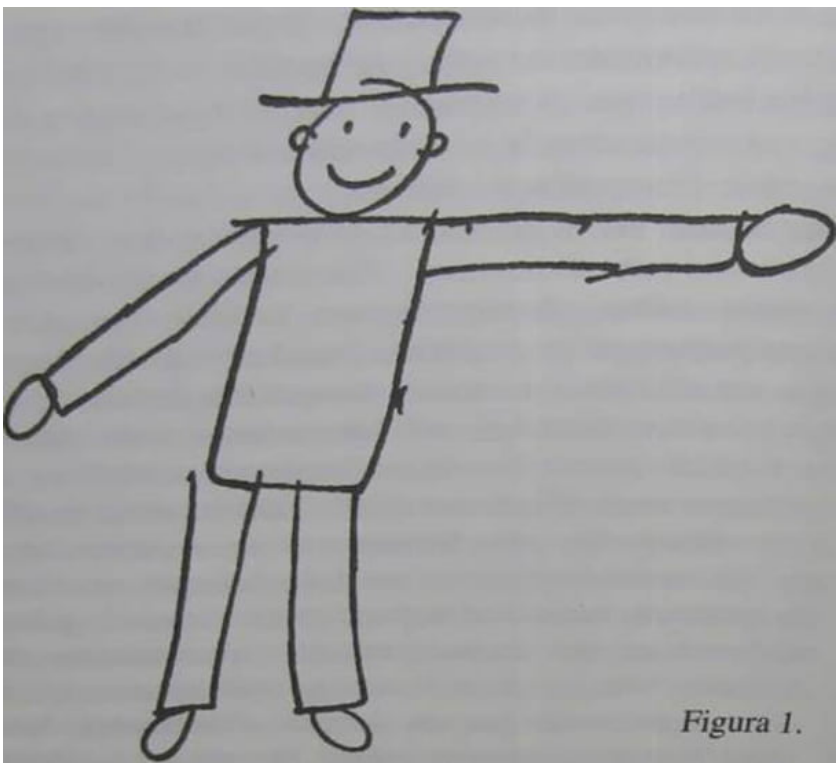


Figura 1.

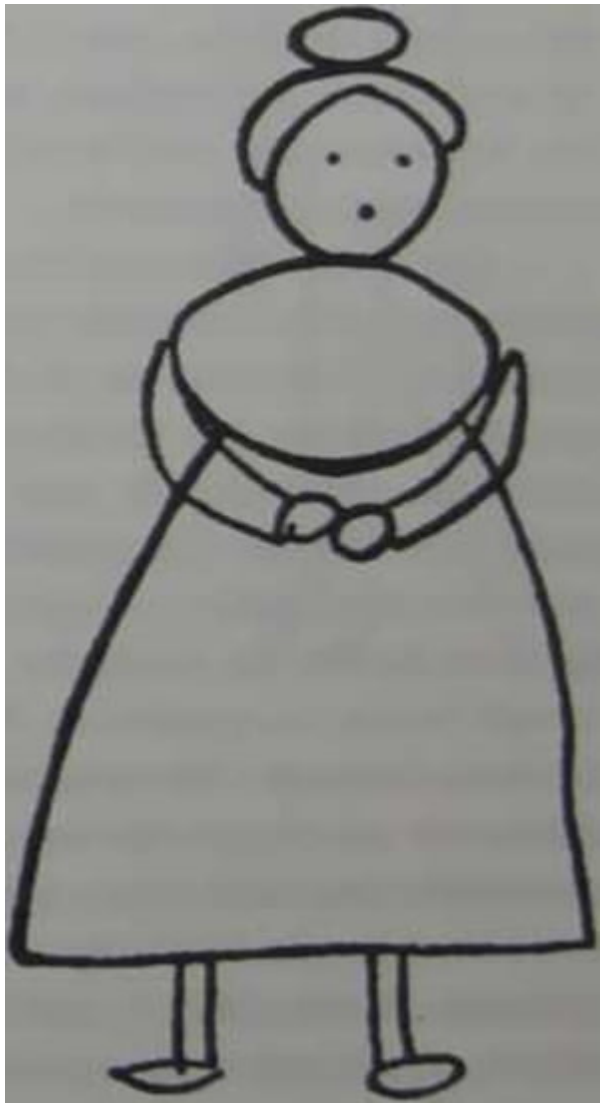
Observándole más de cerca, su cuerpo, que a primera vista parecía normal, era tieso e inmóvil. Posaba como una estatua de madera, se movía como un soldado de juguete. Y aunque esto parezca extraño en vista del hecho de que John era un bailarín profesional, tiene su explicación. Los movimientos que en escena parecen libres y llenos de gracia, son estudiados y el resultado de un entrenamiento especial. Fuera del escenario, John era torpe y restringido. Sus músculos parecían

rígidos, duros. De hecho, era un bloque muscular. Cuando trabajé por primera vez con él, me atrajo la atención su olor corporal rancio, desagradable. Tuve la impresión de que estaba "muerto", sin sensaciones o sentimientos.

La falta de vida en el cuerpo de John se reflejaba también en sus ojos. No tenían expresión. Muy raramente me miraba directamente. Y cuando lo hacía, no había sentimiento o contacto entre nosotros. En una ocasión le pedí que me mirara a los ojos y pude ver aparecer algo de calidez en ellos. Sonrió como lo hace alguien a quien le acaba de ser revelado algo y se siente incómodo por ello. Sus reservas se habían fundido por un momento.

Obtendremos una apreciación más profunda de la condición de John analizando los siguientes dibujos hechos por él. Son expresiones de su imagen corporal, es decir, de la manera en que percibe su propio cuerpo y, por ende, otros cuerpos. La figura 1 muestra su concepto de la imagen masculina.

A la petición de comentar su dibujo, John dijo: «Me sentía autoconsciente al dibujar. Yo *hice* el dibujo». Sobre la figura destacó: «Está a gusto consigo mismo o quiere saber si a usted le gusta lo que él le agrada. Está muy tieso y limitado en su movimiento. Está feliz. No sabe que tiene algún problema».



La figura 2 es la imagen de una mujer. John la describe como una «madre paciente. Un poco decepcionada pero sin expresar ninguna queja. Es incapaz de mostrar ningún sentimiento».

No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que ambas figuras son títeres o muñecos y no seres humanos reales.

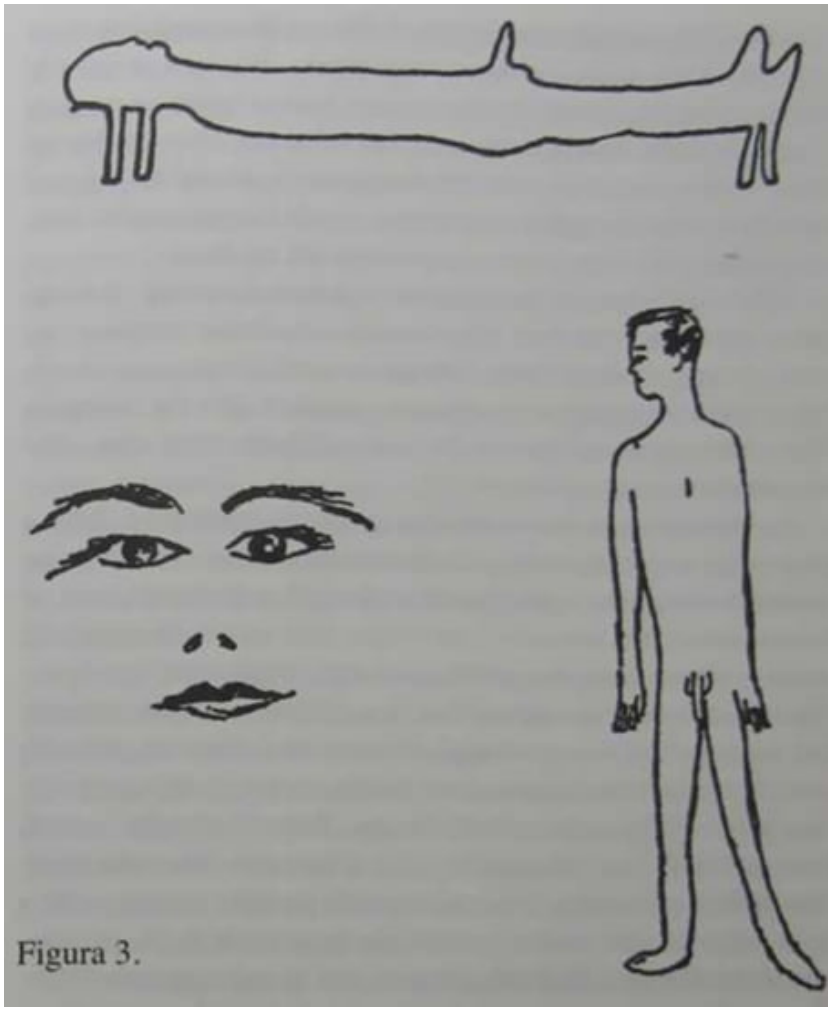


Figura 3.

Para exponer más de los sentimientos de John respecto a su cuerpo le pedí que dibujara un hombre desnudo. (La mayoría de los pacientes, al pedírseles un dibujo figurativo, responden más bien con una figura desnuda que vestida. John dijo que era más difícil dibujar un desnudo.) La figura 3, dibujada entonces, es muy reveladora. Retrata un "tieso", es decir, un cadáver, con una erección, soportado por cuatro proyecciones que le mantienen alejado del contacto con el suelo. La falta de vida del cuerpo de John queda bien retratada en este dibujo. Todo su sentir está concentrado en el pene erecto. Esto es un problema homosexual: excitación genital en un cuerpo carente de sentimientos placenteros.

La falta de vida en el cuerpo y la sobreexcitación de los genitales quedó vivamente expresada en una de sus sesiones terapéuticas. Estirado en el diván, John extendió la boca en un gesto de querer dar un beso o chupar. Al hacer esto se le produjo una erección, lo que le sorprendió mucho. Se pareció justo a su dibujo. La

interpretación de esta reacción nos proporciona una buena comprensión de la dificultad homosexual. La excitación de extender la boca se transmitió inmediatamente hacia los genitales. El cuerpo actuó como un tubo rígido, transfiriendo la excitación de un extremo al otro, sin experimentar el flujo de un sentimiento sexual. Eso no es sexualidad normal. Una respuesta así prescinde de la sexualidad al ser limitada al órgano genital. Un sentimiento sexual es el deseo de cercanía y unión entre dos cuerpos. Los genitales sirven como mecanismo de descarga. La excitación que va creciendo estimulada por el contacto entre ambos cuerpos esdescargada en el acto sexual a través del aparato genital. Puesto que el cuerpo de John estaba relativamente muerto y falto de respuesta, evitaba la cercanía e intimidad del contacto corporal, procurando sólo eliminar la tensión o excitación sexual. Esta necesidad de descargar una tensión había sido directamente responsable de la primera experiencia homosexual de John.

«Mi primera experiencia sexual fue en un campamento de verano cuando tenía diez años —dijo John—. Por la noche, en la litera, intentaba esconder mi erección pero a veces se parecía a una pequeña tienda debajo de las sábanas. Una noche mi monitor hizo su ronda y me vio despierto. Se metió en la cama conmigo y me masturbé a mí mismo y a él. Sentía mucho miedo, pero preveía otra visita como ésa cada noche.»

No ocurrió nunca. La segunda experiencia sexual de John tuvo lugar en el metro. «Un hombre morboso restregó mi pene en un tren abarrotado. Entonces salió conmigo y me dirigió hacia un callejón. Estaba tan aterrado que me escapé.» Pero John siguió relatando que más adelante tuvo «incontables encuentros en el metro».

La persistencia de la erección genital empujaba a John a procurarse encuentros fugaces en cualquier sitio. Observó que se había enrollado «con literalmente miles de hombres y al menos unas diez mujeres, casi todos encuentros de una sola noche». John tuvo dos relaciones más largas con hombres. Una era una relación esporádica que empezó cuando John tenía veinte años y se prolongó durante tres. La otra relación con el compañero bailarín duró nueve años y acabó justo antes de que John empezara la terapia. Pero él «ligaba y tenía encuentros de una sola noche todo el tiempo» mientras duraban ambas relaciones. Con su segunda pareja, siempre «fui a casa después para dormir con él, no importa la hora que fuera». John dijo que disfrutó «el sexo con el más que con nadie. Simplemente me encantaba estar cerca de él en la cama. Quería vivir con él». No obstante, durante esos nueve años, salió regularmente a ligar. «Supongo —dijo John—, que el problema principal es que quiero tener la seguridad de una relación

permanente, una persona con la que dormir, comer, hablar... y también la libertad de andar por ahí mariposeando y alternar con otros.»

La contradicción en la personalidad de John estaba enfocada en este conflicto. No era capaz de integrar sus necesidades de cercanía y compañía con sus impulsos genitales, que tenían un fuerte componente sádico. Por otro lado, John no podía permitir una decaída de su persistente excitación genital, puesto que era su razón de ser. Su cuerpo rígido y poco vivo le forzaba a buscar la excitación del peligro en sus encuentros fortuitos. La inmovilidad e inquietud impregnaban su ser y determinaban su comportamiento. John describió su dificultad como «una incapacidad de estar donde estoy en cada momento. La necesidad de desear otras cosas, lugares y personas en vez de los que tengo. Mi incapacidad de decir: "No, esto no es lo que quiero y esto sí". Ésos son mis problemas». La escasa respuesta corporal por parte de John representaba el rechazo inconsciente de su necesidad de cercanía a pesar de su fuerte deseo de ello. John remarcó que quería que su amante volviera, pero añadió: «¿Quizás así podré rechazarlo otra vez?».

¿Cuáles son los factores que determinan que John sea un homosexual con problemas en vez de un heterosexual con problemas? John no carecía de sentimiento por las mujeres. Al comienzo de su terapia dijo: «Actualmente tengo relaciones sexuales con tres hombres. Esto es un progreso comparado con los rollos de una sola noche, pero sigue siendo confuso y frustrante, y además estoy emocionalmente muy implicado con una chica aunque no duerma con ella».

El análisis mostró que John tenía fuertes pero reprimidos sentimientos de hostilidad y miedo a las mujeres que bloqueaba cualquier posibilidad de gratificación sexual con ellas. Confiarle su "órgano apreciado" a una mujer significaba el riesgo de perderlo junto con la vida. La mujer representaba para él la descarga orgásmica y la pérdida del sentimiento genital. El desvanecimiento de la erección después del coito fue descrito como una "pequeña muerte". Esto sólo es verdad donde todo el sentido de la vida está concentrado en los genitales. En una persona normal, la pérdida de sensación en los genitales después del acto amoroso queda compensada por un maravilloso sentimiento de bienestar y calor en el cuerpo, lo que no ocurría en el caso de John porque su cuerpo no podía participar en la experiencia sexual. Los encuentros homosexuales aplacan su tensión sólo momentáneamente. La excitación volvía a aparecer enseguida y John podía ir por el mundo seguro de su sentimiento de que no había perdido los genitales, de que no había sido castrado y de que no había muerto.

Nada explica tanto al homosexual como su preocupación por los genitales, si no los propios, por los de otros hombres. Los pantalones ajustados que marcan tanto los muslos y genitales son una expresión de tal preocupación. La homosexualidad actual es una versión moderna de las antiguas religiones de adoración del falo pero distorsionada, de manera que lo que antaño fue un símbolo de fertilidad ahora es lo contrario. Se ha transformado en el medio para el *acting out* (exteriorización) de todo sentimiento negativo que el homosexual tiene en contra de sus padres, la sociedad y sí mismo. Esto era evidente en las relaciones casuales que John buscaba.

Describió así una de estas relaciones:

Vagaba por las calles a las dos y media de la madrugada buscando un amigo. Vi a un tío fuera de un bar que hizo un gesto lascivo cuando me vio. Me fui con él a su piso pero me sentía muy frío. Me di cuenta de que él quería que le pegara. Sabía que me compensaría. Intenté pensar en mis sentimientos y me di cuenta de que no quería estar allí.

Se estiró y me pidió que me corriera por encima de todo su cuerpo. Intenté masturbarme sobre él. Entonces me pidió que le escupiera. Lo hice, pero salí de allí lo antes que pude.

Me desmoralizó porque me di cuenta de que permito que me metan en situaciones así. Puedo ver qué es lo que pretendo: ser degradado, ser humillado y ser castrado.

En este encuentro John experimentó el componente masoquista en su personalidad mientras lo exteriorizó sádicamente con su acompañante. Su expresión de menosprecio por el otro era la proyección de sus sentimientos interiores de desprecio de sí mismo. Este sentimiento lo encontramos en el fondo de la forma de vida homosexual. El homosexual a menudo desdeña todos los valores aceptados por la persona media. John admitió que tenía un terrible problema con el trabajo. Decía: «Pienso ¿para qué?, ¿por qué trabajar?». Su modo de existencia era una expresión de desprecio por los hombres que se esfuerzan para proporcionar a sus mujeres y familias una casa y una vida. Y su desprecio por los hombres envueltos en esta lucha se reflejaba en sus sentimientos de superioridad sobre ellos. ¿En base a qué puede un homosexual sentirse superior? Su actitud se basa en su sensibilidad, su inteligencia y el cultivo de intereses estéticos. El homosexual es un agudo crítico de nuestra cultura aunque su crítica a menudo se exprese en términos satíricos y cínicos. La perspicacia de observación y agudeza de juicio de Oscar Wilde son un buen

ejemplo de ello.

En su libro *The Problem of Homosexuality*, Charles Berg cita a Mayer Gross, cuando dice: «Es interesante la experiencia clínica de que a menudo los homosexuales son más inteligentes que la media». Efectivamente, Berg siente que sobre la base de los «nombres ilustres» que fueron homosexuales «existe cierta razón para la ridícula demanda de monopolio de cultura y genio de los invertidos».

El miedo y la hostilidad de los homosexuales con respecto a la mujer son reprimidos. Lo que se expresa, no siempre abiertamente sino mediante el *acting out*, es el menosprecio de la mujer. Es exteriorizado por peluqueros y diseñadores de moda cuyas creaciones a menudo distorsionan la feminidad de la mujer. Se expresa en obras en las cuales la mujer suele ser caracterizada como insensible, dominante y cruel. Se refleja en la superioridad que el homosexual siente sobre las mujeres en tareas típicamente femeninas como la cocina, la decoración y el diseño. Esto se debe a que el problema del homosexual en primer lugar es un problema en relación con la mujer y que sólo en segundo lugar incluye los sentimientos homosexuales con respecto a los hombres.

Hasta este momento he evitado toda discusión de la situación de fondo de John con el objetivo de presentar una imagen general del comportamiento y de los sentimientos homosexuales. Pero no podemos comprender completamente a John, sin conseguir algún conocimiento sobre la relación con su madre y padre. Él describió a su madre como «una mujer amorosa, inteligente y sufridora que murió de leucemia a la edad de aproximadamente cincuenta años. Ella sabía que se moría pero seguir trabajando en la tienda de la familia hasta que su ingreso en el hospital no pudo demorarse más». Su padre era alcohólico y murió de delirium trémens en una habitación sucia a la edad de cincuenta y cincoaños. «Mi padre —dijo John— solía molerme a golpes cuando estaba borracho, hasta que un día le dije: “si me pegas otra vez, te daré una paliza”. Entonces paró». John se acordaba de odiar a su padre no tanto por los golpes como por la humillación de tener que cuidar de él en el estupor de sus borracheras. John no reprimía los sentimientos hacia su padre. En su comportamiento homosexual podía exteriorizar mucho de su hostilidad y desprecio por su padre. En cambio, la relación con su madre era muy confusa.

La experiencia analítica sugiere que la combinación de una madre seductora y que liga a su hijo emocionalmente y un padre que le rechaza a menudo es responsable de un hijo homosexual. A John le faltaba una imagen masculina aceptable para formar, en identificación con ella, su propia masculinidad. Pero, más

significativo aún, se identificó demasiado con su madre y en el inconsciente estaba sexualmente enganchado con ella. El resultado era una exageración de la situación edípica, hasta tal punto que el niño no pudo resolver sus sentimientos incestuosos hacia su madre. Si, además, la madre se sacrifica hasta morir, como en el caso de John, el sentimiento de culpa sexual es enorme. En situaciones así, para reducir la culpa, el niño tiene que cortar de raíz sus sentimientos sexuales. La única manera de conseguir eso es amortiguar el cuerpo. Amortiguar el cuerpo reduce los sentimientos y elimina los conflictos. Pero uno no puede vivir con un cuerpo muerto. Alguna válvula de seguridad hay que tener. Ésta, en el caso del homosexual, toma la forma de un órgano sexual excitado. Así se evita la castración, pero se abandona la sexualidad.

John reconoció muy pronto en su terapia la verdad de mi observación de que su cuerpo no tenía vida. También se dio cuenta de que los cuerpos de sus amigos homosexuales estaban igualmente muertos. John dijo de su último amante: «Sólo siente su cuerpo cuando está conmigo o con Peter». Entonces se dio cuenta también de que el cuerpo de su madre estaba muerto —más exactamente muriendo— cuando él era un hombre joven. John comentó espontáneamente: «Quiero follar a mi madre muerta para que vuelva a la vida». John sabía ahora que su actividad sexual era una compulsión; que él también usaba el sexo como herramienta para sentir, para cobrar vida; se acordó de que se solía masturbar por la mañana para despertarse.

Como parte de la terapia, le hice realizar ciertos ejercicios diseñados para movilizar su respiración e incrementar las sensaciones en su cuerpo. Junto con el análisis de sus sentimientos, actitudes y sueños, el trabajo con el cuerpo le proporcionó la sensación de estar más vivo. Un día apareció algo de sentimiento en sus ojos y su cara pareció más blanda, no ya como una máscara. Dijo: «Me siento genial. Me siento diferente». Pero este sentimiento coincidió también con la partida de su último amante hacia Europa. Por lo menos temporalmente se había roto la cadena que le ataba a esta relación. Y en esta temporada se abrió paso en él un sentimiento sexual por una mujer. Explicó: «Ayer vi una mujer voluptuosa y tuve una erección. Es la primera vez que tengo una erección por una mujer».

John también se dio cuenta de su falta de implicación con la gente. Dijo: «Consigo que se conmuevan y entonces reacciono ante su conmoción. No participo. Es como si jugara a médicos». Este desapego era evidente en su relación con las mujeres. Había intentado resumir la relación anterior con una chica a la que se sentía apegado. Pero su experiencia sexual con ella, como ya he

mencionado antes, no fue satisfactoria. No pudo entregarse a sus sentimientos. No pudo controlar sus movimientos como hacía con los hombres. Y tenía miedo de implicarse. «Tengo miedo de que me pida cosas que no puedo hacer (que quiera que continúe la relación), de sentirme dependiente de ella.»

Una fantasía procedente de su infancia es especialmente relevante en el caso de este miedo. John recordaba: «Yo era pequeño, lo recuerdo muy claro. Soñaba que abría la puerta del cuarto de baño y encontraba a mi madre sentada allí, muerta. Entonces realmente me entró miedo de abrir la puerta por el miedo de poder encontrarla muerta. Luego transferí esta fantasía a mi novio».

La terapia de John duró cerca de un año. Le vi una vez por semana. Había mejorado en muchos sentidos pero su problema homosexual no se había resuelto. Hacia el final de la terapia John experimentaba sentimientos cálidos y tiernos hacia sus amigas y compañeras anteriores. Pero eso le llevó inmediatamente a la necesidad de un encuentro homosexual. John notó también que buscaba tales experiencias homosexuales en las noches anteriores a una sesión de terapia. Por suerte estos encuentros llegaban a ser cada vez menos satisfactorios. ¿O era que John se hizo más consciente de cuán insatisfactorios habían sido realmente? Hacia el final de su terapia admitió:

«Cuando se había terminado, me sentía insatisfecho, como siempre me siento después del sexo». Cada caso es diferente, pero los rasgos principales del problema de John aparecen también en todos los otros casos de homosexuales.

Max era otro homosexual que traté. Me lo enviaron después de haber sido arrestado en los lavabos de una estación de trenes por insinuarse sexualmente a un hombre que resultó ser un detective. Max era un hombre casado con tres hijos ya mayores, pero el contacto sexual entre él y su mujer era casi nulo. No fue la primera vez que había sido arrestado por mala conducta sexual. Varios años antes tuvo serios problemas por haber intentado seducir a dos chicos jóvenes.

En lo físico Max mostraba muchas de las alteraciones que caracterizaron también a John. Su cuerpo era duro y tieso; todos sus músculos estaban severamente contraídos y tensos, como cuerdas de reloj fuertemente apretadas. Inclinarse hacia adelante o hacia atrás era difícil para él. No tenía flexibilidad en su pelvis, en ninguna dirección. La rigidez física se extendía también a su cara, cuyas facciones eran duras y angulosas. Su voz era de modulación aguda y terna poco cuerpo. Le faltaba resonancia y calidez. Max usaba gafas debido a su miopía, pero aun así no me miraba directamente. Sin

las gafas, sus ojos estaban sin vida y vacíos de emoción.

Por lo general Max intentaba mantener sus impulsos homosexuales bajo restricción. Ocasionalmente se masturbaba, sin mucha satisfacción. Max intentaba reducir sus sentimientos sexuales al mínimo. Para ello empleaba dos mecanismos: el primero era la extrema rigidez de su cuerpo; el otro era su hiperactividad, que se manifestaba en un constante cambio de posturas y en una compulsiva actitud de mantenerse atareado. Desdichadamente estos medios le fallaban bajo condiciones de estrés inusual. Max había llegado a una situación tal cuando fue arrestado. Había desarrollado gran excitación debido a un inminente cambio en su carrera y no era capaz de manejar esteincremento de sensaciones excitantes. Como en el caso de John, también en Max la excitación fue transferida inmediatamente a sus genitales. Su necesidad de descargar la tensión sexual era tan fuerte que Max abordó a un extraño, perfectamente consciente del hecho de que a menudo se colocan policías en los lavabos públicos para atrapar a los invertidos.

He sugerido que la sexualidad es una función del cuerpo completo. Normalmente el cuerpo retiene la excitación hasta que se da una situación apropiada para su descarga durante la actividad sexual. Pero donde el cuerpo está casi muerto, como era la condición de John, o tan severamente tenso que no puede contener la excitación, como en el caso de Max, entonces llegan a cargarse tanto los genitales que la urgencia de descargarlos impulsa a la persona a una acción inmediata. Toda actividad homosexual tiene un componente compulsivo que, desafortunadamente, no siempre está ausente del funcionamiento heterosexual. Cargado con excitación genital de calidad compulsiva, con un intenso miedo al acercamiento hacia la mujer y la incapacidad de conseguir un relax satisfactorio mediante la masturbación, el homosexual se encuentra en una posición desesperada. Se ve impulsado hacia encuentros homosexuales cargados de peligro y predestinados a terminar en insatisfacción.

Se puede cuestionar si todo lo que he expuesto aquí es la verdadera imagen de la homosexualidad. ¿Acaso no existen homosexuales que mantienen una relación duradera con un buen nivel de satisfacción para ambos componentes? Que las relaciones homosexuales pueden durar muchos años está fuera de duda. John mismo tuvo una relación así durante nueve años. Pero que pueda proporcionar la suficiente satisfacción a ambos amantes para hacer de ella una forma de vida con sentido propia es dudoso. La naturaleza misma de la personalidad homosexual lo hace casi imposible de imaginar. Una parte de la pareja generalmente se

siente atrapada en la relacióny no encuentra la manera de salir. Los celos, resentimientos y hostilidades que pervierten tales relaciones son más que conocidos. Clifford Allen apunta en su *The Problem of Homosexuality* que «el asesinato entre homosexuales está muy extendido» y afirma que «el punto más importante de la homosexualidad es que causa mucha infelicidad». Entre los psiquiatras está generalmente aceptado que, en el mejor de los casos, el homosexual es una persona inmadura; en el peor, es esquizofrénico o paranoico. Según mi experiencia se puede encontrar cierto grado de homosexualidad en todo individuo esquizoide o esquizofrénico. La inversión es igualmente cierta. Todo homosexual manifiesta ciertos mecanismos esquizofrénicos, aunque no sean esquizofrénicos en el sentido clínico.

Si mi análisis del dilema homosexual es correcto, entonces este problema requiere un acercamiento a dos bandas: tanto desde lo físico como desde lo psicológico. En el ámbito físico se ha de reconocer y remediar el fenómeno de un cuerpo con poca vida o respuesta, lo que es un aspecto tangible de esta alteración. He descrito esta condición basándome aquí sólo en dos casos expuestos. Sin embargo resulta que estuvo presente en cada uno de los casos de homosexualidad, tanto masculina como femenina, que pude examinar o tratar. Para atacar este aspecto del problema es necesario incrementar los sentimientos corporales del paciente. Esto se consigue movilizando la respiración, creando más sensaciones físicas en el cuerpo y reduciendo su estado de tensión muscular. Puesto que la sexualidad es una función biológica, se debería conocer sus correlativos físicos.[11]

En el ámbito psicológico hay que examinar analíticamente la relación del paciente con el sexo opuesto en el contexto de su personalidad completa. El miedo, la hostilidad y el menosprecio por el sexo opuesto ha de ser concienciado y liberado. Esto significa que el paciente ha de expresar estos sentimientos en las sesiones terapéuticas y no exteriorizarlos inconscientemente en su vida normal. Hay que explorar la relación del paciente con su padre y madre para descubrir la fuente de sus sentimientos hacia el sexo opuesto. También es de suma importancia que el paciente desarrolle la capacidad de conseguir autosatisfacción. La importancia de esta capacidad se ve reflejada claramente en la afirmación de John: «¿Por qué no lo puedo hacer para mí mismo? Lo puedo hacer para otros y otros lo pueden hacer para mí».

En nuestra cultura la culpabilidad relacionada con la sexualidad se une más con la masturbación que con cualquier otra actividad sexual. Puede que ello se deba al hecho de que el niño se percata por primera vez de la desaprobación parental de los sentimientos

sexuales cuando se dedica a actividades autoeróticas. Cavando profundamente debajo de la sofisticación sexual del homosexual encontraremos una amplia veta de culpabilidad sexual relacionada con la masturbación. Esta culpa se concatena con la culpabilidad infantil de los sentimientos incestuosos por la madre, puesto que ella a menudo es el objeto sexual en las fantasías que acompañan las tempranas experiencias masturbatorias.

En la primera parte de este estudio mostré que los sentimientos y el comportamiento afectivo se derivan de la biología del organismo. En consecuencia, las alteraciones en el sentimiento y la expresión del amor tienen sus raíces en alteraciones de las funciones biológicas básicas. Creo que esto se aplica al caso del homosexual. La alteración biológica principal en el homosexual es la falta de movilidad y sentimiento en su cuerpo. Pero también hay alteraciones secundarias, comola restricción de la respiración, la inmovilización de los impulsos agresivos de dar patadas y pegar, así como las tendencias conflictivas de chupar y morder. Adicionalmente, el homosexual muestra una severa inhibición de sus funciones anales. La restricción de la respiración reduce el sentimiento corporal y limita la energía disponible para acciones agresivas. El conflicto entre el fuerte deseo por la madre y su hostilidad hacia ella, a nivel oral, paraliza al homosexual. El temprano y severo entrenamiento de limpieza fecal, en el cual la madre desempeña el papel dominante, puede llevar a una actitud sumisa y pasiva en el homosexual que encubra un resentimiento anal inconsciente. La causa para la incapacidad de un paciente para dar patadas con ritmo y fuerza a menudo se puede rastrear hasta la tensión muscular crónica en las nalgas y muslos, resultado de ansiedades anales infantiles.

En todos los ámbitos, tanto oral, como anal y genital, el homosexual se halla en conflicto con su madre. Un conflicto que tuvo que reprimir en el interés de su supervivencia. La represión de estos conflictos le hace casi imposible al homosexual relacionarse con una mujer, dado que cualquier relación significativa tendería a evocar los problemas originales. Al hacerse hombre el homosexual puede evitar este dilema y “exteriorizar” la relación con su madre de forma simbólica. Clifford Allen hace la interesante observación de que el homosexual «tiende a tomar a otros hombres hasta cierto punto como símbolos de la madre». En la homosexualidad, según Allen, las partes prohibidas del cuerpo de la madre son transmutadas en rasgos y órganos masculinos. Las nalgas redondeadas por pantalones estrechos simbolizan los pechos, el pene representa los pezones y el ano como la boca figuran la vagina.

El homosexual ha quedado fijado en el estado oral de desarrollo, debido al sufrimiento de privación en este estado. Por otro lado se observa en muchos casos que el homosexual fue tratado con excesiva indulgencia por su madre. Del comportamiento y la actitud de los homosexuales se pude deducir que fue privado del placer erótico que el niño obtiene normalmente del pecho y del contacto con el cuerpo de la madre. Quiero enfatizar que la privación no siempre era del pecho o del contacto, sino del placer erótico que esto ofrece. ¿Cómo es esto posible?

La clave para la respuesta a esta pregunta hay que buscarla en el estudio de Freud de Leonardo da Vinci, que era homosexual. Se presume que Leonardo fue el hijo ilegítimo de una muchacha sirviente y su amo aristocrático. De todos modos, él creció sin padre. Su madre le adoraba y él tenía una relación muy estrecha con ella. *La Virgen de las Rocas* de Da Vinci seguramente es una representación de su madre. En tiempos de Leonardo, los niños eran normalmente amamantados durante tres años o más. O sea que no creo que Leonardo fuera privado de los pechos o del contacto corporal de su madre.

En su estudio de Da Vinci, Freud relata una fantasía recurrente que Da Vinci apuntó en sus libros de notas: un buitre baja del cielo y pone las plumas de su cola entre los labios de Leonardo. Interpretándolo como fantasía homosexual, las plumas de la cola simbolizarían el pene. Por otro lado, se puede interpretar este sueño como una fantasía oral, donde las plumas de la cola representan los pezones. En este caso el buitre sería la madre. Estas interpretaciones no entran en contradicción. Si la madre utiliza su pecho y sus pezones para conseguir estímulo sexual al dar de mamar, ambas interpretaciones serían correctas. Es un hecho que las mujeres pueden sentirse sexualmente excitadas por la experiencia de amamantar. Esta reacción es normal y no le hace ningún daño al niño. Pero si la madre explota esta situación por sus propias necesidades, transforma al niño en un objeto sexual. Si la madre de Leonardo no estaba con ningún hombre, es decir, privada de un objeto sexual, podemos imaginamos que tal explotación pueda haber sucedido. La enigmática sonrisa de la *Mona Lisa* que tanto tiempo hadesconcertado a los estudiosos puede que exprese la secreta culpabilidad y placer. ¿Era ésa la visión que tuvo el niño de su madre mientras estaba en sus brazos?

Cuando una relación se tuerce de esta manera, se pueden prever dos posibles resultados. En vez de ser el participante activo en la relación, el niño es forzado a adoptar una posición pasiva. No es su placer erótico lo importante, sino el de su madre. El pecho no está allí para que él disfrute (su pequeño primer mundo), sino para que

disfrute ella. Él queda privado en beneficio de ella. El segundo posible resultado es la excitación del niño. La excitación sexual de la madre pasa al niño. Esto no es una teoría mística. Un lactante es en gran medida todavía parte de la madre, realmente fue parte de su cuerpo no mucho tiempo antes. Cada bebé se sintoniza con los sentimientos de su madre. Siente sus respuestas, sus ánimos, sus decepciones, sus alegrías. Una madre deprimida provoca que también el niño se deprima. Una madre excitada sexualmente por el niño lo excitará. Sin embargo, el niño no tiene ningún mecanismo para descargar esta excitación. Y la madre que utiliza un niño de esta manera, inconscientemente, debido a su sentimiento de culpa, prohibirá cualquier actividad sexual del niño, como es la masturbación. El resultado es un aumento de la fijación incestuosa del niño con ella hasta un punto donde no tenga resolución.

Si mi hipótesis es correcta, para Leonardo, dormir con una mujer sería equivalente a cometer incesto. No tenía ningún recurso más que volverse homosexual, invirtiendo así los papeles de la infancia: colocando su pene (pezón) en la boca de un hombre, para placer propio, se transformaba en la madre que explotaba al niño (chico joven u hombre).

Unas palabras sobre la fijación anal. Cuando una madre le hace lavativas a su hijo, simbólicamente está realizando un acto sexual. Puede actuar de totalmente buena fe, incluso por consejo de un médico, pero no podemos pasar por alto el simbolismo psicológico de tal acto. Una sola lavativa no hará daño, especialmente si realmente está indicada. Pero la práctica de poner una lavativa en caso de cualquier molestia intestinal es bastante extendida en algunos círculos de nuestra cultura. Y no puedo dejar de creer que alguna que otra madre aprovecha esta situación para exteriorizar sobre el niño su propio resentimiento respecto al hecho de ser mujer.

Tenemos que distinguir entre una experiencia homosexual y la actitud o personalidad homosexual. Uno se involucra en experiencias homosexuales por conveniencia, eso normalmente es en ausencia de oportunidades de relación con el sexo opuesto, y esto se encuentra en el reino animal, en todas las culturas y en todas la épocas. Los que se involucran en tales experiencias no niegan sus preferencias por el sexo opuesto. Esta actividad indica que el impulso sexual puede ser tan importante, tan imperativo, que pasa por alto las exigencias de la realidad. Sabemos que una vaca en celo monta a otra. La sexualidad no se limita a la atracción y excitación que sienten los hombres y las mujeres mutuamente, aunque estas respuestas sean la forma más alta de su expresión, el modo más evolucionado. El contacto entre dos cuerpos cualquiera

es excitante y eróticamente placentero. Sin embargo, la heterosexualidad es una manera más adecuada, más satisfactoria para calmar la excitación sexual. Por ello, tenemos que definir la personalidad homosexual como una que elige un modo de experiencia sexual inadecuado debido a la incapacidad de funcionar en el nivel superior de la heterosexualidad.

Tiene poco sentido argumentar, como lo hacen algunos homosexuales, que Sócrates fue homosexual y que los viejos griegos aprobaban o toleraban esta forma de relación sexual. Había varias condiciones especiales en la cultura griega que explican esta distorsión de las actitudes sexuales de los viejos griegos. Por ejemplo, la sociedad griega estaba construida sobre la esclavitud como institución. Por otro lado, las mujeresocupaban una posición inferior. A pesar de su democracia, la sociedad griega estaba estructurada en clases. El trabajo era una ocupación de lacayos descargada sobre los esclavos o las mujeres. Tal situación social, como apunté ya antes, fomenta la forma de vida homosexual. El esteta u hombre de cultura se mantenía por encima de la necesidad de una mujer, pero esto nunca fue el caso de las clases inferiores o de los esclavos.

He sugerido que se puede ver el estímulo sexual como fuerza biológica que funciona para sobrellevar el sentido de soledad y el aislamiento que produce el proceso de individuación. La individualidad no sólo se asocia con el sentimiento de soledad, sino que también es compañera de un vago sentido de estar incompleto. El impulso sexual de unión, además de ser una urgencia de cercanía con otro organismo, es un deseo de autocompletarse. Es como si el sí mismo estuviera completo sólo con la unión sexual, a través de la cual el aislamiento de la individualidad se supera.

Este concepto se asemeja mucho al mito creado por Platón, aunque éste probablemente tenga un origen más antiguo. Según este mito, hombre y mujer originalmente fueron un sólo ser, una criatura única, que fue partida en dos por Dios, para crear los sexos. Y desde entonces, siempre, las dos mitades han estado luchando para unirse y volver a ser un ser completo. La historia bíblica de que Eva fue creada de Adán apoya este concepto que se encuentra reflejado también en otra historia de la creación en la cual los cielos y la tierra originalmente fueron uno. Este mito se puede interpretar también como la percepción de que el mundo anteriormente funcionó a un nivel asexual.

El sentimiento de no estar completo, relacionado con la sexualidad, se encuentra ilustrado dramáticamente en ciertos sueños y fantasías recurrentes. En uno de estos sueños o fantasías el hombre intenta meterse su propio pene en la boca para así

satisfacer y llenarse a sí mismo. El deseo de ser auto— suficiente, de estar completo en sí mismo e independiente de la necesidad de una mujer se encuentra en los varones neuróticos que tienen un miedo inconsciente a la mujer. Escuché a varios pacientes masculinos exclamar: «¡Desearía que no existiera el sexo!». Pero esta fantasía representa también el estado "primitivo" de la historia del individuo, cuando tal autosuficiencia parecía existir. De hecho, podemos interpretar este estado "primitivo" como representante de dos diferentes períodos, uno en la historia de todas las especies, un fenómeno filogenético, y el otro en la historia del individuo específico, un fenómeno ontogénico.

El primer período correspondería al tiempo en el desarrollo evolutivo del ser humano antes de que apareciera su auto— conciencia. En esta época de su evolución el hombre se sintió parte del universo, igual como lo hacen los animales, ni incompleto ni aislado. Es la historia del jardín del Edén antes de la caída, es el estado paradisíaco. Este período temprano se encuentra representado en tablas de piedra y otros testimonios arqueológicos en forma de una serpiente que se muerde la propia cola. Erich Neumann describe este símbolo en su obra *The Origins and History of Consciousnesscomo* «una serpiente circular, el dragón primitivo que muerde su propia cola, el uroboro autoengendrador». Como la serpiente celestial, el uroboro «se mata, se casa y se fecunda a sí mismo. Es el hombre y la mujer, engendrando y concibiendo y dando nacimiento, activo y pasivo, arriba y abajo, al mismo tiempo». En resumen, es el símbolo del universo, incluyendo la vida que continuamente se reproduce de nuevo de sí misma.

El segundo período correspondería a la época del desarrollo ontogénico del hombre cuando existía en forma "redonda", con el círculo como símbolo. En este estado el organismo se sintió completo y autocontenido, inconsciente de cualquier necesidad de esfuerzo. El símbolo del círculo o del uroboro representan la vida temprana del organismo en el huevo o lamatriz, tanto como representan la época temprana del ser humano de falta de conciencia de sí mismo. Neumann escribe: «El uroboro aparece como un "contenedor" circular, lo que nos hace pensar en el útero materno, pero también en la unión de los opuestos de masculino y femenino. En el útero, el organismo se encuentra enrollado en sí mismo, inconsciente de cualquier falta en él».

Es obvio que una vez la persona ha nacido, una vez está fuera, dentro del mundo, es imposible volver atrás, sea a la matriz, sea al estado primario de inconciencia en el cual uno no se da cuenta de sus necesidades ni de su aislamiento. Lo más cerca que un bebé recién nacido puede hallarse de este estado es a través del contacto

con esta otra forma “redonda”, el pecho materno. Pero incluso allí aparece pronto la conciencia, informando al lactante que ese pecho no es parte de él sino que pertenece a otro. No queda otra alternativa que la unión con otro individuo; y en esta necesidad el homosexual no es nada diferente a todos los demás. Él también necesita la unión con alguien, tanto para completar su sentimiento de sí mismo, como para conseguir el sentimiento de pertenecer, de formar parte de un todo. En otras palabras, necesita el sentimiento de amar y ser amado. Sus patrones de comportamiento difieren de los normales en la medida en que su objeto de amor es una persona de su mismo sexo.

La sexualidad infantil se caracteriza, en oposición a la sexualidad adulta, por la búsqueda de un estado completo tipo uroboro, es decir, por la satisfacción mediante el auto-amor. Esto toma la forma de la masturbación en la cual el círculo se cierra mediante el contacto de las manos con los genitales. El objeto del amor del homosexual es, a cierto nivel de conciencia, una imagen de sí mismo. ¡Tan frecuente es ver parejas homosexuales que parecen gemelos! Incluso en las relaciones entre un hombre mayor y un muchacho, el joven suele ser la viva imagen de la juventud del hombre mayor que nunca creció. En este aspecto, la homosexualidad tiene muchos rasgos de masturbación, especialmente en lo referente al auto-amor. Cada homosexual se ama a sí mismo en el otro. Sin embargo, también el homosexual se junta con otra persona en el intento de establecer una relación madura.

Podemos ver la homosexualidad como una combinación híbrida del auto-amor de la infancia con el intento de un amor adulto heterosexual. Relaciones así, algunas con contacto sexual, podemos encontrar con frecuencia entre chicos preadolescentes o adolescentes. Tanto si estas relaciones entre chicho jóvenes incluyen actividades sexuales o no, es un estado común en el desarrollo que conduce hacia patrones de amor heterosexuales adultos. Por ello podemos considerar la homosexualidad como un estado de desarrollo interrumpido en esta etapa. En sus rasgos, su apariencia y sus acciones, los homosexuales a menudo nos recuerdan chicos preadolescentes o adolescentes.

En otros términos, la homosexualidad es también un intento inconsciente de establecer una relación heterosexual. Theodor Reik hizo un comentario al respecto que creo que es válido, que en una relación homosexual una parte de la pareja inconscientemente imagina que el otro es del otro sexo, aunque conscientemente tenga claro el hecho de que no lo es. En la relación homosexual un integrante de la pareja desempeña el papel del sexo opuesto,

aunque esta distribución de papeles se pueda invertir más tarde. También el análisis de las fantasías de los homosexuales sobre su relación revela que a menudo tratan a su pareja como si fueran el símbolo o el representante de la mujer y la madre. Incluso el acto de la masturbación refleja, tanto a nivel consciente como inconsciente, una percepción del sexo opuesto. Para un hombre, la mano representa una vagina; para la mujer es un pene.

Si el homosexual exterioriza en forma simbólica un acto de amor heterosexual, ¿por qué es incapaz de hacer lo mismoen la realidad? Ya he sugerido anteriormente una serie de respuestas a esta pregunta, basadas en la información recogida de las investigaciones clínicas y analíticas. Una de las cosas que revelan estos estudios es que el homosexual tiene miedo al sexo opuesto. Unido a este miedo, aunque a un nivel más profundo, encontramos sentimientos de hostilidad contra la mujer. Puesto que el miedo es tan dominante, bloquea las posibilidades de expresar amor o sentimientos tiernos hacia las mujeres. Si los sentimientos de hostilidad se exteriorizaran, sería posible establecer alguna relación sexual con mujeres. En este caso estaría disponible suficiente agresividad para llevar a cabo el acto de amor heterosexual.

Afirmé que la homosexualidad tiene su origen en los sentimientos incestuosos del niño por su madre, sentimientos que el niño no pudo resolver. La experiencia clínica confirma la observación de que la madre de un niño así habitualmente es un individuo perturbado e inmaduro. A menudo la causa del apego incestuoso con el niño se debe a una falta de satisfacción y realización en la vida sexual con su marido. Unos padres maduros serían capaces de hacer frente al problema directamente. Una madre emocionalmente perturbada e inmadura transfiere el anhelo sexual a su hijo, no conscientemente, sino mediante exteriorizaciones de todo tipo. A menudo mantiene al chico en su compañía, lo expone a sus sentimientos, lo seduce involucrándolo en cierta intimidad física aparentemente inocua cómo ayudarla a vestirse y desvestirse y lo desalienta en buscar el contacto con otros chicos y chicas. Se le ha dado incluso un título a la madre del homosexual: CBI, del inglés *close-binding-intimate* (cercana-atadora-íntima). Ata al niño a ella. Conscientemente, la importancia del niño para la madre se refleja en su sentimiento de que “este niño mío me satisfará”. La madre interpreta este deseo como su aspiración de que el niño algún día será un hombre importante, un individuo destacado y de que la gente señalara a lamadre como agente responsable de ello. Pero no podemos pasar por alto el significativo sexual inconsciente de este sentimiento: el niño es el amante de su madre.

En estos casos el chico invariablemente ocupa el lugar del padre en el afecto de su madre. No es nada raro incluso que sea seducido a compartir el lecho con ella. El resultado es la generación de una excitación sexual en el niño que no puede manejar. Por un lado, no puede rechazar a la madre por otro lado, no puede expresar sus sentimientos sexuales hacia ella. No le queda otro remedio que cortar de raíz estos sentimiento, reprimiendo la vitalidad de su cuerpo.

En tales situaciones familiares el padre acostumbra a ser tan neuróticamente perturbado como la madre, lo que se obvia constantemente en los estudios analíticos del fondo familiar de personas emocionalmente enfermas. Con frecuencia la reacción del padre a la actitud de la madre es de hostilidad contra el chico. Le considera un competidor que conmina su posición. Y realmente es difícil imaginarse como pudiera evitar este sentimiento, puesto que es la madre la que ha revestido al niño con este papel.

El padre también puede reaccionar negativa y críticamente contra el niño (en parte por autodefensa), llamándole "marica". Y en realidad la madre está haciendo un "marica" de su hijo, al alienarle de su padre. Para mayor desgracia, el padre además se vuelve inadecuado como figura masculina con la cual el niño inconscientemente se pueda identificar y a base de la cual pueda forjar sus propios patrones de conducta. La hostilidad del padre hace aún más difícil para el niño rechazar a la madre. Ella se transforma en su protectora contra el padre hostil.

La homosexualidad puede ser tanto el resultado de la exteriorización inconsciente de los sentimientos de los padres sobre los niños, como la manifestación de los sentimientos reprimidos que el homosexual cultivó hacia sus padres.

Ninguna relación homosexual está libre de esta tendencia. Estas relaciones se encuentran caracterizadas invariablemente por la ambivalencia entre amor y odio, miedo y hostilidad, dependencia y resentimiento, sumisión y dominación, frecuentemente marcadas por el comportamiento sádico del uno frente a la sumisión masoquista del otro integrante de la pareja.

Existe una evidencia clínica que indica que psicológicamente el homosexual siente ser un individuo castrado de forma parcial. Como he apuntado ya anteriormente, esto se manifiesta en su preocupación por los genitales, dejando traslucir así su miedo y ansiedad relacionados con la pérdida de la sensación genital. Esta ansiedad de castración se refleja en la forma de vestir y de comportarse que llama la atención sobre los genitales. En vista de las tendencias sádicas de muchos homosexuales, me extrañaba que John no tuviera miedo de que alguna de sus parejas homosexuales

no le arrancara el pene a mordiscos. Más tarde se hizo obvio que subconscientemente elegía a sus parejas por su sumisión masoquista. Pero a John le entraba el miedo cuando se enfrentaba con una persona que no era sumisa. Siempre, cuando en terapia trabajaba con la tensa musculatura de su cinturón pélvico, se encogía, temeroso de que le pudiera hacer daño en el pene. El homosexual no muerde: en su infancia no se atrevió a morder el pecho; a la edad adulta tampoco morderá el pene. Pero John no se fiaba de mí. Proyectaba sus impulsos reprimidos de morder en mí porque yo poseía la necesaria agresividad para poder soltarla sobre él.

En el análisis habitualmente encontramos que el homosexual está emocionalmente muerto. Puede que no le falte inteligencia creativa ni ideas creativas, pero hay en él una severa limitación de su gama de expresiones emocionales. Ni la rabia ni la tristeza son fáciles de expresar para él y los sentimientos como entusiasmo y gozo a menudo están ausentes. Un homosexual tan vivo y vibrante en su personalidad comoLeonardo da Vinci debe haber sido una excepción rara. A veces alguno destaca como gran hombre, satisfaciendo el deseo consciente de su madre. Pero generalmente el homosexual se encuentra encarcelado en la armadura que lleva para protegerse a sí mismo contra sus sentimientos sexuales. Las únicas dos áreas vivas son su mente y sus genitales.

La falta de vida emocional a nivel somático corre paralelamente con la falta de vitalidad en el cuerpo. El tono y el color de su piel son pobres. La espontaneidad en el gesto y el movimiento por lo general no existe y la movilidad del cuerpo es marcadamente disminuida. La carga bioenergética del cuerpo, es decir su vitalidad, está notablemente reducida. Todo esto es verdad en todos los homosexuales que he visto.

En vista de estas observaciones tenemos que revisar nuestras ideas sobre el comportamiento homosexual. Sus actividades sexuales son menos una expresión de un fuerte impulso sexual que la necesidad de sentimiento sensual (vitalidad y apasionamiento). Por extraño que parezca, el homosexual se fe procura el sentimiento y la pasión que necesita mediante el * mismo mecanismo que en origen fue responsable de su problema, es decir, mediante la identificación. El homosexual se identifica con su pareja y deriva vicariamente gran parte de su excitación. Es tanto actor como escenario, sujeto y objeto de la misma experiencia. Lo que le hace al otro, lo experimentó anteriormente a manos de su madre o padre. Su apasionamiento sexual es un fenómeno de rememoración, una evocación de sentimientos de la infancia, la represión de los cuales causó su falta de vida. Mediante la maniobra homosexual, es decir,

in virtiendo el sexo, la culpabilidad asociada a sus sentimientos incestuosos y hostiles hacia la madre es sorteada. El homosexual se siente vivo sólo dentro de una relación homosexual.

El homosexual es como un niño perdido con mucho miedo que no llora porque simplemente se encuentra demasiado aterrorizado por sus sentimientos de abandono y aislamiento. Se aferra a una pareja homosexual igual que un niño perdido se aferra a un sustituto de su madre. Al mismo tiempo espera una reacción emocional de su pareja-madre que le muestre que siente sus necesidades y responderá acorde a éstas. Transpone estos sentimientos al ámbito sexual, donde los exterioriza combinando su deseo y el anhelo genital. El comportamiento homosexual está determinado por una mezcla de elementos urobóricos (infantiles) y sentimiento sexual adulto. Las acciones del homosexual pretenden combinar la necesidad de auto— complementación con la necesidad de unión con otra persona. Se dice que en una relación homosexual dos mitades hacen una sola persona.

Uno no puede acercarse al sexo opuesto con un concepto sexual inadecuado o una carga sexual débil. Hacerlo bajo tales circunstancias tan sólo llevaría al fallo y a un miedo a la castración aún mayor. En la experiencia sexual con el mismo sexo el peligro de fallar se elimina, como también el miedo al éxito. En la experiencia homosexual los genitales no pierden el sentimiento, más bien al contrario. El contacto homosexual deja los órganos genitales con más sentimiento que antes; el homosexual es más consciente de su órgano genital y por ello se siente menos ansioso respecto a él. Pero el cuerpo queda inafectado por la experiencia. El corazón no es tocado y es este hecho el que produce la sensación interior (corporal) de falta de satisfacción con la que se encuentra luchando el homosexual.

En un estudio reciente[12] de la homosexualidad llevado a cabo por un grupo de doctores en psicoanálisis, los autores hicieron una interesante observación sobre un grupo de homosexuales adolescentes estudiados en el hospital Bellevue:

El adolescente afeminado se relaciona confortablemente con otros homosexuales afeminados así como con lesbianas y mujeres consideradas asexuales, pero se vuelve muy ansioso en presencia de mujeres percibidas como “sexuales”... Uno de estos pacientes pasó la noche en casa de su novia con los padres de ella ausentes. Ella fue a su cama vestida sólo con pijama y se estiró a su lado. Él se quedó “entumecido”, “sin sentimientos”, “paralizado”. Después de un par de días sucumbió a un impulso compulsivo de ir a un bar de Greenwich Village y ligar con un homosexual.

El cuerpo del individuo homosexual no puede tolerar fuertes sentimientos heterosexuales. Los combate “haciéndose el muerto”, es decir volviéndose entumecido y paralizado, sin sentimiento. El acto homosexual es una reacción a esta parálisis y falta de vida; es un intento de recuperar las sensaciones genitales.

6. LA PERSONALIDAD LESBIANA

EL TÉRMINO "homosexualidad femenina" nos evoca la imagen de una mujer que intenta ser un hombre, llevando ropa masculina y un corte de pelo masculino. La imaginamos con un cuerpo alto y musculado, con rasgos afilados y angulosos. Muchos ven en ella a una "devoradora de hombres". Estas ideas pueden deberse al hecho de que la mujer homosexual a menudo se encuentra en una posición dominante, con frecuencia como jefa de un departamento de organización. Estas características, sin embargo, se hallan generalmente sólo en las lesbianas con fuertes rasgos masculinos. En apariencia, la típica mujer masculina es bastante imponente. Tiene un cuerpo musculado, hombros anchos, una nuca corta y una cabeza relativamente grande con rasgos fuertes. Tiende a ser brusca y dura. Es capaz de sacarse las castañas del fuego y sabe lo que quiere. En sus maneras y su actitud es una ejecutiva con éxito. Pero cuando se vuelve de espaldas, la llaman "marimacho", en el lenguaje vulgar de la calle. La mujer masculina suele atraer a un tipo de mujer homosexual femenina, suave y dependiente en sus relaciones lesbianas.

La mujer hombruna es un enigma para la gente normal que se pregunta qué tipo de sentimientos pueden llevar a una mujer a negar su naturaleza femenina. ¿Qué satisfacción especial consigue la lesbiana a través de su tipo de relación fuera de lo normal? ¿Qué fuerza tan extraña posee que la capacite a tener tanto éxito en el mundo de los hombres? ¿Es realmente tan dura como aparenta ser?

El problema de la "marimacho" se me hizo evidente durante el tratamiento de una joven mujer que en su apariencia física me impresionó porque parecía un gorila. De hecho, la impresión de fuerza y dureza que dio Debora casi provocaba miedo. Más tarde mi paciente expresó sorpresa porque alguien pudiera tenerle miedo. En el transcurso del análisis reveló una sensibilidad interna que desmentía su apariencia externa. Fácilmente se sentía herida y estaba bastante indefensa en sus relaciones con la gente. Debajo de su máscara de gorila no había una niña pequeña (lo que a menudo se encuentra), sino una "prema", como decía ella de sí misma. Con el término "prema" se describía como un bebé prematuro que había llegado al mundo sin estar preparado ni desearlo. El suyo era un caso impresionante de contradicción entre la apariencia externa y el sentimiento interno que se encuentra en algunos individuos.

Debora tuvo que enfrentarse a la tarea de unir estos dos aspectos

opuestos de su personalidad. Pero antes de que pudiera unirlos, tenía que comprenderlos. Ella se identificaba con la "prema" y no tema ni idea de dónde venía el gorila. Aunque era sencillo entenderlo, a ninguno de nosotros dos se nos ocurrió durante bastante tiempo que el aspecto de gorila era un mecanismo para proteger a la "prema", intentando espantar a cualquier agresor hostil. Pero darse cuenta de ello dependía del conocimiento de la doble personalidad de Debora. Como observador, yo sólo veía al gorila. Sin embargo, subjetivamente, Debora sabía sólo que estaba asustada, sola y desesperada ante su necesidad de calor humano. Se sentía prematura.

Aunque he descrito su aspecto externo como máscara, esto no quiere decir que esta máscara no tuviera una función eficaz. Debora era fuerte físicamente. Como niña preadolescente solía jugar al fútbol con los chicos. Por lo tanto, no era cuestión de cambio de disfraces. El sentimiento en el que se apoyaba el gorila, había que reinvertirlo en la niña pequeña. La "prema" tenía que transformarse en una persona madura antes de poder deshacerse de la defensa neurótica.

Bajo análisis, esta apariencia mostró tener dos sentidos, uno para el observador y otro para la observada. El cuerpo grande de Debora sirvió también como incubadora en la cual la "prema" dormitaba y se sentía segura. Pero Debora, que buscaba en sus relaciones homosexuales el amor materno que nutriría a la "prema", se encontraba desafortunadamente, con que estas relaciones mantenían el statu quo. Finalmente, Debora encontró su sustituto de madre en forma de un terapeuta masculino.

Otra paciente, Mary, representa también un buen ejemplo de esta tendencia de masculinización en algunas mujeres. Cuando llegó al tratamiento, Mary se enorgullecía de ser la mejor amante de la ciudad. Con esto quería decir que podía quitarle la novia a cualquier otra lesbiana. Se movía en un amplio círculo de lesbianas que se conocían y mantenían muchas relaciones entre ellas. En sus actividades lesbianas, Mary siempre era la parte activa. En respuesta a mi pregunta por sus sentimientos sexuales ella dijo que experimentaba una docena de orgasmos en el transcurso de cada acto sexual que consistían en practicar el cunnilingus a la otra mujer. Dejé pasar por alto su comentario aunque me sonó completamente irreal. Mary había venido a mí por ayuda y yo no era un fiscal perseguidor. Durante casi siete meses mantuvo la ficción de los orgasmos múltiples. Entonces, cuando como resultado de la terapia entró en un contacto más profundo con su cuerpo, admitió que nunca había experimentado un orgasmo de verdad. Mary no había estado mintiendo. Simplemente no lo sabía. Era una

persona sexualmente sofisticada y tomaba como orgasmo cualquier agitación menor de excitación en su área vaginal. Esto es la naturaleza real de la sofisticación sexual: las sensaciones superficiales son confundidas con la experiencia verdadera. Hasta que Mary no experimentó realmente su cuerpo no pudo darse cuenta de lo limitadas que fueron sus experiencias sexuales hasta entonces.

En la superficie Mary parecía ser una persona vibrante y viva. Se movía con determinación y actuaba con decisión. Pero resultó que esto sólo era un fenómeno superficial. En el transcurso de la terapia se derrumbó y durante meses Mary se sintió exhausta. Le dolía todo el cuerpo. No pudo hacer nada más que dejar pasar los días aunque no tenía que hacer nada más que cuidarse a sí misma. Este derrumbamiento era de esperar de antemano, en vista de la lectura de su cuerpo. Fue rígida e inmóvil. Mantenía los hombros en alto y éstos eran tan anchos como los de un jugador de fútbol americano. Su pecho parecía enorme y hacia abajo su cuerpo se reducía hasta llegar a unas caderas bastante estrechas. Se afeitaba el vello púbico. Los músculos de sus piernas eran como bandas de acero. Podía bailar toda la noche sobre ellas. Mary había sido profesora de bailes de salón, pero esta actividad no podía ser responsable de la tensión extrema de los músculos en sus piernas y pantorrillas.

Mary daba la impresión de ser una persona fuerte y capaz. Los hombros cuadrados, las piernas fuertes y el cuerpo grande contribuían a ello. Pero esto sólo fue una apariencia. En cuanto llegué a conocerla más profundamente, descubrí debajo de esta máscara a una niña pequeña con mucho miedo a los hombres que trataba de asustar a las mujeres. Toda su orientación homosexual se basaba en la necesidad de probar qué "hombre" más grande y estupendo era y cómo de amorosa y protectora podía ser con otras niñas pequeñas asustadas. Desafortunadamente no se daba cuenta de estos sentimientos puesto que los exteriorizaba volcándolos en el sexo, un "sexo ficticio" como lo llama Edmund Bergler. Funcionando de esta manera, Mary conseguía desarrollar con mucho esfuerzo un limitado estímulo sexual. Cuando sus amantes se excitaban con sus caricias, ella reaccionaba con cierto sentimiento.

El cuerpo de Mary tenía, como el de John, relativamente poca vitalidad. Sus músculos eran tensos y contraídos, el color de su piel pobre, parecía cuero, no era resplandeciente, y su respiración era poco profunda. Tenía ojos grandes, y cuando me miraba los mantenía muy abiertos, con aspecto de inocencia. Sin embargo no se producía nada entre sus ojos y los míos. Tenía miedo de cualquier contacto conmigo e instintivamente no la forcé. Durante los primeros meses de terapia (la veía una vez por semana) llevaba

pantalones amplios y no hizo ningún esfuerzo por parecer femenina. No tenía absolutamente ningún atractivo sexual. Su cuerpo expresaba tan poca suavidad que su masajista se quejaba de que quedaba exhausta después de trabajar con ella.

Los dibujos figurativos y sus comentarios sobre ellos revelan cuanto de su problema estaba ligado a la percepción de su propio cuerpo. La figura 4 muestra su concepción del cuerpo femenino. Cuando le pregunté sobre su reacción ante el dibujo, ella respondió: «Por alguna extraña razón todas mis mujeres parecen hombres. Nunca he sido capaz de conseguir la sensación [de un cuerpo de mujer]. Estéticamente, el cuerpo de mujer me parece poco atractivo. Ella parece más bien una hermafrodita. Su expresión es muy sardónica, como si estuviera diciendo: “Te desafío, te reto”. Hay cierto parecido conmigo misma, desde los hombros hasta la cintura». Los hombros anchos, los grandes pechos y la parte inferior del dibujo, pareciendo el cuerpo de un chico, tenían mucho en común con las características corporales de Mary.

Figura 4

La figura masculina que dibujó después (figura 5) tenía las mismas características (y la misma expresión) que la figura femenina —hombros amplios, caderas lisas, piernas indefinidas, sin pies—. Cuando había completado sólo el busto y los hombros, se paró y tuve que pedirle que lo terminara, a lo cual me dijo: «Me resulta difícil dibujar el pene en un hombre». Mary se describió a sí misma de la siguiente manera— «Soy una mujer muy sensual. Podría coger la mano de mi amante y tener un orgasmo. Simplemente mirarla ya me excita. Y estoy muy interesada en el cuerpo y la anatomía».

Entonces pregunté a Mary si le gustaba mirarse a sí misma en el espejo: «Sí —dijo—, cuando estoy de buen humor; pero no aguanto mi barriga. No soporto verla abultarse hacia afuera. Cuando era una

niña la gente admiraba mis hombros anchos. Parecía un niño. Mi madre quería un chico cuando yo nací. — Después añadió—: Podría correrme besando. Cuando las mujeres me quieren he de pretender que me quieran como a un hombre. Soy un hombre con un pene de cuarenta metros». Esta exageración de su pensamiento deseoso y de su vida fantástica ponía de manifiesto a la niña que había en ella. Su percepción de lo masculino y femenino no se basaba en las diferencias sexuales sino en la noción infantil de que masculino significa fuerte y femenino débil. Sus orgasmos obviamente no eran mucho más que reacciones infantiles a cualquier estimulación placentera, como un niño que quiere que le hagan cosquillas porque le resulta excitante.

Figura 5

Como tantos otros homosexuales, Mary utilizaba el sexo, es

decir, sus actividades sexuales lesbianas, compulsivamente para mantener vivo en su cuerpo algo de sentimiento. Contrario a lo que me esperaba, ella respondió inmediatamente a mi lectura de su situación corporal y trabajó duramente para devolverle sentimientos a su cuerpo. Empezó a aceptarlo como un cuerpo femenino y a invertir su interés en el. En cuanto su cuerpo se hizo más vivo y sensible en el transcurso de la terapia, disminuyó su compulsividad sexual. Descubrió que podía obtener sensaciones y cierto placer en el cuerpo, mediante actividades físicas no sexuales como la natación. Poco a poco perdió la necesidad de la excitación vicaria que la actividad homosexual le había ofrecido. Mary se sorprendió mucho al darse cuenta de que ya no se sentía tan sexualmente excitada por sus amantes.

La madre de Mary fue una mujer polaca inmigrante que dejó a su marido y llegó a Estados Unidos con una hija. Mary nació muchos años más tarde como niña ilegítima. Creció sin figura paterna que pudiera haber contrarrestado el efecto de la fuerte hostilidad que su madre sintió contra ella. Significa que la orientación homosexual de Mary hubo que buscarla en la relación con su madre.

Mary describió a su madre como mujer fuerte y agresiva que también era paciente y muy sufridora. En el transcurso de la terapia, Mary llegó a recordar cuánto miedo había sentido de su madre. Recordaba que en la infancia su madre le había hecho muchas lavativas. Explicó que a los seis años tuvo pérdidas vaginales que su madre trató insertando trozos de algodón en su vagina. Mary tenía la fuerte sensación de que su madre constantemente estaba vigilando sus orificios, incluso mediante medidas tan corrientes como el uso de bastoncillos de algodón para limpiarle los oídos y la nariz. Tenía gran dificultad para llorar y a menudo cogía resfriados. Sus miedos estaban estructurados físicamente en profundas tensiones alrededor de los orificios de su cuerpo. Su garganta se cerraba con espasmos cuando trataba de taparse fuertemente la boca para aliviar una sensación de náusea.

Aunque Mary tenía miedo de su madre, se identificó estrechamente con ella mediante la simpatía y la comprensión. A menudo hacía referencias a la gran lucha que su madre había librado para proporcionar un hogar a sus hijas. Admiraba el coraje de su madre al abandonar su patria, sola, y empezar una nueva vida en un país totalmente desconocido. Pero también se dio cuenta de que como niña pequeña fue abandonada sola en casa cuando su madre se iba a trabajar. Tanto su necesidad de gratificación oral como de contacto corporal con su madre nunca fueron satisfechos, lo que la dejó con fuertes deseos orales.

En sus actividades lesbianas Mary exteriorizó la relación infantil con su madre. En su papel de pareja activa y dominante actuaba como sustituto de madre de mujeres tipo niña pequeña asustada que eran receptoras pasivas de sus caricias. Y, representando este papel, también expresó su superioridad sobre estas niñas, invirtiendo así la relación temprana con su madre. Pero también Mary era una niña pequeña asustada y hacía por las otras lo que en el fondo deseaba para ella misma. Sus amantes eran sustitutas de mamá cuya aprobación buscaba mediante el esfuerzo de satisfacerlas sexualmente. La personalidad lesbiana implica, como vemos, una dualidad de papeles en cada integrante de la pareja. La activa, como Mary, es la madre, pero en su identificación inconsciente con la amante también es el objeto sexual pasivo al que se le gratifica. Algo análogo ocurre con su pareja: el papel pasivo se compensa mediante la identificación inconsciente con la compañera dominante y activa. El cunnilingus tiene doble función. La lengua es utilizada como órgano sexual para satisfacer a la otra mientras que la boca es usada como órgano de chupar para satisfacer la propia necesidad de gratificación oral.

El cuerpo de Mary reflejaba este doble aspecto de su personalidad. Sus hombros cuadrados y anchos, su pecho inflado y su pelvis tensa y estrecha expresaban su identificación consciente con lo masculino. Yo interpretaría este aspecto de su apariencia no tanto como el deseo de ser un hombre sino como el miedo a ser una mujer. Ser una mujer se asocia con ser penetrada, y esto, para Mary, significaba la violación de su personalidad y le aterrorizaba inconscientemente. Al afeitarse el vello púbico Mary proclamaba ser sólo una niña pequeña que todavía no había llegado a la pubertad y que por ello no debería ser penetrada como una mujer. Las contradicciones en la personalidad de las personas homosexuales son tan complejas que cuesta mucho imaginárselas. Cada aspecto, tanto psicológico como físico, siempre está sujeto a una doble interpretación.

Mary posaba como mujer masculina para proteger a la niña pequeña tan vulnerable que había dentro de ella. Sin embargo, sus hombros anchos tenían otro sentido. Expresaban o sugerían su capacidad de llevar responsabilidad, es decir, de llevar toda la carga, un atributo asociado generalmente con lo masculino, aunque en realidad los hombros masculinos normales no son ni cuadrados ni anchos. En su posición relajada, los hombros masculinos tienen una inclinación natural hacia abajo. ¿Qué carga estaba llevando Mary sobre sus hombros? En el transcurso de la terapia se hizo evidente que la carga que Mary llevaba era la de la lucha y el sufrimiento de su madre. Es importante saber por qué Mary cargaba

sobre sus hombros este peso, es decir, por qué se identificaba con su madre en este nivel. La teoría psicoanalítica dice que la identificación inconsciente del niño siempre ocurre con la figura amenazante. Mary tenía miedo de su madre y este miedo se manifestaba también en sus hombros cuadrados y levantados.

En la experiencia del miedo se producen varias reacciones físicas: la respiración es succionada, el vientre encogido hacia adentro y los hombros se elevan. Además los ojos se abren mucho y la mandíbula queda fija en una posición apretada. Ésta es justamente la imagen que daba Mary al inicio de su terapia. Ya antes de hablar de su problema daba la impresión de una niña pequeña asustada que estaba luchando desesperadamente para ocultarse esta situación a sí misma. Los cambios en su personalidad mencionados antes iban acompañados de cambios estructurales en su cuerpo. Sus hombros se relajaron y bajaron a una inclinación más normal. La reducción de tensión en ellos iba conjunta al desinflamiento de su pecho, producido por una mejor función respiratoria. La calidad del acto de respirar es una indicación clara de la situación emocional. Si uno tiene miedo, la respiración es succionada y retenida, inflando el pecho; en consecuencia, la inflación crónica del pecho es un signo de miedo reprimido. En el caso de la angustia, la respiración es rápida y superficial. Los cambios de respiración en el acto sexual reflejan el incremento de la excitación cuando se aproxima el clímax y el apaciguamiento de la excitación después del orgasmo.

Muchas mujeres no llegan nunca a una liberación sexual satisfactoria porque retienen la respiración en las cimas de excitación, debido al miedo a la entrega sexual. Retener la respiración deprime también todos los sentimientos. Conseguir que Mary respirara más profunda y fácilmente incrementó sus sensaciones corporales, y fue especialmente importante desarrollar su respiración abdominal puesto que así se incrementan las sensaciones pélvicas. La respiración abdominal es el tipo natural de respiración en estado de relajación. Pero este cambio no se consiguió hasta que no se eliminaron gran parte de las ansiedades y sentimientos de culpabilidad sexuales de Mary en el proceso analítico.

Acompañando los cambios en la parte superior de su cuerpo, también consiguió relajar algo la tensión en la musculatura pélvica. Sus caderas se ampliaron y le salió una pequeña barriga. Con estos cambios de figura, la ropa le caía mucho mejor,lo que le complació mucho. Con la disminución de su miedo a la penetración Mary, de repente, se vio capaz de reaccionar con agrado a los acercamientos sexuales de hombres. Desarrolló una relación heterosexual que, por

primera vez en su vida, la hizo aceptar y disfrutar de ser una mujer.

Hay otra manera de entender el desarrollo psicosexual de Mary. La niña sin padre tanto como la madre sin marido desarrollaron una relación en la cual mutuamente complementaban y satisfacían sus necesidades. Psicológicamente hablado, Mary se transformó en el marido de su madre, en la medida que cargaba con el peso y adoptaba una actitud masculina. Su madre también actuaba como padre para Mary. Era el buen padre que provee para su hija, pero al mismo tiempo ella era también el padre malo que sedujo a su hija mediante actos sexuales simbólicos en forma de penetraciones corporales.

Nunca es un único factor el responsable de la adopción de la homosexualidad en un hombre o una mujer. En el análisis de una personalidad homosexual hay que elucidar cuidadosamente cada una de las fuerzas neuróticas que distorsionan y limitan la personalidad. Sin embargo, podemos postular que la masculinización de una mujer es una defensa contra el sentimiento de ser explotada como objeto sexual. El grado de esta masculinización es la medida de la severidad de la ansiedad subyacente. Por otro lado, el rechazo de una niña de su naturaleza femenina también tiene que ver con la situación edípica que encontramos en el hombre. Ser femenina, en ciertas ocasiones significa enfrentar dos enemigos: un padre que rechaza y una madre que compite. Por un lado, la niña se arriesga a contraer la hostilidad de la madre si compite con ella por el afecto paterno como una mujer. Por otro lado, corre el riesgo de toparse con el desprecio que el padre pueda sentir contra las mujeres y con la hostilidad de éste, basada en su inseguridad en relación con la mujer. La constelación familiar habitualmente responsable de que una niña abandone su feminidad es un padre crítico, sarcástico y autoritario, y una madre débil, desvalida y sumisa. Con frecuencia el padre es agresivo y ambicioso y tiene el fuerte deseo de tener un hijo varón. Para un hombre así, el nacimiento de una hija es una decepción. La madre habitualmente es autosacrificada, pero su actitud sumisa esconde gran resentimiento e impulso vengativo contra el marido. Incapaz de identificarse con la madre y sintiéndose rechazada por el padre, la niña, más que volverse masculina, pierde el sentido de ser ella misma. Su desarrollo muscular es una expresión de su necesidad de ser fuerte, independiente y asexual. En servicio a esta función de defensa, su cuerpo pierde el significado personal. Se transforma en un baluarte, una fortaleza, en la cual queda encerrada, constantemente anhelando amor y satisfacción sexual. Pero no se puede vivir como prisionero en una sociedad. Así que la relación lesbiana, igual que su contraparte *gay*, es un intento de escapar de

tal confinamiento y aislamiento construido por razones neuróticas. Por desgracia, como muchos homosexuales han descubierto, su inversión solamente es el intercambio de una prisión por otra.

La personalidad lesbiana no siempre se manifiesta en la forma de una mujer masculinizada. La "marimacho" es tan sólo una de las estructuras de carácter que se pueden desarrollar en función de una disociación en la personalidad, producida por un ambiente de rechazo. En el lenguaje psicológico, la "marimacho" puede ser considerada como personalidad doble en el sentido de que su ser encierra el aspecto exterior de un monstruo y el sentimiento interno de una niña aterrorizada. Esta tendencia disociativa produce también la personalidad dividida o esquizoide. Todo esto toma forma en un desarrollo físico inmaduro combinado con una inteligencia sofisticada. Este tipo de personalidad a menudo es caracterizado por la pareja femenina en una relación lesbiana. En contraste con la "marimacho", la personalidad esquizoide manifiesta su naturaleza infantil en la apariencia física del cuerpo.

Su patología consiste en la denegación del cuerpo y la disociación del comportamiento consciente y del sentimiento de las sensaciones corporales. Joan ilustra este aspecto del problema lesbiano.

Joan me consultó debido a su sensación de que era un fracaso en la vida. Sufría depresiones, como todos los homosexuales que conocí. Se había formado como bailarina de ballet moderno y clásico, pero era incapaz de hacer algo provechoso con ello. Comentó que cuando era niña bailaba todo el rato. Joan también estudió para actriz durante muchos años y sentía que, una vez sobre el escenario, podía caracterizar adecuadamente cualquier sentimiento. Pero fuera del escenario daba una impresión pobre. Joan trabajaba como camarera y vivía una relación homosexual que duraba ya ocho años.

Unos diez años antes de consultarme Joan había tenido una relación heterosexual que resultó "desastrosa". Estaba sola y con miedo en una ciudad extraña. Fue mientras estaba en este estado difícil y confuso cuando encontró a su amante mujer, que era un poco mayor que ella. Ambas estaban solas y se sentían así. Su relación comenzó siendo compañeras y sólo muy lentamente adquirió más intimidad. Entonces, una noche cuando estaban estiradas juntas en la cama, su amiga la acarició. Joan se sintió excitada y permitió que su compañera siguiera. Al final experimentó una manera de satisfacción que no había conocido antes. ¿Cómo podía renunciar a este sentimiento? ¿Y con qué reemplazarlo? No confiaba en que pudiera experimentar una satisfacción similar con un hombre.

No podemos ignorar el elemento de seducción homosexual en este problema. Es verdad, el homosexual latente está abierto y deseoso de tener la experiencia. Pero sin la experiencia del encuentro homosexual, con su resultante descarga y satisfacción, el o la homosexual seguirían luchando por una relación heterosexual, sin importar qué difícil fuera. Muchas lesbianas me han contado que su primer encuentro homosexual se dio justo después de una experiencia desastrosa con un hombre.

La homosexualidad es la última elección. Joan hubiera preferido una vida normal con un marido y niños, pero se le escapaba. El encuentro homosexual, como dijo una vez alguien, *ocurre faute de mieux*, por falta de algo mejor. Todo el mundo sabe que el amor heterosexual es mejor y que puede ser más satisfactorio. Lo que el homosexual no sabe es que incluso la masturbación es mejor que la experiencia homosexual, siempre que sea capaz de satisfacerse a sí mismo. Pero no puede, y esto es la raíz de su desgracia. Para ser satisfactoria, la masturbación requiere autoaceptación y esto es justo lo que falta en la personalidad del homosexual. La autoaceptación va estrechamente ligada al sentimiento del propio cuerpo y es difícil aceptarse a sí mismo si no te gusta tu cuerpo, y es difícil querer tu cuerpo si está poco vivo y falto de sensaciones agradables. Joan llegó a darse cuenta de este aspecto de su problema. Me explicó: «Tendría que querer un poco más a mi cuerpo. Hace diez años negué mi cuerpo. Nunca lo miraba. Solía andar a trompicones, lo que mejoré mediante el baile. Me movía como una marioneta».

Joan nos introduce en el segundo tipo de personalidad lesbiana, una en la cual los rasgos masculinos no son tan evidente. Donde Mary mostraba determinación y agresividad, Joan pareció más confusa y dependiente. Necesitaba la presumible potencia de una personalidad aparentemente más fuerte para dirigir y sustentarla. Pero la apariencia puede ser muy engañosa. Cuanto más exagerada es la apariencia externa, más sospechosa resulta la persona interna de ser justo lo opuesto. No es la apariencia, sino el cuerpo lo que cuenta. La palabra “cuerpo” denota la calidad de sustancia. Pero la palabra “cuerpo” también hace referencia a la plenitud de un sentimiento. En este sentido nunca he visto a una lesbiana que fuera una mujer con un cuerpo pleno.

A pesar de su mejora, el cuerpo de Joan revelaba sus dificultades. La parte inferior era como la de un niño adolescente. Su pelvis tenía una configuración definitivamente androide. No mostraba curvas femeninas y no almacenaba nada de grasa. También era inmóvil y mantenía esa parte de su cuerpo rígida en una posición echada hacia atrás, es decir, retraída. Cuando doblaba

las rodillas, éstas empezaban a temblar. Su equilibrio, como ella misma notaba, era precario. Aunque sus hombros estaban tensos, no eran cuadrados. Sus brazos, sin embargo, colgaban de ellos, y más que extensiones de su propio cuerpo, parecían apéndices ajenos a él. Tenía la cara cuadrada y una boca tensa y sombría fuertemente encorvada. Sus ojos parecían blancos y un tanto asustados. Joan hizo un comentario sobre su mandíbula. Dijo: «He sentido cómo mi mandíbula se inmoviliza, cómo se tensa. Pude sentir mi cara como una máscara tensa y rígida».

El diagnóstico psiquiátrico de Joan era el de una personalidad esquizoide. Suelo utilizar este término para referirme a una pérdida de ser, más exactamente, a una pérdida de ser corporal. La mujer masculina tiene un concepto de sí misma que mantiene la personalidad unida. Este concepto está basado en la identificación consciente con ciertos valores típicamente masculinos. El individuo esquizoide no dispone de un concepto efectivo de sí mismo. Su imagen de sí mismo es confusa y su identificación sexual no está clara. Su personalidad manifiesta la bisexualidad del niño y en sus relaciones lesbianas es capaz de alternar sus roles. Su cualidad más destacada es la extrema sensibilidad.

El punto donde quiero llegar es la observación de que muchas lesbianas pasivas tienden a ser esquizoides. Son individuos con gran necesidad de calor y contacto humano, como niñas desamparadas, que realmente son, y la relación lesbiana promete la satisfacción de esta necesidad. Dentro de sus límites pueden experimentar en estas relaciones algo de seguridad y una satisfacción parcial de su impulso sexual. Pero estas relaciones también se transforman en una prisión al barrarles el paso hacia la autorrealización. Estando en rebeldía contra los roles sexuales neuróticos de sus padres no están en posición de derrumbar esta esclavitud autoimpuesta.

El lesbianismo parece ser un fenómeno muy común entre las prostitutas. Frank S. Caprio constata que lo observó en todos los burdeles de Europa. Harold Greenwald también lo encontró como forma frecuente de relación entre las prostitutas. A menudo se escucha la pregunta de si es la prostitución la que lleva a la homosexualidad o la homosexualidad la que lleva a la prostitución. Esta asociación, como mínimo, no debería sorprendemos. Si el análisis que hasta ahora hemos proporcionado de la personalidad lesbiana es correcto, es decir, si la lesbiana realmente es una persona a la que le falta el sentido de ser ella misma y la sensación de identificación con su cuerpo, entonces la prostitución del cuerpo asciende a nada más que una afirmación de la disociación del cuerpo y una expresión de desprecio ante él. La negación del cuerpo tan característica de las lesbianas pasivas no está muy lejos de la

venta de su cuerpo que hace la prostituta.

La calidad tensa y fija de la mandíbula de Joan expresaba su determinación de no llorar. «¿Para qué me serviría? —dijo—. A nadie le importa. Nadie acude.» De hecho, Joan fue incapaz de llorar o gritar. La rigidez de sus mandíbulas y la tensión en su garganta hicieron del llanto algo demasiado doloroso y difícil. También interferían con su respiración, puesto que constituyeron una constricción de los pasos del aire. En consecuencia, su pecho quedaba inflado y su respiración era superficial. La primera irrupción del llanto se produjo cuando Joan intentó hacer movimientos de chupar con la boca. Sintiendo su frustración y limitación, Joan empezó a sollozar de una manera lastimera. Su incapacidad de gritar, la restricción de su respiración y su dificultad de hacer pucheros con la boca eran expresiones de su incapacidad de asertar su necesidad de amor y placer. Su relación lesbiana tan sólo le ofreció compañerismo y alguna gratificación sexual.

Joan se quejaba de que en la relación con su padre no había existido nada de sentimientos. Ella insistía en que él ignoraba totalmente su existencia. En otra ocasión, sin embargo, remarcó que en la familia la tenían como la niña preferida de papá y admitió que su padre la solía llamar “mi princesita”. Así que empecé a sospechar que su denegación del sentimiento representaba la represión de sus sentimientos sexuales hacia el padre. Esto explicaría por qué tanto el padre como la hija se sentían incómodos en compañía del otro. En una ocasión, Joan experimentó el sentimiento de anhelo de sentirse abrazada por su padre y se puso muy rabiosa. Se giró hacia mí, con un gesto amenazador, como si yo fuera culpable, no tan sólo de ese sentimiento, sino también de su frustración. Este episodio hizo que Joan se diera cuenta de que su orientación lesbiana era una defensa contra el miedo a la decepción y al rechazo por el hombre. Pero su hostilidad contra los hombres, que era consecuencia del sentimiento de ser rechazada por su padre, hizo inevitable que ocurrieran los posteriores rechazos y decepciones. Para poder desactivar esta hostilidad, primero tenía que comprender bien su naturaleza. La hostilidad de Joan contra los hombres resultó tener una relación significativa con su mandíbula tensa y fija.

Una clave para eso nos fue proporcionada por un sueño que tuvo Joan en ese tiempo: «Soñé que estaba en la cama con una mujer que tenía un pene que yo estaba chupando. Lo sentía muy placentero. Entonces la escena cambió y ella ya no tenía pene. Me sentí muy frustrada y enfadada». La interpretación de este sueño mostró la complejidad del problema. La mujer con pene es un símbolo urobórico, la Gran Madre, que combina aspectos masculinos y

femeninos y que, por ello, representa la condición preconsciente antes de que ocurriera la separación de los opuestos. La primera escena de este sueño se refiere a la experiencia placentera dentro del útero así como en el estado postnatal temprano, y expresa el deseo de Joan de retornar a esta situación. En la segunda escena, la realidad en la forma de una conciencia de las diferencias (mujer sin pene) es asociada con frustración y rabia debido a la pérdida del objeto deseado (pene = pezón). El sentimiento de rabia sugiere la presencia de impulsos hostiles dirigidos hacia el pene, que, en vista de su desaparición, se pueden interpretar como impulsos de arrancarlo a mordiscos.

Puesto que el sueño terminó con una fuerte nota de frustración y rabia, podemos suponer que estas emociones caracterizaban la actitud inconsciente de Joan durante ese período de su vida. En su relación lesbiana, Joan estaba frustrada y enfadada porque la mujer no tiene pene. Sin embargo, no podía relacionarse sexualmente con un hombre porque el hecho de que tuviera pene podía tentarla a arrancárselo de un mordisco. En la personalidad lesbiana, la represión de los impulsos hostiles hacia el pene bloquean todo deseo erótico por este órgano. Al imaginarse a la mujer como ser sin pene, Joan podía negar tanto su impulso de morderlo como su sentimiento de culpa por desear hacerlo. El cunnilingus satisface este deseo de morder y chupar simbólicamente; al mismo tiempo reafirma a la lesbiana que no tiene por qué tener miedo de tal deseo, puesto que no hay ningún pene presente. Todo esto, desde luego, ocurre en la fantasía más inconsciente.

La mandíbula tensa y fija de Joan representaba una defensa contra el impulso de morder tanto como contra el deseo de chupar y la necesidad de llorar. Joan confirmó esta interpretación del significado de la tensión en su mandíbula. Dijo: «Sé que tengo un fuerte deseo de morder, pero no me di cuenta de que lo que quería morder era el pene». El miedo a morder tiene un papel importante en la génesis de la impotencia orgásmica en la mujer. El significado del acto de morder se revelaen numerosas expresiones populares como: «Hinca tus dientes en ello», etc. La incapacidad de morder representa una incapacidad de desenvolverse agresivamente en una situación. En cierto sentido, la mujer “muerde” el pene; es decir, entra en contacto con él y lo agarra fuertemente. Es difícil concebir que una mujer pueda conseguir el orgasmo si tiene miedo de sus impulsos de agarrar o morder.

La relación de Joan con su padre estaba cargada de la transferencia hacia él de sus necesidades orales sin satisfacer. Los sentimientos sexuales hacia su padre se complicaban e intensificaban debido a su anhelo de satisfacción oral. El problema

edípico se vuelve insolucionable cuando se compone de sentimientos orales y genitales. El dilema del homosexual, tanto masculino como femenino, es la incapacidad de renunciar a los primeros en favor de los segundos, de renunciar al funcionamiento infantil en favor del adulto. Joan me relató otro sueño que expresaba este conflicto: «Mi amiga B. me invita a un *ménage á trois*. La otra chica se masturba mientras permanece de pie y también se chupa el dedo. Se acerca a mí, pero le digo, "No estoy interesada"». En este sueño se rechaza la actitud homosexual.

La homosexualidad en todas sus formas se manifiesta en relaciones de dominación y sumisión, de manera que las expresiones "activo" y "pasivo" son engañosas. Los *gays* o las lesbianas que en algún momento son activos, en el siguiente pueden ser pasivos con la misma pareja u otra, y estos roles incluso pueden ser consecutivos durante una misma experiencia sexual. Pero en toda relación homosexual uno de los integrantes es dominante y el otro sumiso. Esto describe la interacción de sus personalidades completas. Podemos decir que a menudo también ocurre lo mismo en las relaciones heterosexuales, distorsionándolas en la medida de la extensión de tal desequilibrio. Según mi forma de ver las cosas la homosexualidad no es una unión de dos seres iguales. La igualdad pertenece a la heterosexualidad, pues tan sólo en este tipo de relación ambos componentes de la pareja de verdad se pueden respetar mutuamente.

¿Tiene la lesbiana el mismo sentimiento de menosprecio a los hombres como el *gay* lo tiene hacia las mujeres? La respuesta, en un sentido amplio, es que sí. El menosprecio de las lesbianas por los hombres se deriva de su experiencia de la impotencia, del egoísmo y de los miedos de los hombres. Refleja la actitud consciente o inconsciente de su madre ante su padre. A este respecto se identifican con su madre. La lesbiana exterioriza las fantasías inconscientes de su madre. La madre que inconscientemente desea ser un hombre y que no tiene suficiente respeto por su propia naturaleza femenina es una fuerza que empuja a su hija hacia la homosexualidad. Pero el desprecio de los hombres también tiene sus excepciones. Se desvanece ante un hombre plenamente sexual que no tiene pretensiones y está seguro de su hombría. Hace algunos años traté a una lesbiana que era editora de una de las revistas americanas más importantes. Tenía un doctorado en psicología que, junto con su afilada inteligencia y fondo de conocimiento literario, daba soporte a su sentimiento de superioridad sobre mí. No cuestioné esta actitud al comienzo del tratamiento y el resultado fue el fracaso de la terapia.

Hacia las mujeres, la lesbiana tiene sentimientos ambivalentes.

Se siente inadecuada e inferior a las mujeres normales, pero al mismo tiempo se siente superior a éstas. Sin este sentimiento de superioridad no podría tolerar una relación homosexual. Sería demasiado humillante. Este sentimiento de superioridad sobre las mujeres, que llega hasta el menosprecio, se remonta a la experiencia del fracaso de su madre como mujer. Alejadas como están de las batallas de los individuos medios para los cuales la posición social y la apariencia son muy importantes, los *gays* y las lesbianas miran con distanciamiento las pretensiones que ponen de relieve la escena social de la persona normal. Pero su menosprecio y sentimientos de superioridad se desvanecen en presencia de una mujer genuinamente sexual.

La homosexualidad es una manera compulsiva de sexo. También en muchas relaciones heterosexuales existen ciertas formas de compulsividad. La cualidad compulsiva de la homosexualidad proviene de la necesidad de estimular el cuerpo, es decir, de rescatar los sentimientos sexuales suprimidos. No describimos a una persona hambrienta como compulsiva porque come con placer y apetito. El que come compulsivamente es alguien que comiendo intenta satisfacer alguna necesidad diferente de la de saciar el hambre. De forma similar, el homosexual no busca el contacto sexual porque esté sexualmente excitado, más bien busca este contacto para conseguir excitación sexual. La homosexualidad es un fenómeno sensual resultado de la supresión de los sentimientos sexuales.

Aunque en la infancia se suprima el sentimiento sexual, sigue persistiendo la percepción de la sexualidad. El homosexual no suele pasar por el período normal de latencia. Como chico muestra más curiosidad que la normal por la sexualidad adulta, terminando en esta extraña preocupación por la sexualidad que caracteriza el comportamiento y la manera de pensar homosexual. Es como si los sentimientos sexuales, que se perdieron en el cuerpo, resurgieran en la imaginación y la fantasía. Las historias escritas por homosexuales suelen ser muy vivas en su imaginería sexual. La persona normal suele estar más interesada en sus sensaciones corporales que en simbolismos y fantasías. Esto es así porque tiene sensaciones corporales. En el homosexual pasa lo contrario.

Al analizar relaciones lesbianas uno queda impresionado por la gran cantidad de comportamiento sadomasoquista que las domina. Edmund Bergler, que hace de este factor el punto central de su punto de vista del tema homosexual, va bastante bien encaminado al destacar la importancia de esta característica. Todos los *gays* y lesbianas tienen un elevado componente de masoquismo en su personalidad. El sadismo es la otra cara de esta moneda. ¿De dónde

procede este masoquismo? Según el punto de vista de Bergler, está basado en la condición de la megalomanía infantil. El infante que se considera a sí mismo el centro del universo, reacciona con furia ante cualquier frustración o denegación de sus necesidades. Pero puesto que su sistema muscular no está lo suficientemente desarrollado como para expresar esta furia mediante un comportamiento agresivo, el niño reacciona llorando, chillando, escupiendo, tirando cosas, etc. Este tipo de comportamiento casi invariablemente provocará el desagrado de la madre y encima suele provocar aún más privaciones o castigos. El resultado es un conflicto en el cual el niño tiene todas las cartas para perder. Finalmente, dirige hacia su interior toda esta hostilidad y agresividad, creando la condición que llamamos masoquismo psíquico.

Un masoquista es alguien que parece obtener placer del dolor y del sufrimiento. El masoquista clásico es un individuo que quiere ser golpeado durante sus actividades sexuales. Su placer sexual depende de que alguien le golpee. Antes de Wilhelm Reich, se creía que el masoquista realmente derivaba placer del dolor. Reich, sin embargo, mostró que el masoquista no busca el dolor sino la excitación sexual. Obtiene su placer de la excitación sexual producida por los golpes, no de los golpes en sí. El mecanismo psíquico que crea esta extraña asociación entre dolor y placer es fácil de entender «Si me pegas, significa que aceptas mi naturaleza sexualmente mala y sólo me pegarás pero no me vas a castrar». El castigo que el masoquista busca siempre será menos grave que el castigo más temido: la castración. En vista de la observación clínica de que todos los homosexuales, tanto hombres como mujeres, sufren una severa ansiedad de castración, no nos sorprende que de hecho encontremos tanta actitud masoquista entre ellos.

El masoquista psíquico es diferente del cuadro expuesto anteriormente en el sentido de que su dolor y sufrimiento se derivan más de insultos psíquicos que físicos. Aquí es la humillación, no el pegar, lo que sirve como el estímulo necesario para desencadenar la excitación sexual. Pero el mecanismo es el mismo: «Si me humillas y degradas, aceptas mi naturaleza sexual y no me castigarás de otra manera, no me castrarás». En ambos casos, la esencia del problema masoquista es la incapacidad de expresar el sentimiento sexual, excepto bajo condiciones de humillación, degradación, dolor y sufrimiento, condiciones bajo las cuales el respeto por sí mismo del individuo se ha perdido. Podemos describir el masoquismo como un estado psíquico en el cual falta el autorrespeto. Por ello se da junto con fuertes sentimientos de inferioridad que son compensados mediante una actitud interior de

superioridad. Parece ser una definición muy simple del problema, pero la pérdida del autorrespeto se puede documentar en todos los casos clínicos de masoquismo.

En *Homosexuality: Desease or Way of Life*? Bergler parece insinuar que cierto grado de masoquismo es inevitable en nuestra vida social: «La realidad objetiva choca con nuestras nociones mágicas subjetivas. En el desenlace inevitable siempre gana la realidad». Si no todos los niños se vuelven maso— quistas, es porque algunos «tienen éxito mediante la adaptación diplomática a una realidad más fuerte». Pero por qué algunos consiguen adaptarse mientras otros fallan es una «cuestión a debatir» para Bergler. Mi crítica de esta visión se basa en que ésta considera que el resultado es bastante independiente del comportamiento de los padres. Esto no concuerda con mi experiencia clínica. Se puede mostrar que cada caso de masoquismo tiene sus raíces en la falta de atención de los padres a la personalidad del niño.

Describir a un niño como "megalómano", como lo hace Bergler, es distorsionar la realidad. Un lactante no piensa en términos mágicos. Casi que ni piensa del todo. Responde a cualquier situación con sus sentimientos, sea con placer o dolor, satisfacción o frustración. En este sentido, el niño humano es igual a las crías de todos los otros mamíferos. Nace como un organismo animal con un sentido innato de lo que es bueno para él. Si se respetan sus derechos, como mostró Margaretha Ribble en su libro *Los derechos psicológicos de los niños**crecerá hasta transformarse en un niño y adulto feliz y bien adaptado. La dificultad, como Freud apuntó, reside en el hecho de que el niño es un ser sexual. No puedo aceptar plenamente a un niño si rechazo la cualidad esencial de su ser. Y no puedo aceptar esta cualidad en un niño si la rechazo en mí mismo.

La sexualidad de un niño se manifiesta en todas sus funciones corporales. Es una sexualidad corporal difusa, no genital. El amamantamiento es el ejemplo primario de la relación entre función corporal y placer erótico, pero todas las otras funciones corporales también tienen un componente placentero que se puede describir como erótico. ¿No es acaso todo placer corporal erótico en cierta manera? Cualquier pérdida del placer corporal se experimenta como una privación o un daño físico, ante lo cual el niño reacciona con todos los medios a su alcance. No debemos confundir este tema aplicando una psicología de adultos a un comportamiento infantil. En este estado de desarrollo, el niño no experimenta la privación como un insulto a su orgullo narcisista. El orgullo es un invento posterior, el producto de un ego fuerte que el ser va adquiriendo en el transcurso de sus experiencias. El masoquista no tiene orgullo, simplemente porque nunca tuvo la

oportunidad de desarrollar un sentimiento de orgullo en él mismo y en su cuerpo.

No se puede separar la sexualidad del cuerpo ni el cuerpo de la personalidad. El cuerpo del homosexual ha perdido sus buenos y placenteros sentimientos, es decir, sus sentimientos sexuales; en correspondencia, el homosexual es un individuo sin orgullo. En este nivel de personalidad, el sujeto se vuelve masoquista. Pero esto no es inevitable en el proceso de crecimiento de un niño. Los padres pueden manejar el conflicto entre cultura y naturaleza de maneras que protegerán al niño contra la pérdida del autorrespeto. Se puede evitar si los padres son capaces de manejar su propios problemas con el autorrespeto y la dignidad. Estoy sorprendido de la ausencia de estos términos en los estudios sobre la sexualidad. El autorrespeto es una de las cualidades que distinguen la sexualidad madura de la sofisticación sexual. Incluye el orgullo de sí mismo y de estar en el propio cuerpo. Es un elemento necesario para experimentar el orgasmo sexual.

La psicología habitual se encuentra limitada en su estudio del comportamiento masoquista; se olvida de la condición corporal que es el fundamento de esta alteración. La estructura corporal masoquista se caracteriza por severas tensiones musculares que inhiben la expresión de los sentimientos. Estas tensiones están particularmente marcadas en el área pélvica donde sirven al propósito de suprimir la fuerte excitación sexual que tanto teme el masoquista. La supresión de las sensaciones sexuales se extiende a todos los sentimientos placenteros e incluso puede llegar a incluir todas las sensaciones corporales. El masoquista se encuentra enganchado en una telaraña de donde no tiene escapatoria. Si quiere que alguien le pegue, es para que pueda volver a sentir algo su cuerpo, aunque sólo sea dolor. Si uno puede sentir dolor, también puede sentir placer. Ambos van juntos. El primero es buscado como vía hacia el segundo.

Sólo hace falta observar el atractivo de las revistas del corazón, de los culebrones y de las novelas de amor para darse cuenta de la necesidad de estimulación emocional del tipo penoso que mucha gente tiene. La necesidad de despertar el cuerpo, de hacerlo sentir y volverse vivo es tan imperativa que algunas personas harán cualquier cosa para conseguirlo. Nada es peor que la falta de vida y el correspondiente sentimiento psíquico de depresión y vacío. Por ello no debemos ser demasiado críticos con los homosexuales. Su condición merece toda nuestra simpatía y reclama nuestra ayuda. Es una condición que, como Bergler y otros han mostrado, se puede “curar”. Esto significa que la tendencia homosexual se puede reducir en gran manera, incluso eliminar, pero las marcas físicas de

esta alteración no se pueden erradicar completamente del cuerpo.

Las posibilidades de mejora y cura están en proporción invertida a la gravedad de la alteración. La profundidad de la supresión de los sentimientos es un factor que influirá en gran medida en el resultado. Donde la pérdida de sentimiento corporal es tan marcada como en el caso de John, el problema será más difícil. En otros casos, se conseguirá con más facilidad un resultado favorable. Mucho depende naturalmente de la habilidad y de la comprensión del terapeuta. Un acompañamiento caluroso y empático son cualidades terapéuticas muy importantes. El homosexual no es un monstruo, sino una persona emocionalmente enferma. Analizando su comportamiento lo más objetivamente posible hemos sido muy críticos de sus acciones, cuestionamos sus motivos y desmontamos sus racionalizaciones. Sin embargo, desde su subjetividad, el homosexual no siempre experimenta su comportamiento como lo describimos.

¿Hay amor en una relación homosexual? ¿Es el acto homosexual una expresión de amor? Responder a estas preguntas negativamente negaría mi propia afirmación de que el sexo es una expresión de amor. Además, el homosexual a menudo describe los sentimientos por su pareja en términos de amor. John hablaba constantemente del amor a su amigo y nunca tuve razones para dudar de que sus sentimientos fueran genuinos, tan genuinos como cualquier otro sentimiento que John pudiera desarrollar. Era un sentimiento ambivalente, una mezcla confusa de amor y odio, deseo y rechazo. John se daba parcialmente cuenta de sus sentimientos, pero no tenía el poder para cambiar nada en ellos. Los describió como sigue:

Me quedé con M. y finalmente me convencí a mí mismo de que éste era el camino tal como debía ser, que no era tan malo, realmente. Odiarlo en secreto por mi pérdida de libertad (aunque queriendo que estuviera allí y queriendo estar yo allí también), y quererlo y prepararlo para su propia libertad. ¿Y yo ahora rebajándome miserablemente a mí mismo, tanto como antes rebajaba a mi madre? ¿Quiero a M. como a una madre, dándole cosas? Supongo que él realmente es una parte de mí, y esta parte es donde yo no estoy. Pero muchas partes de mí se encuentran dispersadas por allí. Seguir adelante hasta la siguiente parte, dispersando, dejarlo atrás en cuanto haya pasado, y seguir adelante hasta el siguiente rollo.

Esta confesión sólo tiene sentido en términos de sus contradicciones: odiar a los que uno quiere, rechazar a los que uno desea, sentirse resentido con los que son como uno mismo. Esto es

la homosexualidad, una manera contorsionada de vivir. No obstante, es la única forma de vida que el homosexual conoce. Tenemos que aceptarlo si queremos ayudarle. Pero esto no significa que debamos aprobar su comportamiento. Significa que deberíamos intentar comprender su necesidad tan desesperada de encontrar a alguien a quien amar. Su deseo de proximidad física con otro no es para nada diferente del deseo que siente cualquier persona normal. Sin embargo, su capacidad de expresar este sentimiento está gravemente limitada. Es que el amor puede encontrar su expresión completa sólo en una relación heterosexual ante la cual el homosexual está tan cargado de culpa que la puerta a ella está cerrada para él. Perola necesidad de amar y ser amado tiene que encontrar alguna salida también en el homosexual. La encuentra, pero a través de puertas traseras y laterales, bajo el manto de la oscuridad, aborreciendo a la persona que necesita y odiándose a sí mismo por su necesidad. ¡Qué forma de vida más trágica! ¡Qué limitación del potencial de la personalidad humana!

Desafortunadamente esta tragedia no queda limitada a los homosexuales. Si su sexualidad ha sido sacrificada en expiación de la culpa sexual de alguien diferente, otros tampoco han quedado intactos. Los problemas de masoquismo y homosexualidad obsesionan también el inconsciente de muchas personas normales, como veremos en el siguiente capítulo.

7. HOMOSEXUALIDAD LATENTE

Cada psiquiatra está familiarizado con pacientes que durante el transcurso de su análisis descubren que tienen tendencias homosexuales latentes. Las actividades sexuales de estos pacientes siempre fueron con el sexo opuesto, nunca estuvieron involucrados en actos homosexuales y nunca sintieron atracción alguna por los miembros de su propio sexo, hasta que algún evento o sueño revela un sentimiento homosexual escondido. Esta experiencia a menudo es muy chocante. El paciente duda de su masculinidad y el psiquiatra ha de aliviar su ansiedad al respecto. Vamos a ilustrar este problema.

William fue mi paciente durante varios años. Cuando me consultó estaba envuelto en una aventura sexual con una mujer mayor que él. Tenía veintiocho años y vivía todavía con su padre, que no dejaba de oponerse a esta relación. William estaba en un dilema. Su padre quería que rompiera la relación, la mujer quería que profundizara en ella y llegara a una forma más duradera y William tan sólo quería ser libre. Se sentía culpable respecto a la mujer, pero era incapaz de oponerse a su padre. William era arquitecto y, aunque competente en su trabajo, imposibilitado para alcanzar el éxito al que aspiraba. Se sentía atrapado, embarrancado, incapaz de moverse. Sin embargo no se quejaba de su potencia sexual y tampoco mostraba ningún sentimiento de insatisfacción con su funcionamiento sexual.

El rasgo principal de la personalidad de William era su componente masoquista, un masoquismo psíquico, no tanto físico. Se manifestaba en fuertes sentimientos de inferioridad, en una gran preocupación por su falta de éxito y su incapacidad para tomar decisiones. En el aspecto físico, el cuerpo de William estaba muscularmente sobredesarrollado, aunque no era ningún atleta. Parecía un paquete de músculos, y éstos estaban muy tensos y contraídos. Su cuerpo era alto y bastante peludo lo que, junto con su pobre tono de la piel, lo hacía parecer pesado. Cualquier movimiento significaba un esfuerzo para William. Otro rasgo físico relacionado con su problema era la relativa falta de desarrollo de sus nalgas y pelvis. Además, llevaba la pelvis demasiado hacia adelante. William no tenía la gracia natural que se espera encontrar en un joven hombre vivo.

En el transcurso de la terapia se relajó su cuerpo, su pelvis se rellenó un poco y desarrolló más movimiento en ella. Ganó

autoconfianza mientras que se incrementaba su capacidad de imponerse. El análisis le ayudó a resolver una buena parte de los problemas con su padre y sacó a la superficie los sentimientos reprimidos hacia su madre. Abandonó la casa de su padre, dejo a su novia y cogió un piso propio. Hizo nuevos amigos y empezó nuevas actividades.

Entonces William se enamoró de otra mujer que tenía un par de años más que él. Gozaba de una posición social que él consideraba superior a la suya. Empezó como un ligue casual, pero los sentimientos sexuales entre ambos eran tan fuertes que la relación evolucionó. Parecía prometedora, pero aparecieron dificultades personales que empezaron a complicarla. Aparte de las diferencias de edad, posición social y de formación, tenían diferencias religiosas. Emocionalmente William todavía no estaba preparado para casarse, y cuando la mujer quedó embarazada, él se encontró sometido a tal presión que sólo pudo reaccionar con la retirada.

Se dice que hay tres mujeres en la vida de todo hombre: la mujer a la que quiere, la mujer que le quiere y la mujer con quien se casa. Supongo que esto también les pasa a las mujeres. Lo que quiero hacer ver con esto es que el matrimonio a menudo es un compromiso. El gran romance, la relación sexual excitante, frecuentemente termina en fracaso. ¿Es la corriente subterránea de la culpabilidad sexual lo que le priva a uno de la felicidad soñada? En este caso, ni la mujer, ni William estaban lo suficientemente maduros como para aceptar la relación por los valores positivos que les ofrecía. Él era reacio a casarse; temía ser atrapado. Su compromiso con esa mujer no era de todo corazón y la culpabilidad que había experimentado en su relación anterior volvió para atormentarlo. Sentía que lo único que podía dar a esa mujer era placer sexual y se sentía inferior a otros hombres de su círculo de amistades que le pudieran ofrecer un buen matrimonio y posición social. De manera que la relación se deterioró a causa de constantes peleas, ataques de celos, recriminaciones e inculpaciones. En consecuencia, también se deterioraron los sentimientos sexuales. Al disminuir la excitación sexual entre ellos pareció incrementarse su necesidad mutua. Sin su novia William se sentía desesperado. Pasaba el tiempo sentado en su habitación, malhumorado y meditando tristemente. La relación siguió cierto tiempo con pasajeros destellos de bienestar y placer, aunque cada uno de los dos sabía que no funcionaría. Su miedo al rechazo la convertía en un cuento de nunca acabar.

El incidente homosexual ocurrió después de que William se diera cuenta de que estaba enganchado a su novia como si fuera su madre. Sabía que tenía que construir su propia vida y que ésta

tendría que tener el significado suficiente para sostenerle como individuo solo. Se daba cuenta de que no podría conseguir un sentimiento de seguridad a través de otra persona. Intentó hacer nuevos amigos, especialmente hombres, pues tenía pocos.

Entre los amigos de William había dos que vivían juntos. William sabía que eran homosexuales, pero aun así, aceptó una invitación a visitarlos. Cuando le pidieron que se quedara a pasar la noche, sintió que se exponía a un acercamiento homosexual pero se quedó. Durante la noche ambos hombres le hicieron proposiciones que él rechazó. Sin embargo, William sintió que se había expuesto deliberadamente a una situación homosexual y que, a pesar de su consciente rechazo de ello, tenía cierto morbo para él.

¿Qué interpretación puede explicar la actuación de William en términos de su personalidad? ¿Podría ser seducido por la homosexualidad si dejara de resistirse activamente? Siguiendo la opinión de Bergler de que el masoquismo psíquico y la homosexualidad van juntos, podríamos encontrar tendencias homosexuales en William. Éstas, obviamente, estaban allí, aunque no por ello hicieron de él un homosexual. Esto indica que sus sentimientos sexuales eran confusos y ambivalentes y revelaba un conflicto alrededor de su sexualidad que antes no estaba claramente visible.

William no era un paciente excepcional. La mayoría de los pacientes revelan un componente homosexual en la construcción de su personalidad, lo que significa que podemos esperar cierto grado de homosexualidad latente en todo individuo neurótico. Nos podemos imaginar la extensión de este problema si nos adherimos a la ampliamente apoyada opinión de que la neurosis es tan extendida que en cierta medida afecta a casi todas las personas en nuestra cultura. La presencia de tales sentimientos latentes de homosexualidad en las personas denominadas normales proporciona la explicación obvia para la fascinación por y la repugnancia hacia los homosexuales declarados. La existencia de estas tendencias, lógicamente, no nos permite utilizarlas para dar soporte al punto de vista de escritores como Albert Ellis de que la homosexualidad corre a la par con la heterosexualidad y de que el hombre que prefiere la primera a la segunda simplemente está expresando una diferencia de gustos, tal como «un hombre puede preferir las rubias a las morenas».

Podemos determinar el significado específico de la tendencia homosexual en la personalidad de William estudiando la relación con sus padres. William tenía miedo de su padre y, aunque interiormente desafiante, externamente se comportaba sumiso con él. Había puesto a su madre en un pedestal desde el cual su amor y

devoción para con él no podía ser puesto en duda. La madre de William era una mujer autosacrificada que murió cuando él tenía catorce años. La imagen que tenía de ella era muy desdibujada. Siendo niño estaba muy cerca de su madre, que le sobreprotegía. Su rebelión contra ella tomaba la forma de frecuentes pataletas de rabia de las cuales luego se sentía muy culpable. El destete había sido difícil para William. No podía aceptar la idea de renunciar a su madre y valerse por sí mismo. Reaccionó al destete sintiéndose rechazado y abandonado, y más adelante experimentó la amenaza de ruptura con su novia como un rechazo y abandono similar.

Existía un enganche anal entre madre e hijo que minó la individualidad y personalidad de William. Su entrenamiento de limpieza y control de esfínteres empezó muy temprano y le dejó como marca las nalgas fuertemente apretadas y contraídas. Además, su madre le había hecho muchas lavativas que le dejaron en una posición pasiva y femenina ante ella y puso las bases de su sentimiento de poder ser atrapado por las mujeres. Los sentimientos incestuosos entre madre e hijo puede que fueran responsables de los repetidos intentos de seducir a una hermana mayor cuando llegó a la pubertad.

Estas experiencias obstaculizaron y limitaron la función sexual adulta de William. Le dificultaron el poder acercarse a las chicas con soltura y seguridad en sí mismo. Cuando su necesidad de una nueva relación sexual después de la ruptura de su última historia de amor se hizo evidente, William, desesperó. Sus síntomas se agravaron marcadamente; se sentía malhumorado, desanimado y ansioso. Fue en este marco mental que ocurrió el encuentro homosexual abortado que describí antes. Inconscientemente, parece que la vía homosexual era una solución fácil: podía haber superado su necesidad de una mujer y conseguido proximidad física con un hombre. Dejándose seducir evitaba la culpabilidad por sus sentimientos sexuales y exteriorizaba sus impulsos sexuales sin miedo al rechazo. La penetración anal con un hombre podía satisfacer su deseo de venganza de dos maneras a la vez: el hombre como símbolo de su padre quedaría colocado en una posición sumisa y humillante que le permitiría desquitarse de tantas humillaciones sufridas de manos de su padre. Como símbolo de su madre, el hombre sería el vehículo mediante el cual William podía "devolver" lo que ella le había "dado" a él. Algunos hombres pueden exteriorizar esto con una mujer (mediante la penetración anal), pero generalmente las implicaciones de tales actos son demasiado clarividentes para la mayoría de las mentes conscientes para poderlos aceptar. La homosexualidad es la salida más fácil. Si William hubiera tomado este camino, le hubiera llevado a una

pérdida superior de autorrespeto y destrucción de su integridad como hombre. Obviamente William tenía demasiado autorrespeto como para tomar esta dirección. El incidente, sin embargó, sirvió como advertencia y ayudó a que William encarara más directamente sus sentimientos.

Algunos pacientes revelan sus sentimientos homosexuales latentes fácilmente. Otros, sin embargo, han erigido fuertes muros de defensa contra cualquier asomo de tal sentimiento, de manera que hay que deducir su existencia de ciertos comportamientos o lapsus lingüísticos. Ted, por ejemplo, entró en mi despacho andando como un cadete de una academia militar. Era un hombre alto; sacaba pecho, apretaba el estómago y su columna estaba tan recta como una tabla. Tenía treinta años. Su problema era que estaba involucrado con dos mujeres y no podía decidirse por ninguna de ellas. Cuando estaba con una, deseaba estar con la otra. Cuando se sentía seguro de una de ellas, perdía todo interés por ella. Ambas mujeres utilizaban la situación para mantener a Ted enganchado en la relación. Ted creció con su abuela, con la que se sintió tan unido que sufrió un derrumbe nervioso cuando tuvo que separarse de ella para ir a la escuela primaria.

Su abuela era demasiado indulgente y protectora con él. Le acompañaba a la escuela todos los días y le esperaba al terminar las clases. Los miembros masculinos de la familia tenían la sensación de que Ted iba a ser un “marica” y le exhortaban a comportarse “como un hombre”. Pero estos comentarios no impresionaron a Ted. Pues aquí estaba él, había crecido bien y parecía un hombre en toda regla y en pleno ejercicio de su papel.

Pronto detecté cierta debilidad en la personalidad de Ted que mantenía encubierta mediante su comportamiento masculino. Una clave para ello fue la exageración de su postura corporal. Pero también tenía otro problema que no escondía: padecía ataques de ansiedad que giraban alrededor de la idea de viajar. Cuando me consultó por primera vez no podía enfrentarse a la idea de pasar una noche solo, tenía un miedo terrible a fallar en el sexo, y pensar en una lucha o en agresiones físicas le producía pavor.

Ted nunca tuvo ninguna experiencia homosexual ni fantasías homosexuales. Pero tampoco tuvo nunca ningún amigo íntimo. Consideraba sospechoso a cualquier hombre que se relacionaba en cosas de hombres con otro varón. La vida personal de Ted estaba completamente absorbida por su historia con las dos mujeres, igual como su vida más temprana había girado enteramente alrededor de la relación con su madre y su abuela. Se sentía hombre porque le interesaban las mujeres.

En el transcurso de la terapia en varias ocasiones se revelaron

sus miedos homosexuales. Una vez, inclinándose hacia adelante para recoger algo del suelo, tuvo el repentino miedo de que yo le pudiera atacar analmente. En otra ocasión, al succionar un chupete, dijo que le recordaba el chupar de un pene o un consolador y entonces se puso tenso. Estas indicaciones junto con su actitud física fueron suficientes para convencernos a ambos de que Ted tenía miedo de tener tendencias homosexuales latentes.

¿Qué valor puede tener el desenterrar sentimientos homosexuales latentes en un paciente? Reconocidamente, Ted nunca fue homosexual y era muy probable que nunca lo fuera. Su problema real parecía ser la incapacidad de aceptarse a sí mismo, de encontrar un sentido personal en su vida y de obtener suficiente placer y satisfacción en vivirla. Pero Ted no podía conseguir estos objetivos, mientras que una gran parte de su energía psíquica y física estaba invertida en el esfuerzo de suprimir sus sentimientos homosexuales. Y la tendencia homosexual está directa y proporcionalmente relacionada con el miedo a la castración. Ted no podía aceptar esta definición de su problema porque todo lo que era capaz de sentir era su ansiedad ante la idea de estar solo, su miedo a ser abandonado. El miedo a la soledad, como sugiere Brigid Brophy, está relacionado con el sentimiento de culpa por la masturbación. Ella apunta que la masturbación se produce cuando uno está solo y que el hecho de estar solo da lugar a la tentación de masturbarse. Ted sufría severa ansiedad de masturbación. Como hombre joven creyó que la masturbación le debilitaría, destruiría su potencia sexual, incluso le volvería loco. Con sus treinta años todavía creía que tenía un efecto mortal sobre él. Argumentaba que le hacía sentirse cansado, débil y nervioso al día siguiente. Fue todo un trabajo convencerle de que esta reacción era el resultado de su ansiedad y que no la podía atribuir al acto mismo de la masturbación.

En el caso de Ted, el miedo al abandono venía del miedo infantil al rechazo debido a las actividades sexuales. La castración psicológica es el resultado de la amenaza de que la madre se irá, si el niño no abandona sus sentimientos sexuales. La abuela de Ted utilizaba este método para controlar al niño. «Si no eres un buen chico, me voy a ir.» Fue una desgracia que su padre muriera cuando Ted tenía sólo cinco años y no estuviera disponible como figura con la que identificarse. Tenía una hermana mayor que a menudo amenazaba con “penalizarle”. Hasta bien tarde, Ted pensaba que con esto quería decir que le iban a cortar el pene. El tipo de infancia de Ted fácilmente le pudiera haber llevado a una personalidad homosexual abierta. Su analista anterior había expresado su sorpresa de que esto no hubiera ocurrido.

Cargado con severas ansiedades de castración, Ted no podía desarrollar una relación satisfactoria con ninguna mujer. Cualquier amenaza de alejarse de una mujer con la que se relacionaba íntimamente le inmovilizaba y le daba pánico. Yo esperaba resolver este problema liberándolo de su inconsciente miedo a la castración. Sin embargo, resultaba presumible que en realidad le daba más miedo ser penetrado analmente por un hombre que ser abandonado por una mujer, y que usaba este miedo a la soledad como defensa contra sus sentimiento homosexuales latentes. Antes sugerí que ser un "buen niño" bajo la amenaza de ser abandonado significa desistir de cualquier autogratificación erótica, pero también tiene otro significado. Ted era un "buen chico" si permitía que su madre le practicara una lavativa para aliviar un constipado. Me contó que esas lavativas se repetían semanalmente. Estaba firmemente convencido de que eran necesarias y útiles, tanto como estaba convencido de lo peligroso y dañino que era la masturbación. Estimar como buena la sumisión a la penetración anal de cualquier forma como un procedimiento habitual pone de manifiesto hasta qué grado Ted desde una época muy temprana en su vida sometió la hombría a su madre.

En cierto sentido, Ted fue castrado constantemente por las dos mujeres más importantes en su vida; le humillaron, le criticaron y le hicieron sentirse culpable. De forma masoquista se sometió a una degradación de su personalidad para evitar lo que pensaba sería una amenaza peor, que le pudieran dejar solo. Y cuando llegó a mi consulta aún estaba repitiendo este patrón adquirido en la infancia. Ted no se daba cuenta de que su sumisión pasiva a las mujeres representaba una repetición de la aceptación de las lavativas. Se sentía culpable porque estaba bien consciente de que siempre utilizaba a una de las mujeres como defensa contra la otra. Las comprendía y aceptaba la validez de sus quejas. Como niño había hecho lo mismo. Sólo llegaba a racionalizar su comportamiento hasta cierto punto que le daba miedo, por su incapacidad ante la visión de que su dilema le mantenía preso en un callejón sin salida.

Si Ted hubiera sido abiertamente homosexual, con los mismos problemas, la relación con su ansiedad sexual hubiera sido evidente, pero él pensaba que a nivel sexual funcionaba como un hombre normal. Esta ilusión mantenía su neurosis. Ted mostraba el difícil problema de una persona con el cerebro lavado. El único elemento que no encajaba en el cuadro que pintaba de sí mismo era su miedo homosexual a un ataque anal. Mientras podía bloquear la percepción consciente de este miedo, podía mantener el statu quo, un estado que pudiera ser tolerable sólo para una persona con una personalidad homosexual.

Sólo podemos entender el comportamiento de Ted en términos de las tendencias sadomasoquistas subyacentes a la homosexualidad. Él manipulaba la situación con las dos mujeres forjando dependencias económicas con ambas. Violaba su intimidad con constantes llamadas telefónicas. Psicológicamente, exteriorizaba valiéndose de ellas los insultos y maltratos sufridos de manos de su madre y abuela. De hecho, Ted era un homosexual latente en el sentido de que su comportamiento tenía todos los aspectos de una actitud homosexual, pero exteriorizada en una relación heterosexual. Por eso es evidente que destapar la homosexualidad latente en una personalidad neurótica proyecta luz sobre el significado de las alteraciones en el funcionamiento heterosexual. Para William, la tentación homosexual denotaba un profundo deseo de abandonar la lucha por una sexualidad madura y regresar al patrón infantil de ser cuidado y protegido. Expresaba su anhelo por el camino fácil. Para Ted, el miedo a un ataque homosexual representaba su percepción inconsciente de su verdadero problema. En estos casos, las fantasías, miedos, deseos o impulsos homosexuales forman el centro del problema sexual del individuo. Por ello no nos sorprende que estas tendencias queden tan severamente reprimidas. La exposición a la luz del sentimiento homosexual latente y el análisis de sus elementos abren el camino a una solución de la dificultad heterosexual.

Rose era una paciente que aceptaba sus sentimientos homosexuales sin ansiedad aunque no era abiertamente homosexual. Le producía mucha más dificultad aceptar la relación sexual con su marido. Al respecto comentaba: «Me siento como un trozo de madera, estirada allí, sumisa». Entonces habló de la relación con una amiga que conoció cuando tenía dieciséis años: «Era una chica preciosa con tendencias masculinas y lesbiana. Cuando yo era más joven, deseaba tener contacto con ella. Una noche, hace más o menos un año, nos besamos. Me gustó mucho y pensé que era bueno por lo que sentí, pero no era tan bueno porque no podía pasar de allí».

El contraste entre el sentimiento de Rose respecto a su experiencia homosexual y sus sentimientos en la relación heterosexual revelaba sus conflictos inconscientes. Besando a su amiga lesbiana, Rose sentía que actuaba libremente y encajaba su participación con la dignidad de un acto voluntario. Por otro lado, veía el acto sexual con un hombre como sumisión masoquista. Tenemos que atribuir la diferencia de estas respuestas a su miedo al pene. Para ella, este órgano era un símbolo de poder y autoridad al que no podía entregarse. Su conflicto surgía de la necesidad inconsciente de controlar la situación sexual y su sentimiento de

que la relación sexual con un hombre la reducía a un objeto sexual impersonal. El análisis de su tendencia homosexual le permitió comprender el significado de su dificultad y comentó: «Mi madre siempre me presionó a ser la mejor. De manera que en la cama siempre he sido buena, siempre he hecho un buen papel. Las pocas veces que he estado relajada realmente he disfrutado del sexo. Después de mi última sesión hice el amor con mi marido. Me di cuenta de que no percibía mi cuerpo, de manera que dejé de controlar. Tuve un buen orgasmo y con una gran oleada de sentimientos me di cuenta de que era como mi madre, teniendo que controlar todo».

El comentario de Rose indicó que su necesidad de controlar la situación sexual provenía de una actitud inconsciente hacia su cuerpo. Tenía que controlar su cuerpo para no dar vía libre a sus impulsos sexuales. El análisis reveló que los impulsos que temía eran dirigidos hacia la autogratificación. En nuestras conversaciones describía sus actividades sexuales con la palabra “follar”, pero sentía que la masturbación era reprobable. La sofisticación sexual que acepta una connotación vulgar de la relación sexual normal pero rechaza la función natural del autoplacer es típica del individuo neurótico moderno. En la situación lesbiana, Rose podía relajarse porque no implicaba penetración vaginal. Su tendencia homosexual expresaba el rechazo a su propio cuerpo femenino. La comprensión (insight) de esto permitió a Rose desarrollar una mejor respuesta con su marido.

En el caso de Rose la tendencia homosexual estaba conscientemente reconocida y experimentada. En muchos otros casos hay que deducir el elemento homosexual del miedo a un estrecho contacto a una persona del mismo sexo. La repugnancia de una mujer a ser tocada por otra puede indicar la presencia de una tendencia homosexual latente. Las observaciones de otra paciente, Anna, revelaron algunos aspectos de este problema. Pedí a Anna que hablara de cualquier sentimiento homosexual que pudiera haber tenido. Dijo:

Cualquiera que pueda ser el deseo reprimido que tenga respecto a querer o ser querida por una mujer, hay tanta desconfianza y celos competitivos hacia las mujeres que me parece imposible. También pienso que no soy nada deseable, más incluso para las mujeres que para los hombres. Siento que tengo tanto miedo a que nadie quiera ligar conmigo, como a la tentación de que alguien desee hacerlo. Por ejemplo, si me toca una mujer médico lo encuentro tan agradable que pienso que me gustaría que me quisiera y deseara. Pero sé que no lo hará, porque ninguna mujer lo

ha hecho, realmente, como mucho en algún campamento, pero fue algo inocente y de niñas pequeñas. Pero si tan sólo presiento la posibilidad de que me pudiera desear, me quedo helada y siento asco y miedo. Me puedo imaginar queriendo tocar los pechos de otra mujer, pero nada más. Puede que me gustara que otra mujer me tocara, pero sólo me la imagino haciéndome masajes en la espalda, por ejemplo, no tocándome los pechos, porque esto despertaría mis sentimientos de no ser adecuada.

La evidente confusión de sentimientos en los comentarios de Anna revela la magnitud de su enfermedad emocional. Refleja sus conflictos y dificultades a nivel heterosexual y proporciona la clave a la comprensión de estas dificultades. Sin el conocimiento de las tendencias homosexuales latentes en una persona como Anna, las alteraciones en su funcionamiento heterosexual serían menos comprensibles. Aparentemente Anna era una mujer joven alegre, vivaz y brillante. Tenía veinticuatro años, se había casado y divorciado y tenía un niño de cinco años. Pero bajo su alegre y excitada apariencia escondía a una niña pequeña, terriblemente triste, rabiosa y confundida. Sufría severos sentimientos de depresión que le llevaban al borde de la melancolía. Estos sentimientos, sin embargo, se disiparían ante la presencia de un nuevo hombre. Ella observaba: «Me siento tan exhausta y deprimida. Sé que no es la culpa de Tom. Pero sé que si estoy con otro hombre o con un grupo, este cansancio desaparecería en el acto. Actuaría». En esta situación Anna se transformaría en el "centro de la fiesta", deslumbrando a cualquier otra chica presente. Si no lo lograra, se deprimiría y desinflaría. Había representado este papel de la "alegre princesita" para su padre, cuando era pequeña, para disipar su abatimiento y ganar su afecto. «Con una persona nueva hay una nueva experiencia, un nuevo descubrimiento que te hace levantar los ánimos —dijo—. «Proust dijo de cada nueva relación: "Puede que ésta sea la llave para abrir la puerta hacia el gran tesoro". Ojalá fuera así». Proust mismo era homosexual. Con esta proclamación expresa la esperanza y el error de la vía homosexual.

Anna respondía fuertemente al sentimiento de ser sexualmente deseada o necesitada, lo que se hizo muy evidente en vistas de sus fantasías masoquistas que utilizaba para llegar al clímax. En una de sus fantasías típicas, su pareja era un «amante-marido que es tiránico pero me adora. Estoy irresistiblemente bonita, especialmente mi cuerpo. El amante-marido quiere mantenerme siempre bajo su poder. Me excita, entonces se para antes de salir para ir a cualquier sitio. Entonces, cuando estamos fuera, decide

hacerme el amor allí, a veces como castigo por haber mirado o haber sido mirada por alguien. Su capacidad de excitarme y hacerme correr es la muestra de su maestría».

La segunda parte de esta fantasía solía variar. Escribió la siguiente escena:

Estamos en los vestidores de unos grandes almacenes. Él decide hacerlo allí. Estoy casi desnuda, igual sólo con unas braguitas, y me hace apoyarme con la espalda contra el espejo, con los brazos extendidos o detrás de mí. Mis piernas están siempre algo separadas. A veces le ordena a alguien que me las mantenga abiertas. En ésta y alguna otra fantasía es una mujer la que hace eso, quizá la dependienta. Entonces me manosea los genitales, rápido y ligeramente. Luego, en el último momento, me mete el pene. Pero de alguna manera asocio el pene entrando con la idea de hacerme daño, como si fuera demasiado grande, de manera que esta parte de la fantasía no es utilizada a menudo.

En otra variante de esta fantasía el amante-marido «me manosea los pechos, también, a menudo a través de algo de ropa, como unas braguitas, y entonces, al llegar al clímax, pone su mano dentro de las braguitas o del sostén. A veces excita mis pechos hasta que los descubro yo misma».

Muchos elementos de esta fantasía revelaban los problemas de personalidad de Anna. Primero, era evidentemente exhibicionista. Al principio de su terapia Anna estudiaba para ser actriz. Descubrió que en el escenario, al actuar, despertaba a la vida. Segundo, gran parte de su excitación provenía del deseo y la pasión del hombre. Ella era el delicioso bocado que el hombre iba a devorar con gran lujuria. La naturaleza vicaria de su experiencia le daba a ésta un sabor a homosexualidad. Tercero, estaba claramente expresado su miedo al pene. Puesto que en sus fantasías el pene habitualmente estaba subordinado a las manos y al papel de exposición y puesto que esta fantasía no siempre terminaba en coito, podía ser doblado en una experiencia homosexual.

En vista de los sentimientos de Anna respecto a una mujer tocándole los pechos, podemos entender mejor su fantasía en términos de homosexualidad. El amante-marido que manoseaba sus pechos y los excitaba hasta que ella misma los descubría voluntariamente era una figura femenina que no podía ser otra que su madre. Deduzco esto porque a cierto nivel cada relación homosexual es la repetición de la experiencia infantil con la madre. Anna se identificaba con su amante-madre y derivaba su excitación del placer que el amante-madre conseguía acariciando sus pechos.

Esta identificación hizo obvio que los roles se podían invertir. Anna era la madre cuyos pechos iban a ser manoseados y también la niña a la que le gustaría manosear los pechos de su madre. En otras palabras, esta fantasía expresaba el deseo infantil reprimido de Anna por los pechos de su madre. Esta interpretación se hizo más coherente sabiendo de su ansiedad homosexual.

Pudiera parecer que las otras partes de esta fantasía tuvieran una orientación heterosexual. Tal interpretación, sin embargo, no quedaría en línea con la estructura oral de su carácter. La relación de fantasía de Anna con su amante-marido delineaba la experiencia de una niña con su madre. Su pasividad expresaba la indefensión de un bebé. El poder y el control atribuido por Anna al hombre originalmente perteneció a la madre. El pene significaba el pecho y Anna era la lactante que fue engañada y explotada por su madre-marido. Esta explotación de un niño por su madre en favor del placer sexual de ella fue ya presentada en todos los casos hasta ahora reflejados. En la vida real, Anna funcionaba como mujer adulta, pero su vida de fantasía y su miedo a la homosexualidad revelaron el anhelo típico de un bebé insatisfecho.

La división en la personalidad de Anna quedó patente en su disociación del cuerpo. Manifestaba falta de sensaciones corporales, lo que es característico de la personalidad esquizoide, pero su personalidad contenía también un importante componente oral, que era detectable en la falta de expresividad y vivacidad de su cara y boca. Anna oscilaba entre la retirada esquizoide y el anhelo oral. Cuando sus esfuerzos porconseguir placer y excitación quedaban sin respuesta se retiraba en la depresión y la inexistencia. Empezó a comprender sus estados *de* ánimo en cuanto ganó un mayor sentido de sí misma como persona. Dijo: «Anteriormente me solía sentir inexistente mientras no estaba en contacto con otro cuerpo. Solía quedar en constante contacto con mi marido. Ahora ya no siento que no existo. Cuando me siento triste o pierdo el contacto conmigo misma, deseo tocar a Tom. Pero también puedo pensar más en mí misma, en lo que puedo hacer. Esto es un gran adelanto respecto al sentimiento de haber sido abandonada, y ahora puedo hacer frente a este sentimiento».

Anna abrigaba una gran furia relacionada con la falta de realización de su ser que invariablemente se dirigía contra el amante-madre-marido cuando éste fallaba en satisfacerla. Su descripción de este sentimiento es inquietante: «Una noche que Tom no pudo mantener la erección me sentí como si me transformara en una pantera. Era como en esas películas que se ve a una persona transformarse en hombre lobo. Sentía como si mis manos se volvieran en garras y quería arañarlo. De hecho le marqué la

espalda. Me sentí mala y poderosa».

En todo ser humano hay cierta fiereza latente relacionada con la magnitud de su depravación. Y Anna era una niña hambrienta, hambrienta de amor, y la fantasía generada por tal hambre excedía su capacidad de ingerir. Al adquirir esta fantasía características caníbales, como veremos ahora, simplemente reflejaba el ansia de un bebé por un pecho nutritivo y un estómago lleno. Un día explicó: «Tuve una fantasía horrible mientras me masturbaba. Sentí que mis piernas eran enormes y que se extendían por encima de mí como si fueran las patas de un monstruoso insecto. Mi vagina era como una trampa mediante la cual deseaba absorber al hombre, destruyéndolo. Una vez dentro, quedaría perdido, devorado».

El desplazamiento de la boca hacia la vagina no podía ser expresado más claramente. En vista de una fantasía así nonos puede sorprender que algunos hombres desarrollen miedo a la vagina. Pero el hombre sólo es vulnerable hasta el punto de su propia ansiedad. Su órgano genital no se destruye tan fácilmente. Anna sólo podía dar miedo a un hombre cuyo miedo a la castración por manos de una mujer ya estuviera establecido.

A pesar de la fuerza de sus sentimientos homosexuales latentes, Anna retuvo una orientación heterosexual debido a una importante influencia en su vida: la respuesta positiva a su feminidad de su padre. Ésta le permitió realizar una transferencia de sus sentimientos orales desde la madre al padre, aunque más tarde involucrara al hombre en todos sus problemas. También le proporcionó una imagen positiva de sí misma como mujer sexualmente deseable a la que se enganchó desesperadamente.

En cuanto a través de la terapia Anna consiguió más autoconciencia, la utilización de la fantasía al hacer el amor la hizo sentirse culpable. Lo expresó así: «Realmente no he estado haciendo el amor con él y por ello nunca puedo expresar mi amor y deseo por él». Aunque parecía necesitar tanto la fantasía para intensificar sus sentimientos, en otro sentido aquella limitaba la respuesta de Anna. «Cuando Tom se mueve demasiado rápido, me retiro por completo, pues no puedo dejar que mis sentimientos tomen el mando. Tengo que controlar todo lo que ocurre mediante la imaginación para que yo, y no Tom ni mi cuerpo, decida cuando me dejo ir.»

El problema de Anna estaba tan enfocado en el hombre que surgió la pregunta de si su heterosexualidad no era un mecanismo de defensa. Su incapacidad de identificarse con su madre conscientemente explicaba su falta de satisfacción con su propio papel como madre y ama de casa. El miedo y la falta de confianza en las mujeres eran proyecciones de sus propios impulsos oral-homosexuales reprimidos. Anna se aceptó a sí misma como mujer

en cuanto se dio cuenta de que estaba exteriorizando sobre su propia niña el rechazo que había experimentado con su madre. La integración dentro de su personalidad de su función de madre le permitió abandonar la posición infantil de objeto sexual y niña hambrienta.

La relación entre la homosexualidad y los traumas psíquicos y físicos que llevan a la neurosis generalmente se suele deducir a través de la interpretación de sueños, fantasías y actitudes. En el siguiente caso esta relación queda vivamente demostrada en una fantasía y un sueño descrito por un paciente:

Después de la última sesión me sentí muy bien. Habíamos hecho mucho trabajo corporal. Mis piernas vibraban y tuve una percepción buena de mi cuerpo. Me sentía muy erótico. Sentía un fuerte deseo de estar con una mujer, pero no pude contactar con mi novia. Me fui a casa y me masturbé. Tuve el deseo de meterme algo en el ano mientras me masturbaba, una vela por ejemplo. Me vino el pensamiento de que yo podía disfrutar con una relación homosexual a través del ano. Esa misma noche tuve un sueño.

En el sueño estaba ayudando a otra persona a cubrirse a sí misma con una crema que le iba a hacer invisible para poder matar a algunos viejos enemigos. Le pregunté a quién iba a atacar primero. Dijo: «Me gustaría matar a mi madre». Después le vi clavar una navaja en la garganta de un hombre. Cuando desperté, me di cuenta de que él era *yo*.

Una vela en el ano lleva a una navaja en la garganta, el deseo de matar a la madre termina en una ataque a un hombre: ¡son increíbles las transposiciones y transformaciones que producen el sentimiento homosexual! La representación en un sueño o una fantasía de una madre por un hombre se debe a la presencia de un fuerte componente masculino en la personalidad de la madre. (Tal transposición fue un rasgo llamativo en el caso de Anna.) La madre masculina es la madre con pene, lo que es una figura familiar tanto en la mitología como en la psiquiatría. Más adelante hablaremos de su significado. En este caso, ella era la madre que excitaba al niño analmente introduciendo la boquilla de la lavativa en su recto. Ésta es una de las maneras cómo se desarrolla una fijación anal. El efecto es un enfoque libidinal o de sentimientos eróticos en el ano a hacerlo accesible a la gratificación genital. El deseo de una penetración homosexual para descargar estos sentimientos eróticos es contrarrestado por la ira por la violación que es proyectada sobre el homosexual. Este mecanismo puede que sea una de las mayores causas de asesinato en el mundo de los homosexuales.

En el caso de Paúl sugerimos que la masculinidad exagerada puede ser una defensa contra los sentimientos homosexuales latentes. Tal exageración queda inscrita en el cuerpo mediante rigideces posturales y tensiones musculares. Estas tensiones también tienen un efecto contrario. Circunscriben el movimiento y limitan la movilidad, produciendo así gestos y ademanes que parecen afeminados. Otro signo afeminado fácilmente reconocible en un hombre es un tono de voz suave y arrullador al borde de ser un silbido, producido por la rigidez de la musculatura torácica y abdominal, así como por tensiones musculares en la nuca y la laringe que limitan el flujo de aire y reducen la resonancia vocal. A veces así se produce el efecto de un considerable aumento del tono de la voz. La rigidez generalizada del cuerpo reduce la agresividad normal del individuo y produce una estructura de carácter que podemos describir como pasiva-femenina. La tendencia homosexual en el carácter pasivo-femenino está directamente relacionada con los patrones dinámicos de su cuerpo.

De manera similar, la presencia de signos de masculinidad en una mujer nos sugieren sentimientos homosexuales latentes. El más común entre tales signos es un excesivo desarrollode la musculatura. Estos músculos sobredesarrollados están tensos y contraídos. Tal sobredesarrollo no sólo sirve para darle a la chica en cuestión la apariencia e ilusión de ser fuer— te, sino también para controlar y disminuir los sentimientos sexuales. Otros signos de masculinidad en una mujer son los hombros anchos, caderas estrechas, líneas corporales rectas, abundante vello corporal, etc. Cuando aparecen de forma muy pronunciada, estas características a menudo identifican la pareja masculina en una relación lesbiana. Pero también una exagerada feminidad, especialmente la exageración de los aspectos sexuales de la personalidad, sugiere homosexualidad latente. Analíticamente se puede demostrar que la exageración sexual está diseñada tanto para seducir mujeres como hombres. Existe un principio psicológico que indica que cualquier exageración de actitudes se desarrolla como compensación de la condición contraria. Nunca he visto fallar este principio que queda apoyado por la repetida observación de que la masculinidad exagerada en el hombre encubre tendencias homosexuales reprimidas. Eso es igualmente cierto en el caso de las mujeres. Las características femeninas exageradas, de igual modo, han de ser consideradas como un intento de encubrimiento de tendencias masculinas latentes que tienen naturaleza homosexual.

¿Existe alguien libre del estigma de la homosexualidad? Yo diría que muy pocas personas en nuestra cultura se encuentran totalmente libres. ¿Significa esto, entonces, que el ser humano

fundamentalmente es bisexual? ¿No tendríamos que apoyar el punto de vista de que cualquier persona media se entregaría hasta cierto punto a prácticas homosexuales si no estuviera frenada por fuerzas sociales? Las estadísticas sobre la homosexualidad de Kinsey según las cuales el 37 por ciento de los hombres y el 28 por ciento de las mujeres americanas tuvieron una o más experiencias homosexuales en el curso de sus vidas, son citadas a menudo para apoyar la idea de la bisexualidad. ¿Hay individuos que por naturaleza son bisexuales, que pueden obtener plena satisfacción de relaciones sexuales con ambos sexos? Frank S. Caprio dice que, «puesto que todo ser humano primariamente es bisexual, hay que deducir que la homosexualidad latente está presente en todos nosotros». Él basa su afirmación en los escritos de Wilhelm Stekel, que explica mediante el efecto de que «todas las personas son originariamente bisexuales en sus predisposiciones... de manera que el heterosexual reprime su homosexualidad. También sublima una parte de anhelos homosexuales en la amistad, el nacionalismo, el comportamiento social, las grandes aglomeraciones de gente, etc. Si esta sublimación le falla, se vuelve neurótico». Algunos consideran esta línea de pensamiento como extensión lógica de los puntos de vista de Freud.

Aseverar que la neurosis resulta del fallo en sublimar los deseos homosexuales significa colocar el carro delante del caballo. Mi punto de vista es que la homosexualidad es el resultado de la neurosis y no al revés. Todos los casos que he presentado aquí muestran que los mismos factores etiológicos que producen la neurosis también son responsables de la homosexualidad. La sublimación de los deseos homosexuales en una amistad resultan en una amistad neurótica que se corrompe por las actitudes homosexuales reprimidas (sublimadas). El argumento de que el ser humano primariamente es bisexual debería poder apoyarse en evidencias claras mostrando que los así llamados individuos bisexuales consiguen plena satisfacción en sus actividades sexuales. Nunca he visto a nadie que lo haya conseguido. En todos los casos de comportamiento bisexual que pude estudiar, se mostró que el individuo estaba confundido con respecto a su papel sexual, presentaba una personalidad inmadura y era inadecuado como ser sexual. Los problemas de la bisexualidad quedan ilustrados claramente en los siguientes estudios cortos de casos clínicos.

Jim era un hombre joven de veintiocho años de aspecto bastante agradable que tenía frecuentes relaciones con chicas, complementadas con alguna que otra aventura homosexual. Jim sabía que estaba confuso y perturbado y que necesitaba ayuda, pero nunca se había tomado nada en serio y la terapia no era una

excepción. Tenía un aspecto muy juvenil, tanto que llegue a llamarlo «cara de niño». Su cuerpo era superficialmente suave; su musculatura estaba desarrollada, sin embargo, era tensa y contraída. Espontáneamente dibujó una imagen de sí mismo para enseñarme dónde estaban localizados los problemas en su cuerpo (véase figura 6). Las flechas indican las áreas perturbadas.

Sus pies, según él, carecían de sensibilidad. No estaba "conectado con la tierra". Se dibujó a sí mismo como un ser "volátil", huyendo de cualquier situación. En el dibujo, las rodillas están bloqueadas. La "acción de las rodillas", es decir la elasticidad, no existe en estas piernas. La pelvis está en una posición de giro hacia atrás, de manera que las nalgas salen de su posición natural. En la realidad su pelvis tenía un aspecto muy femenino. Una flecha indica los hombros encorvados, con su evidente falta de virilidad. El bajo vientre hinchado sugiere la imagen de un niño hambriento. El segundo dibujo muestra a Jim peleando; en el tercero aparece sin cabeza (ego).

Con estos dibujos en la mente echemos un vistazo a algunos detalles de su historia personal. Dijo que a la edad de cuatro o cinco años fue necesario emplear medios (sin especificar) para que parase de chuparse el dedo. Se vio peleando con su hermana, a la edad de cinco años, y a su padre enfadándose mucho. Tuvo una pelea con una compañera de clase a la que atemorizó con su violencia. La experiencia de su propia violencia le daba miedo. Dijo que desde entonces nunca volvió a pelear de verdad. Con once años descubrió que no podía orinar cuando pensaba que alguien estaba mirando. Dijo que todavía no podía hacerlo. Entre los doce y dieciocho años desarrolló la práctica de introducirse objetos en el ano. No fue capaz de masturbarse hasta llegar al orgasmo hasta que no tuvo veintidós años. A esta edad se sometió a una circuncisión para corregir su fimosis que le producía erecciones dolorosas. También se masturbaba con un dedo en el ano.

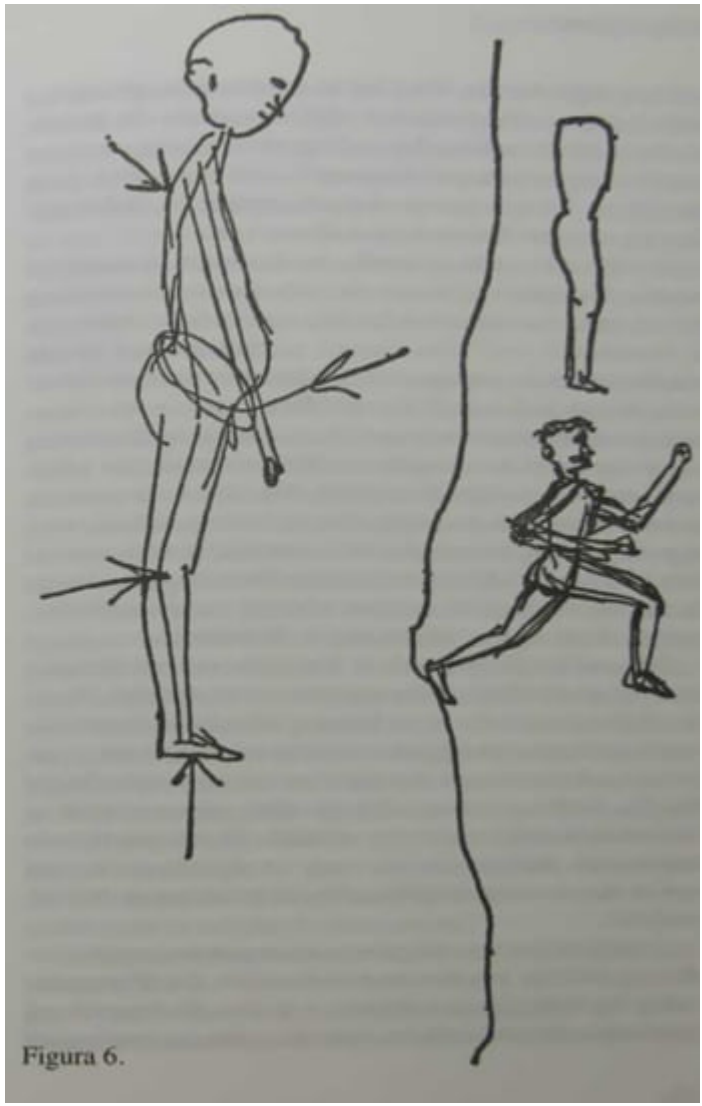


Figura 6.

Jim dijo que jugaba un papel semi-femenino para atraer a hombres bisexuales. Más o menos cada dos o tres semanas se iba a la cama con algún hombre que, siguiendo su expresión, le "reventaba el culo". Jim comentó que buscaba este tipo de relación cuando le sobrevenía el sentimiento de que el mundo se cerraba alrededor de él. Sus problemas eran de tipo financiero o estaban relacionados con alguna chica y sus demandas, y él no era capaz de manejarlos satisfactoriamente. Jim admitía abiertamente su falta de hombría. Dijo que era la razón de su homosexualidad. Su explicación al respecto, aunque muy ingenua, nos proporciona una visión interesante de la motivación homosexual: «Ir a la cama con un hombre es una manera de adquirir virilidad. Si no sabes cómo se siente un hombre, meterlo dentro de ti es una manera de

descubrirlo».

Edmund Bergler entiende al bisexual como un homosexual cuyas actividades heterosexuales son un pretexto. Escribe: «La bisexualidad... es un fraude a todas luces, mantenido involuntariamente por algunos homosexuales ingenuos y perpetrado voluntariamente por otros no tan ingenuos». Según Bergler, muchos homosexuales se casan para conseguir la apariencia de respetabilidad y encubrir su comportamiento homosexual. Aunque esto sea cierto en algunos casos, creo que es una excesiva simplificación del problema de la bisexualidad.

Cualquier hombre nace para procrear con una mujer y todos sus instintos le guían en esta dirección. Desafortunadamente, los sentimientos instintivos y la situación formacional a menudo entran en conflicto, hasta tal punto que queda afectada la expresión normal de los instintos o, en algunos casos, incluso la vuelve imposible. Jim no engañaba con sus sentimientos hacia las mujeres. Eran tan genuinos como su necesidad homosexual de ser "reventado" analmente por un hombre. Se colapsaba frente al estrés producido por el sentimiento de que "el mundo se cerraba a su alrededor". En esos momentos Jim no podía obtener ningún alivio de su estado de tensión por la salida heterosexual y necesitaba una penetración homosexual que le abriera el camino hacia un nuevo intento de afirmar su masculinidad.

El bisexual no ha enterrado su esperanza de una vida heterosexual como lo ha hecho el homosexual declarado. La mayoría de los psiquiatras confirman que el tratamiento analítico de los bisexuales suele obtener mejores resultados que el tratamiento de los homosexuales declarados. Así que deberíamos ver al bisexual como una persona que no puede establecer un patrón de comportamiento heterosexual fiable pero que no se ha resignado del todo a la "salida fácil".

Robert era otro paciente tratado brevemente, cuyo funcionamiento heterosexual se derrumbaba siempre que tenía que hacer frente a las demandas de una relación madura. Robert había estado casado dos veces y tenía un niño de cada uno de estos matrimonios. Su primera mujer le abandonó debido a sus violentos ataques de rabia y su segundo matrimonio también falló por esta razón. Conocí a Robert y a su segunda mujer, de manera que podía seguir la situación que llevó a la ruptura del matrimonio. Durante su vida de adulto Robert tuvo intereses homosexuales, pero no se involucraba en actividades homosexuales abiertas mientras se mantuvieran ciertas condiciones en su relación heterosexual.

La ruptura del segundo matrimonio fue un gran golpe para su mujer. Ella le amaba con mucho cariño y estaba segura de que él

también la quería mucho. Era una chica rica que se había casado con un chico pobre, en contra de los consejos de su familia y de sus amigos. Lo hizo porque sus experiencias sexuales con Robert durante el noviazgo fueron las mejores que había tenido. Robert era sofisticado e inteligente. Daba la impresión de sinceridad y convicción, aunque esto era desmentido por ocultamientos y falsas declaraciones sobre sus orígenes. Parecía ser el tipo de persona que su mujer deseaba.

Los primeros meses de matrimonio fueron bastante felices para ambos. Robert tomó el mando de su mujer y de la casa, decorando y amueblando el apartamento. Los únicos problemas que llegaron a preocuparlos eran de dinero. Aunque Robert ganaba algún dinero, no contribuía con nada para mantener a su mujer. Por otro lado, no dudaba en gastar el dinero de ella en la casa de una manera a la que ella no estaba acostumbrada. Las relaciones sexuales entre ellos eran bastante regulares, aunque no del todo satisfactorias. El gran cambio se produjo cuando ella se quedó embarazada. Robert dijo que no podía sentir ningún deseo por una mujer embarazada. Empezó a salir por las noches con un grupo de conocidos que incluía varios homosexuales.

Con el nacimiento del niño la situación se deterioró rápidamente. Después del fracaso de un intento de negocio, Robert parecía contento de vivir con el dinero de su mujer. No hizo ningún esfuerzo por encontrar un trabajo. No había contacto sexual entre marido y mujer. Robert se relacionaba más con sus amigos homosexuales y a veces llegaba a casa muy tarde. Se produjo una separación después de una discusión durante la cual Robert se volvió violento y su mujer cogió miedo a que le hiciera daño físico.

Estoy seguro de que Robert, aunque entrara en el matrimonio pensando también en la conveniencia y el confort que le iba a proporcionar, intentó mantenerlo como una relación plena. Pero el matrimonio no es un juego de niños y Robert era una persona inmadura que no iba a aceptar responsabilidad si podía encontrar un camino para evitarla. Mientras estaba enuna posición dominante y libre de responsabilidad y obligación, Robert podía mantener cierto grado de funcionamiento heterosexual. Pero esta capacidad se derrumbaba en cuanto se veía confrontado con la demanda de una actitud más adulta. El resentimiento ante el poder que representaba el dinero de su mujer era intenso. Su hostilidad hacia ella por no compartirlo con él tenía igual fuerza. Estas fuerzas solas ya eran suficientes para destruir el matrimonio. Pero el embarazo de su mujer fue lo que minó todo intento por su parte de ser hombre. Este hecho transformó a su esposa de niña a mujer adulta e hizo aparecer en su inconsciente el espectro de los sentimientos

incestuosos hacia su madre. Robert huyó hacia la homosexualidad.

Tanto Jim como Robert eran capaces de funcionar en una relación heterosexual, bajo la condición de que su inmadurez fuera aceptada por sus parejas. Esta aceptación mantenía lejos la amenaza de castración o abandono. Cualquier demanda de una actitud más responsable por parte de la mujer era percibida como un desafío al que inconscientemente respondían como si fuera un peligro. Entonces la homosexualidad era una válvula de escape.

Acusar al homosexual de casarse sólo por conveniencia, como lo hace Bergler, es pasar por alto el deseo de cualquier persona de una vida normal con una familia. Si un homosexual contrae matrimonio "con un nudo en la garganta", es por su miedo al resultado. Las responsabilidades y obligaciones que el matrimonio y la paternidad conllevan serán, así lo teme, demasiado para él. La debilidad e inmadurez de su personalidad explican sus recaídas o escapes hacía la homosexualidad activa. El problema del bisexual con la homosexualidad no es la tendencia homosexual, sino su falta de madurez y la estructura neurótica de su personalidad. La homosexualidad en todas sus formas es un síntoma de la incapacidad de funcionar como adulto maduro y responsable. No es una enfermedad en sí, sino un síntoma de una enfermedad de la personalidad entera. No se puede tratar simplemente como una desviación sexual, sino sólo integralmente en términos de la distorsión de la personalidad completa.

Se puede considerar la homosexualidad y la heterosexualidad como los extremos en una escala de valores que forman un espectro continuo. Ambas no son categorías sino límites. Las personas muestran tendencias homosexuales en la medida de su neurosis. Puesto que nadie se puede escapar del todo de las fuerzas culturales que causan neurosis, nadie puede proclamar ser perfecto. No existen personas al cien por cien heterosexuales como tampoco las hay al cien por cien homosexuales. Si hay tendencias homosexuales latentes en todo individuo, como afirma Caprio, también hay tendencias heterosexuales latentes en cada persona homosexual. La potencia orgásmica es una valor específico que distingue al heterosexual del homosexual. Más elevada la potencia, más tiende el individuo hacia el patrón heterosexual; menos potencia tiene, más tendencias homosexuales mostrará. Las estructuras de personalidad se pueden alinear en una escala de potencia con la homosexualidad en un extremo y la heterosexualidad en el otro. Esto no proporciona un buen concepto de trabajo puesto que evita la división de las personas en diferentes clases. La gente no es heterosexual u homosexual; son individuos con un variable grado de potencia orgásmica asociada a un grado de neurosis

correspondiente. Este concepto se ilustra muy bien en el diagrama de la página siguiente.

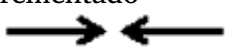
Intenté mostrar que la homosexualidad está relacionada con la pérdida del sentido de sí mismo, la falta de una adecuada identificación con el propio cuerpo y una reducción de la eficacia de la personalidad entera. El último término de la lista, la satisfacción orgásmica, puede que necesite cierta explicación. La capacidad de conseguir una descarga orgásmica satisfactoria es una función de la potencia sexual. A pesar de cualquier afirmación contraria que puedan hacer los homosexuales, ésta queda limitada al modo de funcionamiento heterosexual. El homosexual puede obtener cierto placer y satisfacción mediante la identificación y exteriorización, pero renunciando a la experiencia del ser. Experimenta su satisfacción a un nivel de ego, no a nivel físico. El orgasmo es una función de experiencia del ser y realización del ser en su forma más profunda.

ESCALA DE POTENCIA SEXUAL U ORGÁSMICA

Homosexualidad Bisexualidad Homosexualidad latenteHeterosexualidad

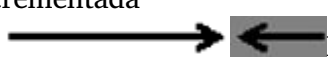
Características de la personalidad

Disminuido Sentido de sí mismo Incrementado



Disminuida Identificación con el cuerpo Incrementada

Disminuida Agresión eficiente Incrementada



Disminuida Satisfacción orgásmica Incrementada

De este análisis de la homosexualidad se derivan importantes implicaciones terapéuticas. Si un paciente puede conseguir una mejor identificación con su cuerpo, un más fuerte sentido de sí mismo, un mejor funcionamiento de su personalidad, su patrón sexual automáticamente se declinará hacia el extremo heterosexual de la escala. También funciona así: cualquier incremento de sentimiento o comportamiento heterosexual resultará en un progreso de todas las funciones de la personalidad. Tenemos que saber más sobre las actitudes y los comportamientos heterosexuales si tal mejora es nuestra meta.

8. HETEROSEXUALIDAD

La heterosexualidad es considerada tan obvia que pocas veces es sometida a análisis en profundidad como suele hacerse con la homosexualidad. Sin embargo, sería muy beneficioso explorar con detalle en qué manera difiere de la homosexualidad. Aquí nos encontramos con el mismo problema que con el intento de comprender la salud. Es mucho más fácil describir una enfermedad que definir la salud. En ausencia de tal definición se considera a una persona sana si no padece alguna enfermedad diagnosticare. De manera similar, una persona es considerada heterosexual si no se involucra en ninguna actividad homosexual abierta. Pero tales diferenciaciones son psicológicamente poco realistas. Es comparable a dividir a las personas en ladrones y honestos, y considerar honesto a cualquier individuo que no roba. Sin embargo, muchas personas no lo son aunque no sean ladrones.

Sería muy simple decir que la heterosexualidad es la atracción y unión de opuestos, mientras que la homosexualidad es la atracción y unión de lo mismo o de lo parecido. Sin embargo hemos mostrado que detrás de todo acto homosexual se esconde la imagen inconsciente de una unión sexual con el sexo opuesto. Es obvio que dos homosexuales no pueden desempeñar cada uno el mismo papel. ¿Podemos, pues, anticipar que bajo la fachada de la heterosexualidad uno o ambos componentes de una pareja pueden exteriorizar actitudes y sentimientos homosexuales?

El sentimiento homosexual deriva gran parte de su “carga” del proceso de identificación. La pareja masculina en una relación lesbiana obtiene la mayor parte de su excitación y placer de las reacciones de su pareja. Hemos descrito su experiencia como vicaria. Una situación similar predomina también en la homosexualidad masculina. El hombre que desempeña el papel femenino persigue la satisfacción vicaria de experimentar la pseudomasculinidad de su pareja. La identificación se produce también en muchas relaciones heterosexuales. El hombre cuya excitación depende de la de la mujer, cuyo placer proviene de su satisfacción, está exteriorizando una actitud homosexual. Esta actitud caracteriza a los hombres que saben más sobre la sexualidad femenina que sobre la propia, los que están menos interesados en sus propios sentimientos que en los de la mujer.

Esta actitud fue expresada y defendida por un paciente que visité por un corto período de tiempo. Se consideraba un “gran

amante" y afirmaba que las mujeres que conocía así le veían. Su práctica era excitar los genitales de la mujer mediante su actividad oral hasta que llegaban al clímax o muy cerca. El coito, para él, era una forma secundaria de actividad sexual. La preocupación expresada en todo lo que hacía era la excitación y la satisfacción de la mujer y su propio placer dependía de las reacciones de ella. Su propia respuesta genital era relativamente poco importante, como dijo, puesto que obtenía mayor placer de la reacción de la mujer. Me era difícil ver a este paciente como un "gran amante"; su apariencia no era en absoluto romántica y expresaba poca virilidad en sus actitudes y movimientos corporales. De hecho me dio la impresión de ser una "mujer vieja", tal como estaba sentado frente a mí, hundido en la silla, presumido y satisfecho de sí mismo. Sin embargo, una mujer que lo vio, me comentó quesintió un estremecimiento por todo el cuerpo cuando este hombre la miró. Dijo que la devoraba con los ojos.

Este tipo de actividad sexual es bastante común. De hecho, una de mis pacientes se quejaba de que «todo hombre que se siente atraído por mí, tarde o temprano, me indica que quiere "comerme". Un amigo me dijo que yo era como la botella en *Alicia en el país de las maravillas* con una etiqueta que reza "cómeme". Uno me dijo una vez que era mi culo respingón. Otro de esos hombres a los que les encanta pelearse y que se pelearía con cualquiera por la más mínima ofensa, se ofreció a dar cera al suelo de mi piso. Se parece mucho a mí. Todos son hombres que se rebajan y degradan a sí mismos. ¿Por qué siempre me eligen hombres así?».

La mujer que hizo esta observación tenía un fuerte elemento masoquista en su personalidad. Le faltaba el sentimiento de estar orgullosa de sí misma como persona y como mujer. Era obvio que los hombres que se sentían atraídos por ella tenían una estructura de personalidad similar. Mi respuesta a su pregunta era: «Los iguales se atraen».

No sé cómo este tipo de actividad sexual se puede distinguir de la de la pareja masculina en una relación lesbiana. Las lesbianas a veces intentan emular los genitales masculinos mediante aparatos de pene artificial preparados para poder atárselos al propio cuerpo. De manera similar no se puede decir que un hombre que practica el coito con una mujer, por este simple hecho, está actuando de forma heterosexual. Si el hombre utiliza su pene como la lesbiana usa el consolador, es decir, si lo utiliza para satisfacer a la pareja, podemos describir esta relación también como homosexual. Se vuelve más homosexual aún si el hombre emplea otras partes de su cuerpo para este fin. La marca de la homosexualidad reside en la identificación con los sentimientos de la pareja sexual, puesto que

niega la naturaleza antitética de los sexos.

Además de la identificación, a menudo encontramos otraactitud homosexual en las actividades heterosexuales, el concepto del "servicio". El homosexual suele describir sus actividades como "sirviendo" a su pareja, lo que también observamos en el hombre cuya primera preocupación en sus actividades heterosexuales es llevar a la mujer al clímax. La compulsión de tener relaciones sexuales con una mujer, simplemente porque ella está sexualmente excitada dice mucho de la necesidad de "servirla". Bajo la bandera del arte del amor algunos sexólogos abogan por técnicas sexuales basadas en el concepto del "servicio". Albert Ellis, por ejemplo, escribe: «El individuo profundamente empático no sólo percibe pasivamente lo que su compañero o compañera de cama requiere sino que se interesa activamente por ello, averigua sus deseos y entonces *intenta complacerlos*» (cursiva mía). Siempre he pensado que la relación sexual es una unión de iguales, en la que cada uno es competente para ocuparse de sus propias necesidades. La anterior afirmación transforma la pareja sexual en el sirviente del otro o de la otra.

Ayudar a una mujer a disfrutar del sexo o ayudarla para llegar al clímax es un procedimiento ampliamente aceptado en nuestra cultura. En parte, nos lo podemos explicar por el actual miedo a la mujer frustrada, ese monstruo que puede, y a veces lo hace, devorar a sus niños y destruir a su marido. Pero este miedo tiene como resultado único más castración del hombre, lo que a su vez lleva a más frustración de la mujer. El hombre ha de ir con mucho cuidado para que, en su deseo de placer y satisfacción mutua, no abandone su propia identidad masculina o acepte un papel subordinado en la relación. El "gran amante" habitualmente es un pobre hombre. Desgraciadamente, parece formar parte de la tendencia homosexual de nuestra cultura el equiparar la sexualidad masculina con la capacidad de satisfacer a la mujer. Sin embargo, una mujer no queda nunca realmente satisfecha con tal actuación de un hombre, ni en las relaciones con coito ni de cualquier otra manera. Las así denominadas técnicas sexuales terminan con que el hombre pierde más de lo que gana y con que la mujer pierde lo que realmente quiere: un hombre.

Debido a este sentido invertido de masculinidad en muchos hombres, las mujeres frecuentemente fingen tener orgasmos. La justificación para ello es que el orgullo del hombre quedaría dañado si supiera que no logró satisfacerla. Una de mis pacientes se quejaba de que su marido insistía en que ella tuviera tres o cuatro orgasmos antes de permitirse él tener el suyo. Su propia inseguridad en la relación la hizo fingir sentimientos que no tenía. El resultado era

que ninguno de los dos obtenía satisfacción verdadera. Su actividad sexual se transformó en un juego en el cual cada uno representaba un papel, en vez de participar en una experiencia mutua de unión. Mi paciente decía que no era feliz con el arreglo pero que, como su marido era tan insistente, prefería seguir adelante con el juego.

Satisfacción no es algo que se le puede dar a otra persona. Depende de la capacidad de entregarse completamente a la experiencia sexual y escapa a toda persona cuya actividad sexual es una actuación. Ningún hombre puede satisfacer a una mujer o darle un orgasmo. Puede crear las condiciones que hagan posible la satisfacción por sí misma, pero el resto es cosa de la mujer. Las condiciones más importantes son que sea completamente él mismo, honesto en su relación con la mujer y capaz de disfrutar realmente del contacto sexual con ella. No nos dejemos engañar por el mito del orgasmo múltiple. Invariablemente es la expresión de una mujer que está fingiendo. Incluso puede engañarse a sí misma, tomando erróneamente la menor agitación producida por la excitación por el profundo sentimiento de liberación que supone la culminación de una experiencia placentera.

La necesidad de un hombre de satisfacer a la mujer está relacionada directamente con el miedo a la mujer y con su ansiedad con respecto a su propia potencia. Detrás de tal comportamiento y necesidad siempre se puede encontrar en el hombre el miedo a una eyaculación precoz. Esta duda sobre su propia potencia lo deja sensible a la respuesta femenina. Pero esto, otra vez, forma parte de un círculo vicioso. El miedo y la ansiedad respecto a una eyaculación precoz y a fallar en satisfacer a la mujer incrementa el estado de tensión, lo que aumenta la precocidad. Finalmente, el hombre inhibirá su propia excitación y sacrificará su placer sexual para mantener la imagen de potencia a los ojos de una mujer infeliz.

La prematuridad de la eyaculación o *eyaculación precoz* es uno de los problemas más comunes que afectan a los hombres de nuestra cultura. En parte, este miedo a la prematuridad es irracional puesto que no existe ningún límite de tiempo establecido para una interacción sexual. La eyaculación es prematura si ocurre antes de que el individuo haya llegado a la cima de su excitación sexual. Subyugar la eyaculación a un control de tiempo basado en la respuesta de la mujer destruye el fluir natural de los sentimientos, siendo este fluir lo único que garantiza la mutua satisfacción. En este punto no podemos nunca insistir suficientemente. La inhibición del florecimiento de la excitación por el bien de la mujer limita la posibilidad de satisfacción mutua, mientras que lo opuesto la aumenta.

Un paciente que tenía miedo de prematuridad, unido a la inevitable necesidad de satisfacer a la mujer, habitualmente se ponía en la posición femenina durante el acto sexual. Después de analizar su actitud y dándole algo de ánimo, ensayó la posición de encima. Aquí su informe: «Me puse encima para probar y pude sentir que la fricción era diferente, llevándome a correrme. Me excité y después de dos minutos sentí que estaba preparado para correrme. Paré mi movimiento para no correrme y perdí la erección. Entonces la saqué y cambié de postura. En la postura debajo de la mujer puedo durar hora y media».

Este paciente, unido con la expresión de su sentimiento de ser subordinado a la mujer, vociferó su rebelión: «¡Al diablo con las mujeres! Lo único que quieren es un semental. Desearía no haber oído nunca hablar del sexo».

Un consolador aguanta más tiempo que cualquier hombre. ¿Qué valor tiene la simple prolongación si la excitación se ha perdido? El sexo no es un concurso de resistencia. De cualquier forma, él entendió que parar el movimiento, en cuanto su excitación viraba hacia el clímax, era una reacción de pánico, puesto que resultó en la pérdida de la erección. No hay nada malo en un intercambio sexual que dura sólo dos minutos. Animado a probar de nuevo, la siguiente semana volvió con un relato diferente: «Empezamos lado a lado, pero pronto me giré y me puse encima. Seguí moviéndome y me excité mucho. Me corrí rápido, pero descubrí que mi excitación estimuló a mi pareja y desencadenó su respuesta. Llegó junto conmigo. Tuve un orgasmo muy fuerte y me perdí casi del todo al dejarme ir».

La identificación con los sentimientos de la mujer y "servir" a sus necesidades no sólo refleja una actitud homosexual en un hombre sino también una debilidad de su personalidad completa. Otro paciente describió claramente esta relación al hablar sobre su actitud sexual: «Soy un buen delantero —dijo—, y también bueno a medio campo, pero no al final. Siempre me he preocupado por complacer a la mujer y muy pocas veces me he sentido satisfecho. Leyendo a Reich[13] me di cuenta de esta carencia. Después de las relaciones sexuales, incluso después de varios actos en una sola noche, todavía me siento excitado, incapaz de dormir. No siento ninguna descarga orgásmica. Siento que esto es algo típico de toda mi vida. No soy capaz de resolver las situaciones. Me quedo atascado enellas. Me gustaría encontrar una solución para mi propia vida. Durante demasiado tiempo en mi vida he escapado de mi propio cuerpo. He sido un pensador místico».

La incapacidad de este paciente para obtener descarga orgásmica iba unida a su incapacidad para obtener satisfacción en

otras áreas de su vida. La capacidad de obtener satisfacción a través de los propios esfuerzos es una característica de una personalidad madura que funciona sobre la base del principio de la realidad. Esta capacidad falta en los individuos cuya meta es crear una impresión en otros o complacerlos. Esta meta, como en el caso de mi paciente, indica que la personalidad está "dirigida hacia afuera", en vez de estar "dirigida hacia adentro". De manera correcta ubicó la causa de sus dificultades en la falta de un adecuado sentido de sí mismo, debido a la falta de contacto con su cuerpo.

Lo dicho hasta ahora sobre los hombres es igual de válido para las mujeres. Su identificación con el hombre priva a la relación sexual de su sentido heterosexual y disminuye la posibilidad de satisfacción u orgasmo profundo en la experiencia. Donde la identificación con el hombre es una preocupación consciente, se trata de una situación lesbiana. La situación más habitual, sin embargo, es una identificación inconsciente que se trasluce sólo en el comportamiento y la actitud de la mujer.

La identificación inconsciente con el hombre se manifiesta en la emulación de actividades, intereses, actitudes y comportamientos masculinos. El ejemplo más popular es la "mujer de negocios", no una simple mujer trabajadora, sino una que ha de hacerse valorar en competencia con los hombres. Es agresiva, dura, lógica y determinante. Los valores masculinos dominan sus pensamientos. Habla como un hombre, anda como un hombre, fuma como un hombre y bebe como un hombre. La ropa de líneas masculinas la viste muy bien. No es sorprendente que estas mujeres a menudo tengan gran éxito en sus negocios o sus profesiones. Están libres de las cargas egóticas que pesan tanto al hombre, y pueden fallar puesto que para ellas la falta de éxito no significa ningún fracaso.

La mujer con una identificación masculina a menudo domina la situación en casa. En sus relaciones sexuales con un hombre tiende a tomar la iniciativa. Y, dado que sus sensaciones genitales son más clitoriales que vaginales, prefiere las posiciones de estar encima. Un análisis generalmente revela la presencia de sentimientos inconscientes de envidia del pene en su personalidad. Los analistas freudianos dan por hecho que la envidia del pene es típica en todas las mujeres, pero yo he visto que está limitado a la mujer neurótica. Esta mujer masculina no necesariamente ha de ser lesbiana, aunque sí tendrá sentimientos homosexuales latentes. Su orientación superficial es heterosexual y generalmente está casada y tiene hijos. En el análisis o en la psicoterapia suele descubrirse que está descontenta, sexualmente insatisfecha y que se queja de la incompetencia de su marido. Aunque sus quejas puedan estar justificadas, ella no se da cuenta del hecho de que con su propia

actitud contribuye a la problemática. Es heterosexual sólo en apariencia, no en sus sentimientos. He descubierto que a estas pacientes les ayuda mucho señalar claramente que su identificación masculina transforma sus relaciones sexuales en homosexuales. No suele ser difícil para ellas ver qué, donde ambas partes de la pareja tienen valores idénticos, en la relación sexual entre ellos se establece una unión de iguales. La carga de homosexualidad, en muchos casos, es suficientemente potente para poder sacudir las racionalizaciones de la mayoría de los individuos sexualmente sofisticados, con excepción de los homosexuales verdaderos.

La mujer masculina fue retratada agudamente en la obra de Edward Albee, *¿Quién teme a Virginia Woolf?** Esta obra describe las actitudes y los comportamientos de una pareja casada. George, el marido, es un profesor de escuela; Martha, su mujer, es la hija del director de la escuela. La primera escena comienza con una expresiva queja de Martha sobre su marido. Ella le ridiculiza como hombre y George se defiende y se desquita con ella. Martha es ambiciosa y agresiva mientras que George está contento de ser un simple profesor. La razón manifiesta de sus quejas es el fracaso de George para ascender a jefe del departamento de historia. Al principio Martha proclama su superioridad declarando que siempre puede ganar a George bebiendo hasta «dejarlo tirado debajo de cualquier maldita mesa». Es significativo que durante casi toda la obra Martha aparece vestida con unos pantalones anchos.

Martha juega el juego de la vida según las reglas de los hombres. En el desenlace de la trama nos enteramos de que Martha tuvo aventuras con muchos de los jóvenes profesores de la escuela. Su perdición son los "hombres Danone", jóvenes, musculosos y atléticos. Un nuevo profesor, que parece tener estas cualidades, junto con su mujer, se encuentran con Martha y George para tomar unas copas de madrugada. A cada trago se desatan más las lenguas y se descontrola más el comportamiento. Las pretensiones, debilidades y hostilidades de sus caracteres quedan claramente desveladas. George anuncia que estar casado con la hija del director no es ninguna ventaja y que el precio que tuvo que pagar por este privilegio fue la pérdida de su hombría. Martha expresa la admiración por su padre quien, como ella, es ambicioso y agresivo. Queda obvio que se ha identificado intensamente con él.

Martha y George tienen un secreto que, como se entiende entrelineas, mantiene al matrimonio junto. El secreto parece ser que tienen un hijo que ahora está fuera, en la universidad y que supuestamente ha de llegar al día siguiente, el día que cumple veintiún años. Pero ambos han jurado no hablar de su hijo en presencia de terceros. Martha viola esta promesa al revelar su

existencia a la otra mujer. Este paso, parece, es su última baza para humillar a George que, cuando se entera, decide vengarse.

Durante todo el resto de la obra aparecen referencias al hijo, en términos poco usuales y más bien raros. George corrige a Martha, nombrando al hijo expresamente como persona y no como cosa. En la siguiente frase, sin embargo, lo describe como "ese pequeño bicho". Martha reacciona aseverando que George no está seguro de si su hijo es "su propio niño". Pero George responde que eso es la única cosa en su vida de la cual está seguro: su participación en la creación de su hijo. Luego discuten sobre el color de los ojos del chico: azules, dice George; verdes como los míos, dice Martha.

En el segundo acto se desvelan aún más detalles de sus caracteres. George utiliza el término "heterosexual" en un sentido que sugiere la posibilidad justo de lo contrario. Más tarde, y refiriéndose a su hijo, George acusa a Martha de "toquetearlo todo el rato", de ir en bata por casa y con el aliento apestando a alcohol. Por otro lado, George admite que ambos han jugado este juego cuando estaban solos. El elemento masoquista de la personalidad de George es manifestado por Martha como la principal razón para casarse con ella. Sus insultos obviamente están diseñados para desafiar a George. Así ocurre y en el acto final él cumple con éxito su desafío.

El carácter de Martha se revela claramente en su comportamiento sexualmente agresivo hacia el joven profesor de la escuela. Para seducirlo, con un gesto muy provocativo introduce su mano entre las piernas de él, más arriba de las rodillas. En el transcurso del segundo acto se trasluce que realmente le sedujo pero que el resultado fue todo menos satisfactorio. Es difícil imaginarse que pudiera haber sido de otro modo, en esta situación tan tensa y sórdida a la que han llegado, bebiendo todos en exceso. Allí está la debilidad en la obra, pues Martha es presentada con tan poco atractivo como mujer que el espectador debe de asombrarse de que alguien pueda estar sexualmente interesado en ella. A pesar de su contenido sexual y el libre uso de lenguaje sexual, la obra está tan desprovista de sentimientos sexuales como sus caracteres.

La historia comienza a las dos de la madrugada y termina un par de horas más tarde. El juego de humillarse mutuamente casi se ha acabado. En el tercer acto ha llegado el momento para el desenlace. Martha admite que George es el único hombre que jamás la ha hecho feliz, y como él la quiere, ella le odia; como él la entiende, ella lo desprecia. Pero ahora ya es demasiado tarde. George inicia su venganza contra Martha. Anuncia que ha recibido un telegrama que dice que su hijo ha muerto. Martha protesta, pero lo dicho se establece como hecho y al enfrentarse a este "hecho consumado",

Martha colapsa en una niña pequeña aterrorizada.

Rápidamente queda claro que el hijo es una invención ficticia. Es un juego que Martha y George han jugado durante veintiún años y que George ahora ha terminado. Las pretensiones han acabado. No más juegos. George y Martha se encaran al hecho de que son una pareja sin niños y que no tienen nada más que a ellos mismos. Pero uno no puede quedarse contento con una interpretación tan superficial. Dos adultos inteligentes y sofisticados como George y Martha son demasiado realistas como para crear tan burda ficción, si no es que tiene un significado más profundo, un significado que explicaría la relación entre ambos.

Yo creo que el hijo ficticio se refiere al pene de George, sobre el cual Martha reclama tanto derecho como lo hace su propietario. La relación entre marido y mujer se basa en este objeto compartido de veneración. Martha se siente libre de tomarlo en cualquier momento, puesto que representa ser el "hijo de ambos". Su agresividad compensa la pasividad sexual de George y explica cómo es posible que el matrimonio durara tanto. Esta interpretación nos permite entender las mencionadas referencias al hijo como una cosa o "este pequeño bicho". La obsesión de Martha por el tamaño del órgano masculino queda bien documentado en la obra.

¿Quién teme a Virginia Woolf? fue descrita como una visión homosexual de las mujeres. Pero existen muchas mujeres como Martha y muchos hombres como George que racionalizan una relación sexual distorsionada en el nombre de la sofisticación sexual. Esta obra no es una visión homosexual, sino una visión de la homosexualidad en una vida de matrimonio. Cada uno de los elementos de la homosexualidad debatidos en los capítulos anteriores queda retratado en la relación entre George y Martha: la identificación, la hostilidad, el desprecio, la preocupación por los genitales, la promiscuidad sexual, la falta de autorrespeto, la insatisfacción sexual, etc. Martha revela más estas características que George, que lucha para mantener su integridad. En este sentido, la obra reseña una tendencia cultural hacia la masculinización de las mujeres con los peligros inherentes.

El que la mujer no haya de ser sexualmente agresiva, en el sentido como lo es el hombre, no quiere decir que haya de ser sexualmente pasiva. La necesidad sexual de un hombre o de una mujer no puede ser satisfecha a través de un "servicio". Tal actitud por parte de una mujer contradice a su personalidad e impide que alcance la satisfacción sexual. Si el concepto de igualdad entre los sexos ha de tener algún sentido, hay que aplicarlo en ésta, la más importante relación. La mujer no necesita estar tan sexualmente excitada como el hombre para empezar los preliminares que

llevarán a ambos al acto sexual, pero ha de desear conscientemente involucrarse en la actividad sexual por su propio placer y satisfacción. Es bastante común, incluso, estos días, encontrar mujeres casadas que perciben el acto sexual como una sumisión por su parte a las pasiones sexuales del hombre. Algunas son sumisas debido a la mal entendida idea de que el placer sexual es una prerrogativa del hombre, mientras que otras lo hacen para mantener el statu quo del matrimonio. El resultado en todos estos casos es una pérdida del sentimiento que enlaza la unión, de manera que el matrimonio queda amenazado en sus fundamentos más profundos.

Una mujer sólo puede ser sumisa si se disocia de su cuerpo. Éste es el mecanismo que subyace bajo el comportamiento de las prostitutas u homosexuales. Y mediante esta acción la mujer impide su propia capacidad de desarrollar cualquier respuesta sexual satisfactoria. Es mucho mejor para una mujer evitar cualquier participación en el acto sexual hasta que no experimente cierto deseo como mínimo. Esto requiere una actitud asertiva por su parte, de su derecho como persona, a actuar de acuerdo con sus propios sentimientos. Siendo persona, tiene este derecho, pero en ausencia de una actitud asertiva con respecto a este derecho, no lo siente como natural. La experiencia psiquiátrica muestra que, una vez que una mujer empieza a afirmar este derecho, ya no falta mucho para que aparezcan sentimientos sexuales positivos en ella. Una vez reclamado su cuerpo, la mujer puede experimentar sus deseos y sentimientos naturales como suyos propios. En este momento es muy posible que se despierten sentimientos latentes de culpabilidad que entonces pueden ser resueltos en terapia.

A menudo el marido pide una actitud de sumisión sexual, aunque luego puede que se queje de la falta de respuesta sexual de su mujer. Una paciente me explicó que su marido siempre quería hacer el amor con ella cuando el momento no era adecuado para ella o los niños estaban rondando por allí. Por la noche, cuando todas las tareas del día estaban hechas y su intimidad estaba asegurada, él estaba demasiado cansado. Podemos suponer que —consciente o inconscientemente— él elegía las ocasiones en las cuales no podía existir deseo sexual por parte de su mujer y la respuesta de ella sólo podía ser de sometimiento. En este caso particular, el hombre insistía también en una actitud sumisa de su mujer en otras áreas de su relación y ella no era capaz de resistirse a todas estas demandas mientras estaba sexualmente sumisa a él. A cualquier intento por parte de ella de defender asertivamente su propia situación, él respondía con la queja «Me estás castrando».

Las relaciones así, aunque aparentemente heterosexuales, son

homosexuales por su actitud. Una relación heterosexual por naturaleza propia no implica dominación y sumisión, sino la unión de lo diferente. Si las diferencias entre los sexos tienen algún sentido, hay que respetarlas. Dicho de manera simple, una actitud heterosexual es aquella en la cual el hombre respeta a la mujer tanto como ella le respeta a él. No podemos nunca insistir lo suficiente en la importancia del respeto en las relaciones sexuales. Este respeto permite a ambas partes unirse como seres de igual valor y hace imposible ese tipo de comportamiento sadomasoquista tan magistralmente dibujado en la obra de Albee. Gracias a su respeto por el otro sexo, la mujer heterosexual no insulta a su hombre, ni hará nada que le hiciera sentirse inadecuado o inferior. Si siente pena por él debido a algún trastorno o alguna debilidad que él pueda mostrar, se lo quedará para ella. Hablar del problema con simpatía y comprensión, como tantas mujeres parecen estar ansiosas por hacer, para ayudarle y "hacer un hombre de él", suele ser humillante y degradante. Tal ayuda sólo debería ofrecerse cuando es requerida expresamente. Bajo el pretexto de ayudarle a encontrarse a sí mismo, una mujer puede dominar a un hombre susceptible y reducirlo al estado de un niño dependiente.

Lógicamente se entiende que el hombre heterosexual respetará a su mujer como igual, considerándola competente para ocuparse de sus propios asuntos y suficientemente fuerte para proteger sus intereses. El hombre que adopta un papel de papá con "esta indefensa criatura" expresa así tanto su miedo como su desprecio por las mujeres. Es patético ver cuántos hombres mayores se casan con chicas jóvenes en el nombre del romance y dedican sus vidas a la protección de lo que consideran "el sexo débil". Obviamente, mientras pueden mantenerlas más débiles, su virilidad no puede ser discutida. También existe el típico hombre que espera que la mujer le cuide, el hombre que transforma a la mujer en una madre y en el proceso pierde el deseo sexual por ella. Esta actitud tiene su origen en la falta de respeto por su madre como mujer. La ve como la sirvienta de su casa, como cocinera, criada, trabajadora exhausta y esposa, pero no como persona sexual cuyos sentimientos de placer y excitación física se correspondían con los suyos.

Podemos describir la heterosexualidad como una actitud que se caracteriza por una identidad con y un respeto por el propio cuerpo, la propia personalidad, el propio funcionamiento sexual. Añadido tiene que existir el mismo respeto por estos aspectos en el otro individuo. No tengo ninguna duda en afirmar que esta actitud heterosexual es la base de la potencia orgásmica y la satisfacción sexual. Lamentablemente es más fácil describir una actitud correcta que adquirirla.

¿Cómo ocurre que una persona pierde la identidad con su cuerpo y, durante el proceso, pierde el respeto por su naturaleza sexual? Años de experiencia clínica han establecido el hecho de que esto ocurre en la lactancia e infancia. El bebé recién nacido es un organismo animal cuyo cuerpo es amorfamente sexual. Aparte del enfoque del placer erótico en la boca relacionado con la tan importante necesidad de alimentación, el cuerpo completo del bebé responde con placer al contacto con el cuerpo de su madre. Limitar este contacto significa que el niño pierde la sensación de placer en su cuerpo. Denegar este contacto es transformar el cuerpo del bebé en una fuente de dolor. Es doloroso anhelar desesperadamente el contacto y la proximidad que no se van a producir. Es sumamente doloroso llamar llorando a una madre que no responde. Cuando este dolor se hace insoportable, el niño se entumece a sí mismo, inhibiendo la percepción de sus sentimientos corporales. Se agarrota, restringe la respiración y ya no hace más esfuerzos dirigidos hacia afuera para conseguir estimulación placentera. En su vida posterior, como adulto, evitará cualquier excitación de su cuerpo porque puede que evoque, y realmente evoca, las sensaciones de dolor reprimidas que experimentó durante la infancia. Buscará desesperadamente la estimulación y excitación genital como el único camino hacia la sensación física de estar vivo y sentir placer.

De igual importancia como la necesidad de contacto corporal completo con la madre es la necesidad de gratificación erótica oral del niño. Ser amamantado confirma al lactante en su naturaleza sexual por el placer que experimenta con el pecho de su madre. Aquí está el primer punto donde aparece un conflicto consciente en la madre respecto a la naturaleza sexual de su niño. ¿Cuánto tiempo debería ser indulgente con este deseo de placer por parte del niño, si es que se lo permite de todas formas? ¿Cómo de importante es el placer físico en la vida de un niño —o en la vida de un adulto— por esta razón? ¿No existe el peligro de que si uno se abandona a sus funciones biológicas corre el riesgo de perder todos los valores más altos de la civilización y la cultura? Las madres no suelen hacerse estas preguntas conscientemente, pero sí existen en el inconsciente de toda persona civilizada. ¿Somos un pecho o somos seres humanos? El animal funciona exclusivamente por instintos. El ser humano tiene una mente que puede y debería usar para regir sus acciones. Pero dejémonos de utilizarla lo más racionalmente posible. Nuestras mentes no evolucionaron para que fuéramos infelices, sexualmente insatisfechos y derrotados como individuos. Nuestra herencia específicamente humana no apareció para contradecir y destruir nuestra naturaleza animal. Los valores de la

naturaleza y de la cultura no tienen por qué ser una fuente de conflicto. El placer corporal del niño en el pecho de su madre o en contacto con su cuerpo es el fundamentó sobre el cual su personalidad e inteligencia crecerá. Se puede vivir en una casa con unos fundamentos deficientes, se puede funcionar racionalmente sin el apoyo de un cuerpo como fuente de placer, pero entonces nunca está muy lejos el peligro de un colapso. Las enfermedades emocionales actualmente están demasiado extendidas para aceptar ciegamente el axioma antiguo.

La cultura no aparece como resultado de la sublimación de la sexualidad, si tomamos el término "sublimación" para describir la disminución de los sentimientos sexuales. Al contrario, en una persona sana y normal las actividades culturales intensifican los sentimientos sexuales. De manera similar, las pasiones, excitaciones y el drama de la sexualidad proporcionan el contenido y la inspiración de las actividades creativas en el arte, la música y la literatura. Nuestra herencia moral ha estado basada en una actitud excluyente. O el individuo se comprometía con los más altos valores de la vida, la cultura, la autosuperación y la moralidad, o era un libertino, un cerdo, un bribón sexual. O una chica se mantenía virgen hasta llegar al matrimonio, o era una puta. Y esta vieja dicotomía de bueno y malo, correcto y falso, Dios y demonio todavía nos está infestando.

Sin embargo, el hombre no es un animal *o* un ser humano. Es ambas cosas. Ha de estar bien apoyado sobre sus dos pies, si es que quiere sobrevivir. No es cultural o sexual. Es ambas cosas, cultural y sexual. Su comportamiento sexual refleja su estado cultural tanto como su cultura refleja sus sentimientos y actitudes sexuales. Mi argumento es que para una persona heterosexual la sexualidad es su forma de vida. No está fragmentado en un hombre de negocios asexual de nueve a cinco, un ligón de pubs de alterne de cinco a siete y el padre de familia serio al llegar a casa. No mantiene una aventura con su secretaria en Nueva York mientras guarda las apariencias en casa. No impone la disciplina a sus niños mientras él mismoreclama el derecho de hacer lo que le da la gana. No necesita el alcohol para desinhibir la expresión de sus sentimientos sexuales. No es un escalador de pirámides de poder, un perseguidor de una gran posición social, un organizador de todo, o un conformista. No es ni rebelde ni marginado. Es un hombre que disfruta con lo que hace puesto que disfruta con todo lo que hace. Deriva el placer sobre todo de la satisfacción de hacer y sólo en parte de las recompensas-o ganancias. Lleva sus buenos sentimientos a todos lados; éstos son parte de él mismo y no derivados de otras personas. Ama a quien está próximo y no conoce otra manera de estar cerca

de alguien que a través del amor.

En sus actividades sexuales el hombre heterosexual no intenta demostrar nada, simplemente porque no hay nada que demostrar. Disfruta con una mujer porque disfrutó con su madre. Ama a una mujer porque amó a su madre. La expresión de sus sentimientos sexuales es libre y no restringida, puesto que la expresión de afecto y ternura siempre ha sido natural para él. Se entrega en el acto sexual sin inhibiciones porque todo lo que hace le sale del corazón y es espontáneo. Contrariamente a lo que postulan ciertos psicólogos, no es una persona "dadora". No se da a otros, simplemente es lo que es. Sus cualidades positivas residen en su manera de ser, no en su manera de hacer. Y dado que el placer y la satisfacción son las metas que motivan sus acciones, los experimenta tanto en sus actividades sexuales como en todas las otras acciones. Naturalmente es orgásmicamente potente, puesto que ésta es sólo otra forma de expresar que sus experiencias sexuales son plenamente satisfactorias a nivel físico, emocional y psicológico.

El hombre heterosexual ha sido descrito de varias maneras. Ha sido llamado el "individuo sexualmente adecuado". Reich lo describe como "carácter genital", el tipo de carácter saludable, el único libre de toda complicación neurótica. Desafortunadamente no existe. No se puede catalogar a la gente en neurótica o sana, heterosexual u homosexual, orgásmica— mente potente u orgásmicamente impotente. A nadie en nuestra cultura se le puede considerar un tipo "puro". Lo que he descrito es un tipo ideal, un hombre gozoso en su disposición, feliz en sus relaciones y contento con su existencia.

Los psiquiatras necesitan criterios y estándares si han de guiar a sus pacientes durante la compleja maleza de las relaciones neuróticas, pero-estos estándares psicológicos son difíciles de aplicar. Encuentro útil emplear criterios físicos para evaluar la salud emocional. En todos los casos que presento siempre enfatizo la correlación entre el problema psicológico y sus manifestaciones en la actitud corporal mediante los patrones de tensión muscular, y la limitación de la movilidad.

La presencia de tensiones musculares crónicas es un signo concreto, palpable y demostrable de un trastorno en el organismo. No se sostiene el argumento de que tal trastorno pueda existir en un nivel y no en otro, que es limitado al físico y que no incluye lo psicológico. Un cuerpo sano es vivo y vibrante. Sus rasgos son armoniosos y su expresión es agradable. El tono y el color de la piel son buenos; los ojos son brillantes; los músculos están relajados, de manera que el cuerpo es suave y ágil. Un cuerpo saludable se caracteriza por su belleza y gracia. Y aunque estos criterios sean

susceptibles de una evaluación subjetiva, como mínimo son visiblemente evidentes.

La mujer heterosexual, o la mujer sexualmente madura, da igual como uno quiera llamarla, difiere poco de su contraparte masculina en lo que respecta a las cualidades descritas. No tiene más envidia al hombre que un hombre normal pueda envidiarle a ella. Está satisfecha con ser ella misma porque su existencia le proporciona satisfacción emocional en todas las áreas significantes de su vida. Casi siempre alcanza el orgasmo vaginal al hacer el amor que «empieza profundamente dentro de su vagina y se extiende a todas partes de sucuerpo».[14]No es sólo en el área sexual donde la mujer madura encuentra su realización. Sus relaciones con el marido y los niños también le proporcionan profunda satisfacción. La mujer madura tiene un sentido de realidad y una conciencia de su personalidad que, como Marie Robinson apunta, le permite «elegir un marido que es bueno para ella, casi rayando la perfección». También podemos decir que un hombre maduro casi invariablemente elegirá una buena esposa.

La cualidad de madurez que asegura las actitudes y decisiones correctas en la vida es la plena aceptación de la realidad. Para cada individuo la realidad básica es el hecho de la existencia física en el cuerpo. Una mujer sexualmente madura se identifica con su cuerpo. Sabe que su placer se deriva de su cuerpo y ha experimentado este placer mediante la autogratificación. La visión de Robinson de que la masturbación es un “experimento sin sabor y absurdo” para la mujer ideal representa una posición teóricamente equivocada. Es verdadero que una mujer felizmente casada no tiene necesidad de masturbarse excepto en el caso de prolongada ausencia de su marido. Pero ¿qué podemos decir de las viudas o las mujeres divorciadas? Si una mujer no es capaz de experimentar placer en su propio cuerpo por sus propias manos, no se ha aceptado completamente a sí misma. Según mi experiencia las mujeres así no son capaces de alcanzar regularmente el orgasmo vaginal. Cuando el placer sexual de una mujer depende totalmente de un hombre, pierde la independencia, que es una de las características de la madurez.

La aceptación de la realidad de una mujer madura se manifiesta en un sentimiento de orgullo y amor de su cuerpo que se refleja tanto en su apariencia externa como en su bienestar físico. Se cuida de manera que no queda agotada o exhausta.

Beber mucho, acudir a fiestas frecuentes y quedarse levantado hasta las tantas no es muy compatible con un sano orgullo de un cuerpo que constituye el fundamento para una sexualidad satisfactoria. La identificación de una mujer sexualmente madura

con su cuerpo se extiende en tener y criar hijos. Éstas son funciones naturales de su cuerpo que sólo ella puede realizar. Su actitud positiva hacia la responsabilidad no es un ejemplo de "altruismo femenino", como postula Robinson, y no reclama elogios. Debido a su identificación con sus funciones naturales, la mujer madura "desea alimentar a sus niños con el pecho y así lo hace". De esta manera, la satisfacción sexual que experimenta con su marido, es un hecho al que accede directamente la descendencia de esta unión. La observación de Robinson de que la mujer sexualmente madura envejece con gracia, es cierta. Estando libre de conflictos y ansiedades neuróticas, su cuerpo mantiene la vitalidad y el encanto hasta muy entrada en años. Por la misma razón, la menopausia no significa una disminución de su capacidad de disfrute sexual.

Esto no es un retrato idealizado. Describe una mujer que tiene la capacidad de satisfacción sexual. Pero esta capacidad no se puede realizar separadamente de la personalidad completa. También es válido el caso inverso. La personalidad es modelada y determinada por la experiencia sexual y, en la medida que ésta proporciona más satisfacción, madurará la personalidad. La experiencia real de un orgasmo sexual pleno transforma el ideal en una meta alcanzable.

9. SEXUALIDAD MASCULINAY FEMENINA

Es un hombre triste y con miedo quien pregunta, como hace el profesor Higgins: «¿Por qué una mujer no puede ser como un hombre?». Sólo una mujer rechazada tomaría en serio esta pregunta e intentaría ser como un hombre. Los valores específicos de la masculinidad y la femineidad han sufrido cierto deterioro en esta pérdida generalizada de identidad que caracteriza la situación actual en nuestra sociedad occidental. Los papeles sexuales, tan claramente definidos en las generaciones pasadas, ahora están confusos. Por un lado, Simone de Beauvoir argumenta que la mujer ha sido degradada como "segundo sexo" debido a su exclusión del mundo de la actividad masculina. Por otro lado, el poeta Robert Graves escribe que «una mujer verdadera nunca desdeña ni venera al hombre, sino que hace todo lo que puede para evitar actuar como él». La actual confusión tiene su origen en el derrumbe del así denominado doble estándar en el cual se basaba el viejo orden. Sin embargo, eso no representa una tragedia inmitigable puesto que este doble estándar negaba a la mujer como persona e ignoraba el cuerpo como fuente de verdad.

La incertidumbre respecto a lo que constituye la actitud social y sexual normal no está limitada a la mujer. Los hombres también sufren un desconcierto similar sobre sus roles en la relación marital. Por ejemplo, un hombre que domina en su casa, lo consideramos dictador; si es pasivo y sumiso, lo criticamos como inadecuado. Parece que constantemente ha de vivir haciendo equilibrios malabaristas. Sin embargo, donde aparecen tales problemas en una situación familiar, las dificultadas generalmente tienen su origen en las alteraciones de la relación sexual del matrimonio y en la falta de claridad sobre las expectativas sexuales entre los compañeros. El hombre que domina su casa lo hace porque cree conscientemente que el papel de la mujer es el de ser sumisa, tanto sexual como personalmente. Piensa que ella espera de él que "lleve los pantalones", lo que él interpreta en el sentido de que tiene que ser el jefe. El hombre que permite a su mujer controlar la relación actúa en la mal entendida creencia de que se espera de él que sirva a su mujer, es decir, que tiene que satisfacerla. Las actitudes pasivas a menudo son racionalizadas como expresión de altruismo por ambos, hombres y mujeres. La autoafirmación se confunde con el egoísmo, en la falsa asunción de que uno tiene la obligación de satisfacer a su pareja sexual a cambio de los derechos que la

relación le proporciona. Esta actitud neurótica prolifera debido a la falta de comprensión de los factores biológicos que condicionan la relación entre los diferentes sexos. Para poder apreciar estos factores tenemos que comprender las formas de desarrollo psicosexual diferentes de cada hombre o mujer individual.

Yo divido el desarrollo psicosexual del individuo en tres períodos: el pregenital, el latente y el genital. Esta división corresponde a los cambios biológicos significativos que tienen lugar en el organismo durante cada uno de estos períodos.

La fase pregenital incluye el tiempo desde el nacimiento hasta la edad de aproximadamente seis años. A esta edad de seis años aparecen los primeros dientes definitivos, un evento biológico que marca el final de lo que, hablando en términosgenerales, podemos considerar el estadio infantil. La elección de esta edad para escolarizar a los niños debe tener alguna relación con este evento y con los cambios emocionales que a esta edad se presentan. El período pregenital está consagrado a la integración progresiva del movimiento y de las sensaciones corporales en actividades coordinadas y dirigidas hacia metas concretas. Concomitantemente, los impulsos libidinales pregenitales son integrados, mediante una batalla interior por unificar el placer enfocado en el área genital. Una vez completado este estado, la primacía genital ha quedado establecida. Esto significa que el área genital ha ganado el primer lugar entre todas las otras zonas erógenas del cuerpo como fuentes de placer erótico. De esta manera, al completar esta fase, el niño ha abandonado su deseo de gratificación oral y ya no necesita chupar el pecho, el chupete o el dedo. El entrenamiento de limpieza fecal está concluido y las funciones excrementales ya no dominan por más tiempo la atención del niño. Psicológicamente, el niño ha sido destetado de su madre. Puede mantenerse en pie con seguridad y ha desarrollado la coordinación motora necesaria para funcionar como un organismo independiente dentro del grupo familiar. Las funciones de la realidad han quedado ancladas en ambos extremos del organismo: arriba en el ego y abajo en la genitalidad.

En la segunda mitad del período pregenital, el niño se hace consciente de su zona genital y del placer que puede obtener mediante la masturbación. Es una fase de considerable actividad masturbatoria, juegos sexuales infantiles con otros niños y curiosidad sobre el sexo. El interés del joven niño en las funciones sexuales promueve su aceptación de la realidad y reduce su dependencia de la madre para conseguir gratificación erótica. La masturbación en este período no tiene el significado adulto de descarga de excitación, sino más bien produce una placentera excitación de naturaleza sensual en todo el cuerpo. La actividad

masturbatoria de las niñas pequeñasno se centra en el clítoris, que es un órgano diminuto, sino que se extiende a toda su zona genital, incluyendo el clítoris. El niño toca su pene pero no intenta llegar a un clímax mediante movimientos rítmicos.

Durante esta fase los padres deben satisfacer las necesidades orales del niño: alimento, seguridad, afecto, atención, etc. Éstos son los suministros narcisistas necesarios para el crecimiento y desarrollo del ego y de la personalidad. Cualquier carencia severa en esta fase fija al niño en este nivel pregenital u oral. Su personalidad quedará marcada con tendencias al enganche y la dependencia. Más tarde utilizará las relaciones sexuales y personales para conseguir el apoyo de un ego subdesarrollado. La necesidad de contacto corporal en el sexo disminuirá el deseo de descarga orgásmica. Estos individuos se transforman en sensualistas. Es muy lamentable que la manera más natural de satisfacer estas necesidades en el niño, la alimentación con el pecho de la madre, se ha transformado en un arte casi perdido. Es la manera perfecta para que el niño reciba alimento, atención, seguridad y afecto. El contacto con el cuerpo de su madre fomenta tanto el desarrollo del cuerpo como del ego del niño. Así descubre su cuerpo, es decir, desarrolla una imagen corporal construida sobre la placentera experiencia del contacto con el cuerpo de su madre. Al finalizar de manera normal este estado de desarrollo, el niño habrá "descubierto" su cuerpo, en el sentido de una rica percepción y coordinación motora.

En la fase pregenital no existen diferencias funcionales entre niños y niñas. Las diferencias físicas son obvias, pero los niños no funcionan diferenciadamente según éstas. Hay poco en el comportamiento de un niño o una niña de cuatro o cinco años que indique su sexo. En nuestra cultura se les viste de manera diferente y se les suele proporcionar juguetes distintos, pero esto son diferencias impuestas desde fuera. Los niños y niñas pequeños funcionan esencialmente como individuos sexualmente indiferenciados aunque su percepción consciente de la sexualidad asombraría a la mayoría de los adultos. Están muy interesados en su individualidad emergente que establecerá ante sus propios ojos su pertenencia a uno u otro sexo, si no se encuentran bajo fuertes interferencias por sentimientos adultos.

La mayoría de los psiquiatras y psicoanalistas de hoy en día creen que la personalidad de un individuo ya está completamente determinada a la edad de seis años. Significa que las raíces de todos los trastornos de la personalidad han de buscarse en las experiencias traumáticas acaecidas durante el período pregenital. La indiferencia a los sentimientos del niño probablemente es la violación más

importante de sus necesidades. Por ejemplo, la falta de respeto por las preferencias alimentarias por parte de los padres es muy común y puede ser muy dañina. El niño experimenta la insistencia en que coma lo que no quiere comer como negación de su personalidad. Escarbar con bastoncillos de algodón, peras de lavativas u otros instrumentos en sus orificios corporales es una violación de su personalidad. Ignorar sus miedos o no responder a sus gritos muestra una fragante falta de respeto por el niño como persona con sentimientos. Cada una de estas experiencias debilita la confianza del niño de ser importante, deseado y amado.

El período pregenital termina en un fenómeno psicológico llamado complejo de Edipo. La niña se hace consciente de su femineidad y se siente atraída sexualmente, no genitalmente, por su padre. Esto significa que disfruta de la cercanía física de su padre de una manera diferente en la que disfruta el contacto con su madre. El niño experimenta sentimientos similares con su madre. De hecho, el establecimiento de la primacía genital está asociado con una cúspide de sensación sexual, ampliamente difundido por todo el cuerpo, pero con un ligero predominio de enfoque en los genitales. Como resultado, elchico puede recrearse con ideas referentes a suplantar al padre como amante de su madre. De manera similar, las niñas suelen desarrollar cierto sentimiento competitivo con su madre respecto al padre como objeto sexual. No sé si esto se debe a un brotar prematuro de la genitalidad o si indica que en alguna fase más temprana de la evolución del ser humano la pubertad ya se producía a esta edad. Las investigaciones analíticas han mostrado que un niño de cinco o seis años, en sus imágenes y fantasías, ya tiene plena conciencia de la sexualidad adulta. Sus fantasías, sin embargo, corresponden a sus propias sensaciones sexuales, que, desvelando interferencias adultas en caso contrario, están difundidas por todo su cuerpo y no fuertemente enfocadas en el aparato genital. Correspondientemente, el deseo de la niña de casarse con su padre no implica relaciones sexuales con él, sino el sentimiento de desear que la abrace y quiera. La doble florescencia de los sentimientos sexuales, primero en el período pregenital y más tarde en la adolescencia, es similar a la doble dentición. Su significado psicológico parece que todavía no ha sido explorado en profundidad.

Si el desarrollo normal sigue su curso, quedan reprimidas las fantasías e imágenes sexuales bastante fuertes del niño cuando éste entra en la siguiente fase, pero no se pierde su conocimiento de la sexualidad. Ahora los niños conocen su sexo y saben de las diferencias sexuales. Sin embargo, el significado de estas diferencias queda relegado al inconsciente. Si el niño a esta edad y de esta

manera renuncia a su primer punto de apoyo en el funcionamiento genital, lo hace en el interés del principio de realidad que le promete una mayor recompensa más adelante. De hecho, no abandona su posición sino que meramente retira su interés.

Esta forma de desarrollo muestra que la individualidad y la sexualidad están estrechamente relacionadas. La una no se da sin la otra. El concepto de la primacía genital es funcionalmente idéntico con el crecimiento de la individualidad. De manera que, si la fase pregenital se caracteriza por la indiferenciación, finaliza cuando esta diferenciación ha ocurrido.

Desde la edad de los seis años hasta la pubertad el niño pasa por un nuevo estado que en el lenguaje psicoanalítico se conoce como período de latencia. Esta fase se caracteriza por un apaciguamiento del interés y de los sentimientos sexuales que llegaron a una primera cumbre en los años anteriores. El niño es consciente de las diferencias sexuales, pero su mayor interés se dirige ahora hacia el perfeccionamiento de su papel como chico o chica. El énfasis se traslada a la personalidad completa y a la importante tarea de adquirir conocimientos y aprender las habilidades necesarias para un funcionamiento eficiente en un mundo complicado. Como hizo Reich, se puede argumentar que éste es un tipo de desarrollo poco natural debido al código moral antisexual de nuestra cultura. Esta visión asume que las influencias restrictivas en una cultura altamente desarrollada son antagónicas a la vida. En una cultura que requiere un amplio entrenamiento educacional para poder afrontar la vida en sociedad, la reducción del interés y de los sentimientos sexuales facilita la concentración de la atención en esta tarea.

El grado de latencia varía individualmente. En los casos donde no se resuelve el problema edípico y la represión no se produce, el fenómeno de latencia queda alterado. Tuve un paciente que contó que durante este período se masturbaba hasta veintidós veces al día, cada vez llegando a cierto clímax. Esto no es normal y este paciente, en su vida adulta, desarrolló un tipo agudo de esquizofrenia paranoica. Pero su enfermedad no estaba para nada provocada por el exceso de masturbación. Más bien, las alteraciones de personalidad, que luego causaron su derrumbe mental, crearon tales ansiedades en sus primeros años de vida que se vio impulsado a masturbarse tanto para controlarlas. La situación sexual en su casa estaba caracterizada por un conflicto abierto. Emocionalmente fue seducido por su madre, que al mismo tiempo violaba sus sentimientos forzándole a comer y aplicándole demasiadas lavativas. Por otro lado, fue rechazado por su padre, al que tenía mucho miedo. Bajo semejante clima emocional no se puede esperar

un crecimiento y desarrollo saludables.

Muchos niños practican ciertas actividades sexuales durante el período de latencia como la masturbación o juegos sexuales con otros niños. Esto, generalmente, indica la persistencia de algún problema sexual sin resolver de la etapa anterior. La actividad sexual en este período se puede entender como el intento del niño de descargar la tensión producida por estos problemas sin resolver. Y como los niños maduran cada uno a su manera no se puede postular un criterio absoluto sobre lo que es normal. Por eso convenimos en que la medida con que tales actividades sexuales interfieren en la capacidad del niño para dedicarse plenamente a las actividades normales para este período nos proporciona una escala para medir el grado de alteración presente en su personalidad.

El período de latencia es el tiempo durante el cual el individuo desarrolla la identificación consciente con su cuerpo. La actividad física predomina fuertemente durante esta etapa, tanto en los chicos como en las chicas, abriendo camino tan sólo lentamente a ocupaciones más intelectuales y culturales. La visión del propio cuerpo queda casi del todo completada durante esta fase. Los sentimientos y las sensaciones que subyacen bajo esta visión del propio cuerpo proporcionan la base somática para el afinamiento y la delineación final de la personalidad. La fuerza y la confianza en su personalidad son los objetivos inconscientes del niño a esta edad y éstas están íntimamente relacionadas con sus sentimientos relacionados con el cuerpo.

La tercera etapa es el período genital, que podemos subdividir en adolescencia, adolescencia final y madurez sexual.

Por razones de brevedad no vamos a entrar aquí en esta diferenciación.

En el caso del chico, el desarrollo continúa en la misma línea antes esbozada. Las sensaciones en los genitales adquieren gran urgencia que es experimentada como una fuerza expansiva que se manifiesta en la erección del pene. En el transcurso de estas primeras erecciones se estira el prepucio y despunta el glande. La masturbación activa el mecanismo de la eyaculación que se produce como una revelación asombrosa para el neófito. Energéticamente, se puede considerar el pene como una extensión del cuerpo. Esta idea se basa en la sensación de empuje pélvico en el hombre. La excitación que genera este empuje se percibe como un flujo de energía hacia abajo a través del cuerpo y la pelvis hasta llegar al pene. También se puede percibir como dos sensaciones distintas. Una es una sensación en toda la parte trasera del cuerpo que tiene una cualidad agresiva y está asociada con fuertes sensaciones en las nalgas y en el suelo pélvico. La otra es una sensación de fusión y

efervescencia en la parte anterior del cuerpo que más bien tiene connotaciones tiernas. Ambas corrientes se unifican para crear un impulso de expulsión a través del pene.

En el caso de las niñas, en la pubertad se producen cambios más marcados que en los niños, cuyo desarrollo va por un camino linear. La pelvis de las niñas se alarga desproporcionadamente y bascula hacia atrás. Como resultado, la vagina, que en la niña pequeña se encuentra en una posición anterior, similar a la del pene, ahora se desplaza hacia abajo entre los muslos. El movimiento hacia abajo de la pelvis causa una rotación de los muslos hacia el interior, acercándolos en la línea intermedia. Más significativo es incluso el cambio en la dirección del flujo de la excitación. En vez de un flujo hacia afuera, como en el caso de los chicos, se *gira hacia el interior* a lo largo de las paredes vaginales. Este cambio de dirección se produce en función de una sexualidad y reproducción madura.

El término "vagina" tiene las mismas raíces que la palabra "envainar", con el sentido de "giro hacia el interior". Sin embargo, sorprenderá saber que la vagina en el feto embriológicamente no se desarrolla como una vaina, desde la superficie hacia adentro, sino mediante la fusión de los conductos embriónicos de Müller, remanentes de los cuales también persisten en el varón. Aunque la vagina se forma en un estado embrionario temprano, no se hace operativa hasta que no la invaden las sensaciones (o la energía) después de la pubertad. A partir de entonces, las sensaciones genitales más intensas quedan localizadas profundamente dentro de la vagina. Estas sensaciones se despiertan sólo mediante la penetración completa por el pene. La existencia de estas fuertes sensaciones vaginales nos permite establecer una diferenciación entre una respuesta sexual superficial y profunda. Esta diferenciación está ausente en las sensaciones de una niña antes de la pubertad. Este desarrollo explica también la a menudo postulada transferencia de excitación del clítoris hacia la vagina, que de hecho no existe. El clítoris mantiene su sensibilidad también en la mujer madura; su importancia, sin embargo, se reduce en presencia de las sensaciones más fuertes, profundas y más intensas que impregnan la vagina.

El desarrollo normal de una niña depende, como he descrito arriba, de la maduración inalterada de su individualidad y personalidad en las primeras etapas de su vida. Todos los elementos neuróticos en la situación familiar pueden impedir o dificultar este proceso normal de vuelco hacia adentro de las sensaciones sexuales. Si los padres consideran el papel femenino como uno inferior, la futura mujer intentará compensar sus sentimientos de ser inaceptable mediante la identificación con los chicos o con lo

masculino. Se volverá agresivamente asertiva en vez de receptiva; severa en vez de tierna; imperativa en vez de comprensiva. Esto tendrá el efecto de desviación de su flujo de sentimientos o energía hacia un canal deexteriorización y no de interiorización. En lugar de pasar por el clítoris para invadir la vagina, la excitación genital quedará fijada en la superficie vaginal y en el clítoris. A través de este último órgano la mujer puede sentir su identificación con el hombre, pero su vagina quedará relativamente sin vida y respuesta. Las diferencias naturales entre hombre y mujer quedarán distorsionadas: como diferenciación se establecerá una entre el varón superior (pene grande) y el varón inferior (pene pequeño = clítoris), en vez de realmente entre hombre y mujer como iguales.

Una de las dificultades con que suelen tropezar los estudiosos del sexo en el intento de comprender el desarrollo de la sexualidad femenina, se basa en una visión mecánica del sexo. Se argumenta que, puesto que no hay corpúsculos sensitivos (terminales nerviosos) en las paredes de la vagina, ésta no tiene sensaciones. Por otro lado, el clítoris tiene muchos terminales sensitivos, como el pene, y por ello es el órgano de máxima sensibilidad de la mujer. Pero la sensibilidad al tacto es un fenómeno sensual; tan sólo se transforma en sexual si la excitación carga el cuerpo completo a un nivel más profundo, A lo que es válido también para el hombre. Su excitación sexual es un fenómeno emocional que implica todo su cuerpo y no queda limitado a la erección del pene. La vagina no es sólo un órgano, también es la entrada al cuerpo de la mujer. Sólo a través de su vagina puede una mujer responder plenamente a un hombre. La sexualidad es en primer lugar una función del movimiento, y sólo en segundo lugar, una función del contacto erótico. Los sentimientos realmente profundos, tanto en el hombre como en la mujer, se movilizan mediante el movimiento sexual, el voluntario tanto como el involuntario. En ninguna otra relación física entre dos personas existe tanto el contacto íntimo como el fuerte movimiento que son característicos de un acto amoroso normal. El contacto genital-oral, genital-manual u otras formas de actividad sexual no proporcionan ni el grado de contacto físico ni la libertad de movimiento que se puede experimentar durante la relación pene— vagina si ésta funciona de manera normal. Por esta razón se puede declarar que solamente la relación entre vagina y pene proporciona el ambiente y las condiciones para la descarga orgásmica completa, tanto en el hombre como en la mujer.

¿Cómo están relacionadas las diferencias entre la sexualidad masculina y femenina con el desarrollo descrito antes? Primero, el hecho de que la excitación en un hombre se enfoque en un solo punto y apunte hacia afuera explica su tendencia a quedar

genitalmente excitado más pronto que una mujer. Podemos comparar esta tendencia con la energía eléctrica o electrostática que se concentra y descarga más rápidamente desde una punta que desde una superficie redondeada o plana. Segundo, el hecho de que el hombre posea un órgano de penetración le asigna la iniciativa de instituir el acto sexual. Tercero, el hecho de que su cuerpo es muscularmente más desarrollado explica por qué generalmente es él el agresor en las relaciones sexuales.

Usamos aquí el término "agresión" en su sentido psiquiátrico de "ir adelante para acercarse y afirmarse uno mismo". "Agresivo" en psiquiatría es utilizado como polaridad de "pasivo" y no implica el sentido de "hostil" que añade el diccionario. La agresividad en un individuo se entiende como una cualidad positiva y denota la capacidad de "moverse hacia" objetos en el mundo. El movimiento es una función de la musculatura. Puesto que el varón humano está equipado con mayor desarrollo muscular que la mujer, podemos asumir que la función del movimiento es más importante en su naturaleza que en la de ella. Es interesante especular sobre la dirección hacia afuera del flujo de energía del hombre y sobre su mayor desarrollo muscular. En todas las mitologías el varón o el principio masculino ha sido considerado el representante del espíritu que mueve las cosas. Por otro lado, la mujer o el principio femenino ha sido considerado el receptáculo que transforma este espíritu. Las funciones femeninas de recepción, contención y transformación son tan necesarias en el acto sexual en sí como lo son en la producción de hijos.

Con esto no pretendo sugerir que el papel de la mujer sea pasivo o sumiso. Tantas mujeres rechazan su verdadera naturaleza sexual, consciente o inconscientemente, porque creen que ésta les impone una actitud sumisa. Ninguna mujer desea sentirse como un objeto, ni sexual ni de otra clase. Las observaciones de cada día nos demuestran que las mujeres son tan activas como los hombres en proponer relaciones sexuales. Las mujeres tienen sus propias maneras para indicar su deseo o buena disposición para hacer el amor: una mirada, un toque— cito, un gesto; pocas veces con palabras expresas. En el encuentro sexual entre un hombre y una mujer es imposible saber quién inicia realmente el contacto. Una vez el contacto está hecho, sin embargo, generalmente es el hombre quien hace los avances y la mujer quien los recibe, aportando sus propias maneras para mantener la "conquista" excitante y desafiante para el hombre. Dado que la mujer es tanto un individuo como lo es el hombre, ella es tan sólo ligeramente menos agresiva en las situaciones de la vida. Podemos describir su actitud como agresivamente receptiva. Aunque esta expresión parece confusa y

suena como un oxímoron (una combinación de palabras incongruentes o contradictorias como en “atronador silencio”), denota que la función femenina de receptividad no es un proceso pasivo. Ella es tan fervorosa para recibir al hombre como él lo es para entrar en ella. Su agresión es más sutil pero no menos eficaz.

Por otro lado, la mayoría de los hombres se resienten con las mujeres sexualmente demasiado agresivas y que intentan tomar la iniciativa en la relación sexual. Entonces se sienten forzados e inconscientemente se resisten con el efecto de que se reduce su deseo sexual e incluso de que se vuelven impotentes. Demasiado a menudo los hombres con tendencias pasivas en su personalidad se casan con mujeres que son excesivamente agresivas y, a pesar de que esto, en teoría, pueda parecer una buena combinación, en la práctica raras veces da resultado. El hombre inconscientemente se resiente ante la apropiación del papel dominante por la mujer. En contrapartida, ella se resiente ante su pasividad, de manera que reacciona con crecientes exigencias a que él se muestre como hombre, lo que tan sólo lo hace alienarse y disminuye aún más su interés. La frustración que se genera en tales matrimonios provoca conflictos severos, a menudo terminando en divorcio o alcoholismo. Pero sería demasiado fácil decir que el hombre no debe adoptar una actitud pasiva o dependiente. Un consejo así no tiene sentido en vista de la habitual gravedad de estos problemas emocionales que mejor estarán en manos de un buen consejero matrimonial o terapeuta.

En la mayoría de las situaciones sexuales, el deseo del hombre por la mujer condicionará la respuesta de ella. Normalmente la mujer se excitará más si el hombre se comporta “agresivamente” y la incita de manera activa. A menudo se dice que las mujeres quieren ser tomadas. Yo creo que esta afirmación exagera su actitud. Ella deseará sentirse necesitada, querrá ser deseada y responderá a la excitación sexual y el deseo del hombre. También puede ocurrir lo contrario (es decir que un hombre se puede excitar por el deseo sexual de una mujer), pero esto es menos habitual. Puede ser que la manera femenina de dirigir la energía hacia adentro y la falta de un punto agudo de enfoque de su excitación sexual la hagan algo dependiente del hombre o de la imagen que se hace de él, para una excitación completa. Si esto es verdad, explicaría por qué los pueblos primitivos veneraban el falo como símbolo de vida y de fertilidad. Su erección es la evidencia visible del flujo del impulso creativo.

Entre los mamíferos es el macho el que asume la posición dominante de cubrimiento durante el acto sexual. Esto ocurre también en la mayoría de las relaciones sexuales humanas. La

posición dominante (encima) significa que el hombre impone la marcha y el ritmo a la actividad sexual. Así determina la cualidad del movimiento pélvico durante la fase voluntaria, la velocidad y la profundidad de los empujes y el momento de las retiradas. La mujer tiene que adaptar sus movimientos al ritmo del hombre mientras él esté encima. Le puede indicar mediante palabras o toques que preferiría un ritmo más lento o más rápido, pero en esta posición será él quien tendrá que realizar el cambio. Ella no puede moverse a contrarritmo sin interrumpir la armonía de la acción común. Si ella responde a sus movimientos, entonces el clímax de él, con sus fuertes movimientos pélvicos involuntarios, a menudo desencadenará su propio clímax. Si en nuestra cultura el orgasmo simultáneo es cosa rara, es debido a las alteraciones neuróticas que interfieren en los sentimientos y las funciones sexuales normales.

Psicológicamente, las diferencias citadas se reflejan en la actitud de la mujer hacia el hombre. Ella se siente dependiente de él de una manera que el hombre no experimenta en relación con la mujer. Este sentimiento de dependencia tiene sus raíces en la función sexual y queda ejemplificado en una diferencia no mencionada hasta ahora: el fracaso de él en el acto sexual suele representar también el fracaso de ella. Lo inverso obviamente no suele ocurrir. La pérdida de erección arruina el acto sexual para ambas partes; la pérdida de los sentimientos sexuales de la mujer, sin embargo, no suele tener este efecto. Debido a esta dependencia una mujer reaccionará invariablemente, tarde o temprano, consciente o inconscientemente, con hostilidad ante cualquier debilidad en un hombre con el que se siente emocionalmente implicada. Una mujer puede sentir y sentirá simpatía y comprensión y ofrecerá apoyo a las necesidades de su hombre. Le ayudará de cualquier manera a superar sus dificultades o limitaciones. Pero si esto no da resultado y su debilidad continúa, le abandonará o lo destruirá. Creo que los hombres perciben inconscientemente esta tendencia de las mujeres. Su preocupación por satisfacer sexualmente a la mujer refleja el miedo a su hostilidad en el caso de fallar en el intento. Pero una mujer no se deja engañar por tales tácticas. Su sentido intuitivo de lo natural traspasa todas las pretensiones. Ningún hombre puede esconder su debilidad ante una mujer. Si lo intenta, ella probará su personalidad con misterioso instinto y hará pedazos sus defensas con la potencia de una batería antiaérea. Así está fundada la psicología femenina. Puede que tenga su origen en algún oscuro impulso biológico dirigido a mejorar la raza, procreando sólo con el mejor, pero, sea cual sea el origen de esta necesidad, caracteriza el comportamiento real de la mujer. Aparte de toda la identidad e igualdad que los une, hombre y mujer se encuentran en los lados

opuestos de una polaridad; su natural antítesis fácilmente puede degenerar en conflicto y antagonismo.

Es raro encontrar hostilidad por parte de un hombre hacia una mujer debido a las dificultades con su funcionamiento sexual. Los hombres se pueden quejar de que una mujer no muestre la deseada respuesta sexual o de que sea frígida, pero estos sentimientos rara vez se transforman en hostilidad. Normalmente el hombre tiende a cargar sobre sus propios hombros la responsabilidad del éxito de la relación sexual. Siente que le concierne a él, que él tiene que excitar a la mujer e incluso satisfacerla. Aunque he sugerido anteriormente que esta actitud se parece a un acercamiento homosexual, no podemos pasar por alto que tiene cierta base en la dinámica de una relación sexual normal. Pues el hombre percibe que su mujer tendría poco de qué quejarse si él se comportara como un verdadero hombre. Si una mujer de tanto en tanto necesita sentir su feminidad afirmada por un hombre, tan sólo lo consigue a través de un hombre "plenamente corporal".

Esta situación queda bien ilustrada en el siguiente incidente en el cual una paciente, durante una sesión terapéutica, describió sus dificultades con su marido. Dijo: «Él quería hacer el amor conmigo la noche pasada. Se giró hacia mí y entonces, con indecisión, intentó acariciarme. ¡Qué gusano! Me fastidió tanto que lo eché de la cama».

Pude sentir su desprecio hacia él y me enfurecí. Espontáneamente le repliqué: «Si yo fuera tu marido, te hubiera pegado».

Sorprendentemente para mí ella dijo: «Desearía que lo hubiera hecho».

En todos mis años de experiencia clínica nunca he conocido a una mujer que estuviera resentida por una fuerte y agresiva afirmación de intenciones o sentimientos por parte de un hombre. Al contrario, suelen recibir bien tal actitud y resentirse ante el miedo y la debilidad. Con esto no me refiero a la fuerza física, pues el hombre que pega a una mujer es un cobarde, mientras no lo haga en autodefensa. Pero un hombre que permite que una mujer le pegue o le ridiculice es un tonto.

Hay otro campo en el cual se revelan las diferencias psicológicas entre los sexos: la actitud ante la infidelidad. Una mujer puede tolerar más fácilmente la infidelidad sexual que aceptar la transferencia del afecto de su marido hacia otra mujer. Parece que en el caso de los hombres ocurre lo contrario. Un marido se siente más herido por un desliz sexual de su mujer que por un profundo afecto de ella hacia otro hombre. Esto, desde luego, es una basta generalización, pero apunta a una diferencia psicológica

importante. La infidelidad sexual de una mujer ofende la virilidad de su marido. Él la experimenta como un insulto a su orgullo y hombría, es decir a su capacidad de mantener y satisfacer a la mujer sexualmente. Un marido cornudo es objeto de mofa; una mujer abandonada en favor de otra es objeto de lástima. Por otro lado, mientras un marido mantenga a su mujer dentro de su posición acostumbrada, ella será respetada por la comunidad a pesar de todas las aventuras que pueda tener él.

Pocas mujeres cuestionan su capacidad de satisfacer sexualmente al hombre. El orgullo de la mujer se basa en un fundamento más amplio: el atractivo de su personalidad se suele expresar en su papel de mujer y madre. Su orgullo no está identificado sólo con su función sexual, sino con todo su cuerpo, que representa ambas funciones, tanto la sexualidad como la reproducción. Estas dos funciones de su cuerpo determinan su naturaleza dual: una basada en su relación con el hombre, la otra proveniente de su relación con los niños. En virtud de esta relación dual se puede decir que la mujer es el puente al futuro del hombre a través de los niños.

La dualidad está presente también en el hombre. Está inherente en la relación con su cuerpo y con su órgano genital. El hombre se identifica con su pene como una extensión de sí mismo. Puesto que éste no está sujeto a su voluntad o su ego, a menudo habla de él como si tuviera una existencia aparte. Incluso suele referirse al pene con un nombre diferente: Peter, John, o, como dicen los franceses, *mon petit frére*. La identificación del hombre con su cuerpo es más directa, pero se produce también más en términos de la capacidad del cuerpo de funcionar en el mundo de los hombres. Su orgullo, a este nivel, está relacionado con su desarrollo y coordinación muscular. Su cuerpo pertenece al mundo; está entrenado para la acción frente a otros hombres o frente a la naturaleza. Su órgano genital, sin embargo, pertenece a la mujer. Debido a esta relación dual con el mundo y la mujer, el hombre, para la mujer, es el puente hacia el mundo exterior. Él trae el romance y la excitación del mundo a casa con ella. Aunque la necesaria ocupación de la mujer con el nacimiento y el cuidado de los niños limite su área de movimientos, ella puede proporcionarle otros valores al hombre, valores igual de importantes y necesarios que los que él le ofrece a ella. A su intelecto ella aporta la sabiduría derivada de su conexión íntima con los procesos vitales de la vida y de la muerte. Y ella es la inspiración tanto como la receptora de los frutos de sus actividades.

10. SENSUALIDAD *VERSUS* SEXUALIDAD

A veces se utilizan los términos “sensualidad” y “sexualidad” como sinónimos, como si significaran lo mismo. Mucha gente considera la sexualidad como una experiencia sensual y la sensualidad a menudo es malentendida como sexualidad. El diccionario nos ofrece dos significados para el término “sensualidad” que son un tanto contradictorios. Uno asocia la sensualidad con los instintos o deseos animales. El otro habla de voluptuosidad y la asocia con un exceso de indulgencia en el placer camal. La idea de voluptuosidad, sin embargo, no se puede equiparar con una indulgencia normal en el placer corporal, pues ésta nos hace pensar más bien en un exceso que en una libertad de indulgencia. Yo he elegido los términos “sensualidad” y “sexualidad” para designar dos diferentes aproximaciones a la experiencia sexual.

El sensualista sobre todo se interesa por aquellos aspectos del acto sexual que implican estimulación y excitación sensorial. Se esfuerza al máximo en prolongar la duración de su estado de excitación. La persona sexual, por el contrario, apunta al placer obtenido de la descarga de la excitación. En sus relaciones sexuales, el sensualista se concentra en actividades que podemos resumir como “anteplacer”. El objetivode la persona sexual es la satisfacción derivada del “placer final” u orgasmo. Con esto no quiero decir que la persona sexual se deniega totalmente el placer sensual. Mi propósito aquí es diferenciar entre la actitud de alguien que busca constante excitación y otro que intenta llegar a la culminación y la satisfacción.

La experiencia sexual se compone de dos fases. En la primera, el énfasis está puesto en conseguir una fuerte excitación mediante la estimulación sensorial. La segunda fase se dirige hacia la descarga de esta excitación a través del movimiento. Normalmente, estas dos fases están tan entrelazadas y continuas que no podemos dibujar una línea clara de demarcación entre ellas. El acto sexual, desde el primer contacto erótico, pasando por el anteplacer, la penetración y el movimiento hasta la descarga y el estado de relax, constituye una experiencia unificada del individuo —aunque las alteraciones patológicas en su personalidad puedan fijarlo en una u otra de estas fases de la experiencia sexual, disminuyendo o eliminando las otras —. Para algunas personas, la estimulación es más importante que la descarga, mientras que para otras la necesidad de descarga es tan imperativa que prescinden totalmente del placer de la estimulación

erótica. Para comprender estas alteraciones es necesario analizar el proceso sexual en términos de los fenómenos excitatorios en cada una de estas fases.

Estas dos fases del acto sexual corresponden a un aspecto dual de la función del placer, enraizado en la naturaleza misma. Una de las razones de la confusión alrededor de la naturaleza del orgasmo es la falta de comprensión de la dinámica y de los mecanismos del placer. Tan importante que es el placer en la vida de la gente, y sin embargo no se encuentra debatido en ninguno de los libros de texto estándares de la fisiología. Durante mis años de estudiante de medicina apenas escuché alguna mención del término. El concepto del placer parece no tener sitio en la visión científica que contempla elcuerpo como una máquina. Sólo en los escritos analíticos y sobre psicología se encuentra algún que otro intento de entender la naturaleza del placer.

Freud propuso la idea de que el placer es el resultado de una descarga de tensión. Relacionó la medida del placer con la intensidad de la tensión descargada y con el intervalo de tiempo hasta que tiene lugar esta descarga. Más corto el tiempo, más intenso el placer. No es difícil encontrar ejemplos para ello. Hay gran placer en la satisfacción del hambre. El hambre se puede considerar como un estado de tensión que es descargado en el proceso de su satisfacción, o que es satisfecho en el proceso de su descarga. El placer de una evacuación satisfactoria de un movimiento intestinal se deriva de la descarga de un estado de tensión. Incluso el placer de coronar con éxito una tarea difícil se puede relacionar con la descarga de la tensión que se produjo por la confrontación y el desafío de la tarea. El mismo principio se aplica al placer sexual. La excitación sexual es percibida como un estado de tensión.

La perspectiva de una buena comida, cuando uno está en un estado de tensión de hambre, produce un sentimiento de placer. La hilaridad ante una situación peligrosa o desafiante se experimenta como algo placentero. El placer se percibe tanto durante el proceso de crecimiento de la excitación como en su descarga. Utilizaré el término “placer anticipatorio” para describir esta respuesta que representa una movilización de energía y constituye un sentimiento que busca la descarga. La descarga de esta energía o tensión a través de una experiencia sexual satisfactoria produce el quizás más significativo sentimiento de placer, el que llamamos orgasmo.

No obstante, existe un tipo de placer que no encaja en la definición de Freud y que originó ciertas modificaciones en su teoría. El postulado de Freud de que el placer es el resultado de la descarga de tensión fue interpretado en el sentido de que la vida es

una lucha por llegar al nirvana, un estado de ausencia de tensión y conflicto. La conclusión que parece deducirse lógicamente de la imperiosa naturaleza del principio de placer hizo que Freud formulara su concepto de un instinto de muerte. Muchos hechos, sin embargo, contradicen esta conclusión. Los psicólogos y analistas han afirmado que el ser humano a menudo busca situaciones de estrés y tensión. De hecho, bajo ciertas condiciones, se puede experimentar cierto placer por un estado de tensión mismo.

La tensión de un desafío es placentera si se puede anticipar la resolución satisfactoria de la situación. El placer anticipatorio en un estado de tensión se basa en la perspectiva de su descarga. Si eliminamos esta perspectiva, todo estado de tensión o excitación se vuelve desagradable y frustrante. De hecho, podemos definir la frustración como un estado de excitación o tensión del que *no* hay perspectiva de descarga. Proporcionada la perspectiva de descarga, la persona puede tolerar la tensión hasta que se presenta la posibilidad de su descarga. Técnicamente esto se llama el principio de realidad y es una modificación y ampliación del principio del placer. Según el principio del placer, el organismo busca evitar el dolor y sentir placer. El principio de realidad constata que el organismo pospondrá la satisfacción del placer o tolerará una situación de dolor en vistas a ganar un placer aún mayor o a evitar un dolor aún más fuerte en el futuro. La búsqueda de placer es una expresión de la fuerza vital reinante en el organismo. Contradiciendo la visión de Freud, el principio del placer deniega la validez del concepto de un nirvana. En su búsqueda del placer, el hombre a menudo crea conscientemente situaciones de tensión en anticipación de su posterior descarga placentera.

El placer tiene una naturaleza dual. Primero está el placer de la excitación, siempre que se pueda anticipar su descarga; luego viene el placer por la descarga de la tensión o excitación. El primer placer, anticipatorio, está asociado con el crecimiento de la excitación. El segundo placer se percibe específicamente como satisfacción y está relacionado con la descarga de la excitación. En la naturaleza de los organismos vivos mismos se halla implícito que la constitución de un estado de excitación conlleva en sí mismo la perspectiva inconsciente de su liberación o satisfacción.

Visto bajo esta luz, el placer no es la experiencia de un estado estático sino de uno dinámico. El organismo no busca descargar la tensión como fin en sí mismo, ni busca el crecimiento de la tensión como fin propio. Si un estado de excitación no se descargase, el organismo no tendría la posibilidad de excitarse de nuevo. En el caso de que el organismo pretenda alguna cosa, hablando teleológicamente, ésta sería el flujo de los sentimientos, el

acrecentamiento y luego la disminución de la excitación, el movimiento de una condición hacia la otra, dentro de los límites de la energía accesible. No podemos separar el placer del movimiento, tanto físico como psicológico. El movimiento es básico para el funcionamiento del organismo vivo. Un organismo está vivo porque se mueve espontáneamente y se mueve porque está vivo. Los sentimientos se pueden definir en términos de movimiento y excitación. La frustración, por ejemplo, es la incapacidad de salir de un estado de excitación o de disminuir esta excitación. Por otro lado, la depresión es la incapacidad de introducirse en un estado de excitación o de incrementarlo.

En los organismos, el movimiento es el resultado de un incremento o una disminución de su estado de excitación. Un incremento de la excitación impulsa al organismo hacia el objeto excitante, mientras que una disminución de la excitación lo aleja de este objeto. Así es la naturaleza de la vida y de la función sexual. El resultado es un movimiento acelerado que produce un sentido más amplio de vivacidad y es experimentado como placentero por el organismo. El movimiento, la excitación y el placer contribuyen a una más alta percepción del ser, puesto que son diferentes aspectos del proceso de la vida.

La excitación y el movimiento son fenómenos energéticos. El impulso sexual también es un fenómeno energético; depende de la existencia de un exceso de energía en el organismo, es decir, de la disponibilidad de energía más allá de la que necesita para mantener su supervivencia biológica. La producción de energía sobrante es una función normal de todo organismo vivo. Cualquier factor que reduzca drásticamente la energía de un organismo, disminuye su impulso sexual. La enfermedad, fatiga o tensión neurótica así como la falta de sueño están entre los factores que actúan de esta manera. Los factores que actúan en la dirección opuesta son los que promueven la salud y vitalidad natural del organismo. No conozco ningún estimulante artificial capaz de proporcionar realmente energía adicional para el impulso sexual. El alcohol puede incrementar el deseo pero disminuye la función.

Normalmente, el exceso de energía está distribuido por todo el organismo. También lo podemos describir como un estado latente de excitación, experimentado normalmente como un sentimiento de bienestar o de sentirse vivo. En esta forma difusa está disponible para cualquier situación. Cuando en una persona adulta la energía llega a cierto nivel de intensidad, ésta fluirá hacia su cauce natural de descarga que es el aparato genital. Así se explican las erecciones espontáneas en el hombre, el deseo espontáneo en la mujer, las poluciones nocturnas, etc. En la vida diaria existen los suficientes

estímulos para enfocar la energía sobrante hacia los genitales. Una vez ocurrido este enfoque, es decir, cuando la energía carga los órganos genitales, la persona se hace consciente de una sensación de excitación y deseo sexual. La excitación no es un proceso de introducir vitalidad o sentimientos en una persona; la sensación de vitalidad ha de existir ya antes. La excitación es un proceso de canalización de la energía hacia los genitales mediante la estimulación, sea ésta psíquica o física, o ambas juntas.

Una vez ocurrido tal enfoque, cualquier posterior contacto con el objeto sexual tendrá el efecto de incrementar este enfoque y elevar el nivel de la excitación sexual. Por ello es una experiencia placentera a pesar de las sensaciones de tensión que la acompañan, mientras que exista la anticipación de su descarga. Muchas parejas se entregan a variadas actividades sexuales con el propósito de aumentar el nivel de excitación sexual. Esto se conoce como placer previo.

El placer previo tiene dos propósitos en la función sexual. Primero, a través del contacto erótico entre las diferentes partes de ambos cuerpos, toda la energía sobrante disponible, y normalmente distribuida de forma difusa por todo el cuerpo, es movilizada para la actividad genital que se prepara. La estimulación de boca, cara, nuca, pecho, espaldas, piernas, etc. evoca sentimientos que fluyen hacia el área genital. Segundo, se eleva el nivel excitatorio de manera que se siente una mayor urgencia de unión y descarga sexual. Este acrecentamiento de la excitación a través del mecanismo de placer previo es experimentado placenteramente como una fuerza vital en el cuerpo, siempre y cuando se pueda prever la disipación de la tensión relacionada a través de la descarga sexual.

La segunda fase de la actividad sexual comprende dos aspectos que llevan hacia la descarga sexual. Éstas constituyen el mecanismo de placer final, la meta del cual ya no es aumentar más la tensión sino disiparla. El placer de la descarga difiere del de la excitación. Podemos describir esta diferencia como el sentimiento de realización y satisfacción en contrapartida al de excitación y anticipación.

El placer final de la descarga no puede ser más intenso que la excitación que le precede. Sin embargo, no quiero dar la impresión de que el proceso sexual se divide en dos períodos distintos. El proceso de excitación continúa también durante el coito hasta que se genera el movimiento involuntario de la descarga. La descarga es una cuestión de segundos, muy corta

en comparación con la fase relativamente larga de crecimiento de la excitación. La aquí propuesta división de la actividad sexual

en dos períodos divididos en el acrecentamiento y la descarga de la excitación sólo sirve al propósito de describir y comprender los problemas que encontramos en las alteraciones de la función sexual.

La "sensualidad" es una de las manifestaciones de un funcionamiento sexual alterado. Normalmente, la sensualidad forma parte del proceso sexual. La estimulación de todos los sentidos tiene un importante papel en la fase preliminar de la excitación sexual. El placer previo predominantemente es una experiencia sensual, pero la sensualidad se puede volver un opuesto a la sexualidad si la búsqueda de la excitación se transforma en un fin en sí mismo. El sensualista difiere de una persona sexual en que está menos interesado en el placer final de la descarga que en la explotación de los medios para crear tensión y excitación.

Las orgías sexuales, como ejemplo extremo, no son experiencias sexuales en el verdadero sentido de la palabra sino ejercicios de sensualidad. En ellas la importante función de la descarga sexual queda relegada a una posición inferior y la experiencia del placer final suele ser vacía, sosa e insignificante. Sería más adecuado decir que bajo tales condiciones la experiencia orgásmica que se puede obtener es reducida o nula. La intimidad necesaria para la privacidad es completamente ignorada. La búsqueda loca está dedicada sólo a la excitación y para ello cualquier medio parece aceptable; pero la satisfacción se le escapa al sensualista. Su excitación inevitablemente se desvanecerá. La ha de volver a encender con nuevos inventos, nuevas estrategias y estimulantes adicionales para transformar su agotada sensualidad de nuevo en sentimiento. Las orgías sólo pueden terminar en agotamiento o estupor del borracho puesto que el final real de la sexualidad ha sido denegado en favor de una visión pervertida de la excitación sexual.

El sensualista anhela llevar la excitación a un nivel tan alto que lo catapulte fuera de sí mismo. Busca un éxtasis que se le escapa siempre. Interpreta cada fracaso como si se debiera a una falta de suficiente estimulación. Pero cada nuevo intento está predestinado a un fracaso aún más grande. La sensualidad, limitada como es a los sentidos, es sólo una función de la superficie. Por su propia naturaleza queda disgregada de los sentimientos internos del cuerpo que es lo único que realmente tiene la clave de la sexualidad. Una sexualidad con sentido involucra tanto las tripas y el corazón como la mente de la persona. Pero éstas son justamente las áreas que el sensualista tiene bloqueadas a los sentimientos.

Las orgías sexuales son relativamente raras en nuestra cultura; al menos no son pasatiempos habituales en la vida de la persona media. No obstante, la sensualidad está presente como tentación y

fuerza trastornadora en el comportamiento sexual de mucha gente. La prolongación de las actividades del placer previo en busca de una mayor excitación producida por ellas no deja de tener efectos negativos sobre la satisfacción del placer final. En el caso normal las actividades de placer previo deberían concluir en cuanto los órganos genitales estuvieran realmente preparados para el coito. Una vez la vagina está bien lubricada y el pene en plena erección, cualquier retraso en el comienzo del coito conlleva el riesgo de disminuir el estado excitatorio en vez de aumentarlo. Aunque cueste abandonar un tipo de placer tan seductor y tentador, uno se arriesga a perder el barco que se dirige al otro destino del viaje.

La sensualidad es también un elemento clave en la búsqueda promiscua de contactos y experiencias sexuales nuevas. Bien seguro, la novedad no está en la respuesta sexual diferente de una pareja nueva, puesto que también la respuesta sexual de la pareja de siempre es nueva cada vez. La novedad de una pareja nueva en primer lugar es un fenómeno sensual, un fenómeno que normalmente falla en proporcionar la tan buscada intensa excitación. Y también mucho de la charla o de lo escrito sobre diferentes acercamientos o posiciones sexuales se puede criticar por la misma razón.

¿Cuáles son los factores en la personalidad de un individuo que lo hacen inclinarse por una actitud sensual en vez de por una sexual? Basándome en mis experiencias clínicas nombraría dos factores. Uno es la falta de viveza o de sentimiento en el cuerpo; el otro es el miedo al orgasmo sexual. La búsqueda de excitación es típica en personas poco vivas, emocionalmente reprimidas y con poca respuesta física. Faltándoles un sentimiento interno de excitación encuentran la vida aburrida y vacía. El sexo, como cualquier otro fuerte estimulante, les proporciona una sensación temporal de excitación o viveza. Utilizan el sexo como un alcohólico utiliza la bebida, compulsivamente y sin tener en cuenta la sensibilidad de los otros. Puesto que estos estímulos sólo son temporales, la caza de la excitación se dirige a prolongarla. El placer previo es extendido hasta tal punto que se transforma en perversión como Freud apuntó. Si esto no le basta, el sensualista buscará excitación creando situaciones externas de tensión. Se involucrará en actividades sexuales en lugares expuestos o en la presencia de terceras personas. Realizará el acto sexual ante espejos para que la excitación visual aumente sus sensaciones. Empleará técnicas especiales para excitar a su pareja y aumentar así su retorcido goce.

La creencia popular de que el sensualista está aburrido debido a un empacho de placer sexual es completamente errónea. Más placer

sexual tiene una persona, más discriminatoria se vuelve en su actitud. No he conocido aún a nadie que se haya quejado de tener demasiado placer sexual. Contrario a las apariencias, el sensualista es una persona que es incapaz de disfrutar el placer completo de la experiencia sexual.

No soy para nada un moralista sexual y mi intención no es tampoco condenar a estos individuos. El sensualista necesitasus prácticas para conseguir la suficiente excitación para hacer posible un mínimo funcionamiento sexual. Necesita la sexualidad, como todos nosotros, para sobreponerse al aislamiento y la soledad de su experiencia de individuo. Sin embargo, sus medios le desvían del fin. El uso sin moderación de la sensualidad, como el del alcohol, sólo provoca decepción y resaca. Al día siguiente el sensualista no se despierta con una sensación de claridad, ningún sentimiento de satisfacción, ninguna impresión de renovación o renacimiento. Sus actividades no le han ayudado a superar su condición caractereológica de falta de vida y aburrimiento.

La segunda razón para la actitud sensual es el miedo a la descarga orgásmica con sus fuertes movimientos compulsivos e involuntarios. Reich llamó a este miedo “ansiedad orgásmica”. Puede parecer extraño que un individuo pueda tener miedo del placer, pero si tenemos en cuenta que el placer —y especialmente el placer sexual— suele estar asociado con sentimientos de pecado y culpabilidad, esta aparente extrañeza se explica rápidamente. Los estudios clínicos muestran que la ansiedad ante el placer es una característica general de las personas neuróticas. Aunque la culpa sexual haya disminuido de forma considerable desde la era victoriana, está lejos de haber sido eliminada. Directamente debajo de la superficie de nuestra actual sofisticación sexual podemos encontrar en la mayoría de los individuos gruesas capas de culpabilidad relacionadas con el sexo. Por razones debatidas más a fondo en el siguiente capítulo esta culpabilidad se encuentra más asociada con la sexualidad orgásmica que con la sensualidad. Según mi experiencia la sofisticación sexual ha bajado las barreras de acceso a la sensualidad sin, por otro lado, afectar o disminuir las ansiedades orgásmicas.

Algunos pacientes experimentan la ansiedad orgásmica directamente como ilustra el siguiente caso. Una mujer joven me comentó recientemente: «Entonces tengo un clímax y resulta que es demasiado fuerte. Así que no me muevo, me mantengo quieta. Incluso cuando el clímax empieza a producirse digo: “¡No, no, no!”». Este “no” expresa el miedo de la paciente a verse desbordada por sus sentimientos orgásmicos. No moverse, mantenerse quieto y rígido en vista de la creciente excitación sexual son las medidas

utilizadas para restringir el sentimiento y combatir la ansiedad.

Otra descripción (de una persona divorciada):

Empecé a masturbarme con las piernas dobladas. Primero tuve el casi invencible deseo de estirar mis piernas y volverlas rígidas. Sin embargo, las mantuve dobladas y pronto sentí una calurosa oleada de excitación en toda mi zona genital. Pero todavía pude sentir cierta tensión en las partes traseras de mis piernas. Es difícil decir cuánto de ello fue sugestión debido a nuestra conversación, pero creo que tuve el sentimiento de que tenía miedo de que pudiera subir demasiada energía por mis piernas y que el orgasmo, aunque más lento en producirse, fuera demasiado potente para que lo pudiera soportar si no estiraba de nuevo las piernas.

La mayoría de los pacientes inconscientemente controlan el acrecentamiento de la excitación para que ésta no les desborde. Me explicaron un caso donde esta sensación de agobio llegó a tener un efecto muy angustiante. Esta paciente describió una escena con su marido que era un individuo rígidamente inhibido: «Con John, en dos ocasiones, me dejé ir. Tuve el sentimiento de abandono y John reaccionó de manera extraña. Habíamos hecho el amor pero yo quería más, así que empecé a hacerle el amor a todo él. John empezó a temblar por todo el cuerpo y entonces se quedó entumecido y paralizado. Me alarmé mucho y llamé a un médico. Cuando el médico llegó John ya se sentía mejor y el medico no le dio ninguna importancia».

El orgasmo es una reacción de todo el cuerpo. La sexualidad genital aspira a esta respuesta. La sensualidad se limita a la superficie del cuerpo y a los aspectos superficiales de la personalidad. He dicho que el sensualista tiene miedo a involucrarse profundamente, a un pleno compromiso con el sexo y el amor. En el orgasmo, el amor y el sexo se unen en la expresión física más fuerte posible de estos sentimientos. La ansiedad orgásmica, entonces, ¿es miedo al amor? A primera vista esto parece una deducción lógica. Pero el análisis de la estructura de carácter del sensualista proporciona otra explicación.

El amor y la sexualidad forman el meollo de todo organismo viviente. Dan sentido a su vida y proporcionan la más fuerte motivación de placer para su comportamiento. Desafortunadamente, el proceso de crecimiento de los niños en las comunidades civilizadas va acompañado de actitudes autoritarias que infunden miedo en él y provocan el desarrollo de sentimientos negativos y hostiles. Cuando se reprimen estos sentimientos, en el curso de la necesaria adaptación a la vida familiar, llegan a formar

una capa de odio en la personalidad que encubre y sella los sentimientos de amor y sexualidad, más profundos. Esta disposición en capas de la personalidad se puede ilustrar de manera simplificada con el siguiente diagrama, que nos ayudará en gran medida a comprender el problema de la sensualidad (véase la figura 7).

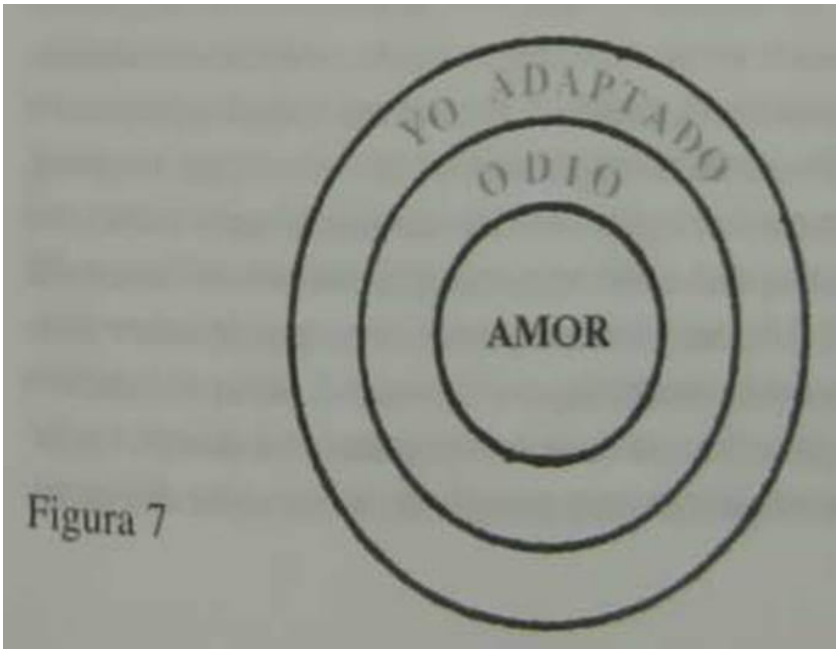


Figura 7

Si la profundidad e intensidad del odio reprimido son lo suficientemente fuertes, entonces el individuo no puede llegar al centro de su ser, donde se encuentran el amor y el sexo. Se queda limitado a la superficie y al acercamiento sensual a la vida. Cualquier intento que haga para atravesar las barreras ante el centro de su ser, tiene el efecto inevitable de movilizar estos poderosos sentimientos negativos reprimidos con sus elementos de miedo y ansiedad asociados. Psicológicamente, la ansiedad orgásmica proviene de la ansiedad asociada a estos sentimientos reprimidos de hostilidad. Cualquier esfuerzo psicoterapéutico, totalmente independiente de la forma de terapia elegida, trata de deshacer estos sentimientos negativos en el ambiente controlado de la situación terapéutica. Físicamente, la ansiedad orgásmica es la incapacidad de un cuerpo rígido, tenso y contraído a tolerar una fuerte excitación sexual. Cualquier tipo de terapia corporal que suavice y disuelva las tensiones musculares crónicas ayudará a incrementar el placer sexual.

Cuando los sentimientos negativos invaden la capa superficial de la personalidad, aparece la verdadera impotencia sexual: impotencia eréctil en el hombre y frigidez en la mujer. En un

hombre es relativamente fácil distinguir entre impotencia eréctil e impotencia orgásmica. La primera indica una actitud negativa hacia la mujer en la capa superficial de su personalidad. En el segundo caso, los sentimientos negativos quedan reprimidos de manera que, mientras el funcionamiento sexual sea posible, la satisfacción sexual estará ausente. La misma situación es más complicada en el caso de las mujeres, por el hecho de que su capacidad de realizar el acto sexual no depende de evidencias externamente visibles de su deseo. Su consentimiento a hacer el amor puede o no puede tener relación con sus propios sentimientos sexuales, aunque también aquí existen signos físicos de la existencia de su deseo. La lubricación de la vagina es comparable a la erección del pene, en el sentido de que ambos fenómenos son el resultado de la congestión de sangre en los órganos genitales. Si un hombre sin problemas de erección no es impotente, creo que no es justo llamar frígida a una mujer que lubrica.

Probablemente ninguna ficción ha sido tan explotada en nuestra cultura como la idea de que una mujer que no desea relaciones sexuales es frígida. El explotador jefe de esta ficción es el hombre que no tiene éxito al intentar seducir a una mujer. Puede que ella sea frígida o puede que no, pero su respuesta ante uno o varios hombres particulares no es un criterio para determinar la presencia o ausencia de sus sentimientos sexuales. De forma similar, no es verdad que una mujer que sí tiene relaciones sexuales, no sea frígida por ello. La confusión proviene de la equiparación de los sentimientos sexuales con la actividad sexual. He tratado a una variedad de mujeres que eran promiscuas en su actividad sexual precisamente debido a su falta de sentimientos sexuales. Se podía entender su promiscuidad como una búsqueda de sentimiento sexual y ésta terminó en cuanto la mujer en cuestión recuperó la capacidad de experimentar espontáneamente la excitación sexual. La promiscuidad es la forma más común de sensualidad.

Entre los actuales sexólogos hay la tendencia de describir a una mujer como frígida si no llega al orgasmo sexual. Mientras es válido afirmar que una mujer frígida no puede llegar al orgasmo sexual y que una que sí lo alcanza no puede ser llamada frígida, la claridad exige distinguir entre frigidez e impotencia orgásmica en la mujer, tanto como, de manera similar, entre impotencia eréctil e impotencia orgásmica en el hombre. El término frigidez se refiere a la incapacidad de una mujer de excitarse, pero no a la incapacidad de descargar tal excitación o de llegar a un orgasmo vaginal. Aunque ambas cosas obviamente están relacionadas, estrictamente hablando, no son lo mismo. Hay mujeres que se perciben como personas cálidas y tiernas pero con dificultades para llegar a un

orgasmo satisfactorio aunque tengan sentimientos sexuales lo suficientemente fuertes para que no las podamos llamar frígidas. El orgasmo requiere un grado de integridad de la personalidad y un tipo de fuerza agresiva que puede faltar en una mujer aunque sea suave, cálida y flexible.

Tenemos que tornamos las palabras en su sentido literal si queremos que sirvan como un medio de comunicación verdadero. "Frigidez" significa "frialdad", de manera que frígida es una mujer que sexualmente está fría. Pero no se puede estar sexualmente frío y emocionalmente cálido, así que una mujer que es fría sexualmente también es fría emocionalmente. He visto gran número de tales mujeres emocionalmente frías para las cuales un acercamiento sexual sería un muy mal consejo. Son personalidades duras, rígidas y agresivas, y ya en su apariencia se puede intuir la ausencia de sentimientos acogedores y tiernos. En otras palabras, la dureza o rigidez está estructurada en el cuerpo de manera que rápidamente se vuelve aparente en el comportamiento y el movimiento. Esta rigidez física es el equivalente somático de las actitudes psicológicas de negatividad y hostilidad que se extienden a todos los aspectos exteriores de la personalidad y también los incluyen. Pero incluso en estos individuos, el núcleo central de su ser está vivo, con amor y sexualidad, aunque estos valores nunca lleguen a asomarse a la superficie. Puesto que los sentimientos sexuales sólo llegan a la conciencia cuando la excitación carga las áreas eróticas en la superficie del cuerpo, un individuo tan fuertemente "armado" —para utilizar esta expresión de Reich— es incapaz de experimentar excitación sexual. Este es el caso de la mujer verdaderamente frígida, a distinción de la mujer que no llega al orgasmo vaginal. La mujer frígida puede relacionarse sexualmente; si lo hace, queda emocionalmente sin responder, vaginalmente seca y mecánica en la ejecución de sus movimientos corporales.

Superficialmente el sensualista es una persona cálida, amante del placer y expresivo. Como hombre no tiene problemas de erección y como mujer no es frígida. El problema del sensualista viene de una fijación en la fase oral de su desarrollo que se puede deber tanto a la carencia como a la sobreindulgencia oral. La privación oral en la infancia interrumpe el desarrollo porque crea un sentimiento de insatisfacción de las necesidades básicas de contacto corporal y gratificación oral— erótica. La falta de satisfacción en esta fase de la vida es responsable de las tendencias orales que son tan evidentes en nuestra cultura: la adicción al tabaco y al alcohol, las actitudes pasivas de entretenimiento, la necesidad de estimulación erótica y la sobreindulgencia con la comida. Exactamente las mismas tendencias se desarrollan debido a

un exceso de indulgencia hacia las necesidades orales de un niño, puesto que esta actitud siempre tiene el trasfondo de evitar que el niño crezca y se transforme en un individuo sexualmente maduro. La sobreindulgencia no es un exceso de amor. La madre sobreindulgente se rinde ante las demandas del niño debido a su propia ansiedad. Es sobreprotectora y restrictiva. Su actitud resulta ser sofocante. El efecto es que el niño se mantiene así en una relación dependiente de ella, lo que socava su proceso natural de maduración.

La personalidad oral que se desarrolla debido a la privación o la sofocación es la de un individuo inmaduro. No tiene el impulso agresivo de hacer las cosas por sí mismo y también carece del concepto agresivo necesario para conseguir satisfacción. La ausencia de este componente agresivo en su personalidad lo conduce invariablemente hacia la forma de vida sensual. La sensualidad es esencialmente el modo pasivo de experimentar placer. El retrato más utilizado para caracterizar a un sensualista es el de una persona estirada cómodamente en un diván a la que alguien le pasa un delicioso racimo de uvas. El único esfuerzo que tiene que hacer es alargar la mano para cogerlo, aunque incluso esto a veces queda omitido en k imagen; la imagen de un niño. En sus actividades sexuales el sensualista desempeña el papel de un niño. Las actividades orales —la felación y el cunnilingus— dominan su concepto de la función sexual. La prevalencia de estas dos formas de actividad sexual es la más evidente manifestación de la inmadurez sexual que se pavonea como sofisticación sexual.

La sexualidad necesita madurez de cuerpo y mente. El individuo sexual, en oposición al individuo sensual, el genital en oposición al oral, es una persona capaz de mantenerse por sus propios méritos y de actuar agresivamente para conseguir la satisfacción de sus necesidades. Su vida se orienta hacia la realización y la satisfacción porque no tiene miedo a movilizar su energía agresiva al servicio de sus deseos. Sin embargo, también las respuestas del individuo sexual cuyo enfoque está en la descarga genital pueden estar distorsionadas por ansiedades patológicas. Donde la sensualidad es una defensa ante el miedo a la sexualidad, un énfasis exagerado en la genitalidad puede esconder un miedo a las sensaciones sensuales. Esta es la única interpretación que explica el comportamiento de los hombres que evitan el placer previo e insisten en el inmediato contacto y descarga genital. Muchas mujeres se quejan de la falta de ternura y sensibilidad de sus maridos, que actúan de esta manera. Superficialmente puede parecer que tal actitud sea normal. Pero las mujeres describen tal actividad sexual como mecánica e impersonal, con una rápida eyaculación seguida de una retirada inmediata de

interés y de sentimiento de la mujer. Esto no es lo que cabe esperar de una persona sana.

El miedo a la sensualidad es el miedo al calor emocional y a la cercanía física. El comportamiento sexual de tal persona es compulsivo y egoísta. Su actividad sexual está diseñada para mostrar su hombría frente a un miedo subyacente hacia la mujer. De manera que "lo hace", y cuando lo ha hecho, se escapa.

La exageración de esta actitud sexual es típica del individuo rígido que es compulsivo en todos los aspectos de su vida. Sus logros tanto como sus actividades sexuales, le sirven como satisfacción del ego, pero nunca como satisfacciones emocionales o físicas. Su rigidez elimina el placer de la satisfacción, tanto como elimina el sentido del sexo. El individuo rígido trabaja, se esfuerza, juega y hace el amor porque esto es "lo que hay que hacer", y no porque esté interesado en el placer que le pueda proporcionar. En otras palabras, actúa compulsivamente.

La rigidez es una defensa contra el colapso, el colapso que lleva hacia el comportamiento infantil. Para decirlo de manera simple, en el fondo la persona rígida dice: «Te demostraré que soy un hombre, no un bebé». Lo que intenta todo el rato es probar que no es un "llorón". No es difícil imaginamos los factores de trasfondo que producen esta estructura de personalidad. Al cortar de raíz el deseo de llorar, el carácter rígido tiene que inhibir todos los sentimientos en general. Y al eliminar el placer sensual, el individuo rígido y compulsivo destruye su propia oportunidad de autorrealización.

El concepto de la potencia orgásmica es el desarrollo más importante en la comprensión analítica del sexo y de la personalidad introducido desde Freud, y originalmente fue formulado por Wilhelm Reich en 1927. Según Reich, el individuo orgásmicamente potente no sufre neurosis. La argumentación detrás de esta conclusión es que el orgasmo, si realmente es pleno y completo, descarga toda la energía sobrante del organismo; entonces no queda la energía necesaria para mantener el conflicto neurótico o la represión neurótica.

Podemos mostrar en la práctica clínica que cualquier individuo emocionalmente sano es orgásmicamente potente; es decir, obtiene plena gratificación de sus experiencias sexuales. En este aspecto la teoría de Reich está muy aceptada hoy día, puesto que sería inconcebible decir que una persona esté emocionalmente sana si le falta esta capacidad. La situación opuesta, sin embargo, ha topado con considerable resistencia. ¿Todas las personas neuróticamente afectadas son incapaces de la experiencia orgásmica? Reich y sus seguidores responden obstinadamente de forma afirmativa a esta pregunta. Por otro lado, los primeros analistas freudianos y muchos

otros han insistido en el hecho de que algunos de sus pacientes neuróticos proclamaban experimentar satisfacción orgásmica en el acto sexual. ¿A quién tenemos que creer?

Reich llegó a su conclusión gracias a dos descubrimientos que hizo en el curso de su trabajo analítico. Primero, se dio cuenta de que, sólo en la medida en que la función sexual de un paciente mejoraba como resultado de la terapia, éste era también capaz de mantener e integrar los frutos y las experiencias de su análisis. Segundo, encontró una correlación positiva entre las alteraciones neuróticas y la falta de satisfacción sexual. Eso significaba que no podía existir ninguna neurosis en presencia de una vida sexual satisfactoria. La confusión y las disputas levantadas por este concepto tienen su origen en las diferentes ideas sobre lo que significa una "vida sexual satisfactoria". Una de las escuelas postulaba y sigue postulando que cada clímax es un orgasmo. Reich, sin embargo, restringió ese significado de la palabra "orgasmo" a una I descarga y satisfacción total. Entre estas dos escuelas de pensamiento puede existir un abismo de diferencia.

Por una parte, se puede explicar esta diferencia mediante el hecho de que la experiencia orgásmica varía entre distintos individuos como también en el mismo individuo, bajo diferentes circunstancias. Esto es del todo evidente, puesto que dos personas no pueden tener la misma experiencia y tampoco nadie reacciona siempre igual. Un orgasmo, pues, puede variar en intensidad. En una ocasión puede ser la experiencia sublime del éxtasis; en otro momento será el sólido sentimiento de satisfacción por la entrega al cuerpo. Todas las experiencias del orgasmo tienen un elemento en común que, tal como yo creo, proporciona la clave más importante para comprender este fenómeno. Este elemento es la sensación física de satisfacción. Una liberación sexual, si quiere merecer el término "orgasmo", tiene que ser físicamente satisfactoria. La palabra "clímax" no implica necesariamente este elemento. Una eyaculación prematura en un hombre se considera un clímax, lo que de hecho realmente es, pero no se siente como satisfactorio. A menudo es justo lo contrario. Una mujer puede llegar a un clímax clitorial, el así denominado orgasmo clitorial, con cierta sensación de liberación pero no sintiendo verdadera satisfacción.

Estamos tratando aquí con experiencias subjetivas que no están sujetas a una evaluación objetiva. ¿Quién nos puede decir si una experiencia es satisfactoria o insatisfactoria si no el individuo mismo que la experimenta? Pero en esta área las afirmaciones de los individuos son poco fiables. Hay demasiado autoengaño. Además, la mayoría de las personas se resisten a revelar sus fracasos e imperfecciones. La mayoría de los pacientes, al principio de la

terapia, afirman que sus respuestas y experiencias sexuales son satisfactorias, para retractarse luego de lo dicho en vista de sus nuevas percepciones. Demasiados hombres consideran su propia experiencia sexual satisfactoria si sienten que han satisfecho a las mujeres. Otros confunden la satisfacción del ego con la satisfacción física y toman la seducción como una experiencia satisfactoria por sí misma, lejos de considerar importantes sus propias reacciones físicas. Y muchas mujeres se sienten satisfechas al acurrucarse y sentirse abrazadas por un hombre al que cuidan, incluso si no hubo ni el más mínimo clímax.

Entonces, si no nos podemos fiar de las revelaciones personales, ¿podemos basamos en las reacciones físicas de la gente? Hay un gran grupo de sexólogos que creen que cualquier reacción involuntaria y convulsiva en un acto sexual constituye un orgasmo. El orgasmo, de hecho, es una convulsión, pero es un tipo especial de reacción convulsiva. Las sacudidas, tirones y convulsiones espasmódicas del cuerpo deben entenderse más bien como defensas contra los movimientos orgásmicos en vez de como sinónimos de ellos. No producen la sensación física de satisfacción aunque no necesariamente estén exentos de placer. Los suspiros, gritos, gemidos y gruñidos poco dicen, excepto que algo está sucediendo. Aparte de la expresión de sorpresa que a menudo se produce al acercarse el clímax y cuando el orgasmo toma las riendas de uno, una experiencia sexual satisfactoria puede ser un asunto tranquilo, relajado pero intenso. Los gemidos y gruñidos más bien ponen de manifiesto sufrimiento y no placer, y deberían interpretarse como tal.

Así nos queda sólo la idea de la satisfacción como criterio básico para el orgasmo sexual. La persona que ha tenido un orgasmo está satisfecha. No está irritable, ni deprimida, replicona, inquieta, ni de mal humor. No olvidaré nunca un paciente, analista él mismo, que me consultó acerca de su mujer. En el acto sexual ella gemía y suspiraba, dando toda indicación de que tenía un orgasmo. A su pregunta directa al respecto ella lo afirmaba. Pero —me preguntó él — si fuera verdad, ¿cómo podía ser que ella se mostrara de tan mal genio al despertarse? ¿Por qué estaba tan irritable con los niños y tenía tan poca paciencia? ¿Por qué no se sentía contenta, satisfecha? Estoy seguro de que otros maridos también se quedan helados ante tal contradicción en sus mujeres. Yo suponía que la mujer de mi paciente no había tenido un orgasmo. Quizás fuera fruto de sus pretensiones, hecho indigno de una mujer verdadera, o pura ignorancia. Cierto tiempo después también ella me consultó y constaté que mi sospecha tenía fundamento. Ella, sin embargo, había venido para quejarse de su marido.

La capacidad de obtener satisfacción es la piedra angular de una personalidad madura, integrada y efectiva. Aparte de unamujer realmente frígida, casi todo el mundo puede encontrar algún placer en el sexo. El acercamiento sensual está más bien orientado hacia el placer y no hacia la satisfacción. Esta implica un esfuerzo dirigido hacia una meta concreta y la entrega total a este propósito. Se puede conseguir mediante casi cualquier actividad, pero sólo si la persona entrega completamente su energía y sus sentimientos a esa actividad, tanto si es un partido de tenis, escribir un libro, o transformar la casa. Esto es válido incluso si el resultado no siempre es favorable. Ganar o perder, si uno se ha entregado verdaderamente, carece de importancia. La satisfacción se deriva del esfuerzo y de uno mismo. Nada salvo la entrega total puede proporcionar la sensación física de satisfacción que está directamente relacionada con la movilización y la puesta en juego de toda la energía y todos los sentimientos disponibles en la actividad en cuestión.

Este principio es aplicable también a la actividad sexual. En ausencia de una entrega total al acto sexual y a la pareja, no se puede esperar una experiencia satisfactoria. Y claro, cualquier distracción o división de la atención, como escuchar música o pensar en el negocio al practicar el sexo, constituye una tal obvia falta de entrega que no merece la pena hablar más de ello. Pero incluso las fantasías sexuales durante el acto sexual denotan la incapacidad de entregarse totalmente a la pareja sexual. A menudo la retención es inconsciente. La entrega se puede medir sólo por el resultado. Subjetivamente se puede percibir la medida de entrega por el grado de extensión y carga del cuerpo con sentimientos sexuales. Hablaré más sobre ello en el siguiente capítulo. Sólo si los sentimientos sexuales y el movimiento abarcan todo el cuerpo y todo el ser, proporcionará la experiencia del clímax la satisfacción del orgasmo.

La experiencia orgásmica puede variar de persona a persona. Incluso la plenitud de la entrega puede ser diferente en intensidad o profundidad de sentimientos. Uno no se da a sí mismo a cualquier actividad con la misma intensidad de sentimientos. En su profundidad más honda, la respuesta sexual toca activamente al corazón. Esto no es una metáfora. Hay algunos raros momentos en que se puede sentir como responde el corazón. Esto ocurre independiente de la normal taquicardia o el rápido batir del corazón que se produce en cuanto la respiración se profundiza y el clímax se acerca. Cuando el corazón responde en el clímax sexual, se produce el más profundo y pleno sentimiento de abrir y soltarse. Y puesto que esta respuesta literalmente proviene del corazón, se

puede decir que la sexualidad ha sido experimentada en el centro mismo del propio ser. Esto es el significado más profundo del amor.

En los capítulos 2 y 3 he descrito la relación entre sexo y amor. Al analizar esta relación ilustré la conexión entre el corazón y los genitales a través de la sangre. Vimos el sexo como expresión del amor. Y así es, pero sólo en la medida que el individuo experimenta placer y satisfacción en el sexo. Si esto es verdad, la más plena y profunda, la más satisfactoria expresión del amor en el sexo es la respuesta del orgasmo.

He utilizado el término "satisfacción" para describir la cualidad del placer de la experiencia orgásmica. Satisfactoria realmente es, pero este término no es adecuado para englobar la plena extensión de este placer. El orgasmo no sólo es placentero, sino que está lleno de gozo. Es gozoso porque es libre, sin restricciones, ilimitado y espontáneo. Tiene la misma cualidad que el júbilo en las respuestas de un niño: proviene directamente del corazón. En el orgasmo el adulto expresa el gozo del niño que lleva dentro. Por esta razón el orgasmo es la experiencia más alta de gozo alcanzable por un adulto.

Donde las actividades de un sensualista se caracterizan por la búsqueda de excitación y placer, a la persona verdaderamente sexual se la reconoce por su plenitud de gozo.

11. EL ORGASMO SEXUAL

El capítulo anterior versó sobre las circunstancias psicológicas del orgasmo. Puse énfasis en la percepción de la experiencia orgásmica como una sensación de satisfacción física basada en la total entrega del ser en la acción sexual. La reacción física, que es la base de este sentimiento de satisfacción, es la participación de todo el cuerpo en los movimientos placenteros involuntarios de la descarga sexual. Este énfasis en el cuerpo completo distingue la heterosexualidad de la homosexualidad y el tipo de clímax que está limitado a los genitales del clímax que Reich describió como orgasmo.

Esta distinción, aunque válida e importante, es incompleta. Dado que cada clímax sexual tiene algunos elementos de la experiencia orgásmica, sería más correcto distinguir entre orgasmos parciales y plenos. Un orgasmo parcial por su naturaleza, limitado e insatisfactorio y no es experimentado como físicamente satisfactorio. Sin embargo, aun así es una forma de liberación de carga sexual y, temporalmente como mínimo, reduce la tensión sexual del organismo. Para una mujer que nunca ha experimentado ninguna clase de clímax durante el acto sexual, un orgasmo parcial a menudo es una experiencia gratificante y reveladora.

Es muy fácil establecer distinciones verbales; más difícil resulta aplicarlas en un caso específico. Nadie más que el individuo implicado puede constatar definitivamente si ha experimentado o no un orgasmo en el acto sexual. La percepción del orgasmo requiere la experiencia subjetiva de satisfacción. Pero a menudo ocurre que el individuo en cuestión no tiene muy clara la cualidad de sus experiencias subjetivas. El problema frecuentemente se complica por la presencia de satisfacciones egóticas que pueden no tener relación con las sensaciones físicas implicadas. De esta manera una mujer puede obtener cierta satisfacción del hecho de que un hombre especial para ella haya sucumbido a su encanto o, más común todavía, un hombre puede sacar una sensación de satisfacción del éxito de una conquista. Pero aun teniendo muy en cuenta estas posibles distorsiones, existe otra fuente de confusión: las descripciones subjetivas de los sentimientos no se pueden medir. El término “satisfacción” puede incluir muchos grados de sentimiento. El orgasmo, incluso el plenamente satisfactorio, no es lo mismo para diferentes personas; variará según la personalidad. El orgasmo varía también en un mismo individuo, según la intensidad del sentimiento inicial, el lugar y las circunstancias de una

particular relación sexual. No obstante, no podemos fiamos sólo del sentimiento de satisfacción como único criterio de la respuesta orgásmica.

Para facilitar nuestro debate sobre la experiencia orgásmica sigue ahora una breve descripción de los sentimientos y movimientos que forman parte de un acto sexual normal. Los contactos eróticos preliminares resumidos bajo el concepto de placer previo preparan el camino para el coito. Estos sirven para movilizar las sensaciones corporales difusas y disponerlas para la experiencia del clímax. Enfocan la excitación en los genitales y preparan éstos para la consumación del acto sexual. Sin embargo, si el placer previo es prolongado indebidamente, la vagina tiende a perder la excitación y a quedarse seca, mientras que el pene se vuelve sobreexcitado y apremiante a la descarga. La ausencia de la urgencia de penetrar en el varón en este momento puede indicar un miedo a la vagina. En ausencia de alteraciones sexuales, la excitación producida por los juegos preliminares lleva naturalmente al deseo del contacto físico más estrecho posible entre los dos individuos que evidentemente consiste en el acto normal de introducción del pene en la vagina. Durante la penetración el placer sensorial del contacto aumenta agudamente hasta que la penetración es plena y completa. Después de haberse realizado la penetración profunda, pronto se produce una cierta disminución del estado de excitación pues el amor ha conseguido su primer objetivo; los dos están lo más cerca posible una del otro.

Al introducimos en los sentimientos que el hombre tiene en este momento, nos percatamos que se siente como en casa. Tiene una sensación de pertenencia que es experimentada con un estado de relax. En *Thalassa. Ensayo sobre la teoría de la genitalidad** Sandor Ferenczi postula que el acto del sexo para el hombre es el retomo al útero, su lugar de origen. El útero, según Ferenczi, representa el mar en el cual se inició la vida y del cual emergió hace mucho tiempo. El retomo al útero es cierto de manera literal para los espermatozoides. Los sentimientos de la mujer suelen ser bastante diferentes. No se identifica con el hombre en su retomo simbólico al útero. Muchas mujeres que interrogué al respecto dijeron que se sentían completas, llenadas. Otras dijeron que sentían que entonces tenían el hombre dentro de sí, que él formaba parte de ellas. Esto también les daba a ellas un sentimiento de relax, de sentirse contentas. Donde en el acto de penetración el hombre simbólicamente retoma al útero, la mujer simbólicamente es el útero que lo recibe.

Este sentimiento de relax, como al final de un viaje, es sólo un interludio. Pronto se produce una creciente urgencia de llevar la

experiencia a su clímax. La situación llama al despertar de los movimientos sexuales específicos que darán lugar a nuevas sensaciones e impulsos más fuertes. A la experiencia de placer sensorial se añade ahora la nueva experiencia de placer cinestésico producido por los movimientos sexuales.

Durante la primera fase del coito los movimientos sexuales están bajo el control del ego y son completamente voluntarios. Al comienzo son lentos, apacibles y relajados. Generalmente dominan durante esta fase los movimientos del hombre, aunque eso puede ser diferente si la mujer asume el papel más activo. La posición y el ritmo que la pareja adopte debería adaptarse a cualquier cosa que encaje con sus necesidades y ánimos del momento. Para simplificar, partiré de la suposición de que el hombre está encima de la mujer y toma el papel más activo. En este caso la mujer tiende a estar pasiva hasta que el hombre ha establecido un patrón de ritmo con el que ella pueda armonizar sus propios movimientos. Antes de que esto ocurra, sin embargo, se pueden interrumpir los movimientos por un corto período de descanso o para cambiar de postura. Una interrupción en este momento no interfiere en el curso de la excitación que tiende a mantenerse en un nivel bastante estable. Pero las interrupciones en el acto sexual pueden disminuir el placer final si interfieren con el establecimiento de un patrón rítmico del movimiento.

Estos movimientos voluntarios sirven para unificar el cuerpo, de manera que el ritmo de la respiración y del empuje pélvico se sincronizan. Si no existen inhibiciones, el empuje hacia adelante de la pelvis coincidirá con la exhalación del aire. En el transcurso de los movimientos voluntarios, el hombre intentará “fundamentar” su cuerpo realizando los movimientos hacia adelante de la pelvis con sus piernas mientras que ancla sus pies en la cama. El desplazamiento del énfasis hacia la parte inferior del cuerpo prepara el camino para el movimiento pélvico involuntario. Durante la fase voluntaria la conciencia de ambos amantes está sumida en la percepción del placer en las áreas genitales y la cualidad del movimiento pélvico.

Antes de que se pueda establecer y mantener un ritmo definitivo, el movimiento pélvico se ha de hacer completo y libre. Empujar la pelvis en vez de bascularla evita que los movimientos involuntarios se puedan producir. El placer cinestésico de la sexualidad depende de la cualidad del movimiento pélvico. Los humanos civilizados normalmente están restringidos en sus movimientos corporales. En comparación con la gente primitiva, sus caderas están más ligadas y su musculatura pélvica está más tensa. Pero tal limitación del movimiento pélvico ha de ser superada para

que el acto del coito pueda llegar a ser plenamente satisfactorio. La pelvis debe moverse con la suavidad de una bisagra bien engrasada, pero no independientemente, como en el libre mecimiento de una pierna colgante. En el hombre, el impulso del movimiento viene de las piernas y es controlado completamente por el ego. Mientras que el hombre está "fundamentado" a través de sus piernas, la mujer, en su posición supina, está "fundamentada" a través del hombre, mediante el contacto entre las piernas de ella y el cuerpo de él. Así pueden los movimientos de ella sincronizarse con los de él.

La fase de los movimientos voluntarios termina cuando se ha establecido un ritmo definido que armoniza los movimientos de ambos. Esta fase ocupa el tiempo más largo de la duración del acto sexual. Su función es la de implicar tanta parte del cuerpo como sea posible en los movimientos sexuales y preparar el camino para la transferencia del control sobre el movimiento de la cabeza a la pelvis. Suaviza la transición del funcionamiento del ego al funcionamiento del "ello". Esta fase debería terminar en cuanto hayan sido alcanzados estos objetivos. En el caso de la eyaculación precoz, termina antes por la incapacidad de sostener la tensión en aumento.

En este punto aumenta la frecuencia del movimiento sexual, acompañando el deseo del hombre y de la mujer de una penetración más profunda y una fricción más intensa. Estoempieza como un acto voluntario por parte del hombre, iniciado cuando siente que está preparado para ascender al clímax. Con el aumento de la frecuencia, de repente los movimientos pélvicos adquieren una cualidad involuntaria e inducen una respuesta más profunda del cuerpo, acompañada de un fuerte incremento de la sensación genital por la intensificación de la fricción entre pene y vagina. Se perciben sensaciones de fusión en la pelvis como signo preliminar inmediatamente antes de la descarga.

El orgasmo comienza con la contracción de los *bulbocavernosi*, tanto en el hombre como en la mujer. Estos músculos rodean la base del pene en el hombre y el *introitus* (la entrada) de la vagina en la mujer. Se suele experimentar el orgasmo como la apertura de un dique, con una liberación hacia abajo de un gran flujo de sentimiento, mientras que el cuerpo se convulsiona entero en respuesta a cada uno de los movimientos basculantes involuntarios hacia adelante de la pelvis. Los sentimientos de fundirse y fluir hacia abajo impregnan todo el cuerpo. Si la cúspide es lo suficientemente intensiva, aumenta la sensación de calor y se percibe algo como un gran fulgor en la pelvis y una sensación corporal generalizada de luminosidad. Cuando en el hombre empieza la eyaculación, su excitación llega al punto más alto y se

mantiene allí por unos momentos. Durante esta fase, el orgasmo se puede experimentar como estar "volando", o "dando vueltas" o alguna sensación similar. La experiencia orgásmica de la mujer es similar a la del hombre en cada uno de estos aspectos, con excepción de las sensaciones de la pulsatoria eyaculación. La eyaculación se produce por la contracción de la musculatura lisa e involuntaria de la próstata y de las vesículas seminales. Consiste en la expulsión pulsatoria de chorros de semen. La mujer experimenta la eyaculación como un estímulo adicional que aumenta su propio placer.

El orgasmo en el hombre consiste normalmente en dos respuestas involuntarias: la respuesta de todo el cuerpo en su reacción convulsiva y la respuesta eyaculatoria. Existe la posibilidad de que se produzca una descarga orgásmica sin la eyaculación de semen (Kinsey). También es conocido que se puede eyacular sin las reacciones corporales involuntarias descritas antes (Reich). Cada uno de estos eventos en sí sería sólo una parte de un orgasmo completo. Cuando no se produce ninguna de las reacciones involuntarias descritas y el semen sale fluyendo en vez de ser expulsado en chorros pulsa— torios, hemos de hablar de una incapacidad del hombre para alcanzar la liberación orgásmica.

En la mujer, la contrapartida a la eyaculación es la contracción de la musculatura suave alrededor de la vagina. El hombre percibe su acción como si ordeñara su pene. Así que tenemos también en la mujer dos respuestas involuntarias que se combinan para proporcionarle la experiencia de un orgasmo completo: la reacción convulsiva de todo su cuerpo, similar a la del hombre, y la contracción rítmica de los músculos alrededor de la vagina y en el suelo pélvico. Si la mujer llega al clímax al mismo tiempo que el hombre, las respuestas de ambos se intensifican mutuamente.

Después del clímax disminuye rápidamente la excitación mientras que los sentimientos de fulgor y satisfacción continúan por un tiempo indeterminado. Los movimientos involuntarios pueden seguir unos momentos más; entonces la relajación, y a menudo el deseo de dormir, domina la situación.

Durante el clímax tiende a ocurrir una pérdida del ego consciente. Se trata de un eclipse temporal del ego y no debemos confundirlo con el sentimiento de abandono. No nos volvemos inconscientes durante el proceso del orgasmo. Sería más correcto decir que el individuo tiende a perder la conciencia de sí mismo. Su ser desaparece en la fusión con el objeto amado: el amor ha alcanzado su meta final. No encontramos sólo el sentimiento de unión completa y fusión con la pareja, sino también el sentimiento de formar parte de todo el universo pulsátil. Este último

sentimiento apoya la idea de Reich de que en el orgasmo el ser humano encuentra su identificación con los procesos cósmicos.

Si podemos asociar la primera fase del coito con el retomo simbólico del hombre al útero, podemos considerar la segunda fase como representación de la salida del útero. Por su gran intensidad, el orgasmo nos hace pensar en el proceso de nacimiento. El hombre renace a través del orgasmo. Aunque digamos esto de manera figurativa, no podemos olvidar que a menudo se experimenta el orgasmo como un renacimiento. Uno se siente renovado y con nuevas energías a través del orgasmo. El acto sexual completo se puede ver como un retomo al útero y renacimiento para el hombre juntos. Y ¿qué pasa con la mujer? En la primera fase se llena, en la siguiente se vacía. Donde en el orgasmo el hombre renace, la mujer es la que le da a luz; simbólicamente hablando, claro está. Así se explica por qué hay mujeres que de hecho experimentan el proceso de parir como un orgasmo. Algunas mujeres me explicaron que no llegaron a alcanzar el orgasmo hasta que no habían dado a luz a un niño.

La confusión entre los sexólogos sobre la naturaleza del orgasmo tiene sus raíces en que la mayoría de los estudiosos de la función sexual no aprecian la importancia del movimiento en la experiencia orgásmica. Enfocan su atención sobre el elemento sensorial en la sexualidad, pasando por alto su componente motor. Generalmente se supone que la función de los movimientos sexuales es aumentar la fricción entre los órganos sexuales. Pero poca gente parece darse cuenta de que los elementos sensoriales de contacto y fricción sirven para provocar la excitación necesaria para desencadenar el movimiento. La sensación del orgasmo es una función del movimiento, es decir, si éste se interrumpe, inmediatamente desaparece la sensación orgásmica. El contacto y la fricción por sí solos, como cuando se lleva el pene manual u oralmente hasta el clímax, puede producir la eyaculación pero nunca el orgasmo. Por otro, lado se puede alcanzar el sentimiento orgásmico mediante nada más que el movimiento. Por ejemplo, una mujer puede llegar al orgasmo incluso bajo condiciones en las cuales el contacto con el pene esté reducido a un mínimo. Si el hombre ya ha llegado a su clímax y su pene se ha encogido al estado flácido e incluso si ha salido de la vagina, la mujer se puede llevar a sí misma al orgasmo continuando sus movimientos hasta que se produce la reacción involuntaria. Entre los animales, como por ejemplo los perros, se puede observar que un macho masturbándose encima de otro es capaz de llegar a una descarga a través del movimiento, incluso si no hay ni el más mínimo contacto entre su órgano genital y el cuerpo del otro perro. ¿Cuál es entonces esta cualidad especial de

los movimientos sexuales que les proporciona esta propiedad?

La respuesta a esta pregunta es que sólo los movimientos sexuales involuntarios involucran a todo el cuerpo en el sentimiento de la acción. Los movimientos voluntarios, aun los más fuertes, por su naturaleza están sujetos al control del ego. Esta fuerza de control, este ego, existe como entidad aparte de los movimientos. La mejor analogía que me viene a la mente es la de un jinete sobre un caballo. El jinete es llevado a todas partes por el movimiento del caballo, pero no comparte las sensaciones cinestésicas que el caballo experimenta. Los movimientos involuntarios son expresiones del cuerpo a un nivel primitivo de funcionamiento en el cual el ego es reducido al mero papel de participante y no de director. Se trata del dominio del "ello", que incluye el ego como parte de sí mismo. En este nivel de funcionamiento el jinete forma parte del caballo. En el orgasmo, el ego se eclipsa y es absorbido por el *id* (ello).

La propiedad específica de los movimientos sexuales involuntarios es la de involucrar todo el cuerpo en la descarga final. El orgasmo es una convulsión placentera del cuerpo entero. El orgasmo completo, como lo definió Reich, es el resultado de la «contracción involuntaria del organismo y de la completa descarga de la excitación». No todos los movimientos involuntarios involucran a todo el cuerpo. Muchos movimientos convulsivos pueden producirse durante el clímax y no llevan a la descarga de la excitación. En el capítulo anterior me he referido a sacudidas, tirones y convulsiones espasmódicas como mecanismos de defensa contra la descarga orgásmica. Tales movimientos no conducen a la satisfacción porque son el resultado de dos fuerzas: una que busca la soltura, otra que intenta retener. Es una situación similar a la que se produciría si se intentara al mismo tiempo soltar y retener la cuerda tensa de un arco. El arco se destensaría, pero la flecha caería al suelo, impotente.

La metáfora del arco y la flecha para describir el acto sexual es bastante apropiada y se usa ya desde tiempos muy remotos como símbolo del amor. La flecha representa el órgano genital masculino y el arco el cuerpo del individuo. Los movimientos pélvicos se pueden comparar con los de tensar y destensar del arco antes de disparar la flecha (descarga sexual). Este tensar y destensar el arco es análogo a los movimientos voluntarios controlados por el ego en la primera fase del acto sexual. Cada retracción de la pelvis carga el organismo (pone más tensión en el arco). Más alto uno deja elevarse la tensión antes de descargarla, más intenso será el placer del orgasmo (cuanto mayor es la tensión del arco, más lejos se catapultará la flecha).

En términos de este movimiento, el cuerpo está estructurado como un arco. En esta analogía, el asta del arco corresponde a la columna vertebral, en conjunto con los ligamentos y músculos que la mueven. La cuerda del arco es funcionalmente idéntica con los largos músculos lumbodorsales en la espalda que actúan hiperextendiendo la columna. La fuerza que extiende el cuerpo es la fuerza y la intensidad del sentimiento. Para ver el cuerpohumano en acción como un arco, sólo hay que observar a un *pitcher* al tirar una pelota, jugando al béisbol. La potencia del movimiento proviene de la hiperextensión y posterior soltura de la espalda, a lo que se añade la acción basculante del brazo. En esta acción, la potencia de la espalda, a través del brazo, es trasmitida a la mano y finalmente a la pelota. Un perro corriendo ilustra el principio del arco en sentido contrario. La espalda del perro está muy flexionada cuando sus cuatro patas se encuentran debajo de su cuerpo para acto seguido extenderse y generar la fuerza que, trasmitida a las patas traseras, impulsa al animal hacia adelante. Cuando el cuerpo funciona según el principio del arco, actúa como una unidad integrada. Si al cuerpo le falta unidad e integración, ha perdido su capacidad de funcionar según este criterio. Los problemas sexuales de una personalidad neurótica también se pueden ilustrar con el principio del arco. La rigidez crónica de un individuo compulsivo (con su columna vertebral inflexible) actúa disminuyendo sensiblemente la flexibilidad del arco y reduciendo así la potencia de la liberación. La debilidad del carácter oral tiene un efecto similar debido a la flacidez del asta de su arco. Cualquier interrupción en la integridad de la estructura corporal es equivalente *a* una fractura del asta del arco. No resulta difícil imaginarse la impotencia resultante de la acción de un arco roto.

Para que el cuerpo humano pueda funcionar como un arco, sus dos extremos, que corresponden a las puntas del asta de un arco, han de estar lo suficientemente asentados para poder soportar la tensión. El extremo superior del cuerpo (arco) se apoya en las funciones del ego. El extremo inferior del cuerpo se asienta a través del contacto de las piernas en el suelo. Un individuo así asentado está enraizado en la realidad. Tiene los pies en el suelo, lleva la cabeza sobre sus hombros y experimenta sentimientos en su cuerpo. En cuanto estos anclajes no resisten la tensión mientras ésta va aumentando, se produce una liberación prematura. Así que la fuerza del ego determina el nivel máximo de tensión y excitación al que la persona puede llegar.

Los sexólogos están confundidos sobre el papel del ego en la sexualidad. Edrita Fried, por ejemplo, cree que un individuo con un ego infradesarrollado puede “dejarse ir” más fácilmente y, por ello,

también puede alcanzar más fácilmente el orgasmo. Pero ¿qué valor puede tener el "dejarse ir" si no se ha creado ninguna tensión o excitación significativa? Esto no se suele tener en cuenta. Hay otra fuente común de confusión respecto al papel que tienen las piernas en el acto sexual. ¿Cómo puede un hombre dar una base a sus piernas cuando está estirado encima de la mujer en la cama? La respuesta es bastante sencilla. El hombre puede o bien apretar los dedos de los pies contra el colchón para conseguir un buen anclaje, o bien utilizar el cabezal de la cama o la pared como medio de apoyo para el impulso. Si las piernas se dejan estiradas sin tensión dinámica, entonces el movimiento pélvico adquiere una cualidad "empujadora", lo que concentra las sensaciones en el área genital, excluyendo al resto del cuerpo.

El principio del arco en el organismo humano es el mecanismo físico a través del cual opera el principio de realidad. Los movimientos del cuerpo que están motivados según este principio de realidad tienen propósito y son controlados, coordinados y eficaces. Tales movimientos involucran a todo el cuerpo como una unidad. Por contraste, los movimientos de un bebé, al funcionar según el principio del placer, son aleatorios, fortuitos y sin coordinación. Un bebé no puede soportar ninguna tensión; su cuerpo reacciona inmediatamente ante cualquier situación de estrés a la que queda expuesto. Sus movimientos no están dirigidos hacia un objetivo o controlados conscientemente. Esto no quiere decir que los movimientos aleatorios de un bebé no tengan sentido. Tenemos que buscar su significado en términos de lo que pasa dentro de él; no se puede determinar por referencias a finalidades externas. Este análisis del movimiento nos puede servir para mostrar la diferencia entre el concepto de motilidad y el de movilidad.

La motilidad describe el movimiento espontáneo del cuerpo vivo; incluye todas las actividades involuntarias como la respiración, el llanto, la risa, etc. Estas respuestas espontáneas están condicionadas por la fluidez del cuerpo vivo, que permite que las olas de sentimiento o excitación fluyan libremente a través de él. En un bebé casi todo es motilidad; cada sentimiento inmediatamente es expresado mediante movimientos corporales apropiados. Por otro lado, le falta la estabilidad y rigidez que le permitiría mantenerse sobre sus pies y moverse de forma eficaz hacia la satisfacción de sus necesidades o deseos. La motilidad está muy relacionada con la expresión de los sentimientos; biológicamente se basa en el principio del placer. La movilidad describe los movimientos conscientemente motivados y dirigidos hacia un fin. Por lo general se refiere a un desplazamiento del cuerpo a través del espacio. En concordancia, un bebé muy pequeño, aunque tenga mucha

motilidad, es relativamente inmóvil. A cambio, un adulto puede ser móvil pero deficiente en motilidad, si tiene bloqueada la expresión espontánea de los sentimientos.

La fase voluntaria de la sexualidad, entendida como una actividad genital dirigida hacia una meta, es una función del organismo maduro. Requiere movilidad, estabilidad y tono muscular. Aquí encontramos otra vez el principio del arco antes descrito que apunta la dinámica que subyace bajo el movimiento voluntario en el acto sexual. Los movimientos involuntarios que llevan al orgasmo no siguen este principio, dado que no son controlados por el ego. Son una expresión de la motilidad del cuerpo, pues su finalidad, como en los movimientos de un bebé, es la de una inmediata descarga de la tensión.

Aquí de nuevo nos ayuda la analogía del arco. El movimiento voluntario, como he dicho antes, corresponde al repetido tensado del arco para aumentar la tensión. El movimientoinvoluntario es el resultado de "soltar". La convulsión del cuerpo es la reacción de "soltar". Así que las personas que tienen miedo a "soltarse" no tienen orgasmos.

Los movimientos involuntarios se enlazan con los movimientos voluntarios, tan suavemente como suavemente sigue la noche al día. Se producen de forma espontánea a partir de los movimientos voluntarios después de llegar a una cierta intensidad de sentimientos, lo que ocurre cuando la excitación del cuerpo se ha hecho tan fuerte que sobrepasa la capacidad de control del ego. La excitación toma posesión del cuerpo y de la mente del individuo e invierte su orientación normal. Cuando los movimientos voluntarios están dirigidos por el ego, los involuntarios se encuentran bajo el control de las sensaciones pélvicas. Es como si apareciera un centro de excitación y sentimiento en la pelvis que es lo suficientemente fuerte para destronar la hegemonía del ego consciente. Antes del orgasmo, el flujo de excitación y energía iba de la cabeza hacia los genitales. Una vez comienza el orgasmo, se invierte la dirección de este flujo. Entonces, la excitación fluye al revés, desde el área pélvica a todo el cuerpo. Reich describió esta inversión del flujo como uno de los criterios de un orgasmo pleno. Podemos expresar el patrón normal del movimiento con la frase "el perro menea la cola". En el orgasmo, este patrón se transforma en "la cola menea al perro". La pérdida de la conciencia del ego durante el orgasmo es el resultado de la toma de mando sobre los comandos del cuerpo por un proceso vital más profundo. En el orgasmo, el *id* (ello) afirma su autoridad última. Se puede comparar con un terremoto que hace pedazos la confianza del hombre en su ego y le hace darse cuenta de cuán imponente es su dependencia a la estabilidad de la tierra.

Es interesante anotar aquí que Hemingway describió la experiencia del orgasmo como una percepción de que "la tierra se movía". En el orgasmo es el ser, no el ego, el que se realiza a su nivel más profundo.

El organismo, por su naturaleza misma, es un individuo aislado. No importa hasta qué punto pueda sentirse formando parte de su alrededor, existe dentro del sistema cerrado de su membrana limitadora, la piel. Su motilidad y movilidad dependen de un aporte libre y renovable de energía contenido dentro de un cuerpo encerrado. Ya mencionamos antes que todo organismo animal necesita abandonar su individualidad para sobreponerse a la sensación de soledad y separación, para formar parte del gran todo. Esto lo consigue a través de la sexualidad, mediante la cual se une con otro organismo y pierde así su sentido de aislamiento y ser incompleto. Pero para que esto pueda ocurrir completamente, ha de cambiar en su totalidad la cualidad de los movimientos característicos de su individualidad. Se ha de mover de una manera diferente, con un tipo de movimiento que forma parte de otro más grande, un tipo de movimiento que lo transporta hacia atrás, a la forma de su origen y de su creación.

También se puede superar el sentido de soledad y ser incompleto mediante ciertos procedimientos pasivos. La meditación, el aislamiento religioso y el misticismo son algunas de las prácticas empleadas. Estos métodos pasivos implican un abandono del ego, un rendirse de la autoconciencia, y tienen un lugar adecuado en el marco de una vida activa; pero no deben ni pueden transformarse en un sustituto de la vida. La pasividad no es el modo natural de la existencia. A través de la unión con otro organismo se instaura una excitación que es capaz de *mover el organismo* en el nivel de sus fundamentos biológicos. En las técnicas pasivas esto no sucede; la experiencia obtenida es de calma y paz. La distinción es entre activo y pasivo, entre parcial y total. Cualquier respuesta que involucra activamente a todo el organismo se percibe como una "experiencia movedora". Mediante este sentimiento de *ser movido* nos sentimos a nosotros mismos formando parte del universo. Precisamente porque la comunión religiosa nospuede mover (en sentido emocional), la experimentamos como una expresión válida de nuestra conexión con el universo o con Dios. El orgasmo sexual es una experiencia más profunda, más biológica de la unidad del ser humano con la naturaleza y el universo.

La siguiente descripción refleja la experiencia de una mujer acerca de este fenómeno: su explicación es concisa e informativa: «Una vez tuve una experiencia al hacer el amor que fue tan diferente de cualquier otra que pienso que ya nunca me sentiré

satisfecha hasta que no la experimente de nuevo. Durante esa experiencia, sin ningún esfuerzo o intento por mi parte, mi cuerpo fue como movido desde dentro, para decirlo de alguna manera, y todo estaba bien. Había un movimiento rítmico y un sentimiento de éxtasis por formar parte de algo mucho más grande que yo misma y, al final, un sentimiento de recompensa, de verdadera satisfacción y paz».

Las sensaciones de resplandor e iluminación son otros aspectos de este fenómeno que muestra ciertas semblanzas con los eventos cósmicos. Un orgasmo pleno generalmente va acompañado de una sensación de fulgor que es una fase "más alta" y quizás más caliente del fenómeno del calor sexual. Cuando la intensidad y la extensión del orgasmo llegan a una cumbre muy alta, este resplandor se puede extender al cuerpo entero y percibirse como un sentimiento de iluminación. La manifestación externa de este sentimiento de iluminación se presenta como una impresión radiante como lo es la imagen natural de toda persona que verdaderamente vibra en el amor. Fulgor e iluminación son propiedades de los cuerpos celestes. La persona amorosa se siente en el cielo. En el amor el individuo trasciende la experiencia de su existencia finita; en el orgasmo trasciende la experiencia de su existencia física.

La experiencia orgásmica tiene otros significados. Se experimenta como un renacimiento y una renovación. Hay una buena explicación para esta experiencia en las sensaciones defusión y fluir que preceden a la reacción orgásmica y también forman parte de ella. La estructura, dijo una vez Reich, es moción congelada. Ciertamente es la antítesis del movimiento, y por ello, en cierto sentido, es antagonista de la vida. Ésta comienza con muy poca estructura en forma de un óvulo fertilizado. Se acaba en cuanto la energía del organismo ya no es capaz de sostener y mover la estructura final que el organismo ha desarrollado en el transcurso de su vida. Cuando las rigideces están disueltas en el orgasmo, se renace en la medida que indica la percepción de esta experiencia. El orgasmo se experimenta también como un evento creativo. A veces su resultado es la creación de una nueva vida, la concepción de un nuevo individuo. Pero en todos los casos da como resultado la creación de una nueva y fresca visión de la vida.

He dicho que en el orgasmo se invierte el tipo de movimiento que está anclado en el origen del ser. Es una sensación que se experimenta como sobrecogedora, como si la persona fuera *movida* por las fuerzas más profundas de la vida. En las actividades diarias habituales los movimientos del individuo están controlados y dirigidos por el ego. Las actividades tienen propósito. La persona media anda para llegar a un destino. Cuando se observa a la gente

caminar por la ciudad, a menudo sorprende el aspecto mecánico de sus movimientos. Tanto en nosotros mismos como en los otros detectamos con frecuencia un sentido de falta de placer en el andar. Sólo nos damos cuenta de la prisa para llegar a cualquier parte. Y nada más alcanzar una meta, enseguida nos precipitamos hacia la siguiente. A nivel cultural esta pugna constante es ennoblecida mediante el término "progreso". Pero el placer del movimiento, la sensación de gozo en la coordinación y la gracia de la moción del cuerpo, falta en nuestros movimientos diarios habituales. Estamos tan metidos en nuestro ego que hemos perdido la conciencia del ser, representada por el cuerpo en movimiento.

La gente menos civilizada manifiesta en sus movimientos una cualidad diferente de la relación entre el ego y el ser corporal. Al observar cómo anda, por ejemplo, una mujer de] oeste de la India, nos damos cuenta de la ligereza y de la libertad de sus movimientos. Sus caderas se balancean sueltas, sus piernas se mueven sin esfuerzo mientras que la parte superior de su cuerpo se yergue con gracia sobre este soporte. La mujer nativa no siente ninguna compulsión para llegar a tiempo a todos los sitios. La mayoría de la gente en nuestra cultura se mueve compulsivamente. Lo que más nos sorprende de la manera de andar de una mujer india es su cualidad sexual. No es sexual porque sea sexualmente provocativa, sino porque da la impresión de vida y vitalidad; como un animal. Es sexual porque la mujer es consciente de su cuerpo, consciente de sus movimientos y se identifica con la naturaleza sexual de su ser.

La sexualidad es la conexión más fuerte con nuestra naturaleza animal. El animal no sabe de otras metas que las de satisfacer sus necesidades. No se afana bajo la compulsión del progreso. Encuentra su placer en las actividades del momento. El estado natural del animal, como observaba Dostoievski con tanto encanto en *Los hermanos Karamazov* está pleno de gracia. En algunos aspectos somos algo más que animales. Hemos adquirido el conocimiento del bien y del mal y ordenamos nuestra vida acorde con estos valores. Tenemos cierta conciencia de nosotros mismos y de los otros, del espacio y del tiempo, lo que nos pone más cerca de los dioses. Pero en otro orden de cosas, simplemente somos otra especie animal —superior si echamos una ojeada a nuestros logros culturales, inferior si observamos nuestra bestialidad y nuestras crueldades—, En el amor somos humanos; en la sexualidad somos animales. No debemos olvidar que lo primero se ha desarrollado sobre la base de lo último. La actividad sexual no tiene ninguna meta más que el placer. Nadie "llega" a ninguna parte con sus movimientos sexuales. En la sexualidad, como en el juegode los

niños, uno se entrega a sí mismo a la excitación del movimiento y del sentir. En este estado estamos lo más cerca posible de ser puros animales, pero también estamos lo más cerca posible de experimentar puro placer.

La capacidad de dejar que el cuerpo mueva a la persona es la capacidad de tener la experiencia orgásmica. Pero uno no puede dejar que esto pase hasta que no esté seguro de su cuerpo y se identifique con él. La seguridad corporal, en contraste con la seguridad del ego, depende de la integridad y coordinación de los movimientos corporales. Se basa en la fuerza del contacto con el suelo. Justo como la seguridad de un árbol reside en sus raíces, el ser humano tiene la seguridad en sus piernas. Sentirse "fundamentado" significa estar enraizado en la tierra y en las funciones animales. Esto es sinónimo de la capacidad de mantenerse sobre los propios pies y de sentirlos. La identificación con el cuerpo requiere que uno acepte su naturaleza animal, es decir, que no crea estar por encima de ella. Cualquier sentimiento de fastidio o disgusto con respecto a las funciones corporales destruye este sentido de identificación. Sobre todo hay que aceptar la naturaleza sexual del ser.

Sí parece que enfatizo demasiado lo físico, lo animal y la visión sexual de la naturaleza, lo hago sólo porque estos aspectos han sido tan denigrados en nuestra cultura. El ser humano que no es también un animal es inhumano; pero el ser humano que sólo es animal es un infrahumano. La fuerza del cuerpo no se puede separar de la fuerza de la mente. La seguridad del cuerpo depende tanto de la función del ego como de las funciones de las piernas. La salud emocional representa la capacidad de estar en dos sitios al mismo tiempo; es decir, se ha de tener la fuerza para tolerar la tensión de una situación polar. Cuando me encuentro de pie delante de una audiencia para dar una charla, soy consciente del público y de mí mismo, estoy en contacto con la audiencia y en contacto conmigo mismo, y esto a pesar de que sepamos que no se puede estar en dos sitios a la vez. Sin embargo, es posible hacer oscilar l_a atención tan rápidamente que parezca no haber interrupción en esta percepción dual. La atención va barriendo como un faro: un momento atendiendo el interior, después el exterior para pasar de nuevo al interior y otra vez al exterior, etc. Cuando se consigue hacer eso suavemente, no hay ruptura en el sentimiento de contacto entre el ser interior y el mundo exterior.

De manera similar, podemos estar en contacto con el cuerpo y el suelo en un momento y con el ser pensante y el sentir en el siguiente. También aquí ha de ser rápida la oscilación de la atención para evitar lapsos en la continuidad de la percepción y del

darse cuenta. Es en este sentido, que podemos decir que una persona sana es una persona sexual. Significa que la persona sana es un individuo pensante y un organismo animal en movimiento al mismo tiempo. Significa que sus movimientos también toman parte de esta relación dual. Son sexuales, como animales, y conectados a la tierra en su parte inferior. Si estas experiencias forman parte de la vida diaria de uno, entonces la transición del control del ego y del movimiento voluntario hacia los fuertes movimientos involuntarios del orgasmo es fácil y no produce ansiedad. De otra manera, el orgasmo se asoma como un peligro semejante a la amenaza de ser catapultado al espacio exterior atado a la cola de un cohete. La sexualidad no es un pasatiempo o una actividad para la hora de la fiesta. Es una manera de ser.

12. IMPOTENCIA ORGÁSMICA EN EL VARÓN

De manera simple, podemos dividir las alteraciones sexuales en dos categorías: primero, las que implican una disminución o pérdida del deseo sexual y, segundo, las que se manifiestan mediante la incapacidad de alcanzar el orgasmo. En la primera categoría incluimos los problemas de impotencia eréctil en el varón y la frigidez en la mujer. La segunda categoría agrupa las alteraciones como la eyaculación precoz y la eyaculación retardada sin ningún sentimiento de clímax en el hombre, así como la incapacidad de alcanzar el clímax o llegar a él sólo a través de la estimulación del clítoris en la mujer. Esta distinción encuentra su justificación en que los problemas incluidos en la primera categoría representan dificultades con la excitación y la respuesta sensorial, mientras que la impotencia orgásmica o la incapacidad de alcanzar un clímax satisfactorio, incluidos en la segunda categoría, básicamente son alteraciones en los aspectos motores de la función sexual, debido a una deficiencia sea en la motilidad o en la movilidad. Pero estos dos aspectos de la función sexual, la sensual y la motora, forman parte de una respuesta unificada. Cualquier disminución en el nivel sensorial reduce también la respuesta final, tanto como cualquier limitación de la motilidad amortigua la experiencia sensorial. Mi énfasis en el problema de la impotencia orgásmica se basa en las observaciones clínicas que muestran que las ansiedades y los miedo» asociados a la entrega plena en el acto sexual son los primeros responsables de las alteraciones de la excitación y del deseo El presente capítulo será dedicado por ello al análisis de estos miedos y ansiedades y a su relación con la impotencia orgásmica en el varón.

Hay dos criterios que determinan si un clímax se eleva hasta el orgasmo o no. Subjetivamente, para que podamos hablar de orgasmo, la experiencia del clímax tiene que incluir la sensación física de satisfacción. Objetivamente, la respuesta física del clímax ha de envolver a todo el cuerpo en una reacción unificada e integrada. Pero, aun con estos criterios, la cuestión del orgasmo puede ser difícil de determinar en cualquier caso particular. La “satisfacción” no es un término absoluto como un ocho en un examen. En un extremo de la escala encontramos una clara existencia de un sentimiento de decepción e insatisfacción. En el otro lado, la experiencia del clímax es la de plena satisfacción y éxtasis. Estos extremos de la escala existen claramente. En el área

intermedia, la satisfacción imperceptiblemente se diluye en la decepción y la naturaleza de la respuesta es indeterminada. De manera similar, el punto exacto a partir del cual el cuerpo queda implicado en la respuesta sexual es difícil de determinar en algunos casos. Los problemas que tienen que ver con la impotencia sexual se ven con mayor evidencia en los casos extremos.

Las alteraciones de la potencia orgásmica están estrechamente relacionadas con el miedo a los movimientos sexuales. La idea de moverse en el acto sexual está identificada con muchos de los tabúes y ansiedades asociados con la sexualidad. Hace ya algún tiempo traté a una mujer joven que, entre otras dificultades, se quejó de la falta de satisfacción sexual. Nunca había experimentado ningún orgasmo a pesar de ser bastantepromiscua en sus relaciones. Para ayudarla le di una copia de un artículo que había escrito para la *Encyclopedia of Sexual Behavior*, bajo el título «Movement and Feeling in Sex» (El movimiento y el sentimiento en el sexo). Su respuesta a este artículo reveló muchas de las distorsiones existentes referentes al concepto de la función del sexo en nuestra cultura. Escribió sus pensamientos tal como le vinieron a la mente durante la lectura del artículo, en forma de un diálogo con ella misma:

Empecé a echarle un vistazo a tu artículo. No me gustaba el título «Movement and Feeling in Sex». ¡Movimiento! Me molestaba. Sentimiento está bien, pero ¿movimiento? El movimiento es embarazoso. Es un empeño abierto en el intento de conseguir placer.

Así, ¿por qué no abiertamente admitir el intento?

Porque se supone que no lo quieres.

¿Por qué?

Porque es malo.

¿Y por qué es malo?

Si te pasa, está bien. Pero se supone que no debes buscarlo.

¿Y por qué no moverse?

Si me muevo, mamá verá que me muevo. Si me quedo quieta, puedo conseguir que se produzca sin que ellos se enteren. No me pillarán.

Una vez leí una historia: algunos animales, cuando están heridos, se quedan estirados y totalmente inmóviles, y así todo va bien. Así que yo también me quedaré quieta y no me pasará nada.

Pero ¿cómo puedes sentir algo entonces? ¿No te gusta moverte? A veces lo haces y disfrutas haciéndolo con un hombre.

Sí, lo he probado; pero justo cuando parece que algo empieza a ocurrir, se me escapa. El sentimiento está allí, y de repente desapareció.

Te mueves cuando te sientes realmente atraída sexualmente por un hombre.

Sí. Me pongo encima y me muevo, pero entonces soy v_0 el hombre. Se supone que es el hombre quien se mueve, j_a mujer se queda quieta.

¿No te da vergüenza estar encima del hombre y moverte así?

No. Creo que le produce placer dejar que ocurra. Y también le produce placer que yo me lo pase bien.

¿Por qué no te mueves?

¡El movimiento es un gran rollo! Me podría mover y tener hasta un ataque al corazón intentando impresionar *al* imbécil con el que estoy. No significa nada. Encubre el vacío. Pretensiones. El movimiento esconde la completa falta de toda autenticidad en el acto. Engaña a los hombres. Cuanto más te mueves, más creen ellos que estás disfrutando. Más rápido, a veces, mejor. Es trabajo para el cual se me debería haber pagado, admitiendo lo que significa que era, en vez de disfrazarlo como un acto de amor.

¿Qué es lo que realmente te molesta tanto en el "movimiento en el sexo"?

Admitirlo abiertamente, confesar el deseo.

¿Es eso lo que el movimiento significa para ti?

Sí, pero también significa darle placer a un hombre.

Y esto, ¿por qué no está bien?

No es que esté mal, es confuso. Normalmente, cuando yo me muevo, es fingido. Lo hago para impresionar, excitar o estimular a la pareja. Pocas veces lo hago por mí misma. Tengo que estar muy centrada en mí para ser lo suficientemente libre para intentarlo para mí misma.

¿Por qué?

Un mal sexo no se merece buenas sensaciones.

Esto no puede ser tan duro para todo el mundo —los libros, las películas—, todo parece tan fácil.

Tú no eres diferente. El sexo —el buen sexo— no es fácil.

No lo disfruto. Sólo a veces.

La mayoría de las veces, después, me dejan de cualquier manera, bien o mal. Parece que no hay nada que hacer.

Lee y para de darte tanto la lata.

Como vemos, moverse de una forma positiva en pos del propio placer es una cosa difícil. Eso es cierto. Requiere un enraizamiento en el ser que tiene que ser lo suficientemente libre y fuerte para demandar satisfacción, no sólo en el sexo, sino también en todas las restantes facetas de la vida. En vista de este requisito parece obvio por qué las alteraciones neuróticas impedirán la satisfacción

orgásmica.

La gran pregunta es si esta condición se da tanto en los hombres como en las mujeres. Debido a su posición de estar encima es él quien domina la relación sexual. Conscientemente, por lo menos, en esta posición el hombre no tiene inhibiciones en el movimiento. Y teniendo un pene con su capacidad de eyacular, casi siempre tiene asegurado al menos algo de clímax. Pero incluso así, como nos muestra la experiencia clínica, los hombres sufren impotencia orgásmica tanto como las mujeres.

La alteración del funcionamiento sexual más extendida en el hombre es la eyaculación precoz. Su extensión real nadie la conoce de verdad, entre otras cosas porque no se ha establecido ningún límite de tiempo para definirla. Alfred Kinsey escribe: «Quizás son las tres cuartas partes de todos los hombres que llegan al orgasmo dentro de los dos minutos después de iniciar la relación sexual, y es bastante considerable el número de hombres que eyaculan en menos de un minuto o incluso en veinte o diez segundos después de iniciar la penetración».[15] Yo me aventuraría a decir que más o menos un tercio de los hombres que he visto en mi consulta padecían esta condición cuyos efectos se extienden mucho más allá de la falta de satisfacción en el hombre. Donde la precocidad es severa, priva a la mujer de la oportunidad de alcanzar el orgasmo vaginal, incluso si es capaz de ello. El resultado global es una falta de satisfacción en el sexo para la pareja, provocando una oscura sombra sobre el matrimonio que a menudo lleva a su desintegración.

Existen muchos grados de precocidad de la eyaculación. En el caso severo, la eyaculación ya se produce antes de que el hombre penetre a la mujer. En la forma más suave de esta alteración, la eyaculación sobreviene en cuanto el hombre empieza sus movimientos rítmicos. En todos los casos se experimenta como una decepción. De manera normal, el acto del coito durará entre aproximadamente tres y veinte minutos, contados entre el inicio de la penetración y el clímax. Este tiempo varía en gran medida según el grado de excitación previa de ambos participantes al comienzo del acto sexual en sí. Por ello no podemos medir la precocidad simplemente aplicando una escala de minutos. Por definición indica que el hombre ha llegado a su clímax antes de que él mismo estuviera preparado. Obviamente, la eyaculación precoz ocurre antes de que la mujer haya llegado a su orgasmo, aunque esto no sea un criterio válido para la precocidad puesto que su reacción orgásmica puede ser retrasada o no darse nunca.

La falta de un concepto adecuado del orgasmo nos lleva fácilmente a una confusión respecto a la cuestión de la precocidad.

Sobre la base de la observación de que la mayoría de los primates, especialmente los chimpancés, son extremadamente rápidos en sus respuestas sexuales, Kinsey y sus colaboradores llegaron a la conclusión absurda de que la respuesta rápida del individuo precoz es un tipo de reacción superior: «Sería difícil encontrar otra situación en la cual un individuo que muestra una reacción rápida e intensa no fuera admirado como superior, y en la mayoría de los casos, probablemente, es justo eso lo que un hombre que eyacula rápidamente es».[16]No es difícil encontrar situaciones análogas a la eyaculación precoz. Imaginémonos un soldado en primera fila de combate que dispara su rifle al menor signo de movimiento o ruido. Su reacción es rápida e intensa, pero ¿quién la puede considerar como superior? Si es algo, es la reacción de un soldado en extremo ansioso, tanto como la eyaculación prematura es la respuesta sexual de un hombre ansioso ante una situación de tensión. La conocida amonestación «¡No dispares hasta que no veas el blanco de sus ojos!», es tan aplicable al acto sexual como lo es a la actuación de un soldado en combate. Pero el error más serio en la afirmación de Kinsey reside en su mala comprensión de la situación. Si la precocidad fuera un signo de superioridad, difícilmente nos encontraríamos con hombres que se quejen de esta situación. El hecho es que tantos hombres buscan terapia justo con esta específica queja de falta de satisfacción debido a su precocidad.

Lo que tenemos que explicar es por qué muchos hombres que sufren eyaculación precoz no son conscientes de ello. La razón principal de esta falta de comprensión se basa en que no tienen ningún estándar de comparación. Varias mujeres que me consultaron explicaron que sus maridos eyaculaban instantáneamente o enseguida después de penetrar, pero que pensaban que esto era perfectamente natural. Y puesto que muchas de estas mujeres nunca experimentaban un orgasmo, ellas mismas no conocían nada mejor. En ausencia del conocimiento, el hombre fácilmente puede asumir que su modo habitual de respuesta es el más natural. A menudo el manto de la normalidad resulta ser un mecanismo de defensa contra el enfrentamiento con uno mismo. Una vez se quita este manto bajo análisis, se caen las pretensiones de que la precocidad pueda ser otra cosa más que una falta severa de satisfacción sexual.

Por otro lado, existe una forma de eyaculación precoz que parcialmente está condicionada justo por el conocimiento de su posible acontecer. El hombre que eyaculó prematuramente en ocasiones previas se preocupará de la posibilidad de que le pueda ocurrir de nuevo la próxima vez, así que su preocupación y ansiedad aumentarán la tensión de la situación hasta tal punto que

no podrá contener la excitación, con otra descarga prematura como resultado. Este hombre se verá atrapado en el círculo vicioso de la precocidad: preocupación, tensión, precocidad, preocupación, y otra vez tensión. Este círculo vicioso a menudo es muy difícil de romper una vez ha tomado arraigo en una persona.

A veces ocurre que un hombre experimenta una eyaculación precoz en el primer encuentro sexual con una nueva pareja. En cuanto su ansiedad respecto a la relación nueva disminuye y se siente más tranquilo y más seguro de la respuesta de la mujer, puede desaparecer su reacción prematura y llegar su respuesta sexual a un patrón más normal. Todas estas observaciones nos indican la estrecha conexión existente entre precocidad y ansiedad. De hecho, cuanto más fuerte es la ansiedad, más precoz resulta la eyaculación. La causa más obvia para la ansiedad es el miedo al rechazo por parte de la mujer. Este miedo se experimenta conscientemente en las situaciones en las cuales el hombre siente la hostilidad de la mujer o su desgana a involucrarse en una actividad sexual. Si persiste en su tentativa de tener relaciones sexuales con ella, a pesar de su actitud negativa, el hombre queda expuesto al desarrollo de ansiedad y de experimentar una eyaculación precoz. Esta situación es más común entre los hombres jóvenes no casados para los cuales el acto sexual tiene la connotación de conquista. En este sentido, puesto que la conquista está cumplida en cuanto la penetración ha sido conseguida, el orgasmo es una especie de anticlímax y, en el mejor de los casos, es parcial.

Pero la precocidad puede aparecer también en presenciade una actitud positiva de la mujer hacia la relación sexual. En vez del miedo al rechazo, allí el hombre puede experimentar el miedo a fallar. Se puede volver ansioso pensando en la posibilidad de que pueda perder su erección o eyacular demasiado pronto. Y desarrollada la suficiente ansiedad, si no se produce lo primero, lo segundo sí ocurrirá. El denominador común de todos estos casos es la ansiedad.

Puesto que el problema de la precocidad es el problema de la ansiedad sexual, el hombre que conscientemente se da cuenta de sus ansiedades a menudo puede eliminarlas confrontando la situación. De esta manera, cuando siente que la mujer no está plenamente receptiva a sus avances sexuales, puede desistir de todo intento hasta que encuentre una respuesta más favorable o hablar de la situación con su pareja. Una conversación honesta sobre las dificultades sexuales es una de las mejores maneras de vencerlas. También es el mejor consejo que un profesional puede brindar a un matrimonio con problemas. Además, es una aproximación que normalmente es muy agradecida por ambas partes. Si el hombre

tiene miedo de ser precoz, debería mencionar este miedo a su pareja. Estoy seguro de que en la mayoría de los casos, se sorprenderá al comprobar que la mujer se muestra muy cooperativa. La incapacidad de hablar abiertamente sobre los problemas sexuales indica que en la relación falta la comunicación y aceptación esenciales para una sexualidad saludable. Este acercamiento, sin embargo, puede ser difícil si los individuos no están libres de conflictos neuróticos relacionados con la sexualidad y si los consideran como un estigma personal.

En la mayoría de los casos, la ansiedad que condiciona la eyaculación precoz se origina en conflictos sexuales inconscientes. La única indicación de tales conflictos puede ser justo este hecho de precocidad, ya que por sí mismo es evidencia suficiente, pues por su naturaleza misma denota un estado de ansiedad. A pesar de nuestra sofisticación sexual, el placer sexual todavía es un fruto prohibido. Y a pesar de la conformidad de la mujer con el acto sexual, el hombre precoz no tiene resueltas sus culpabilidades con respecto a la sexualidad. Éstas persisten en la forma del miedo a la mujer, miedo a ofenderla con su agresividad sexual y miedo a no satisfacerla con sus actuaciones sexuales. Pocos hombres admitirán ante ellos mismos que tengan miedo a las mujeres o que sientan cierta hostilidad hacia ellas. Conscientemente, ni el miedo ni la hostilidad se suelen experimentar en relación con una pareja sexual específica. Inconscientemente, el miedo y la hostilidad se refieren a la mujer en general, cuyo prototipo es la madre. Por debajo del fenómeno de la precocidad nos encontramos el problema de un apego edípico a la madre sin resolver.

El mecanismo específico de la precocidad es una sobreexcitación del pene. En la precocidad, el pene queda tan excitado en la fase inicial del acto sexual como normalmente ocurre justo antes del orgasmo. En el último caso, sin embargo, la excitación es fruto del movimiento sexual; mientras que en la reacción prematura precede a estos movimientos. La deducción lógica es que el hombre afectado tiene miedo a los movimientos sexuales; es decir, teme efectuar movimientos sexuales agresivos en el acto sexual. La eyaculación precoz se puede interpretar como un deseo inconsciente de terminar la relación de coito lo antes posible. En la reacción prematura encontramos no sólo el miedo al movimiento sexual sino también a la vagina. Este último es más evidente en los casos donde la eyaculación se produce inmediatamente después o incluso justo antes de la penetración.

La hipótesis de que la precocidad representa el miedo a los movimientos sexuales generalmente encuentra apoyo en la condición física de los hombres con este problema. Su estructura

corporal se caracteriza por una gran rigidez. De manera que, generalizando, el grado de precocidad suele ser directamente proporcional al grado de rigidez. Esta rigidez se manifiesta en una falta de flexibilidad en la espalda o la columna vertebral, con el resultado de que el individuo rígido tiene dificultades de ejecutar movimientos de extensión como los descritos en el capítulo anterior al utilizar el concepto del arco. En tales personas, los músculos de la espalda, especialmente los de la región lumbosacral, están tensos y contraídos. Esta rigidez tiene el efecto de reducir tanto la motilidad como la movilidad del cuerpo y significa una amplia restricción de la amplitud y la libertad de los movimientos pélvicos. Adicionalmente, solemos observar en estos individuos que el músculo *iliopsoas*, el que flexiona la pelvis respecto a los muslos, el músculo *levator ani*, que constituye el suelo pélvico, y otros grupos de músculos relacionados están paralizados. El resultado de estas tensiones musculares es que el cuerpo no puede almacenar la carga sexual o excitación, de manera que ésta fluye inmediatamente hacia el órgano genital y lo sobreexcita.

La pelvis, junto con el abdomen y las nalgas, sirve como un depósito para los sentimientos sexuales. Cuando estas estructuras se encuentran completamente relajadas, pueden acomodar y mantener una gran cantidad de excitación sexual hasta que los movimientos sexuales se vuelvan rítmicos e involuntarios. Al faltar esta función de depósito o estar muy reducida su capacidad debido a la tensión, la excitación se transmite al pene tan pronto como el hombre lo introduce en la vagina. Para contrarrestar esta tendencia a la sobreexcitación del pene, el hombre precoz intenta moverse lo menos posible. Así, puede llegar a retrasar la eyaculación un rato, pero no consigue ningún efecto de mejora de su problema funcional. Y puesto que el miedo al movimiento incrementa la tensión, esta maniobra simplemente cierra el círculo vicioso, atrapando al hombre en su ansiedad.

La eyaculación precoz refleja un estado de tensión que tiene su origen en el miedo del hombre a sus impulsos agresivos hacia la mujer. El empuje pélvico normal de un hombre es u_n acto agresivo. En el inconsciente del hombre prematuro, este movimiento agresivo está asociado con impulsos hostiles y sádicos hacia la mujer. Para él, las embestidas sexuales tienen el significado de pinchar y violar a la mujer. Los hombres para los cuales el acto sexual tiene este significado conscientemente no padecen precocidad, pero a menudo necesitan fantasías sádicas para llegar al clímax, sin obtener satisfacción orgásmica. La represión de los sentimientos e impulsos sádicos es responsable de la rigidez pélvica y la precocidad resultante. Junto con la hostilidad hacia la mujer suele encontrarse

el miedo a la venganza o a represalias por parte de ella. En un análisis profundo, siempre resulta que esto en realidad es un miedo a la castración.

El problema de la precocidad se puede resolver mediante el trabajo analítico de reconocimiento del miedo a la castración subyacente, en conjunto con la descarga de la hostilidad reprimida contra la mujer. Este proceso será mucho más fácil si al mismo tiempo se ablandan las tensiones musculares en la espalda y el área pélvica mediante ejercicios apropiados.

La hostilidad inconsciente hacia la mujer, siendo la base del síntoma de la precocidad, se origina en las primeras frustraciones de la gratificación erótica. En el capítulo «Amor y sexo» apunté que el sentimiento de amor aparece en el niño gracias a la satisfacción de sus necesidades eróticas a través de la madre. El niño obtiene esta satisfacción mediante el estrecho contacto con el cuerpo de su madre al estar en sus brazos, al alimentarse de su pecho, etc. Si estas necesidades no se satisfacen, el niño desarrollará sentimientos de privación y de rabia hacia la madre. Estos sentimientos son suprimidos y, según el caso, reprimidos; pero, una vez adulto, condicionan el comportamiento del hombre hacia todas las mujeres. El deseo de pinchar o de violar a la mujer combina el impulso sádico de herir al objeto amado como representante de la madre conel deseo de tenerla tan cerca como sea posible. Al reprimir estos sentimientos se pierden ambos objetivos: el hombre ni puede herir a la mujer ni llegar a estar realmente cerca de ella. La eyaculación precoz pone de manifiesto esta represión.

De manera caracterológica podemos describir al hombre que padece eyaculación precoz como un “hombre bueno”, tanto como fue un “niño bueno” con su madre. El término “bueno” en este contexto significa que hace un esfuerzo para complacer a la mujer. Este hombre suele trabajar duro, ser ambicioso y generalmente tener bastante éxito económico. Su impotencia orgásmica le fastidia sobremanera, puesto que socava la imagen que tiene de sí mismo como una persona sensible y responsable. Hay una canción muy bonita del espectáculo *Carousel* que expresa claramente esta idea: «Una chica enamorada de un hombre virtuoso está condenada a lágrimas y lamentos... No hay nada tan malo para una mujer como un hombre que piensa que es bueno». La idea es que un hombre “bueno” no es divertido. No reclamo que tal afirmación sea cierta sin excepciones. Sin embargo, contiene una gran base de verdad, la que, entendida apropiadamente, puede ayudar a clarificar la dinámica de esta alteración sexual.

Se nos ofrecen varias interpretaciones posibles para explicar la relación de esta actitud de carácter con la precocidad. El así

llamado hombre virtuoso o “bueno” constantemente intenta encubrir, con esta actitud, su hostilidad hacia las mujeres. Hablando psicológicamente podemos considerar su virtud como un mecanismo de defensa contra los sentimientos negativos. Otra interpretación explicaría su actitud como un intento de ganar el amor y la aprobación de la mujer siendo virtuoso. Cuando la virtud sirve para este propósito, es sospechosa, puesto que enmascara la falta de autorrespeto y hombría. También podemos discernir en esta actitud un sentimiento de veneración de la mujer que es idealizada e idolatrada en su papel de esposa y madre. En la mayoría de los casos de precocidad existe esta tendencia a idealizar a la mujer que es también una defensa contra los sentimientos reprimidos de hostilidad y menosprecio originados en las experiencias de la primera infancia del hombre con su madre.

Si la virtud y el buen comportamiento son defensas contra los sentimientos negativos, podemos anticipar que estos sentimientos reprimidos emergerán de forma disimulada. El “buen” marido a menudo es muy criticón y despectivo con su mujer. La hostilidad que no puede expresar directamente se insinúa mediante comentarios sutiles y envidiosos. Su precocidad misma se puede entender como una denegación del placer que la mujer podría obtener a través de él. Y junto con su veneración, el hombre precoz tiende a quejarse y ser denigrante. Todo hombre que coloca a la mujer en un pedestal lo hace para revelar más claramente sus “pies de barro”. En este proceso, sin embargo, está condenado a fallar. Su precocidad le hace sentirse inadecuado e inferior, y la inseguridad creada así le fuerza a hacer grandes esfuerzos para compensar su impotencia y esconder sus verdaderos sentimientos. Al final, echará la culpa a la mujer, la acusará de castrarle y buscará en una aventura extramatrimonial la prueba de su potencia. No nos debe sorprender encontrar actitudes homosexuales latentes en el hombre prematuro. Muchos de los elementos habituales en el homosexual están presentes en esta personalidad, aunque reprimidos. Son el miedo a la mujer, la hostilidad hacia ella y el menosprecio de su sexualidad.

Este análisis de la dinámica de la eyaculación precoz apunta hacia el consejo que debería darse en caso de este problema. Puesto que la condición para ello viene del miedo a los movimientos sexuales, deberíamos aconsejar al hombre precoz que no intentara inhibir o restringir sus movimientos. Este consejo pretende ir en contra de su tendencia a moverse lo menos posible para evitar excitarse demasiado, una estrategia que tan sólo incrementará su miedo. Debería moverse ligero y libremente, sin preocuparse del clímax. Si se concentra en el movimiento disminuirá la

sobreexcitación del pene. También debería poner atención en la respiración. Si la respiración es plena y sincronizada con los movimientos sexuales, entonces la excitación permanecerá más tiempo en el cuerpo. Una respiración plena, profunda y relajada es la mejor salvaguardia contra la precocidad, puesto que enfoca los sentimientos sobre el cuerpo. El vientre debería estar suelto y libre para extenderse a sus anchas. La práctica habitual de retener el vientre firmemente bajo tensión disminuye la capacidad de la pelvis de ser depositaría de la carga sexual. Finalmente, llevar la pelvis completamente hacia atrás y arquear la espalda antes de cada movimiento hacia adelante ayuda a que la excitación no fluya demasiado pronto hacia el pene. La eyaculación prematura se puede evitar si se involucra a todo el cuerpo en el acto sexual.

No se debería realizar el acto sexual bajo condiciones de estrés y tensión. La relación entre la pareja debe ser de tranquilidad y confianza. De otra manera el acto sexual pierde su cualidad de expresión de amor y se transforma en una exteriorización compulsiva de los impulsos del ego. Las circunstancias para el acto sexual deberían permitir la completa libertad de movimientos y sonidos. El movimiento genera sonido, y el miedo al movimiento, en muchos casos, puede tener su origen en los días de masturbación adolescente. Aunque no podemos esperar que estas pocas recomendaciones puedan ayudar a que todo hombre con problemas de eyaculación precoz se cure, está claro que la comprensión de los factores físicos y psicológicos que han creado esta dificultad pueden proporcionar un valioso apoyo a todos aquellos individuos capaces de examinar sus sentimientos y darse cuenta de sus actitudes interiores.

Otra forma de impotencia orgásmica en el hombre se conoce técnicamente como *ejaculatio retardans*. En este caso la eyaculación queda restringida o no se produce hasta que la excitación haya menguado. El resultado, desde luego, es un clímax muy débil con ninguna sensación de satisfacción orgásmica. En contraste con esta alteración, en la cual a menudo no se produce ni el más mínimo sentimiento de orgasmo, la respuesta prematura aún es una experiencia excitante.

He dicho que un coito normal dura entre aproximadamente tres y veinte minutos. Claro que esto no son marcas fijas sino simplemente describen el margen de la mayoría de los actos sexuales normales. La duración del coito depende de muchos factores: la edad del hombre, el grado de excitación, la frecuencia de las relaciones sexuales, etc. Los hombres jóvenes tienden a llegar más pronto al clímax que los más mayores. Cuando la eyaculación es retardada, el acto sexual puede durar entre hora y media y dos

hora, o más, hasta quedar completado. Sin embargo, el tiempo empleado no es el verdadero criterio para la eyaculación retardada. En esta situación, la eyaculación se produce más como resultado de una extenuación que como producto de una excitación arrastradora.

Como regla general podemos decir que el hombre que padece de eyaculación retardada no considera este tipo de respuesta como una discapacidad. Bajo la presunción de que cuanto más tiempo pueda mantener la erección, más placer está proporcionando a la mujer, el hombre con la eyaculación retrasada a menudo se considera un amante superior. El sacrificio de su propio placer sexual por la mujer no le molesta, dado que a menudo realiza conscientemente este sacrificio, intentando compensar su pérdida derivando su propia satisfacción de la reacción de su pareja. Ilustraré los problemas de personalidad implicados en este tipo de comportamiento sexual mediante un caso real.

Paúl era un hombre de cuarenta años que me fue enviado para un tratamiento psiquiátrico después de un fallido intento de suicidio mediante la inhalación de monóxido de carbono de losgases de escape de un coche. No mostraba evidencias de psicosis. Paúl padecía una ligera pérdida de memoria después de una terapia con descargas eléctricas que le aplicaron en el hospital estatal donde le trataron primero. Estaba deprimido, pero sin agitación. Tenía un historial de dolores de cabeza que se inició en la adolescencia y que fue clasificado como migrañas. Estos dolores de cabeza, sin embargo, eran generalizados y no producían alteraciones visuales o de auras. Soban durar entre varias horas y días enteros. A menudo se despertaba temprano debido a un dolor de cabeza. Se daba la tendencia de que aumentaban en severidad durante los fines de semana, cuando Paúl estaba con su familia, así como en el trabajo, donde a menudo se producían dificultades que requerían la toma de decisiones. Paúl fue hospitalizado en numerosas ocasiones desde su temprana adultez debido a estos dolores de cabeza, y en el hospital los dolores normalmente desaparecían enseguida. Fue tratado por numerosos psiquiatras y otros profesionales y frecuentemente padeció efectos tóxicos provocados por las medicaciones que tomaba y que parecía ingerir con ansiedad. La administración de placebos a menudo le aliviaban enormemente. No había trabajado ni un solo año ininterrumpido sin hospitalización y a menudo fue hospitalizado varias veces al año.

Cuando consulté a Paúl hablamos de su intento de suicidio. Dijo que quería terminar con el sinsentido de su vida de fracaso y hacer algo por su mujer. Ella recibiría el beneficio de un considerable seguro de vida cuando él muriera. Le dije que sus motivos eran cuestionables. El dinero que su mujer recibiría estaría manchado de

sangre y todo placer que ella pudiera obtener con ello estaba pagado con su vida. ¿Cómo podía pensar que su mujer pudiera disfrutar de ese dinero? Pregunté a Paúl si su intento de suicidio pretendía producir sentimientos de culpabilidad en su mujer, a lo que él no respondió.

Paúl era un hombre alto algo encorvado pero de caderas estrechas. Sus nalgas estaban muy apretadas y tensas. Su vientre era liso y contraído. Tenía la columna muy rígida, el área de los hombros muy redondeada e iba inclinado hacia adelante como si estuviera soportando un gran peso en la espalda. Sus maneras eras amables y corteses y a veces se mostraba de un humor exagerado. Tenía una sonrisa bastante cínica. Le gustaba hablar; tanto que antes de caer en la depresión tenía fama de ser un buen narrador de chistes. Se sentía derrotado por la vida y fascinado con el éxito de los otros.

El desarrollo psicosexual de Paúl estaba marcado por un miedo inusualmente fuerte a la masturbación. No podía recordar ni un solo acto de onanismo en su primera infancia ni en la adolescencia. Este problema era tan severo que ni podía hablar sobre ello en la terapia. Dijo que era abominable para él. Como joven adulto había tenido una relación sexual con una mujer mayor que él. Su madre era la figura dominante en casa durante su niñez. Su padre era un hombre torpe y muy trabajador, enganchado a los viejos métodos de hacer negocios, a pesar de repetidos fracasos. La madre comparaba a su marido de manera poco favorable con su hermano mayor, que tenía un gran éxito en los negocios. A la edad de veinte años Paúl desarrolló un episodio suave de tuberculosis. Con la vuelta del sanatorio su familia empezó a considerarlo como un inválido, primero por la tuberculosis y luego por los dolores de cabeza crónicos.

Paúl se casó con una mujer mucho más joven que él a la que describió como atractiva y vivaz. En los primeros años del matrimonio luchó para liberarla de la influencia de su familia. De su unión nacieron tres niños. Al hablar de su vida sexual, Paúl dijo que sus relaciones generalmente duraban una hora o más y a veces hasta dos. Era motivo de orgullo para él el poder mantener la erección tanto tiempo y que su mujer a menudo experimentara varios orgasmos en el mismo acto. Su propio clímax, si se producía, era vacío de placer o significado, pero le quitaba importancia en vista del placer y de la satisfacción que procuraba a su mujer. Sin embargo, gradualmente había perdido el interés por las relaciones sexuales con su mujer y con los años sus contactos sexuales disminuyeron considerablemente. Al mismo tiempo, Paúl se iba deprimiendo cada vez más.

En el curso de la terapia se hizo evidente el patrón de comportamiento y sentimiento sexual de Paúl. En cuanto empezó a liberarse un poco de la depresión experimentó un retomo espontáneo del sentimiento sexual, acompañado de erecciones matinales y "sueños húmedos". Esto lo llevaba a iniciar relaciones sexuales con su mujer. Después de varias experiencias sexuales Paúl desarrolló un sentimiento de desesperación y se hundió en un estado de depresión que duró varios meses, durante los cuales todo deseo sexual se extinguió. Durante este período de depresión se hicieron más frecuentes e intensos sus dolores de cabeza hasta ocupar toda su atención e interés. Todos sus esfuerzos estaban dirigidos a conseguir alivio a través de la medicación. No podía entender por qué no se le quería dar sedantes. Incluso sus fantasías se impregnaron con la posibilidad de conseguir alivio de sus dolores mediante medicamentos. Durante todo este tiempo Paúl mantenía que el sexo no era ningún problema para él, que simplemente no tenía deseo sexual y que todo lo que deseaba era el alivio de sus jaquecas.

La relación entre su depresión, los dolores de cabeza y la pérdida del interés sexual quedó claramente revelada por la observación de que Paúl, siempre que despertaba con una erección, no iba a padecer ninguna jaqueca durante este día. Esta observación se dio muchas veces en el curso de la terapia, de manera que pudimos postular que los dolores de cabeza eran el resultado de la incapacidad de Paúl de enfocar su excitación sexual en el órgano genital. En vez de ello, la excitación se iba localizando en la cabeza, produciendo una tensión insoportable. Los músculos de la nuca y del cuero cabelludo quedaron extraordinariamente tensos. En vista de su exagerada potencia eréctil y la falta de satisfacción, se podía suponer que las jaquecas aparecían cuando Paúl suprimía sus sentimientos sexuales. Esta supresión, desde luego, era inconsciente. Paúl meramente sentía la tensión del esfuerzo.

Conseguimos reducir tanto la frecuencia como la severidad de los dolores de cabeza mediante una terapia que incluía ejercicios físicos y masajes musculares para disminuir su tensión. Gracias a su identificación con el terapeuta, fue capaz de hacerse más agresivo en su negocio. Aprendió, por ejemplo, a despedir empleados que se habían aprovechado de su situación durante años. Alguna vez incluso se hizo más agresivo con su mujer y menos tolerante con sus demandas económicas. Sin embargo, cualquier acto asertivo de su hombría e individualidad invariablemente era seguido de un colapso y una retirada a la pasividad y a la dependencia del terapeuta y de su mujer. Aunque en varias ocasiones parecía estar cerca de ello, ni una sola vez llegó a realizar ningún acto de

expresión de resentimiento hacia su mujer o familia.

Paúl se quejaba de las demandas económicas que su mujer le hacía, pero siempre accedía a ellas. Expresaba su deseo de que su mujer se tomara sexualmente agresiva, pero era incapaz de asumir un papel sexualmente pasivo con ella cuando ella ridiculizaba su tendencia a la pasividad y dependencia. Conscientemente, Paúl quería que le cuidaran como a un niño: su demanda de medicación, su deseo de ser sexualmente pasivo y su invalidez daban testimonio de este elemento en su personalidad. A otro nivel, Paúl estaba inconscientemente obsesionado con la necesidad de mostrar que era un hombre. En el acto sexual se ponía encima, mantenía la erección de forma inusual durante largo tiempo y estaba convencido de que daba a su mujer gran placer y satisfacción con el sexo. Después, cuando perdía los sentimientos sexuales y se deprimía, se retiraba hacia un mundo de fantasías de las cuales algunas eran casi abiertamente homosexuales o en las cuales el terapeuta u otra persona tenía una aventura sexual con su mujer. De esta manera, Paúl oscilaba entre el intento de funcionar como adulto responsable y el deseo de regresar a la condición de niño, pero ninguno de estos esfuerzos estaba coronado de éxito. La regresión significaba una pérdida, no sólo de hombría, sino también de ser. La "madre" le absorbería, como él creía. Por otro lado, Paúl estaba convencido de que posiblemente no era capaz de satisfacer el apetito voraz de las mujeres. Ahí residía el significado de sus fantasías, en las cuales se imaginaba otro hombre satisfaciendo a su mujer.

La relación con su mujer era muy similar y reflejaba la temprana relación de Paúl con su madre, a la que idealizaba e idolatraba. Ni por un solo momento fue posible destronar su imagen de buena, sacrificada y devota madre. Nunca se le escapó ningún comentario negativo sobre su madre, pero tampoco nunca dijo nada positivo sobre ella. Si suponemos que su hostilidad hacia la madre, tanto como la que sentía hacia su mujer, estaba profundamente reprimida, entonces podemos ver sus fracasos y su comportamiento autodestructivo como un intento de desquitarse con ella mediante el despecho. Esta suposición encuentra apoyo en el rechazo de Paul a la comida, que es un símbolo universal de la madre. Había períodos en — que Paúl comía tan poco que se quedaba esquelético.

Pero ¿cuál es la explicación para la eyaculación retardada? ¿Cómo es posible que una persona mantenga la erección durante dos horas de hacer el amor sin ni perderla ni llegar a un clímax? Este fenómeno parece tan extraño que requiere cierto esfuerzo de imaginación para comprenderlo. No es difícil darse cuenta de que el acto sexual, para Paúl, era un medio de "servir" a su mujer. De hecho, él sólo era capaz de mantener la erección si concentraba su

atención en las necesidades de ella, en sus sensaciones y respuestas, en vez de en las suyaspropias. Obviamente, no podía servirla si se corría demasiado pronto o perdía la erección. Paúl racionalizaba que esta capacidad era motivo de orgullo.

Cuando se usa el pene para servir a otra persona, pierde su carácter de órgano genital y se transforma funcionalmente en un pecho o pezón. En este sentido, Paúl estaba saciando el hambre de placer sexual de su mujer y su erección se mantendría mientras esta necesidad existiera. Dos sueños apoyaban la idea de que su pene funcionaba como una teta. En uno de ellos vio a su perro chupándole el pene. Paúl tenía un perro al que se sentía más cercano que a su mujer. Siempre que su mujer se rebelaba a que el perro durmiera en su cama común, él la dejaba para irse a dormir a otro cuarto junto con el perro. Experimentaba el rechazo contra el perro como rechazo contra él mismo y, obviamente, se identificaba mucho con el animal. En el sueño, Paúl proyectaba en el perro su propio deseo reprimido de ser amamantado. Pero en vista del comportamiento de Paúl con su mujer, también podemos identificarla a ella con el perro del sueño, de manera que podemos interpretarlo como una expresión inconsciente de queja hacia su mujer. En el segundo sueño, Paúl vio su pene como un objeto triangular y envuelto en papel de aluminio. El asoció este sueño con memorias de sus días de escuela y con la geometría, materia en la cual sobresalía. Su excelente comportamiento en la escuela era razón de admiración y aprobación por su madre. Su pene modelado como un objeto geométrico y envuelto como comida era la oferta que ahora hacia a su mujer.

En otros casos donde la actitud del hombre es la de servir, no se mantiene tan fácilmente la erección. Adicionalmente a la idea de servicio, la continuada erección de Paúl sugirió la idea de un desafío. Era como si le estuviera diciendo a su mujer: «No me puedes derrotar, no me puedes destruir». Aquí tenemos otro ejemplo de la ambivalencia de Paúl: sumisión en el servicio pero rebeldía en el aguante. Creo que sin el concepto de desafío no podemos comprender el problema de la eyaculación retardada. Al final, el desafío está destinado al fracaso, como ocurrió invariablemente en el caso de Paúl, puesto que la falta de satisfacción lleva a sentimientos de futilidad y desesperación y termina en el pozo de la depresión.

El patrón psicológico tan llamativo en este caso, es decir la alternación entre jaquecas y sentimientos sexuales, me hizo especular sobre los mecanismos de tal fenómeno. De manera psicodinámica era aparente que, cuando Paúl se sentía derrotado en el desafío hacia la mujer, respondía como si se diera con la cabeza

contra una pared, regresando mediante este comportamiento a una situación de indefensa (invalidez) y utilizando los síntomas como arma para fortalecer su voluntad. Su estructura física me dio la impresión de que no tenía nada de energía almacenada en la parte inferior del cuerpo, sino que la mantenía inmóvil dentro del pecho, la nuca y la cabeza. Sus piernas eran delgadas, con músculos tensos, y el color de su piel era pálido. Su pelvis era estrecha y apretada, la motilidad pélvica bastante reducida. Ejecutaba los movimientos de la pelvis contrayendo los músculos abdominales para girarla hacia adelante y apretaba las nalgas para impulsarla hacia adelante. Este movimiento no se parecía en nada a un empuje agresivo. Esta tensión en la parte inferior de su cuerpo limitaba la respiración al tórax. Cuando Paúl consiguió establecer un patrón de respiración abdominal más natural y cuando, a través de ejercicios determinados, empezó a sentir algo de vitalidad y movimiento en sus piernas, volvieron a aparecer sus sentimientos sexuales.

El marco psicológico de Paúl era de desafío masoquista, de retenerse inconscientemente. Su incapacidad de permitir que sus sentimientos fluyeran espontáneamente dentro de la parte inferior del cuerpo iba parejo a su incapacidad de dejarse ir en el sexo. La rigidez de su cuerpo quedaba reproducida en la rigidez de su pene. En cuanto se desmontaba el mecanismo de retención, Paúl inmediatamente experimentaba un sentimiento de liberación. Utilizamos una técnica especial para conseguir eso. Cuando se le golpeaba ligeramente la espalda a Paúl, como para "sacudir" su rigidez, su reacción era inmediata y positiva. Los ojos se le iluminaban, su expresión se aclaraba y experimentaba una fuerte sensación de descanso y liberación. Esto es una reacción típicamente masoquista. Había que provocar el "dejar ir" en Paúl expresamente, puesto que era incapaz de hacerlo por sí mismo. Este mecanismo explica también la necesidad de ser golpeado del verdadero masoquista, para el cual los golpes son preliminares necesarios para el placer sexual. La condición de Paúl se debía a su serio bloqueo de la agresividad genital y a las fuertes ansiedades de castración. Su actitud sumisa masoquista funcionaba como mecanismo de defensa contra su miedo a la castración; es decir, sirviendo a la mujer, Paúl evitaba la percepción de su subyacente ansiedad de castración. En otro nivel, la rigidez de Paúl era un intento de compensar la sumisión masoquista.

Hasta ahora hemos examinado dos problemas de la potencia orgásmica, la eyaculación precoz y la eyaculación retardada. En la primera, el clímax se produce demasiado pronto; en la segunda, apenas se produce. Pero existe otra alteración que no es tan severa como estas dos aunque quizás esté incluso más extendida. Puede

que justo por eso habitualmente no es reconocida como una alteración. Para este fenómeno utilizo el término de "clímax local" a fin de distinguirlo de una respuesta orgásmica completa que involucra a todo el cuerpo. Una breve descripción de lo que ocurre nos indicará la naturaleza del problema. Se produce una eyaculación, ni prematura ni retardada, sino justo antes de que los movimientos involuntarios tomen las riendas. Así se le escapa al hombre en cuestión el sentimiento pleno de satisfacción, porque no es el cuerpo entero, que toma parte en la respuesta sexual. No es movido. No obstante, el sentimiento en el momento del clímax es de placer y, por esta razón, tal reacción usualmente no es entendida como alteración. Desde el punto de vista de la potencia orgásmica se tiene que considerar como un orgasmo parcial.

Justamente este orgasmo local fue el que causó tanta confusión sobre la teoría del orgasmo de Reich. Pocos sexólogos o psicólogos argumentarían que la eyaculación precoz o retardada son normales, puesto que en ninguna de estas experiencias hay sensación de satisfacción. El clímax local, sin embargo, es diferente. Sin el conocimiento de lo que realmente puede ser la experiencia de un orgasmo completo, el clímax local fácilmente es tomado como la respuesta máxima. Y, desafortunadamente, el conocimiento del orgasmo pleno es muy raro.

En el orgasmo parcial la sensación corporal se limita al área genital o se extiende ligeramente dentro de la pelvis y de las piernas. El hombre puede que experimente alguna sensación de corrientes en la pelvis y en las piernas, pero éstas no se extienden hasta la parte superior del cuerpo. Y, sobre todo, no se le nubla la conciencia ni se produce ninguna sensación de disolución de la personalidad o de las fronteras corporales. Toda experiencia de sensaciones de fusión se limita al área genital. No hay sentimiento de resplandor o iluminación como resultado de la respuesta cumbre. Por otro lado, en este tipo de orgasmo parcial sí que existe el sentimiento de liberación y relax después del clímax. Esto puede inducir incluso la sensación de somnolencia, a menudo provocando que el hombre se duerma después de su clímax.

La diferencia entre el clímax local y el orgasmo completo reside en la ausencia o la presencia de los movimientos pélvicos involuntarios y convulsiones corporales que he descrito en el capítulo anterior. En este contexto, es importante distinguir entre estos movimientos involuntarios y otras reacciones involuntarias que a menudo se confunden con la respuesta orgásmica. Kinsey lista seis tipos de respuestas orgásmicas en los sujetos masculinos que estudió. Si analizamos estas seis diferentes reacciones, veremos que ninguna de ellas se aproxima a la respuesta orgásmica completa.

Son las siguientes:

1. La reacción queda limitada a los genitales, con poca o ninguna reacción corporal. En el pene se producen algunas suaves palpitaciones y el semen sale fluyendo sin los chorros eyacúlatenos pulsátiles normales. El clímax no produce ningún sentimiento significante. Kinsey apunta que aproximadamente una quinta parte o más de todos los hombres experimenta esta más inadecuada respuesta.

2. La segunda reacción, que se describe como la más común, implica alguna «tensión o torsión de una o ambas piernas, de la boca, de los brazos o de otras partes específicas del cuerpo». En esta respuesta todo el cuerpo se vuelve rígido. Se producen unos cuantos espasmos, pero ningún efecto posterior significativo. Esta reacción se supone que la experimenta un 45% de todos los hombres. Debería tenerse en cuenta que la rigidez del cuerpo es una defensa contra el "dejarse llevar" por la convulsión orgásmica y no una reacción orgásmica. Este tipo de respuesta es la que yo he llamado clímax local.

3. El tercer tipo de respuesta parece ser una reacción más violenta que las dos anteriores aunque de la misma naturaleza. Los términos descriptivos elegidos por Kinsey, basados en las manifestaciones de los sujetes, son: «las piernas a menudo se vuelven rígidas, con nudos musculares, y los dedos de los pies fuertemente estirados, los músculos abdominales contraídos y duros, hombros y nuca agarrotados y a menudo encorvados hacia adelante, la respiración retenida o entrecortada, los ojos fijos o fuertemente cerrados, las manos agarradas, la boca retorcida... con todo el cuerpo o parte de él crispándose en espasmos, a veces en sincronía con las palpitaciones o violentas sacudidas del pene».[17]Además pueden producirse gemidos, sollozos o gritos violentos. Los efectos posteriores no son marcados. Este tipo de respuesta fue descrito por más o menos una sexta parte de los sujetos de Kinsey.

También aquí vale mi comentario de que todas las rigideces, tensiones y espasmos son contrarios a la naturaleza de la reacción orgásmica. ¿Cómo de placentero puede ser un clímax si va acompañado por manifestaciones como las descritas hace un momento? Uno más bien se esperaría reacciones así de una persona bajo tortura y no de alguien que disfruta de una experiencia extática. No, eso no es orgasmo sino miedo, miedo a un orgasmo que intenta tomar las riendas del ego.

4. Un pequeño porcentaje de hombres, cerca de un 5%, describía reacciones tales como risas, charlas, sentimientos sádicos o

masoquistas y mociones rápidas “culminando en movimientos frenéticos”. Tales reacciones son de naturaleza histérica y no precisan de más comentario.

5. Un grupo aún más reducido de hombres informaba de reacciones similares las descritas en el punto anterior, pero “culminando en temblores extremos, colapso, pérdida de color y a veces incluso desmayos del sujeto”. Esto suena a reacción de pánico, lo que considero que es exactamente.

6. Finalmente, el censo también apunta que cierto número de hombres se quejaba de dolores y miedo al acercamiento del orgasmo. Parece que su pene se volvía muy sensible justo antes del orgasmo y Kinsey dice que «algunos hombres padecen agudos dolores y pueden llegar a chillar si el movimiento continúa o incluso si se les toca el pene». Algunos de estos hombres se alejan bruscamente de su pareja al acercarse el clímax, aunque luego dan parte de “determinado placer” obtenido en la experiencia.

La contribución de Kinsey al ofrecer esta información para su estudio es loable. Pero cómo puede confundirla con elorgasmo queda fuera de mi comprensión. La base teórica par$_a$ su posicionamiento es el argumento de que el biólogo solamente se ocupa de respuestas fisiológicas y no de experiencias subjetivas. Pero incluso el biólogo tendría que darse cuenta de que la fisiología implica algo más que la medición o la descripción de las reacciones de unos órganos aislados Fisiológicamente, por ejemplo, la respuesta orgánica durante la huida o la lucha es muy similar: incremento de producción de adrenalina, aumento de la presión sanguínea, aceleración del pulso, incremento de la respiración; sin embargo cabe esperar que un biólogo conozca la diferencia entre huida y lucha. Kinsey cree que es una confusión literaria equiparar el orgasmo con el placer orgásmico. Si eliminamos el placer del orgasmo, ¿no sería entonces mejor hablar de clímax, que realmente se puede considerar como una reacción fisiológica, en vez de orgasmo? Sobre este asunto Kinsey dice específicamente que «todos los casos de eyaculación fueron tomados como la evidencia de orgasmo». Esto significa un mal uso del término “orgasmo”.

Dejemos por ahora a Kinsey y el intento de estudiar el comportamiento sexual como una respuesta mecánica. El problema del clímax local, u orgasmo parcial, está caracterizado por el desarrollo de patrones de rigidez al acercarse el orgasmo. En vez de que los movimientos rítmicos se intensifiquen, se aceleren y, finalmente, se vuelvan involuntarios, el cuerpo se tensa como un palo, el movimiento cesa o se ralentiza y la respiración tiende a retenerse. Este tipo de respuesta es una clara indicación de alguna forma de miedo a la reacción orgásmica. ¿Cuál es la naturaleza de

este miedo?

El orgasmo, como muchos psicólogos y psicoanalistas saben, es un proceso de entrega y abandono. Entrega a la mujer, entrega al inconsciente, entrega a la naturaleza animal del hombre. Y es precisamente el miedo a la entrega lo que vela al hombre medio la experiencia de un orgasmo pleno en elacto sexual. Sin entrega la unión completa con la pareja es imposible. Pero entregarse, en el sentido que usamos aquí, no es un acto consciente. Implica la capacidad de darse uno mismo completamente a su pareja sexual sin reservas inconscientes. Tan sólo es posible entregarse realmente si se siente verdadero amor por la pareja sexual. Dando vuelta a la moneda, también se puede decir que la plena entrega a la mujer en el acto sexual es una expresión de amor que va mucho más allá de donde puedan llegar las palabras.

La incapacidad de entregarse a la mujer se debe a los miedos y hostilidades inconscientes respecto a ella. Solemos tomar esta situación por tan normal que incluso hablamos de la “guerra entre los sexos”. No hace falta ser psiquiatra para darse cuenta de la hostilidad que impregna la mayoría de las relaciones matrimoniales y sexuales. Siempre entro en dificultades cuando algún paciente me pide que le nombre un matrimonio feliz. Matrimonios felices existen y conozco algunos, pero son tan raros que me sentiría muy iluso si argumentara basándome en su número que el matrimonio es un estado de felicidad. Mis pacientes psiquiátricos no son ninguna excepción; son excepcionales meramente por el hecho de que han venido a por ayuda y que han revelado sus dificultades.

Ha sido una expresión verdadera decir que ningún hombre puede amar a una mujer hasta que no ame a todas las mujeres, es decir al sexo femenino en general. Cada mujer es un individuo y también, para el hombre, cada mujer además es un reflejo de su madre. Todos sus conflictos sin resolver, inconscientemente, los transfiere a su mujer o pareja. De forma consciente las distingue fácilmente. Es en el nivel inconsciente que ambas se funden en una sola imagen indiscriminada. Pero es precisamente en este nivel inconsciente donde se produce el orgasmo. Y es el miedo a la transición hacia el comportamiento inconsciente, al movimiento involuntario, el que hace pararse en seco al hombre en las puertas de la respuestaorgásmica. Él pica la puerta, ésta se abre, pero entonces le da miedo cruzar el umbral. Su cuerpo se vuelve rígido, sus piernas como palos, su mandíbula se endurece, su abdomen se contrae, su respiración se retiene o se transforma en jadeos entrecortados y su pecho se tensa. Si las sensaciones sexuales son lo suficientemente fuertes, puede que responda parcialmente con lo que he llamado clímax local, pero la barrera de] miedo no se

atraviesa.

En el proceso del ajuste neurótico durante la infancia, el ego aprende a aceptar la intención en vez de los hechos. Crea una imagen de la "buena madre" para contrarrestar la experiencia negativa asignada a la "mala madre". Estas experiencias son reprimidas por necesidad, en el interés de sobrevivir y adaptarse. Pero sólo son reprimidas, no desaparecen, incluso si han caído en el olvido. El ego manda sobre el comportamiento como lo hace un capitán sobre su barco, y todo va bien y es seguro mientras que sus órdenes son aceptadas y acatadas. Pero el ego no tiene el valor de abandonar el timón, puesto que son muy potentes las fuerzas que acechan en la oscura noche del inconsciente. Si una persona ha mantenido continuamente el control sobre sus sentimientos negativos y la imagen de la "mala madre", entonces no puede renunciar así como así a este control en el acto sexual.

En el nivel del ego, el sexo está aceptado como una expresión natural de amor entre dos personas. Ese ego hace bien con esta aceptación y tiene razón en el conocimiento del amor materno. Pero la personalidad está dividida. El ego se opone al inconsciente para preservar la paz y la estabilidad, aunque esto sea una tregua en una guerra sin resolver. Los guardias del castillo nunca pueden dormir o perder la conciencia. En el momento en que lo hagan, el individuo neurótico quedará inundado de un pánico atroz, como si un enemigo estuviera invadiendo su territorio. Esto es el pánico que la persona neurótica experimenta cara al orgasmo. Parece disparatado y tanirrazonable como el miedo de un niño a la oscuridad. Pero no hay argumento lógico que valga para quitarle al niño su miedo. Todo lo que se puede hacer es explorar la oscuridad junto con él y mostrarle que allí no hay monstruos acechándolo. El conocimiento de la naturaleza es una luz que ilumina esta oscuridad.

13. IMPOTENCIA ORGÁSMICA EN LA MUJER

La impotencia orgásmica en el hombre a menudo queda enmascarada bajo la experiencia de una eyaculación que en sí misma constituye ya una especie de clímax. En la mujer, sin embargo, el problema de la impotencia orgásmica está más claramente definido. Hay muchas mujeres que nunca han llegado a ninguna clase de clímax durante el acto sexual. Incluso que ni siquiera saben que la mujer es capaz de tener orgasmos y que la experiencia femenina de este fenómeno tiene mucho en común con la del hombre. Otras mujeres ocasionalmente llegan a un orgasmo cuando la relación con su pareja es especialmente armoniosa y afectiva. Otras han vivido la experiencia orgásmica durante algún período de su vida sexual o en una relación concreta. La mujer que es orgásmicamente potente en el sentido de que queda sexualmente satisfecha en casi todas sus experiencias sexuales se encuentra raramente. Pero, basándonos en el informe de Kinsey, las observaciones de Reich y mi propia experiencia chuica, diría que el hombre que queda plenamente satisfecho en sus experiencias sexuales es igualmente difícil de hallar.

Uno de los resultados de la revolución sexual que se está produciendo desde la Primera Guerra Mundial es el creciente reconocimiento del derecho a la satisfacción sexual de las mujeres. Por otro lado, las mujeres también se han dado cuenta de su generalizada falta de satisfacción sexual. Esta tendencia se da especialmente en las generaciones más jóvenes de mujeres que han llegado a ser mucho más sofisticadas en estos aspectos que sus madres. La incapacidad de alcanzar un orgasmo satisfactorio es considerada por estas mujeres como un signo de inmadurez sexual. Han llegado a entender la potencia orgásmica como una parte importante de su realización como mujer.

Una de mis pacientes expresó muy claramente esta idea. Un día dijo: «Todavía no tengo orgasmos. Cuando me doy cuenta me siento triste y tengo ganas de llorar. Siento que, si consiguiera tener un orgasmo vaginal al hacer el amor, me sentiría realmente mujer».

La importancia del orgasmo para el concepto de una femineidad completa es un avance relativamente reciente. En la era victoriana los símbolos de la mujer eran el matrimonio y la familia. Estos símbolos fueron socavados por las investigaciones psicoanalíticas que revelaron las defensas y racionalizaciones que solían encubrir los sentimientos profundos de frustración y vacío reinantes. En la

medida que el conocimiento sobre la naturaleza y la función del orgasmo ha penetrado en la conciencia moderna, las mujeres se han hecho conscientes de que su realización como persona no se puede separar de la satisfacción sexual.

El problema de la potencia orgásmica en la mujer se ve complicado por el hecho de que muchas mujeres son capaces de experimentar un clímax sexual mediante la estimulación del clítoris. Este tipo de respuesta se llama orgasmo clitorial, para distinguirlo del orgasmo vaginal. ¿Cuál es, pues, la diferencia entre estas dos reacciones? ¿Es el orgasmo clitorial realmente satisfactorio? ¿Por qué algunas mujeres sólo consiguen llegar a un orgasmo clitorial? Estas preguntas deben encontrar respuesta si queremos comprender el problema de la impotencia orgásmica en la mujer.

El orgasmo clitorial se produce por la estimulación del clítoris, sea manual u oralmente, antes, durante o después del coito. Algunas mujeres responden a esta estimulación y llegan así a un clímax que no son capaces de obtener mediante la estimulación vaginal o la fricción entre pene y vagina. La mayoría de los hombres, sin embargo, sienten que la necesidad de llevar a una mujer al clímax mediante la estimulación clitorial es una caiga para ellos. Cuando se hace antes del coito pero después de que el hombre ya está plenamente excitado y preparado para penetrar, impone un freno a su deseo natural de proximidad e intimidad. No sólo pierde algo de su excitación debido al retraso, sino que el subsiguiente acto de coito queda privado de su cualidad mutua. La estimulación clitorial durante el coito puede ayudar a la mujer a llegar a un clímax, pero distrae al hombre de la percepción de sus propias sensaciones genitales e interfiere en gran medida en los movimientos pélvicos de los cuales depende su propio sentimiento de satisfacción. La necesidad de llevar a la mujer al clímax mediante estimulación clitorial después de que el coito ha sido completado y el hombre haya eyaculado puede ser agobiante, puesto que incide en su disfrute de la relajación y paz que son el premio natural de una sexualidad sin preocupación. La mayoría de los hombres que me contaron que actúan así no se mostraron contentos con ello.

De ninguna manera quiero condenar la práctica de la estimulación clitorial si para una mujer es ésta la mejor manera de conseguir la descarga de su energía sexual. Sobre todo no debería sentirse culpable por utilizar este procedimiento. Sin embargo, suelo avisar a mis pacientes en contra de esta práctica porque enfoca los sentimientos en el clítoris y aleja la respuesta vaginal. No es una experiencia de completa satisfacción y no la podemos considerar como equivalente a un orgasmo vaginal. En este punto, sin embargo, pienso que las mujeres deben hablar por sí mismas,

puesto que tan sólo ellas saben realmente lo que sienten. Las siguientes observaciones fueron hechas por varias pacientes a mi petición de describir la diferencia:

1. «El orgasmo clitorial se siente en la superficie de la vagina como un chorreteo de dulce placer. No hay descarga satisfactoria. El orgasmo vaginal es como la apertura de un dique que inunda todo mi cuerpo con placer y me deja luego con un sentimiento de profunda descarga y satisfacción. No hay comparación. El día después de un orgasmo clitorial estoy caliente, alterada. Después de haber experimentado un orgasmo vaginal, me despierto como toda de una pieza, relajada.»
2. «El orgasmo vaginal que experimento, aunque pueda ser limitado, me llena de una sensación de estar completa, de satisfacción. Tengo la sensación de estar llena, de haber sido llenada. El orgasmo clitorial comporta un nivel más alto de excitación, pero no me produce ningún efecto posterior de sentirme completa. Siento que podría tener orgasmos clitoriales uno tras otro.»
3. «Empiezo masturbándome en el clítoris, pero —aunque esto me excite— me produce una sensación de frenesí que no me lleva a ninguna parte; se queda demasiado en la superficie, me hace desear llegar más profundo. Entonces me masturbo vaginalmente y esto me sienta mejor. El orgasmo es profundo y satisfactorio. Me siento con calor, fundida y relajada, satisfecha después de que se terminó.»

Estas observaciones de mujeres apoyan la idea de que realmente existe una gran diferencia entre el orgasmo vaginal y el clitorial: el orgasmo vaginal se experimenta en lo profundo del cuerpo, mientras que la reacción clitorial queda limitada a la superficie. De estas observaciones podemos extraer la suposición de que solamente el orgasmo vaginal produce los sentimientos de plenitud, descarga completa y satisfacción. En mis años de experiencia clínica como psiquiatra nunca he oído a una mujer afirmar lo contrario.

A la vista de las distinciones hechas por las mujeres mismas, resulta difícil de entender cómo muchos sexólogos puedan argumentar que un orgasmo clitorial es equivalente a un orgasmo vaginal. Este argumento se basa en la teoría de que puesto que el clítoris es un órgano más sensitivo que la vagina, todos los orgasmos esencialmente se deben a alguna forma de estimulación clitorial. Así, podemos encontrar la siguiente observación en la descripción de la respuesta sexual de la mujer hecha por Kinsey: «En vista de la evidencia de que las paredes de la vagina son prácticamente insensibles, es obvio que la satisfacción obtenida a

través de la penetración vaginal debe depender de algún mecanismo que queda fuera de las paredes vaginales en sí».[18] Hay una verdad obvia en esta afirmación; pero también una mala interpretación menos evidente. La verdad es que el mecanismo del orgasmo es independiente de cualquier estimulación de las paredes vaginales. El orgasmo es un fenómeno motor cuyo mecanismo es el tipo específico de movimiento corporal descrito anteriormente. El error en la afirmación de Kinsey reside en la suposición de que, puesto que las paredes vaginales son insensibles, el orgasmo femenino se debe a la estimulación de alguna zona distinta. Kinsey sugiere cuatro zonas como fuente de la excitación que lleva al orgasmo: 1) la estimulación táctil de la superficie corporal general por el roce entre los cuerpos de la pareja; 2) la estimulación táctil del clítoris, de los labios menores y el vestíbulo de la vagina; 3) la estimulación de los levatores, y 4) la estimulación de la base pélvica y del cuerpo perineal.

El énfasis en la estimulación, sea esta táctil o no, como mecanismo de la excitación y descarga sexual distorsiona la comprensión de la verdadera naturaleza de la sexualidad. Así se introduce un elemento mecánico en el acto sexual que tiene sentido sólo como expresión de sensaciones. Esta suposición, hecha en el nombre de la fisiología, pasa por alto e ignora el significado emocional de la función sexual. Es una limitación de la ciencia describir una caricia como una estimulación táctil. La diferencia entre ambas es la diferencia entre un acto mecánico de sexo y la expresión de amor por la pareja sexual. La afirmación de Kinsey implica una disociación entre acción y sentimiento. Una caricia se distingue de otras formas de estimulación táctil tanto por su cualidad como por el sentimiento especial que motiva su realización. Este sentimiento especial (amor, afecto, ternura) es lo que le proporciona a la caricia su cualidad especial. Pero incluso con esta distinción en la mente es inadecuado basar el fenómeno del orgasmo sólo en el contacto corporal.

La estimulación táctil por sí sola no es el factor causante de la excitación erótica. Esto queda muy evidente si consideramos el hecho de que el pene flácido después del acto sexual es relativamente insensible a cualquier forma de estimulación, aunque incluso en este estado su anatomía contenga las mismas terminales nerviosas y órganos sensitivos que están presentes cuando está en erección. Pero ¡qué diferente es el sentimiento! La excitación o carga energética en el organismo manifestada en el sentimiento de deseo determina el hecho y el grado de excitación y no el acto de estimulación en sí. Si el acto de estimulación parece producir un estado de excitación es porque un deseo latente de amor está

presente en el individuo. El acto de tocar o besar sirve para traer este sentimiento al nivel de la conciencia. El contacto erótico despierta las imágenes y fantasías de amor. Pero puesto que no es posible disociar la acción de las imágenes asociadas a ella, es fácil confundir el gesto con el sentimiento, el acto mecánico con $ expresión emocional.

El orgasmo clitorial difiere del orgasmo vaginal en el sentido de que este último es una respuesta de amor de todo el cuerpo. Por ello, es relativamente independiente de cualquier parte específica del cuerpo, tanto del clítoris como de la vagina, mientras que sí depende de los sentimientos de contacto intimidad y fusión con otra persona en todo el cuerpo. De otra forma, no podemos explicamos el hecho de que tanto los hombres como las mujeres puedan tener sueños sexuales con la experiencia de satisfacción orgásmica sin ningún tipo de estimulación o contacto con el sexo opuesto. La estimulación se puede proporcionar, el movimiento no. Para que una persona pueda tener una experiencia orgásmica en sueños, tiene que soñar con que está ejecutando los movimientos sexuales. Pero eso no es suficiente. Yo creo que el que en sueños tiene una descarga sexual y experimenta un orgasmo durmiendo, estará ejecutando los movimientos sexuales mientras se produzca la experiencia. Eso no es una idea difícil de aceptar, puesto que es bien sabido que la gente se mueve bastante en sueños sin estar consciente de ello. La base para el sentimiento orgásmico es la experiencia cinestésica de los movimientos sexuales involuntarios.

Si es posible tener un orgasmo vaginal sin contacto entre pene y vagina, como en los sueños, ¿no será posible también alcanzar un orgasmo vaginal mediante la estimulación clitorial si al mismo tiempo la mujer ejecuta los movimientos sexuales apropiados? La respuesta a esta pregunta ha de ser afirmativa: es posible pero no probable. Si una mujer no está fijada en el clítoris, su estimulación inducirá en ella el deseo de un contacto más profundo. Deseará el sentimiento de ser penetrada por el hombre. Si inhibe este deseo debido a miedos inconscientes respecto a la penetración vaginal, reducirá su nivel de excitación, parando los movimientos, y no llegará a un orgasmocompleto. También es posible que una mujer llegue a una descarga orgásmica satisfactoria a través de la masturbación. Si eso es así, ¿cuál es el valor del contacto coital normal? ¿Sirve sólo para la función de reproducción? La forma normal de hacer el amor se suele preferir a la masturbación porque es una experiencia más profunda, más rica y satisfactoria. El contacto entre pene y vagina permite que la excitación reinante en uno de los cuerpos se transmita directamente al otro y viceversa. Este compartir sentimientos incrementa la intensidad de la

excitación. Si algunos individuos prefieren recurrir a un modo de satisfacción inferior, sobre todo si tienen acceso a modos de satisfacción mayor, es por sus ansiedades y miedos neuróticos asociados con el modo desestimado.

La mayoría de los psicoanalistas sostienen que la respuesta clitorial como única manera de obtener una descarga sexual es la manifestación de una personalidad inmadura. F.S. Kroger y S.C. Freed escriben: «He aquí que en una niña es el clítoris el que proporciona satisfacción sexual, mientras que en una mujer adulta normal se supone que el órgano sexual principal es la vagina... En las mujeres frígidas, la transferencia de la satisfacción y excitación sexual del clítoris hacia la vagina, lo que ocurre normalmente con la maduración emocional, no se produce».[19] Freud hizo afirmaciones similares ya anteriormente: «El clítoris en la niña, por otra parte, durante la infancia es completamente equivalente al pene... La transición a mujer, depende mucho de la pronta y completa transferencia de la sensibilidad del clítoris al orificio vaginal».[20] Y «en la fase fálica de la niña, el clítoris es la zona erotogénica dominante, aunque no está destinado a serlo durante toda lavida; con la transición hacia la femineidad, el clítoris tiene que abandonar su sensibilidad a favor de la vagina y con ello su importancia, si no del todo, por lo menos en gran parte».[21] La evidencia que apoyaba a estas afirmaciones fue la repetida observación analítica de que las pacientes que explicaban ser capaces de experimentar sólo excitación clitorial mostraban personalidades inmaduras. Pero estos analistas se equivocaban en un punto. El clítoris no transfiere nada de su sensibilidad a la vagina, sino que la sigue manteniendo durante toda la vida de la mujer adulta normal. Si pierde algo de su supuesta importancia es porque la vagina aumenta su función en relación con la sexualidad que es superior a la del clítoris.

En el capítulo 9 señalé que la madurez sexual en la mujer implica el desarrollo de una nueva función, la función de la receptividad vaginal. La adición de una nueva función no elimina ninguna anterior. Un adulto puede gatear casi tan bien como un bebé; sin embargo prefiere andar porque es una modalidad más eficaz y satisfactoria para desplazarse. De manera similar, el clítoris no pierde su sensibilidad en la mujer adulta como muestra la siguiente declaración: «Noto que mi clítoris es muy sensitivo, tan sensitivo que prefiero no tocarlo. Consigo sensaciones mejores a través de la vagina». He conocido más mujeres que considero sexualmente maduras que sentían de la misma manera, es decir, que expresaban que la sensibilidad del clítoris interfiere en su placer sexual. Puesto que en estas mujeres la excitación sexual se

producía gracias a los sentimientos tiernos y afectuosos hacia un hombre, no tenían necesidad de estimulación clitorial para enfocar sus deseos sexuales en la vagina. Los besos, el contacto entre los cuerpos y las caricias servían perfectamente a este propósito.

Una mujer madura puede llegar al clímax a través de otros medios que no sean el contacto entre vagina y pene. Sin embargo, este clímax no es lo que desea. Sus preferencias se dirigirán hacia la forma normal de relación sexual. En vista de estas preferencias, queda fuera de lugar postular que "un orgasmo es como otro". Es como decir que una comida es como cualquier otra, o que es absurdo preferir un plátano a una naranja. Es interesante señalar que los argumentos en favor del orgasmo clitorial son extendidos entre los hombres. Ninguna mujer que he interrogado sobre el tema me ha expresado una visión así. El apoyo científico para la igualdad entre orgasmo clitorial y vaginal se extrajo de los experimentos de W. H. Masters y V. E. Johnson. Bajo condiciones de laboratorio se observaron las respuesta fisiológicas de mujeres a la estimulación de diferentes zonas erógenas. Su conclusión fue: «La respuesta fisiológica de la mujer a una estimulación sexual eficiente se desarrolla con consistencia, independientemente de la procedencia de la estimulación sexual física o psíquica».[22] El error en estos estudios es que consideran como idénticas la respuesta fisiológica y la respuesta emocional. Para poder apreciar este error sólo hay que recordar que la respuesta fisiológica al hachís, por ejemplo, es idéntica a la respuesta a un filete. Sin embargo, la experiencia al ingerir estas dos sustancias es bien diferente. Si ignoramos los factores que determinan el sentimiento y la respuesta emocional, perdemos de vista las cualidades humanas y espirituales que le dan el sentido a la vida. La gran importancia de la función sexual para la felicidad humana requiere su estudio en términos de su significado emocional y no como un acto mecánico o fisiológico de relax o descarga.

Otro argumento contra la validez de las conclusiones obtenidas de la observación de unas actividades sexuales bajo condiciones de laboratorio fue bien expresado por S. Pag_{an} Después de enterarse de los experimentos de Masters y John, son les escribió: «Está muy claro para mí que, si alguien m_e estuviera observando copular con una pareja, lo que haría se— ría producirme un pequeño clímax externo clitorial, lo más rápidamente posible, para acabar pronto con esa situación tonta». Wilhelm Reich hizo una observación similar durante sus experimentos destinados a medir la respuesta psicogalvánica de las zonas erotógenas a la estimulación. En ausencia de privacidad, no aparecía la respuesta típica del placer. Me parece increíble que alguien pueda equiparar la experiencia

subjetiva de una copulación bajo observación con la que se produce cuando el acto sexual es una comunión íntima de dos individuos en privado.

A diferencia de la uretra o del canal alimentario, la vagina no es simplemente un órgano con un orificio. Fisiológicamente, lo es, pero psicológica y emocionalmente es una apertura hacia el interior del cuerpo de la mujer. El hombre que penetra la vagina también penetra el cuerpo de la mujer. Sus espermatozoides pueden llegar mucho más lejos. Si no encuentran ninguna barrera, subirán por el canal de la cerviz, atravesarán el útero y, si el momento es el adecuado, fertilizarán el óvulo dentro del oviducto. En un sentido más profundo, el órgano sexual de la mujer es su cuerpo entero. Cuando una mujer responde sexualmente con todo su cuerpo, su reacción es el orgasmo vaginal.

El clítoris es homólogo al pene del hombre. Anatómica y fisiológicamente es muy similar. Sin embargo, muestra una estructura más rudimentaria lo que puede explicar su reducido tamaño y falta de significado estructural. Ni penetra ni descarga nada. Y a pesar de ello nos quieren hacer creer que esta estructura es de igual importancia sexual que la vagina. ¿De quémanera es la estimulación del clítoris, con la intención de llevar a una mujer al clímax, diferente de la estimulación manual del pene para obtener un orgasmo? La respuesta fisiológica en ambos casos es la misma. ¿No estamos entonces justificados para suponer que una mujer capaz de conseguir un clímax sólo a través de la estimulación del clítoris encuentra la liberación sexual sólo a través de la identificación con el hombre? En otras palabras, la incapacidad de conseguir un orgasmo vaginal indica la incapacidad de la mujer de aceptarse a sí misma sexualmente como mujer. No debería sorprendemos que esta mujer se queje de que no se sienta como una mujer de verdad.

Parece necesario señalar que, como órgano, la vagina es un receptáculo para recibir al hombre. Pero no es un receptáculo estático. Recibe y envuelve al hombre, quien en este caso es representado por su pene. Pero el recibir y envolver sólo son funciones preliminares a la unión completa que se produce cuando ambos se encuentran en un orgasmo mutuo. Que esto no ocurra la mayoría de las veces en el amor sexual indica hasta qué punto se extienden los desajustes y las alteraciones sexuales en nuestra cultura. Pero estos desajustes y alteraciones no están limitados a la función sexual, sino que impregnan todas las áreas de la personalidad de los individuos, tanto de los hombres como de las mujeres. Existe una relación directa entre las alteraciones en la personalidad y las alteraciones en la sexualidad, tanto en el hombre

como en la mujer, como se evidencia en el siguiente caso clínico.

May es una mujer que me consultó debido a su incapacidad de alcanzar el orgasmo vaginal. Como contestación a mi pregunta sobre su respuesta sexual dijo:

Me excito mucho en el acto sexual, pero cuando estoy cerca del clímax, se corta. Se me produce un maravilloso fulgor caliente en todas partes. Puedo sentir cómo va creciendo.

Pero entonces, cuando siento que él está listo para correrse o que se está reteniendo, lo pierdo. Me digo a mí misma— «Vale, olvídalo. Lo intentaremos de nuevo la próxima vez» Siento que si pudiera liberarme a mí misma tendría un orgasmo vaginal.

El sentimiento empieza en el clítoris, pero luego se extiende por todas partes. Lo siento alrededor de la vagina pero no dentro. Es un sentimiento generalizado, caliente, palpitante, como incandescente.

Durante años solía conseguir algo de descanso mediante la manipulación del clítoris después del acto sexual. Pero siento que esto no es suficiente. Y ahora tampoco quiero que me lo haga mi marido. Antes todo era mucho más erótico. Nos tocábamos y jugábamos y era un proceso lento. Cuando era joven necesitaba mucho juego previo. Me excitaba mucho y a él también. Entonces él llegaba al clímax y yo también tenía uno, antes o después del suyo. Con mi marido anterior tuvimos mucho sexo fantástico, pero nunca era suficiente. Parecía que él lo necesitaba todo el tiempo.

Ahora es diferente. Mi actual marido no es tan sensual. El acto entero ahora no dura más que media hora. Con mi marido anterior solíamos estar estirados durante horas, jugando con el sexo.

Mi primer marido era un embaucador; toda la relación fue una farsa. Mi actual marido es sensible, honesto y verdadero. Yo dependía completamente de mi primer marido, y cuando se fue, me desmoroné. No me había dado cuenta de lo poco sincero que había sido mi primer matrimonio. Todo era superficial. Ahora deseo un sentimiento y una respuesta más profunda.

Para conseguir algo de claridad sobre los sentimientos de May respecto a su cuerpo, le pedí que dibujara una mujer y un hombre. Sus dibujos se pueden ver en las imágenes 8 y 9.

Sobre su figura femenina comentó:

Su expresión es burlona. Parece demasiado cuadrada, algo desaliñada, con poca gracia. Simplemente está allá plantada, esperando, como si estuviera preguntando: «¿Qué quieres de mí?». Intenté hacerla sonreír.

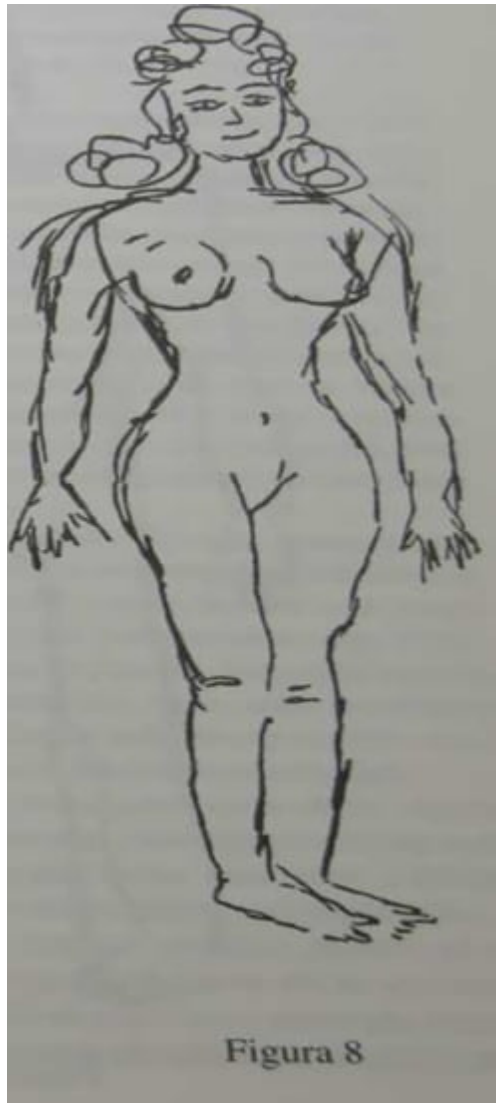


Figura 8

Él está también bastante desencajado, incluso más que ella. Parece un niño. Asquerosamente blanco. Parece decir: «¿Y qué vamos a hacer ahora?».

Supongo que ambos son inmaduros. Supongo que yo soy sexualmente inmadura, aunque no tanto en otros aspectos. Supongo que soy inmadura porque, si no, no tendría ningún problema.

Ella se parece a mí en ciertos aspectos. Puede que se me viera así cuando estaba en los veinte. La otra figura se parece bastante a cómo era mi marido: de corte marinero, hombros anchos, piernas musculosas. Yo, con grandes pechos, cadera redonda, cabello esponjoso y rizado. Laburlona, ésa debo ser yo. Puedo sentir que a veces me estoy burlando por debajo, cuando no me siento satisfecha. Me burlo de mí misma, me burlo del mundo, me burlo

de los hombres.

May había vivido con su primer marido durante seis años y lo abandonó porque no aguantaba por más tiempo su costumbre de beber y sus irresponsabilidades. Durante los seis años de su matrimonio él había empezado treinta trabajos distintos. Justo antes de romper la relación May había devuelto más que dos mil quinientos dólares en concepto de deudas que habían adquirido. Un día le dijo a su marido que pasadas unas cuantas semanas más se verían libres de deudas. Al día siguiente él salió y compró un coche de tres mil dólares a crédito. May explica que se desmoronó: «Mi cara se hinchó como si me hubieran pegado una paliza. Mis labios se pusieron tremendos. Casi no podía ni abrir los ojos debido a la hinchazón. Necesité varias semanas de tratamiento médico hasta que se normalizó la situación».

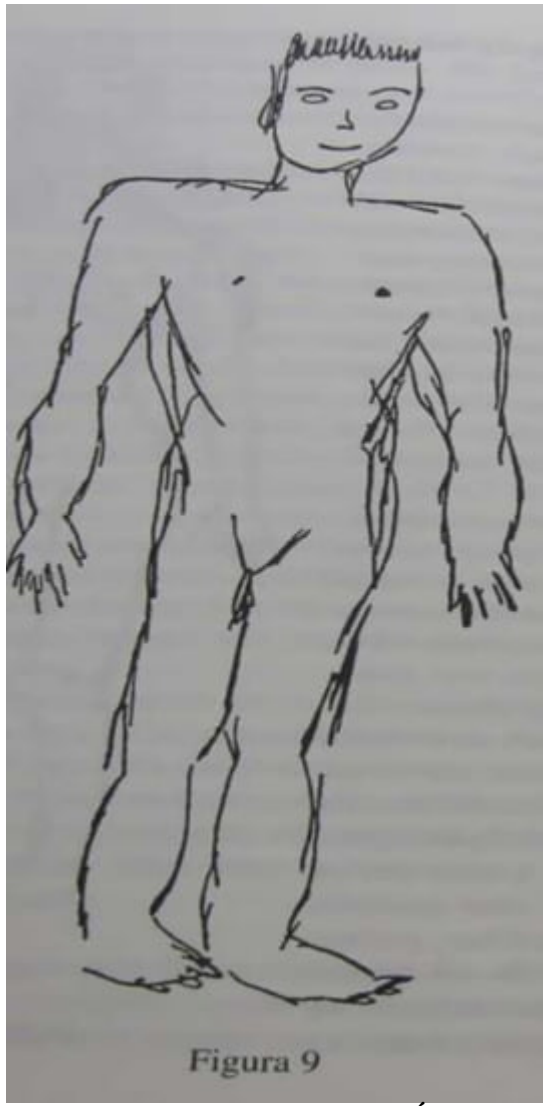


Figura 9

¿Qué tipo de hombre era su marido? Él tenía veinte y May dieciocho años cuando se casaron. En ese tiempo él terna fama de ser salvaje e irresponsable. «Fue el primer hombre que conocí que iba a coger el mundo por la cola y a retorcerlo —dijo May—. Estaba lleno de ideas y terna miles de planes.» May describió a la madre de Jack como «una persona fría, tiesa, nada femenina y falta de sentimientos». Según May, el padre era un hombre vacío y desocupado que posaba como un pilar de la comunidad.

Ella dijo: «Cuando mi marido me contó cosas de su vida familiar, tan fría y falta de sentimientos, mi corazón voló hacia él. Quería amarlo y compensarlo por todos esos años infelices. Quería llenar su vida con amor, calor, niños y un hogar feliz».

Esta reacción frente a un hombre perdido parece ser un gesto

tan noble y loable que nos puede hacer dudar en caracterizarlo como inmaduro. Sin embargo lo es, pues este tipo de sentimientos podríamos esperarlos de una niña pequeña perono de una joven adulta que está seriamente considerando con traer matrimonio. Refleja una falta de ser, una falta de autovaloración, de autoestima y de autopreservación. Su marido completó medio año de universidad después de casarse. Todo el mundo pensaba que ella estaba loca pero la emoción de May era demasiado fuerte para entrar en razón: «Simplemente me encendía, me despertaba a la vida, cuando él estaba cerca de mí». May sentía que él era un ser superior. «La gente mayor le encontraba muy encantador», añadió.

Una vez casados, la joven pareja se mudó a la casa de los padres de May. Ella iba a trabajar, pero su marido no encontraba trabajo, y May le confió su salario para depositarlo en una cuenta de ahorro. Aun cuando él finalmente encontró un trabajo siguieron viviendo en casa de los padres para que pudieran ahorrar para un viaje de novios y su primera casa. Entonces May se enteró de que todo el dinero había volado. Su marido lo había perdido todo en el juego, con la excusa de que había querido proporcionarle una luna de miel realmente maravillosa.

Esta descripción me permitió suponer que May se había casado con un hombre con una personalidad psicopática. De buen ver, dulce, irresponsable y sin principios, un psicópata así siempre encontrará a alguna mujer dispuesta a consagrarle su vida. Una vez la relación está establecida, el psicópata se transforma en un niño pequeño que espera ser cuidado. Y durante seis años May lo mimó como a un niño. En el transcurso de mi experiencia he visto a un buen número de matrimonios así, y todos acabaron mal. Cuando éste finalmente se rompió, May se quedó perdida sin soporte para sí misma o para sus niños, y se fue a vivir con su familia.

¿Qué tipo de mujer se siente atraída por esta clase de hombres psicopáticos? La descripción que hizo May de su dibujo femenino daba en el clavo con respecto a sí misma: grandes pechos, caderas redondas, cuadrada, desaliñada y con poca gracia. Había un elemento marcadamente pasivo en su personalidad. El «¿Qué quieres de mí?» expresaba una actitud de sumisión. Su falta de sentido de sí misma reflejaba el aspecto masoquista de su personalidad. Durante la vida con su primer marido, May casi no tenía demandas personales; sus necesidades quedaban constantemente subordinadas a las demandas irracionales de su marido.

May explicó que había sido una «niña muy buena y quieta» que su madre mantenía siempre muy limpia. «Me lustraba los zapatos dos veces al día, me rizaba el pelo y hacía todo lo que podía para

tenerme bonita y limpia.» La pasividad en su naturaleza quedó manifestada muy temprano y sus tendencias en esta dirección fueron incentivadas por su madre, que la trataba más como a una muñeca que como a una persona. Había un área especial en la cual la interferencia de su madre fomentó aún más la pasividad de la niña y profundizó su actitud de sumisión. May explicó que siendo niña había tenido muchos problemas de restriñimiento, por lo que su madre constantemente le aplicaba lavativas.

He observado repetidamente que la práctica regular de aplicar lavativas es extremadamente dañina para el desarrollo psicosexual de un niño. La introducción de la boquilla de la lavativa en el ano del niño tiene un simbolismo tan obviamente sexual que me sorprende cómo puede ser que su significado les haya pasado por alto tan consistentemente a los psicólogos y sexólogos. Joan Malleson postula que la inserción de supositorios, barritas de jabón y boquillas de lavativas puede ser responsable del vaginismo en la mujer. Escribe: «Cualquiera que ha sido testigo de ello, reconocerá el extremo tormento que significa para el niño. Un bebé que es atacado de esta manera repetidamente se pondrá a gritar y se tensará completamente a la primera vista del objeto atacante».[23] Este tipo decondicionamiento durante la infancia invariablemente crea impresiones duraderas y el individuo asociará el miedo y el dolor con cualquier intento de penetración en su cuerpo. Dos resultados son producidos por la experiencia regular de lavativas. El niño contrae y tensa los músculos alrededor del ano, incluyendo los del suelo pélvico y los de las nalgas, como defensa contra la amenaza de penetración; además, mientras esta penetración está en marcha, la posibilidad de movimiento del niño queda severamente restringida. Puesto que el ano está tan cerca de la vagina, el miedo a la penetración y al movimiento se extiende y pronto abarcará todo acto de penetración en relación con este órgano.

La reacción a la repetida experiencia de lavativas puede tomar tanto la forma de resistencia como la de sumisión. El vaginismo puede ser una forma de resistencia inconsciente a la penetración que quedó asociada a estas tempranas experiencias dolorosas y humillantes. Pero, más frecuentemente, el niño adoptará una actitud de sumisión a lo inevitable y aceptará la afirmación de la madre de que es algo bueno para su salud. Es fácil ver cómo esta actitud sumisa más tarde queda transferida al acto sexual. Pero mientras la lavativa puede conseguir un efecto de alivio debido a los movimientos intestinales que induce, una actitud pasiva y sumisa en la sexualidad sólo termina en frustración.

May no recordaba haber recibido lavativas antes de la edad de siete u ocho años. Sin embargo, cada vez que estaba de parto,

experimentó la lavativa previa como “la peor parte” del procedimiento. En dos ocasiones su marido intentó tener relaciones anales con ella: «Me pareció asqueroso y doloroso. Él decía que le gustaba, pero no le iba a dejar nunca más». El gran alcance del miedo inconsciente de May a ser penetrada analmente apareció también en otro contexto. Realizando un ejercicio en mi consulta, mientras yo estaba de pie detrás de ella, May observó: «De repente me invadió un miedo de que me ibas a meter algo en el recto. De hecho, tuve el mismo miedo la primera vez que vine a tu despacho. El pensamiento de un pene erecto metiéndose dentro de mí me pasó por la cabeza, pero lo saqué rápido de mis pensamientos. No te lo podía contar porque temía que me tomaras por loca».

Ahora ya estamos en condiciones de entender un importante aspecto de la personalidad de May que fue revelado en sus dibujos. La expresión burlona en la cara de la figura femenina expresaba el menosprecio de May por los hombres y su sentimiento de superioridad hacia ellos. Al mismo tiempo expresaba también su menosprecio por la mujer que se enreda con un hombre inadecuado y que, por ello, tiene que dominar la relación. Pero este concepto queda muy bien encubierto por una actitud de devoción y autosacrificio. A pesar de su esfuerzo consciente de ser diferente, May actuaba casi igual que su madre dominante con la que se identificaba inconscientemente. Su desprecio por el hombre se derivaba también de la experiencia con las lavativas. Inconscientemente consideraba el acto sexual como “empujar el pene en el recto” (la vagina), a lo que se sometía a pesar del sentimiento de humillación que engendraba en ella. La represión del sentimiento de humillación daba lugar al menosprecio que sentía por sí misma y por el hombre. El complejo juego entrelazado de fuerzas inconscientes en la personalidad de May puede quedar más claro si respondemos a su pregunta: «¿Qué es lo que quieres de mí?». May creía que los hombres querían que los tratara como una madre, que los cuidara y que se entregara a sus deseos, lo que ciertamente era verdad en el caso de su primer marido. Al mismo tiempo esperaba que él quisiera “metérsela por el culo”. Y eso era exactamente lo que su primer marido intentaba hacer.

May no podía separar el papel de madre que desempeñaba con su marido, de su actitud de sumisión sexual. Eran actitudes complementarias que equilibraban sus sentimientos de inferioridad (objeto sexual = trozo de culo) y superioridad (madre = protectora). De la misma manera, su desprecio por el hombre quedó reflejado en su desprecio por sí misma. Lo que evidentemente estaba faltando en su personalidad era la imagen de una mujer que podía ser esposa y con ello ser la compañera de su marido y, por

otro lado, la madre de sus hijos. En su actitud sexual May era una niña pequeña sometida a una lavativa. May estaba de acuerdo en que posiblemente era sexualmente inmadura; sin embargo, se consideraba madura en otros aspectos. Fue difícil hacerle ver que sólo era como una niña pequeña calzando los zapatos de su mamá.

Con este análisis de la personalidad de May he intentado explicar las actitudes neuróticas responsables de la incapacidad de alcanzar un orgasmo vaginal. Sus problemas no eran puramente psicológicos, pues estaban estructurados en las tensiones de su cuerpo. Su pasividad se reflejaba en una reducción generalizada de la motilidad corporal. Las tensiones musculares en la región lumbosacra, en las nalgas y en los muslos restringían severamente su capacidad de movimiento pélvico. A través de la identificación con el hombre, quiere decir, del enfoque de sus sentimientos sexuales en el clítoris, May negaba ser un objeto sexual (pasivo, sumiso) y afirmaba su derecho a ser considerada igual que un hombre (activo, agresivo). La fijación en el clítoris es una compensación por el sentimiento de inferioridad asociado con ser penetrada. Por este proceso mismo, no obstante, la neurosis de May sólo se hacía más profunda y sus problemas se intensificaron. En toda mi experiencia clínica nunca he conocido a una mujer que haya encontrado satisfacción y felicidad en un matrimonio en el cual su única forma de obtener liberación sexual fuera a través de la estimulación clitorial. Todos los matrimonios que estudié en los cuales esta práctica era aceptada como algo habitual estaban caracterizados por sentimientos de conflicto, frustración e insatisfacción.

May explicó que su primer marido había participado en un curso de preparación al matrimonio en una universidad y que juntos seguían las prácticas sexuales propuestas en los libros recomendados. Puesto que, según éstos libros, era poco usual que una mujer tuviera un orgasmo vaginal, su marido se sintió justificado para concentrarse en su clítoris. Cuando conocí a May le sugerí que leyera The Power of Sexual Surrender de Marie Robinson. Su reacción tras la lectura del libro fue: «Desearía que me lo hubieras recomendado hace diez años. Mi vida sexual habría tomado un rumbo muy diferente, estoy segura».

El orgasmo clitorial representa una forma de impotencia orgásmica en la mujer. Otra forma de impotencia orgásmica se da cuando una mujer es incapaz de llegar a algún tipo de clímax, ni durante el acto sexual ni a través de ninguna forma de estimulación. No llamaría frígida a una mujer así, pues muchas practican el sexo con ganas y encuentran placer en la cercanía y la intimidad con los hombres. Realmente frígida solamente se puede considerar a una

mujer que no experimenta sensación alguna de deseo erótico a través de las caricias sexuales de un hombre. En la mujer frígida, la vagina no se humedece nada y la penetración le resulta dolorosa. Tales casos de anestesia sexual fueron mucho más habituales en la era victoriana. Muchos estudios realizados por los tempranos psicoanalistas se dedicaron a este problema. Nuestro interés, sin embargo, se dirige más hacia el problema de la impotencia orgásmica a la que no se suele prestar tanta atención. Para ilustrar mejor este problema presentaré aquí la historia y los problemas de personalidad de otra paciente que era incapaz de obtener ningún tipo de clímax sexual.

Doris, desde sus primeros recuerdos, siempre se había sentido atraída por los chicos. Nunca le faltaron sentimientos sexuales. Siendo niña solía llevar las braguitas un poco bajadas entre las piernas lo que le producía sensaciones eróticas en la zona genital. Llegada a la edad adulta se excitaba con facilidad y sentía fuertes deseos de hacer el amor. Su problema se hizo patente después de su relato de una fantasía que había tenido tras masturbarse. Dijo: «Estaba medio dormida y medio despierta pensando que siempre me había retenido ante la gente. Tengo miedo de darme por completo. En este punto pasó por mi mente la imagen de una caja con la tapa cerrada que representaba lo que yo estaba reteniendo. La abrí y estaba vacía. Me sobresalté. Me hizo pensar que retengo algo, pero en realidad tengo miedo de que no haya nada allí para dar, o, si hubiera algo, que no sabré lo que es o cómo llegar a ello».

Esta imagen de vacío es algo que preocupa a mucha gente. Muchos pacientes se quejan de sentirse vacíos. Pero dado que nadie está realmente vacío, ¿cómo podemos compaginar este hecho con el sentimiento de un gran vacío interior? El sentimiento de vacío refleja la ausencia de sentimientos de amor— amor a uno mismo, amor a una persona del sexo opuesto, a la familia, a los vecinos o a los amigos—. La caja en la fantasía de Doris no sólo se refería a la vagina, de la cual era un símbolo, sino también a su pecho que encerraba el corazón. Lo que Doris en realidad parecía decir era: «No sé si tengo un corazón, o, si lo tengo, no sé lo que es y cómo llegar a él».

Doris siempre había sido ambivalente con respecto a su feminidad. En el transcurso de la terapia se dio cuenta de sus sentimientos homosexuales. La proximidad con una de sus amigas la excitaba sexualmente. Afortunadamente, Doris era capaz de aceptar este hecho y estos sentimientos no la preocupaban. Nunca se había entregado a ninguna actividad homosexual y todas sus experiencias sexuales habían sido con hombres. Sus sentimientos homosexuales formaban parte de su complejo sexual que también incluía fuertes

sentimientos de envidia hacia los hombres. Varias veces expresó el sentimiento de que deseaba ser un chico y tener un pene. En una ocasión soñó con que su hermana tenía pene y explicó: «No me parecía muy extraño. Era una cosa obvia y notable, y me fascinó. Ella podría haber sido yo, o puede que el sueño expresara mi deseo de tener uno». Cuando Doris nació, sus padres se sintieron decepcionados porque deseaban un niño.

Las fantasías y los sueños siempre dan lugar a multitud de interpretaciones. La caja vacía en la fantasía de Doris también se puede atribuir a la falta de un pene. Faltándole un pene, Doris se sentía vacía e incapaz de moverse. Pero aunque esta interpretación sea válida, me parece más acertado decir que Doris asociaba el sentirse incapaz de amar y vacía con no tener pene.

Doris padecía dos problemas físicos: era víctima de repetidos ataques de asma y luchaba con una neurodermatitis que era tan grave que en sus momentos más críticos lo único que podía hacer para aliviarse era yacer durante horas en un baño de almidón. Su asma se asemejaba a su impotencia orgásmica: el asma es la incapacidad de dejar salir el aire y la impotencia orgásmica es la incapacidad de dar libertad a los sentimientos sexuales. Ambas condiciones se disiparon mediante la terapia después de que su significado quedó esclarecido en el curso del análisis.

Un sueño relatado por Doris proporcionó una indicación más para comprender la naturaleza de su problema sexual. «Estaba andando por la calle con C. [una niña pequeña] —explicó Doris—. Paramos en una esquina para comprar un periódico y allí había un hombre que nos miraba de manera lasciva. Más tarde C. mencionó que lo conocía y que le había dado diez dólares por chupar una caña dulce. Yo sabía lo que quería decir y estaba horrorizada de que algo así le hubiera ocurrido a tan tierna edad y que ya no hubiera manera de remediarlo. Tenía miedo de que el hombre realmente la hubiera contaminado y, por otro, lado me sentía molesta con su manera tan desenvuelta de hablar de ello. Había sido tan inocente». Doris no ponía en duda su identificación con C. en este sueño. Era consciente de que había sido expuesta a la sexualidad adulta cuando era una niña pequeña y de que eso le había hecho sentirse sucia.

Un recuerdo tuvo un papel significativo para desenredar la complicada madeja de sus sentimientos. Doris se acordaba de que a la edad de tres años ella y otro niño pequeño solían estirarse en un sofá y observar cómo su madre limpiaba y cambiaba a su hermana recién nacida. Recordaba los sentimientos sexuales que la escena evocaba en ella y también que en esos momentos estaba muy constipada. No había ido de vientre en días y recordaba que tenía

allí una masa fecal grande, redonda y dura metida en el recto. Explicó: «Solía sentirlo. Parecía formar parte de mí. También tenía miedo a ello, miedo de dejarlo salir, aun sabiendo que tenía que dejarlo salir tarde o temprano y de que cuanto más esperara peor sería. Sabía que me dolería y que mamá se enfadaría».

El desenlace de este caso resultó ser muy interesante. Se produjo poco tiempo después de que el recuerdo antes explicado fuera revelado. La sesión empezó con la afirmación de Doris de que se había sentido diferente de las otras niñas, de que no se sentía a gusto con ellas. Dijo: «No sé charlar. No puedo mirar a la gente si no la conozco bien. Tengo miedo de revelar algo o la falta de algo. Siento vergüenza de mis problemas con la piel. No quiero que nadie lo vea».

Después Doris narró una fantasía que había tenido desde niña: «Tuve la fantasía de que mi padre entraba en mi cuarto mientras estaba durmiendo y me dejaba embarazada sin enterarme. Esto me atemorizaba mucho». Añadió que él solía beber y que pensaba que podía perder la cabeza e ir tras ella con un hacha.

—¿Qué te iba a hacer? —le pregunté.

—Cortarme la cabeza —dijo.

—¿Qué significaba eso?

—Que él podía hacerme cualquier cosa sin yo enterarme —respondió.

Mi interpretación era que, si su padre provocaba que Doris perdiera la cabeza, ella tendría relaciones con él y se quedaría embarazada. Una fantasía así se puede producir en una niña si en algún nivel de conciencia siente que no puede fiarse de su padre. Doris tenía que “mantener la cabeza” para protegerse contra la posibilidad de que su padre pudiera perder la suya. La necesidad de mantener la cabeza y el deseo de dejarse ir en el orgasmo, crearon un conflicto de personalidad que inmovilizaba a Doris en el acto sexual.

La fantasía antes descrita también se puede interpretar como una expresión del deseo infantil de Doris de quedarse embarazada de su padre. Aquí nos encontramos con uno de los conflictos más fuertes en su inconsciente: el deseo de quedarse embarazada y el miedo a ello. Luego Doris contó que durante todo su matrimonio había intentado sin éxito quedarse embarazada. Esta conversación trajo a colación algunas referencias sobre su abdomen. Doris indicó que su abdomen siempre había sido un problema para ella. Siempre había intentado mantenerlo metido hacia adentro para conseguir que fuera pequeño y prieto, pero que esta restricción interfería en su respiración y le producía ansiedad. Mi sugerencia fue que dejara su barriga libre y el hecho de dejar de retenerla la ayudó a

conseguir cierto grado de relajación durante las primeras fases de la terapia. Dijo: «Siempre parece como si estuviera embarazada, pero no lo estoy. ¿Será que inconscientemente tengo miedo a estar embarazada y de que se me note?». Estirada en el diván, de repente gritó: «¡Mi barriga!», y empezó a sollozar profundamente.

A la luz de este descubrimiento interno se hizo posible entender una función de las erupciones en la piel de su cara. Se me ocurrió que podría ser una maniobra de distracción, así que le pregunté: «¿Por qué querías que estallara tu piel?». Balbuceando respondió: «Para despistar la atención sobre mi barriga. Siempre tengo miedo de que se vea». Entonces añadió: «Toda la vida he tenido miedo a dejar salir mi barrí miedo a que pueda mostrar que estoy embarazada. Pero no?' estoy», insistió.

¿Podía tener este miedo alguna conexión con su incapacidad de alcanzar el orgasmo? Le pedí que asociara libremente con la palabra "orgasmo".

—¿Qué significa esta palabra para tí?

—Dejar ir, dolor y porquería. La pérdida de control y el miedo a que algo saldrá que me hará sentir vergüenza. —Se frotó los ojos y añadió—: Hay algo que mis ojos no quieren ver.

—¿Qué es lo que tus ojos no quieren ver? —pregunté.

—La porquería; y no quiero que nadie más la vea tampoco —respondió.

La "porquería", en vista de las circunstancias, podía tener solamente una interpretación. Se refería a la masa fecal grande y dura en su recto que había tenido miedo de soltar. Su miedo se refería a que iba a "hacer una porquería" y que su madre se asquearía y enfadaría, así como el miedo de que así mostrara ser un bebé. Lo último revelaría la transgresión sexual fantaseada con su padre. El concepto psicoanalítico de la identificación de las heces con un niño queda bien patente en este caso. Pero lo que me interesa más aquí es la relación entre las heces y la impotencia orgásmica. El orgasmo representaba para Doris el acto de soltar, el dejar que saliera algo. Heces igual a niña, lo que es igual a sentimientos sexuales. Cualquier alteración en la función de los movimientos intestinales quedará reflejada en una correspondiente alteración de los movimientos sexuales.

La unidad funcional del conducto digestivo es tal que aquí nos encontramos con dos alteraciones similares en ambos extremos del tubo. Así, la incapacidad de dejar ir corre paralela a la de ingerir. Doris tenía otra dificultad que reveló cierta relación con su incapacidad de alcanzar un orgasmo. Le costaba mucho, tanto chupar como morder. Hablamos de este problema en una sesión. En esa ocasión Doris tenía su chupete en la boca. Cuando lo apretó

fuertemente con los dientes y chupó vigorosamente de él, su vagina se inundó con sensaciones sexuales. La boca y la vagina son órganos homólogos en el sentido de que ambos son cavidades receptivas. El significado de esta relación funcional con respecto a la sexualidad fue comentado ya en un capítulo anterior. Al percibir estas sensaciones sexuales, Doris comentó: «Tengo miedo de morder porque, una vez empiezo a morder, lo arrancaré todo: pechos, pene... ¿Por qué he tenido tanta dificultad para tragar?». Empezó a llorar profundamente y repitió su pregunta. Entonces añadió: «He sentido algo. Es mi culpa. Tragar significa quedarme embarazada. Es como un orgasmo».

El deseo y el miedo, tan profundamente enraizados en Doris, de quedarse embarazada eran parcialmente responsables de su dificultad para tragar. De niña había creído que su madre se quedaba embarazada introduciendo algo en su cuerpo por la boca. Así que, evitando el tragar, no permitiendo que entrara nada, la niña pensaba que podría evitar el embarazo. Pero ¿por qué querría Doris quedarse embarazada? Decir que quería ser como su madre o que quería ocupar su lugar en relación con el padre, sólo explica las motivaciones psicológicas. Pero,¿cuáles eran las necesidades físicas para inducir tal deseo? Un bebé es un símbolo de amor. El estado de embarazo significa que una mujer ha sido amada y que está llenada de amor, es decir, con el producto del amor. El miedo y la preocupación (en la fantasía) de Doris por el hecho de que su caja estaba vacía —lo que interpretamos como una falta de amor— explicaban su deseo de estar embarazada. Tanto en la mujer adulta como en una niña pequeña, el embarazo se identifica con el sentimiento de ser amada. Es una de las maneras más fáciles de llenar el sentimiento de vacío interior.

Entonces apareció el recuerdo de otro incidente de su infancia. Doris se acordó de que su madre, siendo ella aún bastante pequeña, le había explicado de dónde venían los bebés. Doris pensaba que había sido un gran esfuerzo por parte de su madre ser tan franca con ella. Doris se acordó de que, cuando su madre terminó la explicación, ella salió corriendo de la habitación gritando: «¡No lo creo, no lo creo!». Luego añadió: «No la recuerdo embarazada aunque debió tener una gran barriga antes de que mi hermana naciera. Todo lo que recuerdo es como volvió a casa del hospital con mi hermanita cuando yo tenía tres años».

Era imposible que Doris no se hubiera dado cuenta del embarazo de su madre. Si bloqueaba la memoria de este estado, era para negar el significado de la barriga grande y llena. Ella también había tenido la barriga llena (el ano lleno de masa fecal) y había interpretado la información de su madre en el sentido de que los

niños nacían a través del canal anal. En más de un sentido el problema de Doris había sido demasiado grande. Estuvo expuesta desde muy temprano a los hechos de la vida, y éstos la superaban. Su desarrollo se paró debido a la confusión creada. Su genitalidad fue mezclada con el anhelo oral de amor y teñida de ansiedades anales. Su "caja" no estaba vacía, sino llena de sentimientos reprimidos. El análisis mostró que el deseo de Doris de quedarse embarazada era un medio para satisfacer sus necesidades orales. Pero el embarazo implicaba peligros. Revelaría su deseo incestuoso por su padre y presentaría el problema aparentemente sin solución de cómo dar a luz a un bebé sin "producir una gran porquería". La oralidad estaba sobrecargada con sensaciones genitales. Doris no podía morder ni tragar debido al miedo a que eso le provocara un embarazo. Su dificultad de respirar expresaba su miedo a dejar salir algo de ella. Incapaz de funcionar como una adulta e incapaz de regresar a la situación de niña, Doris sólo podía reaccionar llorando y con pataletas. Todos estos sentimientos tenían que llevarse a la superficie y ser liberados para que Doris pudiera llenarse con el afecto que deseaba dar y recibir.

Hasta que no consiguiera esto, estaría bloqueada por su miedo a "tragar" y su miedo a "dejar partir". El sexo era para ella un intento desesperado de encontrar amor desde el gran lío de impulsos y mecanismos de defensa que componían su personalidad. Es decir, Doris estaba intentando llegar a su corazón. No era de extrañar que inevitablemente se perdiera en esta situación tan confusa y que fuera incapaz de encontrar una salida (el clímax).

Después empezaron a aparecer los sentimientos más profundos de Doris. Dijo:«No busco el sexo sino estar cerca. Quería sentirme cogida en brazos y amada, pero cuando me acercaba a mi padre, él lo interpretaba como un deseo sexual y me apartaba. Mi madre se daba cuenta de mis sentimientos hacia mi padre. Ella lo amañaba todo con el sexo. Cuando yo me acercaba a mi padre por amor, ella lo hacía parecer deseo de sexo para que él se lo creyera y me rechazara. A ella tampoco me podía acercar. ¿Es ésa la razón por la que no puedo ser libre y espontánea? Estoy demasiado preocupada por el sexo. Siempre está en mi mente, consciente o inconscientemente. Se me mete en todo».

Después de expresar estos sentimientos, el patrón de sexualidad neurótica de Doris comenzó a desintegrarse poco a poco. Había utilizado el sexo como vía para conseguir cercanía y amor, pero había fallado en el intento. Con esta estrategia había seguido el ejemplo de sus padres que confundieron su amor de niña con sexualidad adulta. Cuando reanudamos la terapia después de una pausa de verano, Doris reconoció que tendría que abandonar su

apego y dependencia infantil de un hombre si quería ganar madurez emocional. Sacó este punto espontáneamente y tomó la decisión de cambiar la naturaleza de sus relaciones con los hombres.

Entonces reapareció su molesta dermatitis en algunas partes del cuerpo, aunque esta vez no en la cara. Eso se analizó como un desplazamiento de la masturbación infantil. De niñaDoris no había sido capaz de tocar su área genital con las manos. Solía llevar las braguitas un poco colgadas como mecanismo sustitutivo. Aunque se masturbaba regularmente sien, do adulta, nunca había alcanzado ningún clímax o descanso En el curso del análisis se dio cuenta de que debería ser capaz de hacérselo ella misma (darse placer y satisfacción a ella misma) y deseaba mucho ser capaz de conseguirlo.

Dos eventos se produjeron que ayudaron a resolver sus problemas. Le aparecieron unas erupciones de tal magnitud que hubo de ser hospitalizada durante una semana. En el hospital Doris se sintió libre, por primera vez, de las presiones de su situación laboral. Empezó a darse cuenta de su actitud compulsiva respecto al trabajo. Se había metido ella misma tanto en su trabajo que quedaba extenuada al final del día y ya no le quedaban fuerzas para cuidar adecuadamente ni tan siquiera de su apartamento. Cuando volvió al trabajo después del descanso en el hospital, empezó a funcionar a un ritmo más normal pero también se dio cuenta por primera vez de que se sentía muy cansada. Su cansancio había sido enmascarado por la compulsividad. La necesidad de poner más atención en su bienestar físico enfocó sus energías y atenciones en ella misma. La consecuencia fue un fortalecimiento de su sentimiento de ser ella misma y una disminución de su tendencia de involucrarse excesivamente con las situaciones externas, los hombres y el trabajo. Con este nuevo sentido de dirección aparecieron los primeros sentimientos de independencia y, pronto, Doris informó que había experimentado un clímax al masturbarse.

El segundo evento fue la pérdida de su trabajo que había mantenido durante muchos años. Ya había estado pensando en dejarlo, pero los acontecimientos se adelantaron a su decisión. Fue despedida con una muy buena paga de indemnización y sintió una gran liberación y libertad. Durante una buena temporada no necesitaría trabajar; y por una vez en la vida podría “permitirse ser” exclusivamente ella misma. En el contexto deesta nueva actitud hacia la vida y el redescubrimiento de sí misma aparecieron sensaciones orgásmicas en el acto sexual. No era tanto como hubiera deseado, pero significaba un comienzo y aumentaban en placer y número conforme su personalidad maduraba y florecía. Desde hace algún tiempo, Doris mantiene ahora una relación con un

hombre joven que es comprensivo pero respeta su intimidad, tierno pero no dependiente Su relación es una fuente de considerable placer para ambos y le está ayudando a hacer los avances necesarios para sentirse realmente una mujer.

Doris es ahora una persona completamente diferente de la que conocí unos años antes. Ahora su cara es suave e irradia felicidad, sus ojos tienen una expresión calmada. Su cuerpo le proporciona sensaciones agradables. Habiendo recuperado su cuerpo, siente el deseo de cuidarlo; con comida sana, suficiente sueño, aire fresco y ejercicio. Hasta hace poco había desatendido todo este aspecto de su existencia. Muchos problemas siguen sin resolver, tanto físicos como psíquicos, pero Doris tiene ahora una nueva confianza y una nueva seguridad. Como una flor que brota poco a poco hasta que de repente se abre de la noche a la mañana, los cambios tardaron mucho en prepararse. Pero tan sólo los cambios así de lentos, equivalen a un crecimiento verdadero, y no las transformaciones mágicas, son fiables y duraderos.

Llegué a tratar a muchas mujeres que han conseguido cierta medida de potencia orgásmica a través de la resolución de algunos de sus conflictos internos. Nunca ha sido una tarea fácil. No debemos hacemos ilusiones de que la potencia orgásmica se pueda alcanzar mediante rodeos o manipulaciones. El sexo no es un fenómeno aislado. El funcionamiento sexual de una mujer refleja su feminidad o la falta de ella. Cuando nos encontramos enfrentados a la impotencia orgásmica en una mujer, hemos de sospechar la presencia de conflictos profundamente arraigados en su personalidad. El infantilismo, la inmadurez y la masculinización son algunas de las fijaciones más habituales que pueden truncar la personalidad de una mujer. Socavan su sexualidad y le rebaten la satisfacción sexual Esto no se puede erradicar con un blanqueado mediante la sofisticación sexual. Si estamos dispuestos a conseguir una comprensión más profunda del problema, debemos investigar el fondo histórico de la confusión reinante sobre la personalidad femenina y la función femenina.

14. EL DOBLE ESTÁNDAR

No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que los problemas sexuales de las mujeres guardan cierta relación con el doble estándar de la moral a la que se han visto sujetas por incontables generaciones. ¿Qué niña normal no ha sido criada para cuidarse de los ataques sexuales de los hombres o para considerar un intento de seducción como una amenaza a su personalidad? Forma una parte tan profunda de nuestra cultura que hablamos de "una mujer perdida" pero nunca de un hombre perdido. La mujer que sale de los límites de su matrimonio para mantener una aventura es condenada; un marido que lo hace es meramente criticado. A la mujer joven se la intenta avergonzar en el nombre de la moral sexual; al hombre sólo se le recomienda ser discreto. El seductor es aclamado, por el seducido se siente pena. Hasta hace poco el placer del sexo era derecho exclusivo del hombre. Pero la emancipación de la mujer, finalmente, ha tenido éxito con su demanda de igualdad de privilegios e igualdad de satisfacciones.

El daño que el doble estándar ha infligido en las mujeres se extiende mucho más allá de la restricción de sus actividades sexuales. A través de los años actuó para romper su naturaleza unificada en dos aspectos opuestos: como objeto sexual es un ser inferior; como madre devota y sacrificada es un ser superior. A veces estos valores se invierten. La mujer comoobjeto sexual puede transformarse en una famosa estrella de cine, mientras que una madre queda relegada al papel inferior. La cortesana era envidiada y despreciada, el ama de casa aprobada pero limitada a su guión. Ahora los psicoanalistas explican a las mujeres modernas que deberían ser objeto sexual y madre, cortesana y ama de casa, todo al mismo tiempo. Desafortunadamente, la brecha en la conciencia de la mujer ha persistido por tanto tiempo que no puede ser curada por un simple mentís, ni borrada de la pizarra de la personalidad mediante la sofisticación sexual.

El doble estándar refleja la relegación de la mujer a una posición inferior en la cultura occidental. Su persona fue sujeta a la dominación masculina y su personalidad fue sometida en una cultura patriarcal. Simone de Beauvoir tenía toda la razón cuando describió a las mujeres como el "segundo sexo". Ha sido una larga lucha cuesta arriba para la mujer, desde los tiempos que, bajo la ley romana, era un bien mueble de su marido, hasta su actual situación de libertad y dignidad como ciudadana igual. Ha requerido muchos

esfuerzos abrir para ella la puerta hacia la educación y tan sólo recientemente consiguió el derecho al voto en los estados democráticos. Pero aunque su lucha ha sido ganada ampliamente en las áreas políticas y sociales, en el área sexual la batalla está todavía por ganar. Aquí los decretos y las leyes no son de gran ayuda. La experiencia de la Unión Soviética con la prostitución ilustra bien la dificultad. A pesar de un esfuerzo sincero de terminar con este problema mediante leyes y centros de reeducación, hoy hay tantas mujeres prostitutas en Moscú como en Nueva York, Londres o París.

Los problemas sexuales de la mujer no se pueden separar de los del hombre, lo que queda bien reflejado en una frase popular que reza: «La razón por la cual las mujeres mantienen su figura de niña es para retener a sus maridos infantiles». El doble estándar afecta al hombre sólo poco menos que a la mujer, pues disocia sus sentimientos tiernos y afectivos de sus sentimientos sexuales. Puede crear la condición de impotencia sexual en un hombre que ha de respetar a las mujeres de su propio ámbito social. No era nada infrecuente en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial que un hombre fuera impotente con su mujer aunque no con las prostitutas. Los primeros analistas trataron muchos casos de este tipo. Sin embargo, sería un error creer que este problema ha desaparecido. El hombre que mantiene una aventura con su secretaria pero cuyas relaciones sexuales con su esposa se han deteriorado no está considerado como impotente según los estándares sofisticados, aunque con ello muestre el mismo problema bajo un cariz distinto: la disociación de amor y respeto del sexo. Esta división en la personalidad del hombre socava su potencia orgásmica. Pero pensar en los hombres como los villanos responsables del doble estándar y de la subyugación de la mujer sería una manera miope de ver este problema.

El doble estándar tiene su origen en el desarrollo de la cultura occidental que está dominada por el ego masculino y su ideal del poder. Estaba precedido de una cultura más primitiva en la cual las funciones y atribuciones femeninas determinaban la relación del varón con la naturaleza y la vida. Este estado temprano es conocido como el período matriarcal en contraste con el posterior período patriarcal. Durante el matriarcado las relaciones de parentesco se transmitían exclusivamente por la madre. El varón era considerado una pura extensión de la mujer, que era venerada como la Gran Madre. Otra manera de ver el enorme cambio cultural que se produjo en el amanecer de la historia es relacionarlo con el destronamiento de las tempranas deidades femeninas y su sustitución por figuras masculinas que luego fueron glorificadas en el concepto judeo-cristiano del Dios Padre.

La imagen de la Gran Madre que el ego primitivo reprodujo en esculturas y dibujos era una mujer hermafrodita, con unabarba o un pene, que así combinaba lo masculino y lo femenino. En la temprana mitología egipcia era Neith, la dadora de nacimiento, "la madre que dio a luz al sol", pero que también era una diosa de la guerra. Hator llevaba un disco solar entre cuernos de vaca; daba leche y dio luz al sol, pero también era una "expoliadora de la humanidad, sedienta de sangre". La Gran Madre era la diosa de la vida y de la muerte, de la naturaleza entera y de todas sus manifestaciones. Era la personificación de la naturaleza, salvaje e indomable; tanto el colmillo de la horrible bestia como la canción del dulce pajarito pertenecían a ella. Su veneración estaba asociada con sacrificios de sangre, tanto de animales como de seres humanos, y con ritos de fertilidad que implicaban castraciones simbólicas o reales. La Gran Madre tenía dos aspectos opuestos: era la "madre buena" y la "madre terrible", dadora y tomadora, proveedora y destructora, vida y muerte. En este sentido representaba la naturaleza como el humano primitivo la experimentaba. Pero también era la madre de la infancia de uno, que nutría y daba confort, pero que también podía abandonar o hacer daño a su niño. Aquí también tenía un aspecto doble: la "buena madre" y la "mala madre".

La batalla que derrocó a las diosas femeninas no fue una lucha entre hombre y mujer, sino un conflicto creativo entre las fuerzas de la cultura y del inconsciente. Era una lucha librada en la mente y en el alma del hombre y de la mujer primitivos, como todavía es librada por cada individuo en su desarrollo ontogénico. Es la lucha de la mente consciente para comprender las fuerzas de la naturaleza y para doblegarlas bajo su voluntad. Es la lucha del ego para erguirse a sí mismo como maestro del id (ello), y tan sólo en la medida en que esta lucha tiene éxito, es posible la vida civilizada.

La llegada al poder del principio masculino se puede correlacionar con el crecimiento de la conciencia y el desarrollo del ego. Éste se desarrolla sobre la base de la conciencia, en forma de autopercepción y autoconciencia. Representa la diferenciación del individuo de su grupo. La conciencia primitiva se experimentaba a sí misma como identificada con y formando parte de la naturaleza y del grupo mediante lo que Lucien Lévy-Bruhl denominó «participación mística». La experiencia que el ego tiene del ser creó las dicotomías del uno mismo y los otros, del Yo y el mundo, del cielo y la tierra, del hombre y la mujer. Estas distinciones siempre habían estado presentes, pero quedaban veladas por el sentimiento de identificación mística que lo impregnaba todo. Cuando la naturaleza es percibida en términos femeninos, el ego emergente y

en desarrollo se identifica con el principio masculino. Este proceso, que en la mitología es representado como la "separación de los padres del mundo", asigna a la conciencia, tanto de hombres como de mujeres, una cualidad masculina. La luz, el día y el cielo representan lo masculino, en oposición a la oscuridad, la noche y el inconsciente que tienen carácter femenino. La inconsciencia es dormir y el dormir es un retomo simbólico al útero y la tierra.

Un factor clave para el derrocamiento del sistema matriarcal fue el conocimiento del papel que tiene el órgano masculino en la procreación. En algunas culturas como la de las islas Trobriand, su función en la concepción era desconocida hasta muy entrado el siglo XX. Se asumía que la concepción se producía cuando el espíritu entraba en el cuerpo de la mujer desde el agua o el aire, por lo que se consideraba como receptáculo que contenía en sí mismo el principio generativo. Su símbolo era la cornucopia que vertía los frutos de la tierra. Es fácil de entender las dificultades de los primitivos para relacionar las relaciones sexuales con el embarazo y el nacimiento. La poca frecuencia de los embarazos en comparación con el gran número de actos sexuales y el largo intervalo de tiempo entre la concepción y el nacimiento parecía negar cualquier conexión directa. Este conocimiento fue adquirido porprimera vez por las tribus nómadas cuya economía dependía de la crianza y del cuidado de los animales. Podemos suponer que fueron ellos quienes transmitieron este conocimiento a las culturas agrícolas. Pero este conocimiento todavía no socavó el matriarcado hasta que no apareció en la escena social la propiedad privada.

Históricamente se puede relacionar el crecimiento del patriarcado con los progresos culturales relacionados con la sustitución de la edad de piedra por la edad de bronce, marcada por la incorporación del uso de metales. La fundición de minerales y el forjado de objetos de metal dependía de la habilidad de dominar el fuego para actividades constructivas. El hombre de la edad de piedra había utilizado el fuego para cocinar y calentarse. Sin embargo, este uso del fuego para transformar la naturaleza (mineral en metal y éste en instrumentos) representó un cambio enorme en la relación del hombre con la naturaleza. Le transfería el poder de cambiar la naturaleza, un poder que dependía de su propia voluntad, en contraste con el hombre de la edad de piedra cuyos intentos de controlar o influir sobre la naturaleza dependían del uso de la magia y de rituales. Hizo posible la aparición de la propiedad como un poder.

Tanto el conocimiento como la propiedad existían también en el matriarcado. El hombre de la edad de piedra había acumulado ciertas experiencias y se daba cuenta de determinadas secuencias de

eventos. Pero el fenómeno de la transformación natural, ejemplificada por el ciclo vegetativo o el nacimiento de un niño, era un misterio para él. Pertenecía a lo desconocido o a las fuerzas oscuras. El conocimiento finalmente adquirido por el ego era el conocimiento de causa y efecto, de relaciones. Era el conocimiento de lo bueno y lo malo. Lo bueno consistía en el poder de transformar la naturaleza; lo malo era la percepción del hombre de su propio aislamiento, de su inseguridad y de su mortalidad. Erich Neumann hace la misma observación en su libro *The Origins and History of Conciousness* (Los orígenes y la historia de la conciencia): «La conciencia del ego no sólo conlleva un sentido de soledad; también introduce el sufrimiento, el esfuerzo, la preocupación, el mal, la enfermedad y la muerte en la vida del hombre en cuanto estos aspectos son percibidos por su ego». Todos estos aspectos negativos de la vida ya existían antes, pero eran meros eventos, no conceptos; significaban mala suerte, no peligros amenazadores. Ahora había que levantar un complejo sistema de protecciones de seguridad contra estos peligros.

El poder de la propiedad es una de estas defensas para la seguridad. La propiedad en el sentido de poder tuvo su comienzo con la producción de excedentes. Los excedentes de comida, sea animal o vegetal, son un tipo de propiedad que representa una seguridad frente a la naturaleza, puesto que permite a su propietario cierta independencia respecto a los caprichos de la naturaleza. El grano almacenado en silos es la protección del hombre contra el peligro de años magros con escasez de comida. En este contexto no podemos ignorar que el grano almacenado en los graneros de los faraones proporcionaba la base material para su poder y dominio. Pero una producción digna de confianza de un superávit de alimentos exigía el uso de herramientas superiores a las que tenía el hombre de la edad de piedra, es decir, herramientas de metal. De manera similar, el uso de armas de metal permitía al poseedor de propiedades proteger mejor sus posesiones contra la depredación. De esta forma un conjunto de factores que incluían el conocimiento, el uso del fuego y del metal, los excedentes de comida, etc. transformó la cultura de la edad de piedra con su organización matriarcal de la sociedad en una cultura basada en el poder y dominada por el principio masculino.

La diferencia entre estas dos culturas está relacionada con la distinción entre poder personal e impersonal. El hombre primitivo tenía poder personal en forma de habilidades, conocimiento esotérico como hombre de medicina o chamán, o atributos físicos especiales como gran fuerza corporal. También tenía propiedades en forma de cobijo, vestimenta, utensilios, herramientas y armas.

Pero sus propiedades, tal como sus conocimientos, formaban parte de su persona. Pertenecían a él como su cuerpo le pertenecía y no podían ser enajenados. Propiedades similares podían ser adquiridas por cualquier otro individuo. El poder resultante de una buena despensa de provisiones es impersonal y absoluto. Es independiente de la personalidad de su propietario, de la misma manera como una espada tiene un poder independientemente de la persona que la empuñe.

Pero ¿qué tiene todo esto que ver con la cuestión del doble estándar? ¿No parece significativo que durante miles de años y hasta hace bien poco la adquisición de conocimiento y la posesión de propiedades fueran considerados como un derecho exclusivo de los varones? ¿Por qué a la mujer sólo se le permitía una participación muy marginal en estos avances de la cultura? ¿Qué prejuicio existe en la mente inconsciente del hombre en contra de la mujer? ¿Puede que todavía la considere como la Gran Madre que amenaza con castrar y destruirlo? La respuesta a esta última pregunta ha de ser afirmativa. El miedo a la mujer es tan profundo como el miedo a la naturaleza que es coexistente con el miedo del hombre a su propia mortalidad.

Los faraones utilizaban su poder, no para el bien común, sino para fomentar sus defensas contra la percepción de la muerte. El arte de la momificación y la construcción de las pirámides da testimonio de su preocupación por la muerte y de su deseo de inmortalidad. Lewis Mumford escribe de forma magistral sobre este tema en *La condición del hombre** «La muerte se presenta para todo ser vivo: pero sólo el ser humano ha creado, desde la constante amenaza de la muerte, un deseode resistir y, desde este deseo de continuidad e inmortalidad en todas sus formas concebibles, un tipo de vida con más sentido, mediante el cual redimir la pequeñez de su persona individual». En esta forma más básica el deseo de continuidad e inmortalidad queda enfocado en la descendencia, en este hijo que continuará “el nombre y la cruzada de su padre”. Wilhelm Reich percibió que en un principio la represión del sexo se originó en la práctica de los matrimonios entre primos. Esta práctica, de hecho, significaba que las clases en el poder limitaban la sexualidad de sus hijos para asegurarse una transferencia ordenada del poder de una generación a la siguiente. Sabemos que entre los faraones se practicaba el incesto, probablemente por la misma razón.

En las clases bajas de una sociedad la cuestión de legitimidad o ilegitimidad es menos importante que en la clase acomodada. En una cultura tribal en la cual la individualidad no ha alcanzado un significado tal como lo tiene para la gente civilizada, el problema de

ilegitimidad no existe. Es de dominio común que el doble estándar también sirve para que el hombre pueda estar seguro de que su procedencia realmente sea producto de su semilla y no de la de otros. La insistencia en la castidad y la fidelidad no puede tener solamente motivos económicos. En Normandía, entre la gente del campo, un niño ilegítimo es bien recibido porque representa una ayuda para la granja. La exigencia de la castidad femenina se basa en motivos psicológicos y religiosos. En la mente de un hombre, la castidad de la mujer le ofrece cierta garantía de que su poder de voluntad pase hasta sus descendientes. La historia de Tom Jones muestra que un vínculo de sangre a menudo es más fuerte que un afecto consciente. La infidelidad del hombre no representa tal peligro para su ego. Afortunadamente está cambiando esta situación. Una conciencia social más amplia y un horizonte de futuro más limitado se han combinado para enfatizar la importancia del aquí y ahora.

Como ya he dicho, el doble estándar ha tenido el efecto de dividir la personalidad de la mujer en dos funciones antitéticas: la de objeto sexual y la de madre. Entre los antiguos griegos la mujer como madre o hija quedaba confinada casi por completo a la casa. No tomaba ninguna parte en los asuntos de los hombres y se ocupaba de la marcha de la casa y la crianza de los niños. Su limitación a este papel redujo su valor al de una pareja sexual para su marido. La fisura que creaba esta situación en la vida emocional del hombre le llevaba a buscar relaciones eróticas fuera de casa. Éstas solían tomar la forma tanto de intereses homosexuales en chicos jóvenes como el concubinato con una cortesana. La homosexualidad en la vieja Grecia refleja una actitud misógina que está ausente en los escritos de Homero. Robert Flaceliere, en su estudio *Love in Ancient Greece* apunta que «muchos de los antiguos griegos derrochaban todo su afecto basado en la sexualidad en chicos, puesto que consideraban a los miembros del otro sexo como seres inferiores con falta total de educación y refinamiento, buenos sólo para asegurar su posteridad». Los griegos con tendencia heterosexual podían acudir a las cortesanas para su placer.

Existían dos tipos de prostitución en la antigua Grecia. La prostitución religiosa estaba organizada por ciertos cultos como un servicio a la diosa del amor. La ciudad de Corinto se jactaba de “un millar de diligentes prostitutas” que atraían muchos turistas y contribuyeron en gran medida a la riqueza de la ciudad. Además existían muchas prostitutas independientes. La mayoría de las heteras o cortesanas eran esclavas o provenían de las familias más pobres. Flaceliere desecha la idea de que las heteras estuvieran mejor educadas que las mujeres liberadas. Algunas tenían talento

musical, pero su atractivo principal era el de ser objetos sexuales.

Desde el punto de vista del ego griego, la mujer era un objeto para usar, sea sexualmente o como madre. Lo primeroestá asociado con la prostitución, lo último con el matrimonio. Esta actitud cambió un poco durante el período alejandrino, pero la jerarquía de valores establecida por los griegos clásicos ha sobrevivido hasta el presente. La conciencia, el conocimiento y la razón (todos valores masculinos) fueron considerados superiores al instinto, la intuición y los sentimientos (valores femeninos). De manera similar, el poder como valor reemplazó el sentido de identidad y obligación mutua que formaba la base de las relaciones tribales previas. Desafortunadamente, aunque es posible de forma necesaria, el crecimiento de la individualidad se produjo a expensas de los derechos humanos de otros individuos: los esclavos, la servidumbre feudal, el sujeto de los estados nacionales y la mujer.

Dos fuerzas, ambas resultado de la conciencia masculina, intentaron revestir esta situación tan desigual e injusta de las cosas. Una de estas grandes fuerzas era el concepto del amor cristiano, que durante dos mil años ha estado esforzándose por contrarrestar el atractivo del poder con el ideal del amor fraterno. Introdujo una nueva dimensión en la relación entre hombres y mujeres, una que estaba ya presagiada en los mitos y las leyendas. En la lucha con el monstruo, representante de la Gran Madre, el héroe a menudo encuentra el apoyo de una figura femenina amable que salva al héroe del peligro y que está dispuesta a sacrificarse por él. Neumann dice de estas mujeres que «el aspecto fraterno de la relación entre hombre y mujer es esta parte de la relación que destaca el elemento humano común entre los dos; en consecuencia proporciona al hombre una imagen de la mujer que está más cercana a su ego y es más amistosa con su conciencia que la imagen de la mujer sexual». Lo que en los mitos fue una visión, en la vida cristiana se hizo realidad. De esta manera, la personalidad de la mujer se vio elevada a un nuevo nivel.

La otra fuerza fue el desarrollo conocido como amor romántico que también tuvo como efecto un ennoblecimiento de la mujer y un realce de su valor. La bella dama del sueño del caballero era objeto de veneración, no de deseo sexual. Le permitía cantar sus alabanzas e ir a la batalla llevando sus colores, pero no le era permitido poseerla. En los primeros tiempos del amor romántico, esta dama a menudo era la mujer de otro hombre. El matrimonio, de cualquier manera, iba en contra de las reglas del amor romántico. El objeto de la pasión del caballero era idealizado. Sólo mediante esta capacidad ella podía encender su ardor hasta el punto de realizar heroicas hazañas en su honor. Se transformaba en la inspiración de sus

actividades, pero nunca en la satisfacción de sus anhelos. Brotando de una conciencia más alta de la individualidad, el amor romántico apuntaba hacia una percepción más elevada, más espiritual de la mujer, lejos de su sexualidad.

El conocimiento, el poder, el amor cristiano y el amor romántico son ideales válidos para el hombre civilizado. La meta de una conciencia más elevada es un objetivo muy legítimo. Un énfasis exagerado en la conciencia, sin embargo, puede dar como resultado la pérdida de la unidad de la personalidad. Una insistencia indebida en la importancia del ego, fácilmente lleva al aislamiento y a la paranoia. El conocimiento invariablemente se transforma en sofisticación cuando ya no es el sentimiento lo que guía su aplicación. El dominio sobre la naturaleza a menudo termina en su destrucción. La emancipación de la mujer es una victoria hueca si es obtenida mediante la negación de su naturaleza esencial como receptáculo que guarda el misterio de la vida.

15. LOS ROLES SEXUALES DE LA MUJER

Las mujeres tienen cuatro roles principales en relación con el sexo masculino: los de objeto sexual, hermana, ideal romántico y madre. Estos papeles no existen en el nivel instintivo del comportamiento que se ocupa de las funciones animales. El comportamiento instintivo funciona sin estar sujeto a las consideraciones conscientes y, por ello, es independiente de cualquier concepto relativo a desempeñar un papel. En el estado primitivo de la condición humana los mencionados aspectos eran indiferenciados; la mujer aparecía en su funcionamiento total como la Gran Madre, que combinaba todos sus roles implícitos. Con el surgimiento del ego y el derrocamiento de la cultura matriarcal, la unidad de la personalidad femenina fue dividida en las categorías antitéticas de objeto sexual y madre. Antes, la mujer cumplía ambos papeles dentro de la función total del concepto de la Gran Madre. Esta división, que aconteció al comienzo de la civilización, también se puede ver como un proceso de cristalización mediante el cual lo que antes fue implícito, de pronto se reconocía explícitamente. De manera similar, la evolución cultural que produjo el cristianismo y el amor cortés, reveló dos aspectos más de la personalidad femenina: la figura de hermana y el ideal romántico.

Estos cuatro papeles corresponden a los cuatro estados de su vida personal: hija, hermana, amada (ideal romántico) y madre. El desarrollo psicosexual normal de la mujer es un proceso de crecimiento que incorpora estas fases, una tras otra, en su personalidad cada vez más madura. Cuando llega al estado final de la maternidad, idealmente ha pasado a través de y ha integrado con éxito en su ser los otros aspectos de su naturaleza. La maternidad no es la meta sino el paso final en la progresión hacia la realización de la naturaleza. Cada estado es una consecuencia de una evolución basada en el estado anterior. Así, una mujer no puede funcionar como hermana de un hombre si antes no ha desarrollado su papel de hija. Sin embargo, si se producen alteraciones que bloquean el desarrollo de una niña en un estado temprano, entonces su comportamiento como adulta reflejará estas alteraciones; es decir, ella quedará dominada por este aspecto de su personalidad.

De manera normal, estos aspectos quedan difuminados en la vida diaria de una mujer como persona. En un matrimonio sano, el marido no considerará a su mujer ni como objeto sexual, ni como hermana, ideal romántico o madre. Responderá a ella

biológicamente y pensará en ella como una persona unificada. Sin embargo, cuando el patrón de comportamiento de ella está limitado y estructurado conforme a un papel específico, él la percibirá en términos de ese rol. Así, un hombre que va con una prostituta actúa con la percepción de que ella ha asumido el papel de un objeto sexual. Cuando el desarrollo psicosexual de una mujer ha sido fijado en una de estas etapas, la reacción del hombre hacia ella queda limitada por este papel específico que ella adoptó. Él, inconscientemente, reaccionará ante ella en términos de este papel. Con esto no quiero decir que la mujer neurótica no intente cumplir también con los otros papeles, es decir, que trate de ser una persona completa; su capacidad para ello, sin embargo, estará obstaculizada por la detención de su desarrollo psicosexual en un nivelno completado. Presentaré a continuación la estructura de carácter y el comportamiento sexual de la mujer cuya personalidad ha quedado fijada en cada uno de estos papeles.

1. La detención del desarrollo en el nivel de hija debido a la incapacidad de resolver la situación edípica detiene la personalidad de la mujer en el papel de objeto sexual. Una mujer así se transforma en prostituta psicológica y fácilmente puede llegar a convertirse en una prostituta de verdad. La diferencia es sólo gradual. La prostitución no consiste en el acto de cobrar dinero por el uso del cuerpo (las prostitutas sagradas de Corinto no recibían recompensas económicas por sus servicios); el término "prostitución", como lo defino yo, consiste en permitir que el cuerpo sea utilizado sexualmente sin ningún sentimiento profundo por la otra persona. En el sentido psicológico, este tipo de prostitución engloba también las variantes habituales de mujeres haciendo la calle o trabajando en casas de citas. El cobro de dinero por tales servicios añade otro insulto más para el hombre. Le hace saber que, sea cual sea el sentimiento que tenga hacia esa mujer, para ella no significa nada. Maryse Choisy afirma que «la prostituta que cobra dinero de un hombre, lo está castrando». Por otro lado, la entrega de dinero a una mujer se puede interpretar también como una expresión de gratitud. Es la exigencia de pago lo que refleja el desprecio.

Las prostitutas han sido estudiadas analíticamente ya hace décadas y las tendencias inconscientes básicas que motivan tal comportamiento son largamente conocidas ahora. En todos los casos se pudo observar una gran falta de amor paternal, hasta tal punto que la niña se sentía no querida y no deseada. Esta carencia básica producía una división en la relación infantil con respecto a los otros y a sí misma. Sintiéndose no querida, la niña llegó a negar

su necesidad de amor y a proyectarla sobre otros. La autonegación y la proyección son los mecanismos básicos que usa la niña no querida para protegerse contra el dolor del rechazo. Se transforman en fuerzas de control que dominan el comportamiento de la prostituta profesional.

El efecto inmediato de la carencia de amor es la incapacidad de estar sola. La reacción neurótica de la prostituta a su necesidad de calor humano es el rechazo de toda relación social normal, la que va sustituyendo por pseudo-relaciones: con sus clientes, con su proxeneta, con otras prostitutas y con elementos de los bajos fondos. La falta de amor se compone de una falta de comprensión por parte de su padre, en el cual la niña transfiere su anhelo oral sin satisfacer. Esta transferencia, que hasta cierto punto se produce en el desarrollo psicosexual de todas las niñas, crea una dependencia exagerada de la figura masculina. La prostituta profesional niega su dependencia y la proyecta en los hombres. Ella siente, en un nivel de su consciente, que todos los hombres la necesitan y la desean. Este sentimiento es sustentado por su observación de que la mayoría de los hombres responden a ella como un objeto sexual. La conciencia de su atractivo sexual emergió ya temprano en su vida. En la mayoría de los casos encontramos una historia de violación sexual o interés sexual abiertamente expresado por hombres adultos cuando ella todavía era una niña. La pérdida de autoestima, que es el resultado de sentirse rechazada como objeto de amor pero aceptada como objeto sexual, produce una reacción repulsiva contra la sexualidad y una represión del sentimiento sexual en la niña. De nuevo actúa la negación, y la repulsa es vencida en el interés de una pseudo-relación con el hombre. Pero la represión sigue presente de manera que la prostituta profesional es frígida. Su necesidad de sentimiento sexual y satisfacción queda proyectada en el hombre. Frustrada en sus intentos de ser una persona, la prostituta odia a los hombres y tiene miedo de ellos. Este miedo es enmascarado mediante el desprecio, y el odio es encubierto por una actitud sumisa.

La personalidad general que se forma sobre este fondo es deficiente a nivel de ego, falto de sentido de ser y con carencia de sentimiento genital. La prostituta es un individuo inmaduro con una estructura oral de carácter en la cual por regla general se encuentran también tendencias esquizofrénicas y paranoides. La brecha en su personalidad se refleja en su ambivalencia con respecto a los hombres; su necesidad de amor y aceptación es dirigida hacia su chulo al que la prostituta teme y odia, mientras que su cliente recibe su indiferencia y menosprecio.

La prostituta profesional reprime la conciencia de su necesidad

de amor y exterioriza, mediante un comportamiento antisocial y rebelde, sus sentimientos negativos hacia los hombres. La prostituta psicológica, a diferencia de la profesional, reprime su rebeldía y exterioriza su necesidad de amor. Puesto que su comportamiento no es antisocial, podemos deducir su significado sólo del estudio de su historia personal. Laura es un buen ejemplo para ello.

Cuando vi a Laura por primera vez, tenía alrededor de cuarenta años. Ella sentía que no había llegado a ninguna parte en la vida. Había estado casada una vez, durante la guerra, pero su marido no había hecho ningún esfuerzo para sostenerla y la dejó por otra mujer. Un niño nacido durante la vida matrimonial fue dado en adopción. Después de la ruptura del matrimonio, Laura tuvo muchas aventuras y vivió con más de uno de estos hombres. Varios embarazos acabaron en aborto. Laura parecía incapaz de desarrollar una relación duradera con un hombre. Aparte de su matrimonio, que había durado tres años, había tenido tan sólo una única relación con un hombre que duró más de un año. No faltaron los hombres a los cuales se entregara sexualmente. La sexualidad era importante para ella (estaba familiarizada con las ideas de Reich sobre la función del orgasmo), pero nunca había experimentado ningún orgasmo, ni con un hombre, ni a través de la masturbación.

Yo describiría a Laura como prostituta psicológica. Nunca les exigía nada a los hombres con quienes mantenía relaciones y pocos le dieron algo. Parecía contenta de darse a un hombre si éste expresaba un mínimo de deseo por ella. Era como una niña que no podía o no quería decir que no. Laura se ganaba la vida trabajando como secretaria, pero los trabajos nunca le duraron el suficiente tiempo como para llegar a ganar un buen sueldo o incluso acumular algunos ahorros. Dejaba los trabajos, igual como dejaba a los hombres, porque no la satisfacían. Por ello, comprensiblemente, vivía en circunstancias bastante modestas y a menudo tenía deudas. La falta de posesiones materiales no parecía molestar a Laura puesto que consideraba estas cosas como de poca importancia. Era una persona a la deriva. Se metió y salió de varios tratamientos analíticos y yo pude trabajar con ella sólo durante una corta temporada.

La cualidad más destacada de Laura fue la suavidad de sus maneras y de su expresión. Sus ojos marrones eran como estanques limpios y me recordaban los ojos de un animal. Su voz era suave y bien modulada. Sus labios eran sensuales con cierta tendencia a formar pucheros. La expresión de su cara reflejaba el atractivo de su personalidad. Un hombre fácilmente podía responder a ello como a una demanda directa de amor y no se toparía con un rechazo. Laura era de altura media. Su cuerpo era delgado y esbelto pero fuerte.

Tenía un tórax estrecho con pechos llenos y una pelvis pequeña e inmadura. Sus piernas largas y rectas mostraban signos de varices. A pesar de sus cuarenta años Laura no aparentaba más que treinta. Emocionalmente era todavía una niña.

Fue la primera de cuatro hermanas. Dijo que nunca se había sentido cercana a su madre, a la que describió como una mujer emocionalmente débil y muy niña en su actitud. Se sentía muy cerca de su padre y se consideraba a sí misma como "la niña pequeña de papá". Laura recordaba muchas intimidades físicas con su padre como besos, estar sentada en su falda, y que la llevaba a la cama por las noches. Se daba cuenta de que su padre respondía a sus encantos de niña pequeña y que su madre estaba celosa y reaccionaba con hostilidad hacia ella. Desafortunadamente, el padre de Laura murió cuando ella tenía diez años y las niñas fueron metidas en un orfanato, donde Laura permaneció hasta la mayoría de edad.

Sería una deducción razonable decir que las actividades promiscuas de Laura representaban la búsqueda de su padre perdido. Brigit Brophy, escribiendo sobre la prostituta profesional, dice: «El sexo masculino es una lotería de la cual la prostituta ha comprado el máximo número de participaciones posible. Cualquier número de los que posee puede ser el ganador, el padre que está buscando». Pero, desde luego, la prostituta nunca lo encuentra. Encontrar al padre y practicar el sexo con él es incesto, en lo que ni siquiera la prostituta puede caer. ¿Está Laura condenada a pasar el resto de su vida buscando una imagen perdida? ¿Está destinada a repetir constantemente su experiencia infantil de tener un padre y perderlo? Si es así, ¿cuáles son las dinámicas de su carácter que le imponen tal destino?

Laura había quedado fijada en la fase de hija en sus relaciones con los hombres porque era incapaz de encontrar una solución a su situación edípica. Con eso quiero decir que no podía pasar más allá del papel de la "niña pequeña de papá" porque no podía hacer frente a los sentimientos sexuales de su padre. Pero tanto el padre como la madre son los causantes de la dificultad de Laura. La respuesta del padre hacia ella como un objeto sexual la ligaba a él en una relación sexual latente que no se podía realizar. Esto alienaba a Laura de su madre, a la que consideraba como una rival. Laura no aceptaba a su madre y, por ello, no podía afianzar ninguna identificación consciente con ella. Era incapaz de llevar una casa adecuadamente o de ocuparse de la cocina. Pero aun así Laura mostraba muchos de los patrones que rechazaba en su madre. Como ella, era emocionalmente débil e inmadura. Y, también como su madre, que la metió en un orfanato, Laura dio a su propio niño en

adopción.

De niña Laura sintió por instinto que comprendía las necesidades sexuales de su padre y que podría satisfacerlas. No era un conocimiento consciente, sino una percepción de la niña, de su naturaleza femenina y de su valor como objeto sexual aceptable para el hombre. Esta percepción crea la situación conocida como problema de Edipo. Corresponde al primer brotar de la genitalidad que finaliza la fase oral del desarrollo personal. Si este desarrollo no es perturbado por reacciones sexuales adultas, se apaciguará y permitirá la posterior evolución de la personalidad de la niña. Pero a Laura le quedó velado tal desarrollo normal. Ella estaba alienada de su madre y dependía de su padre debido a su esperanza de que él le dedicaría la vida, en contraprestación por su buena disposición para satisfacer sus necesidades. Este entendimiento se erigió en la base de las relaciones de Laura con todos los hombres y pone de manifiesto un actitud infantil capaz de concebir tal "trato". Laura nunca captó la idea de que el amor no se puede comprar con servicios o sumisión.

En el comportamiento de Laura era dominante el lado positivo de la ambivalencia de la prostituta. En vez de negar su necesidad de amor, la aceptó; era consciente de la necesidad de encontrar y afirmar su sexualidad; también aceptaba su dependencia del hombre, al que tanto temía como odiaba. La incapacidad de Laura para alcanzar un clímax vaginal era causada por un movimiento pélvico poco adecuado. En el acto sexual apretaba la pelvis hacia adelante como un bebé estira la boca para coger el pecho. Una vez el hombre la había penetrado, ella se aferraba alrededor del pene por miedo de perderlo. Debido a la rigidez en sus piernas y de su pelvis, los movimientos sexuales de Laura eran indecisos e inseguros. Su fijación de la pelvis en una posición adelantada era tan fuerte que inmovilizaba su respiración. No podía alcanzar ningún orgasmo porque no podía "dejarse ir". Y no podía encontrar a un marido satisfactorio porque no podía decir no a ningún hombre.

Hay una prostituta en cada mujer que ha sido la hija de su padre; con eso quiero decir que toda niña intuitivamente se percata de que tiene lo que hace falta para hacer feliz a un hombre. Siente en algún rincón profundo de su ser que los hombres harían bastantes cosas por ella por esta razón. Sabe, inconscientemente, que la mujer es un objeto sexual para el hombre, y acepta este hecho. La reacción de las mujeres mayores a cualquier indicio de un comportamiento en una chica joven que sugiere esta conciencia es muchas veces muy extrema. A menudo se les llama putas, guarras, u otras cosas por el estilo, por bailar inocentemente —aunque quizás

de forma provocativa— delante de sus padres o por mostrar un interés especial hacia ellos. Estas reacciones adultas excesivas a tal exhibicionismo ingenuo a menudo provocan mucho daño en la niña, pues, su manera de actuar no es otra cosa que una expresión de la naturaleza esencial de la mujer. Esta naturaleza ya seguirá su debida transformación en un desarrollo normal si se la deja tranquila. En muchos aspectos, el comportamiento de Laura con sus amantes se parecía al de una prostituta con su chulo.

También podemos encontrar en la forma de actuar de Laura el lado negativo de la ambivalencia de la prostituta, aunque raras veces expresado directamente. Su petición de amor tenía también su componente destructivo. El encanto seductor de sus ojos y de sus maneras era tan letal como el de una planta insectívora. El hombre que entraba en ella era comido o devorado, psicológicamente hablando. Sólo tragándose al hombre podía llenar el sentido de vacío interno en su ser. Pero, fuera lo que fuera que el hombre le daba, nunca era suficiente. Sunecesidad era insaciable y sus amantes sólo podían sentirse culpables por fallar. Al final los escupía por carecer de valor para ella. Su desprecio del hombre quedó abiertamente expresado. «No saben si reciben o no reciben nada a través del sexo.» Laura reaccionaba a sus frustraciones con depresiones que la aislaban en una nube oscura y que a menudo arrastraban a sus amantes a su propio pozo de desesperación.

Los hombres que respondían al atractivo de Laura estaban buscando a una madre. Tuve ocasión de tratar a uno de los amantes de Laura. Estaba buscando a una madre que iba a ser suave y comprensiva con él, que no le iba a exigir demasiado. Laura prometía esas cosas. Ella estaba buscando a un padre que fuera amable con ella, que la protegería y la amaría. Eran como dos niños jugando al juego de ser mayores. No podía funcionar y no lo hizo.

2. La relación de hermana con un hombre se basa en un interés común y un sentido de igualdad. Refleja el sentimiento de una niña preadolescente hacia los chicos de su edad, sus hermanos y sus amigos. Un sentimiento fraterno verdadero implica la aceptación de los derechos del otro como una persona y el respeto por las diferencias sexuales. La relación de hermanos, sin embargo, básicamente es asexual, puesto que biológicamente está determinada por el período de latencia que se extiende desde la edad de cinco o seis años hasta la adolescencia.

Muchas niñas quedan atrapadas en este nivel de su desarrollo personal, lo que no les impide casarse y/o tener niños. Sin embargo, su fijación en el nivel de hermana condiciona en gran medida la relación con sus parejas. En este caso, la relación matrimonial en primer lugar no es sexual, sino un intento de encontrar mutuo

apoyo en el mundo. Tuve la ocasión de tratar a un hombre y una mujer que mantenían una relación así. Me impresionó su imagen de dos niños como de once años buscando el camino a través de un bosque oscuro, cogidos de la mano para darse mutuamente protección y seguridad. De hecho, cada uno de ellos terna miedo de estar solo, y cuando uno amenazaba con partir, el otro entraba en pánico. El hombre tenía treinta años y su mujer veintiséis. Ambos habían estado casados antes.

En una relación de hermana con su pareja sexual, la mujer, sobre todo, se considera compañera y ayudante. Quiere compartir su vida, estar al lado de su pareja en sus luchas y aconsejarle cuando él tiene que tomar una decisión. A primera vista no parece haber nada malo en tal actitud. Las dificultadas suelen aparecer cuando el hombre empieza a insistir en tener su vida propia, lo que ocurre pronto porque percibe la actitud de ella como atadora y controladora. La mujer hermana no estará contenta con quedarse al margen. Su deseo de ser indispensable para su pareja la impulsará a intentar mostrar que es superior a él en inteligencia o en el manejo de los asuntos de la vida. Así que no sólo es su compañera y ayudante sino también su competidora.

No es difícil prever los problemas que aparecerán en tal situación. Todo se comparte, ningún sentimiento es personal. Cada expresión de ánimo es un reflejo sobre la pareja. El sexo no es pasión, sino una afirmación de la comunidad de intereses, un aval de lealtad. Después de que la excitación inicial por romper la barrera del incesto haya aflojado, generalmente se deteriora pronto el sentimiento sexual, puesto que la mujer hermana básicamente tiene miedo al sexo y se involucra en la relación para evitar sus culpabilidades sexuales.

¿Cómo puede una niña quedar fijada en esta etapa? La relación de hermana con un hombre es una solución parcial del problema de Edipo. La incapacidad completa de solucionar este problema, como vimos en el caso de Laura, lleva a la prostitución psicológica. Podemos entender la relación de hermana como un mecanismo de defensa contra la prostitución psicológica; en otras palabras, la mujer hermana niega su amor por el padre afirmando, en vez de ello, que es su hermana. De esta manera, aunque la mujer hermana niega así su culpa edípica, esta culpa sigue siendo lo suficientemente fuerte como para cerrarle las puertas a la plena afirmación de su derecho de satisfacción sexual.

A Martha se la puede considerar una mujer hermana. Todo su cuerpo emanaba una cualidad adolescente, con líneas rectas y delgadas, caderas estrechas, cintura pequeña y hombros normales. Tenía la cabeza pequeña con facciones delicadas, lo que la hacían

parecer más bien baja, a pesar de que era de estatura normal. Martha tenía veintinueve años, estaba casada y era madre de dos niños. Se quejaba de sentimientos de depresión, fatiga crónica y una falta de satisfacción sexual. Ella pensaba que volver al trabajo podía ser una respuesta a sus dificultades, pero intuyó que estas dificultades de alguna manera tenían que ver con la relación con su marido.

Su matrimonio, como dijo Martha, no estaba basado ni en la pasión ni en el romance. Ella había tenido relaciones sexuales con cierto número de hombres que la habían excitado más de que lo hacía su marido, pero se había casado con él porque parecía ser fuerte, trabajador y formal. De hecho, había sido su más persistente pretendiente. En el curso de la terapia, Martha se dio cuenta de que su matrimonio realmente había sido un "negocio" para convivir. «La falta de sentimiento físico entre nosotros me da miedo», dijo.

¿Cómo se le ocurrió a Martha casarse con un hombre que la excitaba menos en comparación con otros hombres? Sus relaciones prematrimoniales habían sido promiscuas y el placer que experimentó en ellas estaba impregnado de su sentimiento de actuar como una prostituta. De hecho, el padre la había llamado puta en más de una ocasión por volver tarde a casa. El matrimonio era su ocasión para escaparse de casa y liberarse de la sensación de culpabilidad por su indulgencia sexual. Las relaciones prematrimoniales, como en el caso de Laura, no le ofrecieron seguridad. Su marido le ofreció compañerismo y sustento, pero no excitación sexual.

En una de nuestras sesiones, Martha describió sus sentimientos hacia su marido como los de una hermana. Añadió: «Cuando conocí a Leo, me animó a ser como su hermana que parecía un chico. Quería que llevara pantalones anchos, que dejara de usar pintalabios y que me cortara el pelo bien corto. Se sentía inferior a mí a nivel intelectual y atlético. Me eligió por las cualidades por las que se sentía amenazado y ahora me lo echa en cara. Yo sé que compito con él».

Martha era capaz de alcanzar un clímax sexual si se esforzaba lo suficiente, pero nunca le producía satisfacción real. Su actividad sexual era compulsiva. Tener un orgasmo significaba ser mujer; pero no podía alcanzarlo puesto que su actitud básica con su marido era la de una hermana. He escuchado muchas versiones del mismo cuento de otras mujeres. La mujer hermana siente que su marido no responde como ella quisiera a su esfuerzo para comunicarse con él y ayudarle. Siente que la relación está desequilibrada en el sentido de que él la puede criticar pero que, en cuanto ella intenta criticarle a él, la rechaza. Este sentimiento puede que sea un reflejo de su

experiencia como hermana con un hermano mayor. Pero de hecho, la actitud de hermana no es fruto de la experiencia de la niña como hermana sino de la situación edípica.

Martha creció en un hogar dominado por su madre, que era una mujer ambiciosa y agresiva. Su padre era un hombre sencillo, muy trabajador, cuyos mayores intereses se centraban en proporcionar a su familia una buena vida. Evitaba todo conflicto con su mujer permitiendo siempre que ella se saliera con la suya. La relación entre madre e hija no era estrecha. Martha era una niña de en medio y se esperaba de ella que no causara molestias a su madre. Entre el padre y la hija existía un lazo de simpatía que no era abiertamente reconocido. Martha sabía que su madre no iba a tolerar ninguna muestra abierta de sentimientos sexuales hacia su padre. La abeja reina destruye a todas sus competidoras. Al mismo tiempo, Martha sentía que su padre necesitaba apoyo moral y que gustosamente hubiera disfrutado del afecto de su hija, pero que no se atrevía a aceptarlo. En esta situación edípica, Martha reprimió los sentimientos sexuales en favor de una actitud de comprensión hacia su padre basada en la simpatía. La ambivalencia creada por esta represión quedó bien visible en el siguiente incidente que contó: «Mi hijo de cuatro años estaba llorando por algo que le había afectado. Leo le dijo que parara ya, pero el niño no le hacía caso. Así que Leo le dijo: “Ya te daré yo una razón para llorar”. Cuando estaba a punto de pegar al niñolo detuve porque no me parecía que eso estuviera bien. Así que Leo se puso furioso conmigo. Yo me sentí mal porque odio empezar una pelea delante de los niños. Después de todo, él es su padre y tiene que mantener algo de autoridad».

Este incidente y el comentario revelan el conflicto de Martha entre sus sentimientos por el niño y la simpatía por su marido. Quería evitar mermar la imagen y el ego de su marido. La mujer hermana siente que tiene que apoyar al hombre, puesto que sin su ayuda le parece débil. Este sentimiento es la base de su papel como ayudante. Pero al mostrar pena por él, le rebaja. Un padre sin autoridad en su propia casa es una figura pobre y ésa era justamente la imagen que tenía Martha de su propio padre.

En contraste con la hija-prostituta, la mujer-hermana ha conseguido una solución parcial de su problema edípico. Ha descubierto una base para relacionarse con el sexo opuesto no como objeto sexual. Adoptando un acercamiento amistoso y asexual hacia el hombre, expresa su disconformidad con la actitud de su madre. Ella está dispuesta a construir el ego del hombre y no a destruirlo; a compartir sus luchas, no simplemente a aprovecharse de ellas. Este énfasis deja traslucir lanecesidad de apoyo mutuo. El padre y la hija

se alían de forma encubierta en la lucha contra la madre. Esta alianza en contra de la imagen de la "Gran Madre" los hace iguales, pero los reduce a ambos a la situación de niños. La hija se convierte en la hermana del padre. Esta cooperación, basada en el miedo, los une juntos en sus ansiedades e inseguridades. Los ata a su propia indefensión y los hace despreciarse mutuamente.

Es la ambivalencia lo que más caracteriza la relación de la mujer hermana con su marido, su padre y su madre. En la medida en que ella siente la necesidad de sustentar el ego de su marido, también se vuelve despectiva con él. De manera similar, la simpatía por su padre encubre su desprecio por la incapacidad de él de pararle los pies a la madre. En sus relaciones con los hombres, primero con el padre y luego con la pareja, este desprecio queda reprimido debido a la necesidad de unir fuerzas en contra del poder más fuerte de la madre.

A pesar de la alianza abierta con la figura masculina, la mujer hermana se identifica inconscientemente con su madre. Al igual que ella, no soporta la debilidad del hombre y se siente humillada por ella. También como su madre, ella afirmará su superioridad sobre el hombre al dominar la relación insidiosamente. Su identificación con el hombre pasivo, a nivel del ego, y con su madre dominante, a nivel inconsciente, explica por qué la estructura de personalidad de la mujer hermana es denominada masculina-agresiva.

El lazo de necesidad que une a la mujer hermana con su pareja hace imposible la independencia y la potencia orgásmica. Debido a su identificación con el hombre, generalmente queda limitada al clímax clitorial y, para alcanzarlo, necesita la cooperación de su compañero, de manera que la relación sexual entre los dos adquiere la forma de "hacer" algo por el otro. Recordando lo dicho en un capítulo anterior sobre las actitudes homosexuales en las relaciones heterosexuales, queda obvio que la actitud sexual de la mujer hermana tiene estaconnotación. En su personalidad encontramos tendencias homosexuales latentes y su configuración corporal frecuentemente tiene una apariencia masculina o pueril. En términos de potencia orgásmica, la mujer hermana se encuentra situada a medio camino entre la mujer como objeto sexual y el tipo ideal romántico. Mientras que la prostituta no tiene ninguna experiencia de clímax en el acto sexual, la mujer hermana es capaz de conseguir orgasmos clitoriales. Por otro lado, la respuesta de la mujer hermana es menos intensa que la de la mujer tipo ideal romántico, que generalmente es capaz de alcanzar un orgasmo parcial.

Una mujer madura puede actuar como ayudante y compañera de su marido, sin por ello transformarse en su hermana. En ella, este

aspecto de la personalidad femenina no domina su relación madura con su pareja sexual, como ocurre en la mujer hermana. Por ello, no es ni competitiva ni destructiva. Puesto que es una mujer de verdad, también puede ser una amiga de verdad.

3. La mujer cuya personalidad ha quedado bloqueada en el nivel romántico se relaciona con el hombre como persona sexual, a diferencia del tipo hija-prostituta que se limita a sí misma a ser un objeto sexual impersonal. Pero mientras que su atractivo para los hombres se mueve en el nivel sexual, su personalidad excluye la idea de que pueda ser poseída sexualmente porque de esta manera quedaría reducida a la posición de un objeto sexual. Así, en un nivel de su personalidad, se queda virgen. Su desarrollo psicosexual corresponde a un estado de adolescencia de entre dieciséis y dieciocho años de edad.

La parada del desarrollo emocional en el estado de virgen o ideal romántico se debe a una situación edípica no resuelta por completo. Esta estructura de personalidad denota un crecimiento más allá del nivel de "hermana" e indica que la chica no ha reprimido sus sentimientos sexuales como lo hicieronlos tipos anteriores. Por otro lado, no ha sido capaz de superar del todo el conflicto de la relación con su padre. Su aceptación por él estaba subordinada a la supresión o retención de sus actividades sexuales. Ella es una chica "bien criada" que tiene asegurado el afecto y la estima de sus padres mientras no transgreda los códigos reinantes de la moral sexual. El guardia de este código es su padre autoritario cuya rigidez refleja sus propios sentimientos de culpa y conflictos sexuales. La represión sexual, como en el caso de la mujer hija-prostituta, viene del miedo real en la mente de la niña de que su padre u otro hombre adulto pueda responder sexualmente a ella. En el caso del tipo de mujer ideal romántico o virgen, este miedo se ha transformado en miedo a la propia respuesta sexual. Ella no es "la niña pequeña de papá", como Laura se describió a sí misma, sino "la niña grande de papá". Hay que decir de esta personalidad femenina que "su corazón pertenece a papá", a diferencia de Laura que se entregaba en cuerpo y alma a su padre. La relación romántica produce una disociación más o menos consciente entre los sentimientos de amor y de sexualidad.

La estructura de personalidad que quedó determinada por este conflicto ha sido descrita en la literatura psicoanalítica como "mujer histérica". En tiempos de Freud, las manifestaciones de este conflicto entre el amor y el sexo se solían encontrar en forma de reacciones o crisis histéricas. Freud y los primeros analistas trataban a mujeres criadas bajo la moral victoriana. Para estas mujeres, hasta la mención del sexo era tabú y se desmayaban cuando

inesperadamente se veían expuestas a los hechos de la vida. La reacción histérica se debía a la repentina liberación de sentimientos sexuales suprimidos. Puesto que la atmósfera moral general ha cambiado en gran medida desde entonces, esta reacción histérica casi ha desaparecido, aunque la estructura del carácter histérico no ha variado. Es una personalidad dominada por la incapacidadde reconciliar los aspectos románticos del amor con la expresión física del amor mediante el sexo. Pero donde la mujer victoriana se aferraba a sus ideales románticos e inhibía su actividad sexual, su contraparte moderna se involucra más libremente en el sexo pero lo disocia de sus aspiraciones románticas. El conflicto, aunque todavía cargado con bastante fuerza, es menos explosivo ahora; la histeria se expresa mayoritariamente en accesos de llanto y algún que otro chillido ocasional.

¿Cómo funciona en la vida real la mujer que adopta este papel? Durante el noviazgo, mientras está actuando en su papel de ideal romántico, la excitación temporalmente funde entre sí los sentimientos de sexo y amor. Esta fusión se va perdiendo gradualmente en la medida en que, en la relación estable, la realidad reemplaza a la ilusión. El ideal romántico no se mantiene ante la realidad de la intimidad física que conlleva la situación de matrimonio, como bien sabían los amantes románticos de los siglos XIV y XV. La posesión sexual elimina la distancia o la barrera necesaria para la vivencia del amor romántico. El marido adquiere una situación similar a la del padre hacia el cual el sentimiento sexual había tenido que ser reprimido. Esta transferencia de sentimientos del padre al marido se produce porque ambos son vistos como figuras autoritarias que exigen actuar conforme a un código moral restrictivo. El resultado es que el amor por el marido adquiere una cualidad compulsiva y se produce una pérdida paulatina de excitación sexual en la relación. Puesto que la excitación romántica sólo existe fuera de la familia patriarcal, la “mujer histérica” empieza a flirtear con otros hombres. La mujer fijada en este papel siempre tiene algún amante romántico en su vida o, mejor dicho, algún hombre para el cual ella es un ideal romántico. Este amante puede ser una persona real o una figura de fantasía.

La “mujer histérica” necesita la constante estimulación del amor romántico para mantener la excitación sexual. Buscará esta excitación en otros hombres y en sus propios niños; es decir se vuelve seductora. Pide que sus niños la admiren por su belleza y que respondan a su encanto. Para atraer a otros hombres puede incluso cruzar las barreras del comportamiento social aceptable. Estas demandas de su ego evitan que se pueda entregar

completamente a sus hijos o a su compañero. Dar el pecho, como el sexo, para la "mujer histérica" es una negación de la imagen romántica en la cual la mujer es colocada en un pedestal y venerada. No obstante, la sexualidad es el cebo que la "mujer histérica" utiliza para embaucar a otros a que le rindan culto. Puesto que esto es efectivo sólo mientras el hombre en cuestión no la posea, se transforma en una fuerte barrera contra la plena entrega a sus sentimientos sexuales. Wilhelm Reich apuntó que la "mujer histérica" utiliza el sexo como una defensa contra la genitalidad. Necesariamente su respuesta orgásmica es limitada. No es capaz de alcanzar un orgasmo vaginal, pero su reacción es parcial; no involucra a su ser completo. Se queda con una sensación de frustración que la impulsa, en la fantasía o en la realidad, a buscar aventuras amorosas.

Hay aspectos tanto positivos como negativos en el carácter de la mujer histérica. Su aceptación de la naturaleza sexual de la relación entre hombre y mujer apoya a la masculinidad del hombre. Pero su insistencia en que el deseo sexual sea subordinado al ideal romántico le niega al hombre la satisfacción sexual en la relación. Es un desafío para el hombre, pues excita su pasión pero le barre el acceso y frustra su "victoria". En su aspecto negativo, la mujer histérica es la bruja joven, seductora y tentadora, pero atadora y destructora. Como todas las personalidades neuróticas, se encuentra bajo la compulsión de exteriorizar sobre su amante todo el rechazo que ha sufrido a manos de su padre.

Carol describió la división de su personalidad como sigue: «Toda la vida, cuando un hombre se enamoraba de mí, le apartaba. Me podía entregar sexualmente a un hombre pero, en cuanto quería poseerme, me sentía atrapada. ¿Cómo puedo liberarme de este temor?».

Físicamente, la "mujer histérica" tiene un cuerpo atractivo bien modelado y proporcionado, ojos brillantes y maneras vivas. En los casos de represión sexual más severa, se produce un embotamiento de la expresividad. Su conflicto se manifiesta en una rigidez o en una armadura flexible como la he descrito en *El lenguaje del cuerpo** El alcance de esta rigidez está en proporción directa con la severidad del rechazo sexual por su padre. Psicológicamente se expresa en un orgullo exagerado que dice: «Me voy a retener, de manera que ya no me podrás rechazar más». Físicamente, la rigidez es asociada con tensiones musculares en la nuca, los hombros, la espalda y las piernas.

Carol mostraba estas rigideces en una medida poco usual. A pesar de tener una vida atlética extremadamente activa, sus piernas eran tan rígidas como palos. Ella era capaz de relacionar esta

rigidez en sus piernas con una desmesurada necesidad de ser independiente, es decir, de mantenerse sobre los propios pies bajo cualquier tipo de circunstancias. La tensión en sus piernas estaba relacionada con la rigidez en la parte baja de su espalda que inmovilizaba su pelvis casi por completo. Esta tensión en la pelvis representaba una inhibición de la entrega sexual, puesto que entregarse, para ella, significaba perder la independencia. Carol era capaz de explicar sus tensiones en términos de su relación con su padre. Él siempre había insistido en una actitud de coraje y osadía como precio a pagar para conseguir su aprobación. Padre e hija habían sido estrechos compañeros de muchas actividades físicas, pero lanecesidad de Carol de ternura y apoyo afectivo por su padre fue ignorada. Su padre la idolatró en la imagen que se formó de ella, una que negaba su sexualidad. En contrapartida, la niña idolatraba a su padre a expensas de sus sentimientos sexuales.

Carol, durante toda la vida, había estado buscando a un hombre que iba a ser suave y tierno, pero también fuerte y libre de miedos; es decir, buscaba a un caballero-héroe, un "príncipe azul". El amante romántico o príncipe azul es una figura de padre idealizada, el padre visto a través de los ojos de una niña de tres años, una edad en la cual estas cualidades suelen caracterizar su actitud hacia ella. Pero aunque estas cualidades no sean inconsistentes, los hombres reales nunca son figuras ideales. Carol se había casado dos veces, cada vez con un hombre que parecía fuerte y sincero, pero que después resultaba ser posesivo, inseguro e inmaduro. Carol se mostró sorprendida cuando le dije que nunca iba a encontrar a su príncipe azul. Su visión de un amante romántico era un mecanismo de defensa contra su incapacidad de entregarse completamente al amor hacia un hombre. La tarea terapéutica consistía en sanar la división en su personalidad.

En la primera parte de la terapia hicimos un considerable esfuerzo para relajar las tensiones musculares en las piernas y pies de Carol. Los ejercicios de flexionar las piernas y pegar patadas produjeron cierta mejora. Durante estos ejercicios Carol se dio cuenta de que las tensiones en sus piernas estaban relacionadas directamente con la inmovilidad de su pelvis y de que la rigidez global de la mitad inferior de su cuerpo servía como defensa contra la entrega a sus fuertes sentimientos sexuales. Cuando permitía que estos sentimientos se manifestaran, Carol experimentaba la remisión de las jaquecas que solía padecer y una gran mejora de sus estados de ánimo llenos de irritabilidad y frustración. Pero estas remisiones sólo eran temporales. La barrera más profunda contra la entregasexual no había sido superada. Había que liberar la hostilidad reprimida contra el hombre, lo que parcialmente se logró

expresando su rabia físicamente, por ejemplo instigándola a pegar sobre el diván. De esta manera pudo liberar el sentimiento de hostilidad contra su padre debido al rechazo de su necesidad de proximidad y contacto físico. Dos años de este tipo de trabajo hicieron que Carol, poco a poco dejara de ser una mujer rígida, atemorizada e histérica y se convirtiera en otra que ahora podía mostrarse suave y tierna, aunque también fuerte y segura. En la última parte de la terapia había aprendido a alternar entre rigidez y suavidad, entre retenerse y rendirse, entre miedo y entrega.

La persistencia de los dolores de cabeza, aunque su frecuencia se había reducido, indicaba que Carol todavía no había resuelto completamente los conflictos en su personalidad. Un día, entró en mi consulta sintiéndose muy tensa. Se quejó de que había sufrido un dolor de cabeza tan fuerte que casi la había dejado ciega. Los pacientes que han hecho terapia durante cierto tiempo generalmente desarrollan la capacidad de entender por qué razón aparecen los síntomas. Pregunté a Carol si sabía lo que había provocado su jaqueca. Su respuesta fue negativa.

Así que le pregunté:

—Qué emoción asocias con la ceguera o la incapacidad para ver?

—¿Quieres decir "ciega de rabia"? —respondió.

—Quizás tu dolor de cabeza sea el resultado de suprimir los sentimientos de rabia. ¿Pasó algo que te hizo sentirte furiosa? —le pregunté.

—La noche anterior a la jaqueca tuve que forcejar bastante para poder librarme de una cita embarazosa. Me quedé exhausta. ¿Crees que el dolor de cabeza tiene que ver con las tensiones de ese día?

—Es fácil que se haya producido por la supresión de tu rabia —respondí—. Si te hubieras enfadado y hubieras sido más firme en tu repulsa, creo que te hubieras ahorrado el dolor de cabeza.

Este dialogo nos llevó a hablar de la relación de Carol con los hombres. Dijo que no se solía enfadar con el hombre porque tenía miedo a desagradarle. Tenía miedo a sus reacciones y sentía que podía ser que más tarde lo necesitara. En el pasado, bajo circunstancias similares, podía ser que ella se hubiera mostrado sumisa o se hubiera puesto histérica. Ahora era capaz de resistir pero todavía no sabía expresar su rabia cuando se sentía presionada. Llegado a este punto, le pasé a Carol una raqueta de tenis para que la aguantara mientras estábamos hablando. Sujetar la raqueta, dijo, la hacía sentirse menos impotente, menos indefensa. «La siento como un pene en mi mano y me hace sentirme fuerte», comentó. Al decir esto, Carol se dio cuenta de que asociaba la feminidad con la condición de ser débil e indefensa en presencia de

un hombre poderoso que posee un pene. Esta figura masculina era un símbolo de su padre, al que temía y hacia el cual no se atrevía a expresar su deseo sexual.

Una sesión terapéutica que produce una experiencia de visión interna tan importante ayuda mucho para clarificar el problema de un paciente. Le permitió a Carol comprender que su rigidez y actitud de retención eran defensas contra la amenaza del poder supuestamente superior del hombre. Al golpear después el diván con la raqueta de tenis, Carol pudo sentir la fuerza de su rabia en forma de una potencia que se puede utilizar como autodefensa, en vez de optar por la resistencia pasiva que había empleado hasta el momento. La aceptación de su rabia le permitió entregarse más plenamente a sus impulsos sexuales sin que se sintiera tan amenazada por la entrega. Le proporcionó un medio para liberar su tensión que de otra forma se convertiría en síntomas histéricos como lo eran sus dolores de cabeza. Sus progresos a partir de este momento mostraron a Carol que, como para cualquier mujer histérica, la satisfacción sexual es inseparable de la capacidad de sentir y expresar rabia contra el sexo masculino. La expresión de rabia libera la frustración que había experimentado en la situación edípica. La existencia de esta frustración produce una tensión que se manifiesta en un síntoma o en una reacción histéricos.

Es extremadamente difícil para una persona neurótica alterada comprender el efecto negativo de un patrón de comportamiento al que su ego considera como autoprotector. La mujer niña no ve el rechazo del hombre como algo implícito en su personalidad. La mujer hermana se ciega ella misma al hecho de que, en su papel de compañero, y ayudante, niega el interés sexual del hombre hacia ella. La mujer histérica acepta este interés, pero inconscientemente siente que este deseo no tiene nada que ver con el amor. La negación de estos sentimientos negativos tiene el efecto de proyectarse en su pareja sexual. En la mente de la mujer será el hombre quien esté insistiendo en que ella desempeñe estos papeles. Y, en consecuencia, elige hombres que realmente lo hagan.

4. La insidiosa interacción de las tendencias neuróticas en los matrimonios queda muy claramente revelada en los problemas maritales de las mujeres que tienen un papel de madre para el hombre. Fui consultado por una mujer desesperada por la inminente ruptura de su matrimonio. Poco después conocí a su marido, que mantenía que nunca había querido realmente a su mujer y que ahora se había enamorado de otra. Para apoyar su posición, dijo que durante los últimos cinco años de su matrimonio había tenido aventuras con varias mujeres y que su esposa lo sabía. La tragedia de esta situación residía no sólo en los sentimientos de

pérdida y traición de la mujer, sino también en el daño a sus dos niñas que se sentían muy próximas a su padre. Ruth, que se hizo mi paciente, no entendía cómo su marido pudo abandonar sus responsabilidades para con su familia o por qué deseaba dejarla a pesar de que ella le había tratado con tanta devoción. Ella creía que su marido la necesitaba. Según ella, él era inmaduro y no sabía lo que quería. Su salvación, como ella creía, estaba en su compromiso con el matrimonio y la familia.

Ruth era una mujer sensible, inteligente y bastante atractiva. Su apariencia, sin embargo, no era un asunto de gran importancia para ella, puesto que basaba su atractivo para los hombres en su bondad más que en su sexualidad. No había tenido ninguna relación sexual antes del matrimonio, a pesar de no ser ninguna mosquita muerta. En el sexo después del casamiento, Ruth nunca alcanzó ningún orgasmo pero disfrutaba de la intimidad. Su respuesta sexual hacia el marido mejoró después de que se enterara de las aventuras extramatrimoniales de él. A pesar de este conocimiento, afirmó que amaba profundamente a su marido. El no parecía apreciar esta devoción. Creía que Ruth dependía demasiado de él y que no era bastante atractiva físicamente. Ella aceptaba las críticas de su apego y decidió hacerse más independiente. Su primer intento fue admirable. Le dio una nueva visión de sí misma como persona y una nueva perspectiva de la vida que, desafortunadamente, acabó en un colapso después de dos meses.

El colapso de este primer sentimiento de independencia y madurez indicó la necesidad de un análisis más profundo de la personalidad de Ruth. Yo le había indicado que ella era una figura materna para su marido: se sentía más madura en comparación con la inmadurez de él, intentaba ayudarle y sostenerle y le permitía cierta libertad sexual mientras que luego volviera con ella. Ruth aceptó esta interpretación de su actitud. Se dio cuenta de que tenía cierta apariencia de madraza aunque sólo tuviera treinta años. No entendía cómo se había transformado en una figura de madre, puesto que su relación con su padre siempre había sido "muy buena".

«Mi padre —dijo—, siempre ha sido algo así como un ídolo para mí. De niña me sentaba en su regazo cada noche para leer las tiras cómicas del periódico y supongo que siempre me sentí muy segura con él. Mi padre me adoraba y yo a él. Normalmente conseguía de él todo lo que quería si no estaba totalmente fuera de lugar. Es una persona muy cálida. Puede que a algunos hombres les parezca débil, pero es bastante fuerte. Mi madre intentaba hacer que las cosas funcionaran, pero cuando papá decía algo, todo el mundo callaba y nadie discutía con él».

Siendo una chica joven, había dos cualidades de Ruth que impresionaban a la gente: su comportamiento tan maduro y su apariencia física desaliñada. Explicó que la gente solía decir que «yo era muy responsable para mi edad. Pero aunque nadie criticaba mi comportamiento, siempre encontraban fallos en mi apariencia. Yo era el ejemplo típico de "esta horrible edad". Mi madre solía comentar con los vendedores que no se podía imaginar que yo jamás saliera de ese terrible estado. Toda la familia lamentaba el hecho de que tenía las piernas y la boca de mi padre, ambas muy grandes».

Hay razones para suponer que la apariencia desaliñada de Ruth tuvo alguna influencia en su madurez precoz. ¿Será que se transformó en una figura materna para evitar las implicaciones sexuales de la relación con su padre? ¿O maduró demasiado rápido para desplazar a su madre como objeto del amor del padre? Ruth nunca desarrolló el encanto corporal característico de las chicas conscientes de sus sentimientos eróticos por el padre.

Cuando tenía trece años, nació una hermana. Su madre volvió al trabajo ya una semana después de su vuelta del hospital. Así que Ruth se encargó del biberón de las dos de la tarde del bebé. «No me entiendas mal —dijo—. Lo pedí. Me hacía sentirme importante. Pero el resultado era que tenía que llegar a casa cada día después de la escuela para ocuparme del bebé». La falta de protesta de Ruth contra esta carga, que continuó durante todos sus años de instituto, indica hasta qué punto estaba dispuesta a asumir el papel de su madre.

Para poder llegar terapéuticamente al problema edípico sin resolver, hizo falta poner luz en los sentimientos sexuales de Ruth por su padre. Su idealización de él constituía una fuerte resistencia a esta percepción. Ella sospechaba que su padre no era tan bueno como ella siempre se lo había imaginado pero faltaba la clave para entender la personalidad de él y las dificultades de ella.

Entonces, poco después de su divorcio, Ruth tuvo una experiencia que le abrió los ojos. Se había encontrado con otro hombre cuya personalidad mostraba las mismas características que su marido. Se sentía sexualmente atraída por él, pero se dio cuenta de que era un "niño pequeño incomprendido y grandullón" que necesitaba cariño y cuidados maternales. Dijo: «Siempre me he sentido atraída por hombres así. Seguramente porque estos hombres no necesitaban sexo de mí. Así que cuando me excitaba me sentía segura. Mi acercamiento hacia los hombres era del tipo "A ver, explícale a Ruth lo que te pasa". La idea de mantener relaciones con un hombre de verdad me asusta».

Pero entonces Ruth abandonó su posición "segura" y tuvo

relaciones sexuales con otro hombre. Luego explicó:

Me fue muy bien. Tuve un orgasmo vaginal, pero cuando él se fue, empecé a temblar y a sollozar violentamente. Me encontré a mí misma diciendo: «Papá, papá». Me sentí como una niña pequeña. ¿Quería que mi padre viniera y me protegiera? Me sentí tan absolutamente sola y abandonada. Sentí que quería volver atrás y ser una niña pequeña y no encarar la responsabilidad por lo que había hecho. ¿Por qué llamé a mi padre?

Me di cuenta de que era a mi padre a quien quería. Él siempre había sido capaz de llegar hasta mí a un nivel muy profundo donde soy completamente vulnerable. Solía acurrucarme con mi padre en la cama. ¿Será que temía que merechazara y abandonara si permití que se colara algún sentimiento sexual hacia él?

Mi padre también era como un niño pequeño incomprendido y grandullón. Siento que todas las mujeres en su vida se aprovechaban de él y le utilizaban. Su padre murió cuando él tenía cuatro años. Su madre fue del tipo fuerte y dominante que contaba con su simpatía. Le hacía cuidar de ella. Mi madre la odiaba, aunque se le parecía mucho. Ella también le dominaba de una manera muy sutil. ¿Perdí el respeto por mi padre debido a su actitud de niño grandullón? Mi madre estaba tan metida en el mundo del dinero que todos sus hijos sentimos que éramos secundarios en su vida, que estábamos siempre después del dinero. Ella era ambiciosa. Intenté ser una madre para mi propio padre cuando era niña, para ocuparme de sus necesidades. Sentí lástima por él.

El papel de la madre se puede describir también como el papel madre-mártir, puesto que la autonegación es muy típica para esta estructura de personalidad. Esta actitud difiere de la del tipo “hermana”, que se considera a sí misma igual al hombre y espera su apoyo y protección. Psicológicamente, la mujer madre-mártir muestra tendencias masoquistas dominantes en su personalidad. Sin embargo, también encontramos elementos masoquistas en la personalidad de la mujer hermana, y en la práctica estos roles no siempre se pueden distinguir claramente. Pero, donde el rol de hermana implica una actitud activa, el rol de madre impone una actitud pasiva y sumisa. La sumisión encubre un sentimiento de superioridad sobre el hombre, quien, mediante el desarrollo de este papel, es denigrado a la posición inferior de hijo. También encubre menosprecio y hostilidad hacia el hombre. Y además, si superficialmente es sumisa en relación con su marido, este tipo de mujer sutilmente intenta dominarlo a través de su martirio. El

autosacrificio de Ruth por su marido se veía en un marcado contraste con el comportamiento dominante de su madre. El conflicto en esta personalidad es entre sumisión y dominación.

El acercamiento asexual al hombre practicado por el papel madre-mártir encubre una actitud de sumisión sexual similar al de la hija-prostituta. Por ello, podemos entender el papel de madre como una defensa contra la posición de objeto sexual. Para mantener esta estrategia de defensa, las actividades de la mujer se centran en su rol como madre; la comida se vuelve más importante que el placer y los niños más importantes que ella misma. Suele crear una gran familia, siendo ésta una excusa perfecta para justificar su falta de interés en sí misma como persona.

Esta historia del tipo madre incluye los estados de hija, hermana y un intento de llegar a la posición del ideal romántico. La incapacidad de su padre para responder a la feminidad de la niña y de apoyarla contra su madre la empuja a un retiro en un papel asexual. Esta salida produce un tipo de madurez que, como en el caso de Ruth, es precoz y autoanulador. Se convierte en mujer, ya no es una niña, pero es incapaz de afirmar su derecho de satisfacción sexual. A diferencia de la figura de hermana, su personalidad muestra pocos elementos masculinos. Cuando llega a superar sus tendencias masoquistas, emergen con fuerza sus sentimientos sexuales. De otra manera, el sexo será para ella una experiencia infructuosa sin liberación orgásmica o satisfacción emocional.

Los cuatro roles que acabo de describir representan soluciones neuróticas del complejo de Edipo. La forma final de la relación de una niña con su padre determina su patrón de relación con todos los hombres. Este patrón queda fijado en cada caso por un conflicto específico. Para el tipo madre, este conflicto es entre sumisión y dominación en relación con el hombre. La sumisión denota una relegación al papel de hija, como objeto sexual. La dominación inherente en el papel de madre es una afirmación de valor como persona, pero sobre una base asexual. La madre que domina a la familia se transforma en un objeto sexual en la relación genital.

En el papel de hija, el conflicto es entre el rechazo y la aceptación de sí misma. La prostituta se rechaza a sí misma como persona, pero se acepta como objeto sexual en función de lo que el hombre necesita de ella. Debido a esta necesidad de ella, la prostituta a menudo se entiende a sí misma como una madre dadora, sustentadora y cobijadora para todos los hombres que buscan sus servicios.

El conflicto en el tipo ideal romántico se desarrolla entre la entrega y la resistencia al hombre. La entrega significa ser poseída

por el hombre, lo que, a los ojos de la mujer histérica, la reduce a un objeto sexual. Por ello, en su inconsciente, la mujer histérica tiene que mantenerse virgen. Su resistencia a la entrega se expresa en su rigidez caracterológica y en su insistencia de que el hombre la venere.

En el caso del tipo mujer hermana, encontramos un conflicto central entre la pasividad y la agresividad. Ella asocia la pasividad con debilidad e inferioridad y relaciona ambas cosas con lo femenino. Por otro lado, entiende la agresividad como un atributo de superioridad masculina. Para la mujer hermana, la igualdad significa ser como un hombre.

Estos cuatro aspectos de la personalidad femenina son 1 construcciones psicológicas para describir patrones de comportamiento. Estos tipos en la realidad no existen en estado puro, sino que son roles a menudo muy mezclados. Muchas veces encontramos mezclas con diferentes componentes de madre e hija. De manera similar, una mujer puede adoptar tanto el rol de hermana como de ideal romántico. Una mujer que sobredesarrolló el ideal romántico también desea ser la compañera y ayudante de su hombre. La mujer que adoptó el papel de hermana quedará muy decepcionada cuando su marido deje de verla como una figura romántica.

En una relación normal la mujer es todas estas cosas para el hombre. Es hija, hermana, ideal romántico y madre, al mismo tiempo. Sus funciones cambiantes en el curso de un solo día revelarán todos los aspectos de su compleja personalidad. Por ejemplo, como persona que prepara el desayuno, lleva la casa y atiende a los niños, es una madre. Yendo a un concierto o al teatro y en su intercambio cultural, es una compañera. Es la buena compañera con la cual el hombre comenta sus negocios o asuntos profesionales. Por la noche, al lado de una chimenea o en una fiesta, se vuelve sentimental y romántica. Y, por supuesto, en la cama es la pareja sexual. Una mujer no cambia su personalidad para encajar en todos estos papeles, sería como cambiar de cuerpo para caber en la ropa que lleva. Puede desempeñar estos papeles según la situación lo requiera porque todos estos aspectos forman parte de su naturaleza, aunque esta afirmación nos deja sin resolver el misterio de esta naturaleza.

Un hombre puede encontrar compañerismo y ayuda en otro hombre, puede contratar a otro para que lleve su casa y cuide a sus niños; pero sólo una mujer que acepta todos estos aspectos de su personalidad femenina puede ser una pareja sexual totalmente satisfactoria para un hombre. Si desempeña los otros tres papeles porque es su pareja sexual, éstos se transforman en una expresión

de su amor total por el hombre. Separados de su sentimiento sexual, sus otras funciones meramente son sustitutos neuróticos de su incapacidad de entregarse sexualmente. Mediante los diferentes aspectos de su personalidad, la sexualidad de una mujer se ilumina y comienza a brillar como un diamante magníficamente cortado. En el corazón de su naturaleza está la magia de su atractivo sexual.

El doble estándar empezó como antítesis entre ego y cuerpo, creando el concepto de valores superiores e inferiores. Éste aún es operativo en nuestra cultura en forma de la reinante disociación entre amor y sexo. Esta disociación corta la unidad básica de la mujer en fragmentos: los de objeto sexual, hermana, competidora, ideal romántico, bruja seductora, madre y bruja vieja. No importa qué aspecto de éstos sea el dominante, podemos mostrar que la fragmentación se debe al rechazo de los sentimientos sexuales de la chica joven.

En todos los casos clínicos, el problema de la mujer en cuestión tenía que ver con la relación con su padre. Hacia él la chica transfiere su anhelo insatisfecho de gratificación oral y contacto físico y en él proyecta la imagen de satisfacción sexual y felicidad. Lo primero es una necesidad real; lo último, una parte de la preparación de la niña a la vida a través del juego. La unión de estos aspectos en la actitud y en el sentimiento de la niña hace imposible para el padre poder tratar uno de ellos sólo de pasada y el otro seriamente, aunque él fuera capaz de distinguir entre ellos. Si responde positivamente a sus necesidades orales, corre el riesgo de involucrar a la niña demasiado sexualmente y de crear un problema edípico insuperable. Pero la falta de respuesta a la necesidad real es tomada como un rechazo sexual. Así pues, como yo lo veo, no existe para el padre manera alguna de salvarse de esta dificultad; sólo podría hacerlo si el problema de necesidades orales sin satisfacer no apareciera. Si tal necesidad no se produce, los sentimientos sexuales de la niña hacia su padre pueden ser tratados con normalidad.

A lo largo de todo este libro he insistido en la estrecha conexión entre oralidad y genitalidad. El fracaso de las mujeres con el amamantamiento es, en mi opinión, la razón más importante de los deseos orales no satisfechos. Creo que el período adecuado para dar el pecho es de tres años. Pero ¿cuántas mujeres tienen la paciencia o la fuerza para proporcionar este tipo de gratificación oral a un niño? Ni la mujer tipo hija, hermana o histérica, ni siquiera la mujer que desempeña el papel de una madre para su marido tienen lo que hace falta para satisfacer a sus hijos. De esta guisa, los problemas sexuales deuna generación habrá que tratarlos en la siguiente. Este círculo no se podrá romper hasta que no se haya

desmantelado por completo, tanto en los hombres como en las mujeres, este doble estándar que divide a las personas en dos partes un ser pensante (*homo sapiens*) y un cuerpo animal.

16. LOS ROLES SEXUALES DEL HOMBRE

El doble estándar distorsiona el funcionamiento sexual del hombre tanto como lo hace con el de la mujer. Como código moral divide la unidad de su respuesta en relación con la mujer en el respeto por ella y el miedo a la figura de la madre por un lado, y el deseo y menosprecio por el objeto sexual por otro lado. A ninguno de estos aspectos se puede entregar por completo. El resultado es una disminución de su pasión sexual y de su potencia orgásmica. Se siente culpable con su mujer por negarle su afecto físico y se siente culpable con su amante por negarle el respeto y el amor que se merece. Estas culpabilidades le llevan a reaccionar compulsivamente en ambas relaciones.

El doble estándar crea también dos juegos opuestos de valores, masculinos y femeninos. Los valores masculinos —la conciencia, el ego y el poder— se consideran superiores a los femeninos —lo inconsciente, el cuerpo y el objeto—. Esta superioridad está relacionada con la suposición de que la función del falo representa un principio sexual más elevado que el de la vagina. El falo deriva su supuesta superioridad de su papel de órgano activo en el proceso sexual. Se entiende como representante del poder fertilizante del dios, sol con el cual el hombre se identifica. La mujer como representante de la tierra sereduce a un objeto sobre el cual el hombre puede actuar a su antojo. Pero todos estos valores forman parte de la naturaleza misma del hombre que es consciente e inconsciente, ego y cuerpo, actor y objeto. De esta manera, la naturaleza del hombre queda dividida en dos aspectos opuestos.

En su aspecto masculino, el hombre es el poseedor del poder de fecundar a la mujer. El conocimiento consciente de esta función crea la categoría del padre y reduce a la mujer a los papeles de objeto sexual y madre. En sus aspectos femeninos, sin embargo, el hombre pertenece a la mujer. La conciencia temprana consideraba a la Gran Madre como una entidad que incluía todo. Los elementos masculinos en la naturaleza eran sus vástagos, no sus iguales. En este sentido el hombre todavía es su hijo.

El doble estándar no elimina a la Gran Madre. Sus funciones quedan sujetas al poder del principio del padre, aunque tan sólo en la medida en que este principio o poder puede controlar y determinar las respuestas de ella. El hombre puede fecundar a la mujer y plantar en ella su semilla, pero a partir de este momento el poder del macho ya no tiene ninguna influencia sobre el desarrollo

que la semilla realiza dentro del cuerpo de la Gran Madre para transformarse en niño o espiga de trigo. El proceso de reproducción se divide en la función masculina de fertilización y las funciones femeninas de incubación, transformación y nacimiento. Cuando un hombre domina la relación con una mujer a través del uso consciente del poder, es una figura de padre. Si la relación es dominada por la mujer, el hombre queda reducido al rol de hijo.

La evolución histórica de la personalidad del hombre va pareja con la de la mujer. Las innovaciones culturales que introdujeron el aspecto de la mujer como hermana y el ideal romántico determinaron también los papeles correspondientes de hermano y caballero para el hombre. En su papel de hermano, el hombre es el protector y el amigo de la mujer. Comparte su poder con ella o, más bien, ambos unen sus recursos comunes contra la Gran Madre y el padre. De manera ideal, el hermano y la hermana apoyan mutuamente sus personalidades emergentes. Pero, de hecho, muy fácilmente pueden caer en competencia, prosiguiendo la costumbre de la anterior rivalidad entre ellos cuando eran niños pequeños. En su papel de caballero-héroe, el hombre se dedica al rescate de su hermosa doncella. Ésta siempre es cautiva de las fuerzas oscuras, es decir, del inconsciente. Ella es la bella durmiente que ha de ser despertada a la excitación y al romance del amor. Ha de ser liberada de su esclavitud de la Gran Madre y de la posesión y del control del padre. El caballero afirma el atractivo sexual de la mujer como una persona.

Las diferentes funciones que el hombre puede ejercer en su relación con las mujeres están relacionadas con las fases de la historia de su propia vida. Durante su crecimiento personal, sucesivamente será hijo, hermano, caballero y padre. Cada estado de éstos queda progresivamente integrado en su emergente hombría. La posición de padre no es la meta, sino más bien el estado final en su experiencia de autorrealización. Un hombre cuyo crecimiento y desarrollo psicosexual ha transcurrido de forma normal incluirá en su relación con la mujer estos cuatro aspectos de su personalidad.

Las dificultades sexuales que aparecen cuando el desarrollo normal queda bloqueado o alterado se reflejan en las actitudes del hombre respecto al poder. Estas alteraciones muchas veces son más claramente aparentes en esta área que directamente en su función sexual o en su relación personal con una mujer. La forma en que un hombre maneja el dinero, por ejemplo, es una buena indicación de cómo funciona sexualmente. El dinero es poder abstracto y el poder es un símbolo de potencia sexual. Ya he señalado que el dinero es un invento masculino. En nuestra cultura es una fuente real de

poder que confiere a su poseedor prestigio personal y posición social.

Ha llegado, incluso, a suplantar los títulos hereditarios como símbolo de rango y poder. Podemos anticipar que un hombre que ha quedado estancado en el papel de hijo no será capaz de acumular dinero, mientras que el papel de padre estará asociado con la posesión y el manejo de dinero y poder. A continuación describiré la estructura de carácter y el comportamiento sexual de los hombres que han quedado fijados en uno de estos papeles masculinos: hijo-amante, hermano-protector, caballero-héroe y padre autoritario.

Como en el caso de las mujeres, la fijación en cada uno de estos roles está causada por una solución neurótica de la situación edípica. La fijación resulta de la persistencia de un conflicto básico particular para cada caso. El conflicto del hijo— amante ocurre entre la aceptación y el rechazo de sí mismo. Se acepta a sí mismo en un nivel infantil o de omnipotencia, pero rechaza sus derechos de poseer tanto a la mujer como al dinero.

El conflicto del hermano-protector se da entre la agresividad y la pasividad. Su agresividad va en beneficio de la mujer, mientras que su pasividad delata su incapacidad para satisfacer sus propias necesidades. Puesto que no puede utilizar la agresividad en beneficio propio, se ve forzado a mantenerse en una posición pasiva con respecto a la mujer con la cual se identifica. Su pasividad se expresa también en su actitud frente al dinero y el poder.

El conflicto en el caso del caballero-héroe es entre la entrega y la resistencia a la mujer. Entregarse al amor implica para él la sumisión a y la dependencia de la mujer experimentada como la Gran Madre. Se resiste a ser reducido al nivel del hijo-amante. Su incapacidad para entregarse evita que pueda formar una relación madura con una mujer, quedándose estancado en un estado de adolescente. El resultado es una actitud adolescente hacia el sexo y el dinero, utilizando ambos para glorificar su propio ego.

En el papel del padre el conflicto es entre dominación y sumisión. El padre autoritario domina y controla a su familia. Su comportamiento, sin embargo, es compulsivo y refleja su propio estado de sumisión a la moral sexual de su propio padre con cuya autoridad se identifica. Se comporta de forma sumisa ante los que tienen más poder que él, mientras que domina a los que están por debajo de él.

1. Un buen ejemplo de la personalidad que se forma cuando el crecimiento emocional queda interrumpido en el nivel del hijo podemos observarlo en el individuo conocido como *playboy*.

Anteriormente se llamaba a este tipo de personalidad manirroto o, en otro contexto, hijo pródigo. El término *"playboy"* es más apropiado en el sentido de que hace referencia a la gran inmadurez mostrada en estos casos. El *playboy* no sólo derrocha su dinero sino también sus energías sexuales. Existe una expresión corriente que describe este tipo de comportamiento. Para un individuo que despilfarra su dinero en la búsqueda de placer sensual, en inglés utilizamos la expresión de *piss it away*, lo que significa "tirarlo orinando". Esta metáfora indica que la necesidad del *playboy* es la de liberarse de una tensión más que obtener satisfacción y plenitud. De la misma manera se quiere librar de su sentimiento sexual. El acto sexual bajo la influencia del alcohol y sin sentimientos personales por la pareja sexual connota esta característica. En estos casos, la expulsión del semen tiende a producirse como un flujo continuo, más bien como una micción, en vez de como una eyaculación potente, con sus característicos chorros pulsátiles. Tal actividad sexual es indiscriminada, promiscua y deja a la pareja sexual con el sentimiento de haber sido usada.

La actitud del *playboy* no es una característica exclusiva de la clase alta denominada intencionalmente como *jet set*. Muchos hombres, y bastantes de ellos casados, derrochan o desperdician su dinero en beber con una autoindulgencia que se acerca mucho a la de un *playboy*. Quien se gasta el dinero en alcohol, literalmente lo "tira por el retrete". Visto de esta manera, el problema del alcoholismo no se puede separar de la incapacidad de mantener el dinero o de utilizarlo adecuadamente. Es esta incapacidad la que más caracteriza al malgastador, no importa si gasta el dinero en copas, lo pierde en el juego o lo invierte mal en negocios ilusorios.

No es simple coincidencia que la expresión *piss it away* se llegara a asociar con este comportamiento. Hay una fuerte conexión subyacente entre la incapacidad para mantener y contener la excitación producida por el dinero o el sentimiento sexual y la incapacidad de retener la orina. Esta conexión parece ser la culpa sexual, particularmente la sensación de culpa por la masturbación. Orinar frecuentemente, especialmente en los chicos, puede ser un método sustitutivo para producirse contacto genital en presencia de la culpabilidad masturbatoria. Los adultos a menudo orinan como medida para reducir la tensión sexual. La estrecha conexión entre la sensación de la vejiga repleta y una sensación sexual queda manifiesta en la confusión reinante alrededor del fenómeno de la erección matutina del que ya hablamos en el capítulo 2. Este tipo de erección erróneamente fue atribuido a la presión de la vejiga llena, puesto que suele desaparecer después de orinar. Ahora queda reconocida como una verdadera expresión de sentimiento sexual. La

culpabilidad sexual se refleja también en el miedo neurótico a una pérdida de orina durante el acto sexual.

La relación entre la micción y la masturbación infantil queda revelada en los siguientes recuerdos de un paciente, evocados en la terapia. Un hombre joven recordó que a la edad de cinco años su padre le había reprendido severamente por cogerse el pene con la mano. Al día siguiente, explicó, se puso a mear en el suelo de la casa cuando sus padres estaban fuera. Tenía el claro sentimiento de que lo había hecho para vengarse de su padre por la reprimenda. Es muy concebible que el *playboy* de manera similar intenta vengarse de su padre derrochando el dinero heredado.

He descubierto que fuertes sentimientos de culpabilidad por la masturbación son característicos en los hombres que quedaron bloqueados en el nivel de desarrollo del tipo hijo. La masturbación es un comportamiento racional de una persona que tiene una fuerte urgencia sexual, en circunstancias en que ninguna otra salida satisfactoria está disponible. Proporciona relax y satisfacción al mismo tiempo que fomenta la identificación con el propio cuerpo como fuente de placer. En la masturbación el sentimiento es invertido en uno mismo. Eso es precisamente algo que el *playboy* es incapaz de hacer con su dinero. No puede utilizarlo constructivamente. No puede emplearlo para el crecimiento personal, porque tal crecimiento se relaciona demasiado con la autogratificación. La culpabilidad sexual se adhiere al dinero como símbolo de sentimiento sexual. El dinero le "quema en los bolsillos". Así que lo despilfarra para liberarse de este sentimiento de culpa, igual como orina simbólicamente cuando está sexualmente excitado.

La interrupción del desarrollo infantil en el nivel del hijo-amante no se puede explicar únicamente sobre la base de culpabilidades infantiles relacionadas con la masturbación. Caracterológicamente, el tipo hijo es una personalidad oral que no ha sido capaz de resolver su problema edípico. Todavía está sujeto a su madre y temeroso de su padre. Siente que el mundo le debe algo para compensarle de todas las carencias que sufrió de niño. Incluso puede que encuentre a una mujer dispuesta a soportarle y ser la madre que él está buscando. Algunos de los problemas sexuales típicos del hombre hijo quedan ilustrados en el siguiente caso de un hombre de treinta años que me consultó debido a sus preocupaciones sexuales. Estaba obsesionado con fantasías de violación e ideas de incesto. Un día me preguntó:

¿Quiero follar a mi madre? Toda la semana he estado preocupado con este pensamiento. He sentido que soy peligroso.

Tuve ideas de violación.

Con las mujeres mayores este deseo es tan fuerte que me agobia. Mi cabeza y nuca se sienten como si estuvieran a punto de explotar. Siento que las quiero follar sádicamente, pero tengo miedo de hacerles daño. Entonces cambia el sentimiento y sólo quiero morirme de desesperación.

Cuando la carga sexual es muy fuerte dentro de mí, me siento tan grande como la vida misma. Solía sentirme impotente. Ahora aparece cierto sentimiento de omnipotencia cuando siento que me lo puedo arreglar con una mujer. El poder es la capacidad de hacer a otra persona sentirse sexualmente viva y sensible. Simplemente excitar a una mujer, ése es mi sueño. Pero en el momento en que está excitada, me doy cuenta de que tengo problemas. Entonces tengo que rechazarla por el miedo a fallar. Tengo miedo a correrme demasiado pronto y que ella se quede insatisfecha. En mi primera experiencia sexual, cuando la chica no podía llegar al orgasmo, me sentí responsable. Lo resolví pasando al cunnilingus.

El cunnilingus es una actividad de gratificación oral que ha sido desplazada del pecho a los genitales. Este desplazamiento ha sido provocado por el miedo a la madre que reaccionaba de forma negativa al deseo del niño de gratificación erótica oral. Los sentimientos sádicos expresados por este paciente tenían su origen en los impulsos reprimidos de morder el pecho. En el cunnilingus el hombre satisface dos deseos. Conscientemente siente que satisface a la mujer. Inconscientemente, satisface su sentimiento de venganza, asegurándose que le ha arrancado a ella el pene a mordiscos y que éste ya no lo puede amenazar más.

Este paciente describió a su madre como una mujer seductora que pretendía ligarlo a ella en una relación de dependencia. Al mismo tiempo tenía miedo de su padre, quien, como aseguró, solía pegarlo regularmente. Bajo estas condiciones era imposible establecer una identificación consciente con el padre, y el chico se vio empujado en una dependencia y un miedo a la madre, quien inconscientemente se transformó para él en la terrible Gran Madre de la antigüedad. Una situación así imposibilita el desarrollo normal del ego de un chico y detiene su personalidad en el primitivo estadio de hijo-amante. Alternativamente, se mostrará rebelde contra su sometimiento y después se sacrificará para complacer a su madre, llegando este patrón de comportamiento a caracterizar todas sus relaciones con las mujeres. Puesto que no se puede enfrentar a la mujer con un ego masculino, se servirá de la magia del poder sexual, el poder de excitarla para así transformarla en la “buena madre” que complacerá sus necesidades orales. Sus actos nos hacen

recordar el uso primitivo de rituales de fertilidad para asegurarse una buena cosecha. El cunnilingus representa el acercamiento sexual de un hombre que no se atreve a poseer a la mujer.

El hijo-amante no se interesa por el dinero. El dinero espoder real, no omnipotencia infantil o magia primitiva. Representa el poder de poseer a la mujer, un poder que pertenece al padre.

Puesto que la mujer para el hombre hijo-amante siempre es una figura materna, el éxito en términos de dinero es para él un equivalente al incesto. Su fracaso en la vida es autodeterminado. Psicológicamente, el hijo-amante tiene una estructura de carácter oral en la cual se combaten tendencias esquizoides y psicopáticas. Está obsesionado con la idea del poder, pero es incapaz de hacer nada para conseguirlo. Siempre es orgásmicamente impotente y a menudo también ereccionalmente. Su capacidad de erección depende de su capacidad de subyugar a la mujer y de reducirla al nivel de un objeto sexual. Mientras siga pensando en la mujer como poderosa figura materna, sufrirá una castración simbólica mediante la pérdida de la erección. Pero tal fracaso será seguido de rebelión y rabia, y del siguiente intento de derrocar a la Gran Madre. Una relación de pareja normal no es posible bajo tales circunstancias.

2. El papel de hermano es un acercamiento asexual a la mujer. El hombre cuya personalidad está determinada por este estado de desarrollo es capaz de ganar dinero, aunque no lo utilice para obtener poder sobre la mujer. Por la misma razón nunca ganará el tipo de dinero que representaría tal poder. Al ser un buen "hermano" compartirá su dinero con su mujer, invirtiéndolo en el crecimiento y desarrollo de ella. Si es competitivo, lo utilizará para mostrar su superioridad. En este caso se acerca mucho al comportamiento de la figura de padre.

El problema de la personalidad de hermano es la falta de satisfacción sexual, que él atribuye a la respuesta sexual inadecuada de su mujer. Pero mientras que se queje de la falta de respuesta de su mujer, su identificación con ella generalmente evita que haga movimientos para obtener satisfacción sexual en otro lugar. Su interés está centrado en ayudarla a ella, como lo haría un "hermano mayor" y no se da cuenta de que es justo su actitud de hermano mayor la que en gran parte es responsable de la falta de respuesta de ella.

Robert era un hermano mayor para su mujer. Se le podía considerar un buen marido profundamente interesado en las dificultades de ella. Era amable, simpático y comprensivo, no sólo con su mujer sino también con cualquier otra persona, hombre o mujer, en dificultades. Hubo un tiempo en que Robert pensó en hacerse cura porque sentía un fuerte impulso de ayudar a la gente.

Pero ya tema demasiado con sus propios problemas y necesitaba toda su energía para ocuparse de sí mismo.

Un día Robert me comentó:

Me he dado cuenta de que tengo un problema con el dinero. Parece que lo veo como si fuera mierda. Eso se remonta a mi infancia. En mi familia el dinero y los políticos fueron considerados como símbolos de suciedad y de comportamiento deshonesto. En cuanto mi padre ganaba algo de dinero, éste desaparecía. Mi madre era buena administradora, pero no me parezco a ella en esto. No quiero tocar el dinero. Dejo que mi mujer maneje todos los asuntos económicos y prefiero no enterarme de lo que pasa con el dinero. Pero luego me altero cuando veo cuánto hemos gastado y qué poco conseguimos con ello. Siento que me estoy escaqueando un poco de mis responsabilidades.

Después de decir esto, Robert comentó que se sentía confuso y que no conseguía avanzar con el análisis de su problema. Sin embargo, un par de minutos más tarde, añadió: «Me gusta ganar dinero. Y eso es una gran mejora porque en cierto momento me estropeé a mí mismo un gran aumento de sueldo. Solía acoger los aumentos de sueldo con sentimientos confusos».

En nuestra posterior discusión de este problema, Robert reveló que raras veces gastaba dinero para satisfacer sus propios deseos, a pesar de disponer de unos buenos ingresos. Solía llevar poco dinero encima para no caer en la tentación de gastar demasiado. Al pasar el dinero a su mujer también le traspasaba la responsabilidad de satisfacer sus deseos. La incapacidad de Robert de gastar dinero para sí mismo reflejaba sus sentimientos de culpa relacionados con la autoindulgencia y la masturbación. En una sesión anterior le había preguntado a Robert si se masturbaba, a lo cual explicó que lo hacía, pero que se sentía culpable por ello.

Robert no sólo transfería a su mujer la responsabilidad de satisfacer sus necesidades materiales, sino que también le cargó con la obligación de satisfacer sus necesidades sexuales.

Aquí nos encontramos con la base de su queja de la falta de respuesta sexual de ella. De manera que, por un lado era el hermano mayor que gana el dinero y protege a su mujer, pero por otro lado era el hermano pequeño que dependía de ella, para que se ocupara de sus necesidades y deseos. Al entregar su poder renunciaba a su hombría y se transformaba en el hermano pequeño. ¿Y cómo podía esperar que su mujer se excitara sexualmente ante la perspectiva de mantener relaciones con su hermano pequeño? Sólo afirmando su hombría podía Robert llegar a desarrollar el tipo de

relación sexual que deseaba.

No se suele valorar generalmente hasta qué punto el poder o el dinero aumentan el atractivo sexual de un hombre ante los ojos de una mujer. Antiguamente, este tipo de atractivo sexual era un atributo de hombres nobles o de alto rango. Eso probablemente esté relacionado con el hecho de que, en general, los líderes de un grupo son sus individuos más destacados. Cualquier forma de poder es un símbolo de superioridad, independientemente de si el poder es personal, como puede ser la fuerza física, o impersonal, como puede ser la riqueza. La sexualidad es una forma de poder en un sentido biológico. Representa el poder de excitar a la mujer, de fecundarla y de satisfacerla. La personalidad del hijo-amante exagera este sentimiento de poder sexual hasta el punto de la omnipotencia. Pero para que un hombre pueda ser sexualmente agresivo con una mujer, es indispensable que tenga conocimiento de este poder. Esto es lo que le falta al hombre hermano, así que se muestra débil e indeciso.

¿Cuáles son los factores que fijan a un niño en el nivel de la relación cómo hermano? Robert habló de su falta de identificación consciente con su padre. Siempre le había tenido mucho miedo debido a su temperamento violento. De niño Robert nunca fue capaz de desafiar a su padre, así que se retiró a una actitud pasiva. Por otro lado, sus comentarios muestranmucha simpatía y comprensión por la situación de su madre que se las tenía que arreglar con poco dinero. Robert sentía pena por su madre y conscientemente se identificó con ella en contra de su padre. De esta manera fue capaz de encontrar una solución parcial a su situación edípica, limitándose a una relación asexual con la mujer. Los factores determinantes de este tipo de estructura de carácter son muy similares a los que fijan a una niña en el nivel de hermana. Juntando fuerzas con su madre contra la tiranía del padre, el niño adopta un papel de hermano con su madre, actitud que luego se amplía a todas las mujeres.

La estructura de carácter del hombre tipo hermano encaja con la descripción analítica de pasivo-femenino. La estructura física del hombre pasivo-femenino muestra ciertas características femeninas. Suele tener una destacada tendencia a la redondez y la suavidad de las líneas corporales, especialmente en el área de las caderas. Su voz, típicamente, es suave y modulada. Sus movimientos están limitados y no son muy agresivos. Aunque la semejanza con lo femenino es notable en el hombre adulto, me parece mejor interpretación de estos rasgos entenderlos como pueriles. El aspecto de muchacho del hombre pasivo-femenino es una expresión directa de la falta de agresividad, debido a la inhibición de los sentimientos

sexuales en la situación edípica.

3. La estructura de personalidad que emerge en el siguiente estadio de desarrollo personal se conoce analíticamente como fálico-narcisista. Este término indica que este tipo de hombre está obsesionado con la idea de hazañas sexuales. Pero también es el caballero-héroe cuyo ego está preocupado por ilusiones románticas. El hombre fálico-narcisista está orientado sexualmente hacia las mujeres y es agresivo en su forma de acercamiento. Deriva sus sentimientos de poder de la identificación con su pene. A este respecto se asemeja al carácter oral, aunque le falte el sentimiento de omnipotencia deeste último, que se desmorona frente a la realidad. Para el carácter oral, el pene es un pezón simbólico y no un órgano genital. El hombre fálico difiere del tipo pasivo-femenino que esquiva la idea del poder sexual. Pero la debilidad en la personalidad del carácter fálico es que tiene miedo a poseer a la mujer, a la cual considera como una madre. No ha avanzado hasta el estadio del papel de padre.

Los así llamados buenos amantes suelen ser hombres con este tipo de estructura de personalidad. Sus logros se miden en términos de conquistas sexuales. Casanova y Frank Harris son buenos ejemplos de personalidades que han quedado bloqueados en esta fase de su desarrollo psicosexual. El interés primario del hombre fálico está en la seducción de la mujer. En su forma extrema, esta seducción se dirige a la virgen que, en la psique del seductor, es la princesa cautiva. Casanova se consideraba a sí mismo un gran héroe cuando lograba seducir a una mujer, derrotando las fuerzas que guardaban su virginidad: su padre y su madre. Se sentía como un aventurero que, habiendo asaltado la fortaleza de la moralidad social, reclamaba su premio. Pero su victoria no tenía duración. Sus proezas tenían sentido sólo en términos de su ego. Ni físicamente ni en lo real obtenía ninguna satisfacción o ventaja gracias a sus hazañas. Las circunstancias de sus aventuras sexuales le negaban la posibilidad de realización orgásmica. Tenía miedo de perder el corazón por una mujer. La experiencia del amor se le escapaba. Al final de su vida, Casanova, igual que Frank Harris, murió sólo y sin un penique.

El hombre fálico es la contrapartida de la mujer histérica. No es capaz de unir sus sentimientos de amor y de sexo hacia una misma persona. La mujer a la que ama se transforma en una figura materna que pierde su atractivo como persona sexual. La chica a la que seduce nunca deja de ser una extraña. Con el acto de seducción proclama que no es un “follador de su madre”, puesto que no se involucra emocionalmente con elobjeto sexual. Para aumentar todavía su autodefensa contra el incesto, elegirá como objetos

sexuales a chicas muy jóvenes preferiblemente vírgenes. Una virgen es imposible que sea su madre. Pero este mecanismo de defensa deja traslucir su ansiedad. Tiene sentimientos incestuosos hacia su madre que tuvo que reprimir debido al miedo, el miedo a la castración a manos de su padre.

Los acosos amorosos del hombre fálico se pueden explicar muy bien con su ansiedad de castración. Cada conquista es una prueba para su ego de que todavía es potente. Su potencia se desmoronaría si la mujer en cuestión no representase un desafío. Inconscientemente, el hombre fálico se ve como un retador de la autoridad paterna. Pero sólo y siempre se queda en el desafío, no puede ganar. Pues ganar significaría una lucha a muerte con el padre quien, en la imagen de la psique adolescente del hombre fálico, es la figura más fuerte y, si pierde, será castrado. Así que mantiene constantemente una especie de desafío del tipo "te pego y escondo la mano". Dado que todas las mujeres son propiedad de su padre, a cada conquista tiene que seguir una retirada del interés. Emocionalmente, el hombre fálico es un eterno adolescente.

¿Por qué se desvanece la potencia del hombre fálico cuando toma posesión del objeto sexual? O en otras palabras, ¿porque sufre este tipo de personalidad una reducción de sentimiento sexual después de casarse? Llegado este momento se puede pensar que el miedo al padre habrá disminuido drásticamente. Lo que entonces aparece es un miedo aún más profundo a la madre. El matrimonio es para él algo como una victoria de la mujer. Ha sido "enganchado" o "encadenado". Su libertad ha sido cortada y el orgullo de su ego, enfocado en una hombría adolescente, sufre un brusco declive. Al "engancharle", la mujer ha mostrado que es ella la persona más fuerte y el hombre fálico queda reducido a una posición de esclavo de la Gran Madre. En esta situación el héroe, si hay algoverdadero de ello en él, puede madurar y transformarse en figura de padre o regresar al papel de hermano. O, lo que es lo más probable, puede seguir con sus hazañas sexuales, utilizando el concepto del doble estándar como justificación. La mujer histérica mantiene sus ilusiones y sueños de un príncipe azul fuera del matrimonio. De la misma manera, el hombre fálico persiste en su persecución de la evasiva virgen.

Las vírgenes son las criaturas más evasivas. Con sólo ser poseídas una vez por el hombre, pierden esta cualidad y se transforman en objetos sexuales. La importancia de la virginidad reside en el hecho de que una virgen no es una madre. Una vez la penetración ha sido realizada, se pierde esta ilusión, de manera que hay que buscar una nueva aventura. La búsqueda de la virgen es una cruzada por la eterna juventud.

El dinero nunca será el objetivo primario del hombre fálico y por esta razón nunca se hace muy rico. Sin embargo, el dinero es indispensable para él, en su necesidad de independencia de acción. El hombre fálico maneja el dinero de la misma forma como trata su sentimiento sexual. Es para gastarlo, no para acumularlo. Así que lo gasta en fomento de la imagen de ego que tiene de sí mismo como una figura apuesta, osada y romántica. También es capaz de ganar dinero puesto que el enfoque agresivo sobre la vida le proporciona los medios para su adquisición. Ante los ojos de sus vecinos y conocidos parece ser un éxito social. Pero el destino de su carácter lo atrapa conforme pasan los años; con el tiempo sus aventuras se desvelan como meros intentos frustrados de ser un hombre.

En la realidad diaria, los tipos de carácter nunca son uniformes y no existe el tipo puro. Las tendencias neuróticas que determinan un comportamiento estereotipado varían ampliamente entre diferentes individuos. Algunos hombre fálicos son personas honestamente saludables, capaces de madurar hasta ser figuras paternas positivas, sobre todo a través de la experiencia de la paternidad. En otros, el cuadro romántico de caballero a lomos del caballo se vuelve caricatura, como el típico motorista con chaqueta de cuero en su Harley.

Físicamente, el hombre fálico está bien proporcionado y es claramente masculino, con buen tono muscular y una postura correcta, así como con rápidas y vivas formas de expresión. La debilidad en su estructura corporal reside en su rigidez, evidente sobre todo en los músculos de la espalda, la nuca y las piernas. Esta rigidez es una defensa contra el colapso y el abandono, sinónimos del hombre fálico. Enamorarse lo considera inconscientemente como un abandono a la mujer y un colapso de su independencia. La rigidez física y el miedo psicológico a la entrega inhiben su "abandono" a una fuerte sensación orgásmica y producen un determinado grado de precocidad de la eyaculación que le permite alcanzar sólo un orgasmo parcial. Sus conquistas sexuales son una compensación para su impotencia orgásmica.

Un hombre joven se transforma en caballero-héroe cuando su madre le ve bajo esta luz. Su inversión de sentimientos libidinosos en el hijo crea en él el sentimiento de ser atractivo para la mujer. Pero si esta inversión se realiza a costa de la relación de la madre con el padre, entonces creará un antagonismo inconsciente en el padre contra su hijo que pondrá en peligro la seguridad del hijo en relación con su padre. La naturaleza de incesto latente de los sentimientos que la madre cultiva hacia su hijo lo bloquean en el nivel de caballero-héroe, de manera similar como la relación latentemente incestuosa entre padre e hija determina el papel de

ella como virgen e ideal romántico.

4. La progresiva integración de las diferentes fases del desarrollo masculino dan como resultado a un hombre, no a una figura paterna. El hombre tipo figura de padre, sin embargo, es un compromiso neurótico ante la situación edípica. Corresponde al tipo madre en la mujer y representa un acercamiento asexual al sexo opuesto. El tipo padre actúa como si fuera el padre de su mujer y, muy a menudo, es un verdadero tirano con sus niños. Su ambición es el poder, en la forma de dinero, o, en su ausencia, en la forma de autoridad y control. La estructura de carácter de esta personalidad es anal-sádica, donde la de la mujer madre es masoquista. De esta manera, el tipo padre a considerar aquí es un individuo neurótico cuya meta es el poder, generalmente en la forma de dinero, aunque también incluyendo el poder sobre su mujer y sobre sus hijos. La posesión de poder le hace apto para desempeñar el papel de padre.

La imagen de la figura paterna que estoy a punto de dibujar está ya un poco fuera de moda. Es un severo disciplinario que gobierna su casa con mano de hierro. En su mezquino dominio actúa como un rey, pero sin la bondad que es un atributo importante de la verdadera realeza. Trabaja duro, es infatigable y ahorra su dinero religiosamente. En caso extremo es un fastidioso dictador y avaro. Las funciones de placer en la vida son relativamente poco importantes en su esquema de la vida. La productividad y la acumulación de dinero dominan su *Weltanschauung*. Este tipo de personalidad es relativamente raro hoy en día. La autoridad del padre ha ido disminuyendo, en favor de más respeto tanto por la mujer como por los niños. El concepto de obediencia estricta a la autoridad en casa y en la escuela ha sido sustituido por los ideales progresistas de permisividad y autoexpresión. Más importante incluso para la desaparición de esta figura es la pérdida de la unidad familiar y de la devoción de las mentes estrechas del principio que formó el fondo de esta personalidad. No obstante, es importante analizar la dinámica de esta estructura de carácter para apreciar los factores que crearon la figura del padre en el pasado y, hasta cierto punto, también lo hacen todavía hoy en día. Más tarde hablaremos de los cambios que ha sufrido este papel.

El papel del padre representa un acercamiento a la mujer entérminos de poder económico, en su cualidad de símbolo de virilidad sexual y garantía de la capacidad del hombre para mantener a la mujer y su descendencia. La relación que se establece así no es entre seres iguales. La personalidad de la mujer queda separada por esta actitud masculina en los aspectos opuestos de objeto sexual y madre. Como objeto sexual la mujer es colocada en una posición inferior y sumisa, mientras que como madre ejercita

una autoridad sutil que no es abiertamente reconocida. La rebelión de la mujer moderna contra esta situación contribuyó mucho al declive de este tipo de dominio.

Un hombre llega a desarrollar este tipo de personalidad neurótica resolviendo su conflicto de Edipo cumpliendo el código estricto de la moral patriarcal. No desafía a la autoridad de su padre, como lo hace el hombre fálico. En vez de ello, se identifica conscientemente con el padre y acepta su autoridad. El padre del hombre tipo padre incipiente generalmente era un disciplinario, estricto, rígido en sus actitudes y atemorizante en su poder sobre el chico joven. Su disciplina no se reforzaba sólo mediante las palabras. Castigos físicos en forma de azotes enfatizaban su poder y aseguraban la obediencia del niño. "Escatima el bastón y estropea al niño" es el a principio guía en la educación de la mayoría de hombres que se convierten en tipos patriarcales. Un niño no desafiará la autoridad de su padre si su madre respeta a esta autoridad. Este respeto le indica al niño que, para poseer a una mujer, necesita ganar tanto poder como tiene su padre. El niño ha de reprimir su deseo hacia la madre en favor de la ambición y el trabajo duro. Ha de suprimir su inclinación al placer y la gratificación erótica en favor del dinero y del poder. Si fracasa en el intento, se transforma en el hijo pródigo. El éxito le capacita para desempeñar el papel de padre.

Las prohibiciones sexuales que desembocan en el papel de padre se dirigen contra la autogratificación tanto como contra los sentimientos sexuales del niño hacia su madre. Una prácticade masturbación satisfactoria en un chico u hombre joven promueve la autoidentidad e independencia, previniendo la identificación neurótica con el padre. Para escapar de ésta, existe una válvula sexual que no viola el código de la moralidad patriarcal y que a menudo se ofrecía a los chicos en la era victoriana. Era bastante común que un padre iniciara a su hijo en los misterios de la vida sexual llevándolo con una prostituta. Una buena parte de los prostíbulos eran mantenidos por los óbolos de padres respetables y de alto rango. El doble estándar aseguraba mediante este mecanismo que el joven se casara con una chica de buena familia incrementando o protegiendo así los intereses de la propiedad paternal.

En su carácter, el tipo padre es una persona rígida y compulsiva. Su rigidez viene de la inhibición de sus sentimientos sexuales; su compulsividad de su apetito de poder. En contraste con el *playboy*, que tiene problemas urinarios, el tipo padre tiene una fijación anal. Las teorías psicoanalíticas relacionan la compulsividad con la analidad. Ya en 1908 publicó Freud un escrito que asociaba la

parsimonia, la obstinación y el orden con tendencias de retención anal. Esta tríada de rasgos, a la que luego se añadió la pedantería, caracteriza el tipo padre neurótico. «Ser ordenado —escribe Freud —, abarca tanto la limpieza y la fiabilidad corporal como el ser consciente de la ejecución de obligaciones banales.» Freud utiliza una gran variedad de observaciones para apoyar su idea de una conexión entre el dinero y la defecación. Menciona el cuento, que considera bien conocido, de que el dinero que el diablo da a sus amantes se transforma en excremento una vez él se haya ido. La asociación del oro con las heces encuentra soporte en los mitos que describen el oro como el "excremento del infierno" por su color similar, y por figuras de cuentos como el *Goldesel*, el asno defecador de monedas de oro. En Alemania, a menudo se les regala a los niños en las vacaciones una chuchería con esta figura.

Se da por hecho que el carácter compulsivo se agarra al dinero por una forma de resentimiento anal, similar a como antes se negaba a dejar ir sus "productos" cuando su madre o niñera se lo pedía. No es difícil observar como un entrenamiento severo de limpieza fecal puede resultar en una tendencia excesiva hacia el orden y la parsimonia. Es más difícil comprender la relación entre la obstinación y el control de esfínteres. Algunas investigaciones psicoanalíticas mostraron que un niño primero reacciona de manera desafiante y se resiste a las demandas parentales de control anal. Una vez doblegada su actitud desafiante por la fuerza, escondiéndola, ésta se transforma en una actitud generalizada de obstinación. Los medios utilizados para conseguir que el niño se doblegue son particularmente apropiados para asegurar su sometimiento al padre. Freud escribe que «los estímulos dolorosos de la piel de las nalgas [los azotes]... son un instrumento en la educación de un niño, destinado a romper su voluntad propia y hacerlo sumiso». Pegar a un niño es una de las formas de castigo que lo someterán a la autoridad masculina, puesto que constituye una humillación homosexual directa. En una forma más extrema aún, la aplicación de bastonazos era la expresión última de autoridad en el entrenamiento de los jóvenes ingleses de las clases altas para una carrera militar.

La similitud de dinero y oro con las heces no explica la asociación del dinero con el poder sexual. No justifica la emergencia de la figura del padre como una fuerza positiva en la organización de la sociedad. El análisis de Freud se basa en la exageración neurótica de esta asociación que tiene profundas raíces en la historia cultural del ser humano. Los excrementos humanos y animales fueron los primeros fertilizantes descubiertos por los humanos y siguen siendo los mejores. Es fácil de suponer que una

economía de agricultura, que para su supervivencia dependía de áreas limitadas de terreno cultivable, consideraba las heces como un valor real. Hasta en la rica Suiza, y no hace mucho, vi a un campesino correr hacia un camino para recoger las boñigas de un caballo que había pasado. El uso de abonos para enriquecer y fertilizar el suelo representa un gran avance sobre el uso primitivo de "magias de fertilización" basadas en el sacrificio y la sexualidad. Esta visión del desarrollo de la cultura humana elimina la aparente irracionalidad de la semejanza entre dinero, oro y excrementos.

La equivalencia entre dinero y poder sexual pasa por alto el paso intermedio de su relación con el poder fertilizante de los excrementos. La secuencia completa de la relación es la siguiente: la sexualidad era el poder fertilizante primitivo utilizado en los ritos mágicos que fue reemplazado por el poder fertilizante de los excrementos, los que, por su parte, luego quedaron unidos en la psique del ser humano con el oro y el dinero. La equivalencia entre dinero y poder sexual me permite desarrollar mis conceptos más claramente. Así, un avaro temeroso de gastar dinero no es capaz de "gastarse" a sí mismo. La palabra "gastar" tiene una clara connotación sexual. Un hombre a menudo se siente gastado después de un orgasmo o una eyaculación. El miedo de gastarse es un factor neurótico que inhibe la entrega al orgasmo completo. Muchos pacientes comentan que en sus actos de masturbación en la adolescencia intentaban evitar o retener la eyaculación. Consideraban la pérdida de semen como una fuente de agotamiento y la experimentaban como un debilitamiento del cuerpo y de la personalidad. En otras palabras, inconscientemente lo consideraban como una pérdida de poder. La historia bíblica de Onán apoya esta idea, aunque el pecado de Onán no está en la masturbación en sí, sino en su negativa a fertilizar a la viuda de su hermano, siguiendo la ley hebrea. Por lo tanto él estaba malgastando el poder de su semilla. Antes de la revolución sexual de las últimas décadas era muy común creer que la masturbación o actividad sexual frecuente redujera el poder de engendrar niños.

El hombre tipo padre está obsesionado con la productividad, tanto de niños como de riquezas. Su actitud obsesiva reduce a sus hijos a meros objetos o cosas que posee, como antes ya redujo a su mujer a una posesión. Con la pérdida del sentido personal de las relaciones, se produce la correspondiente pérdida de placer y gozo. La compensación para la pérdida de placer es la satisfacción egótica de una creciente productividad o riqueza. Esta estructura de personalidad no pocas veces tiene gran éxito en el mundo de los negocios. Un hombre patriarcal puede hacerse bastante rico y acumular considerable poder a pesar de la subyacente culpabilidad

sexual. Su éxito no viola la barrera del incesto puesto que lo consigue gracias a la represión del sentimiento sexual. Cuando finalmente llega a poseer a su madre (esposa), ella habrá perdido para él su significado como objeto sexual. Se habrá transformado en su padre.

Aunque el hombre tipo padre de la vieja escuela ha caído ampliamente en desuso, ha aumentado el énfasis en la productividad y la riqueza como metas en la vida. El tipo paterno de hoy en día es un hombre para el cual el placer sexual y el gozo en la vida han quedado subordinados a estas metas. Para él, el sexo es meramente una necesidad biológica como lo es el comer, el dormir y el aligerar el vientre. Su erección solamente es la indicación de una tensión que ha de ser descargada para que pueda volver a sus negocios y hacer dinero. Juega al golf, porque es una forma de mostrarse hombre, aunque incluso las actividades lúdicas adquieren aspectos compulsivos en su caso. Llegar a la meta se convierte en su lema y por el camino pierde el placer físico inherente en la actividad en sí. En su consecuente desesperación busca cierto placer personal en alguna aventura con su secretaria o cae en la dependencia de una prostituta. El doble estándar destruye su intento de autorrealización.

A un nivel superficial, el doble estándar actúa de manera diferente en la mente de un hombre que en la de una mujer. El hombre no rechaza su sexualidad conscientemente, más bien al contrario. Dado que la sexualidad masculina es una prueba de la superioridad natural para este género (hombría, pensamiento lógico, etc.), sería difícil exigirle que negara este signo de su superioridad. Un hombre no basa su pretensión de superioridad ni en su intelecto, ni en el ego, ni en su mayor fuerza. Fundamentar su demanda sobre tales bases podría resultar muy peligroso. ¿Cómo puede estar seguro de que no existe una mujer más inteligente, más lógica, más segura de sí misma o incluso físicamente más fuerte que él? Ya ha tenido una mujer así, más temprano en su vida, su madre. Ella era superior a él en todos los aspectos, pero era una mujer. No tenía pene, el único símbolo de superioridad que le queda. Por supuesto, ningún hombre haría una declaración pública de superioridad sobre la mujer sobre esta base. Lo racionaliza basándose en su intelecto superior. Pero su actitud hacia el sexo delata la base verdadera de su sentimiento.

El hombre puede alcanzar la función sexual desde dos direcciones diferentes. Una es la vía instintiva en cuyo caso su relación con la mujer es determinada por la “participación mística” de ella en los fenómenos naturales de excitación y descarga sexual. En esta situación, el elemento personal en la relación sexual queda

subordinado al factor transpersonal o instintivo en el impulso sexual. La otra forma de acercamiento es la vía consciente, a través de la percepción del significado del acto sexual en términos de su relación con una mujer. En este acercamiento consciente, el hombre regenta un poder para hacer algo con la mujer que la transforma. Él toma posesión de ella ("la tiene"), la fecunda y la satisface. En el ego de un hombre actor, la mujer es un objeto el cual puede y debe manejar, como maneja la tierra y la naturaleza. El ego basa su derecho para proceder así en la apropiación de la posesión y la afirmación del poder.

Ningún hombre se acerca al acto sexual sólo a través de los sentimientos o la percepción consciente. Siempre habrá una combinación de sentimiento y conciencia, instinto y conocimiento, en su relación con la mujer. Si trazo una línea divisoria entre estas dos direcciones, es para comprender mejor las diferencias que caracterizan el comportamiento de distintos hombres, diferencias que son más cuantitativas que cualitativas. Cuando el avance sexual está motivado en primer lugar por sentimientos (amor, pasión o deseo), el comportamiento sexual del hombre será más espontáneo. Puesto que la respuesta de la mujer bajo tales circunstancias estará determinada también por sus sentimientos, ambos se encontrarán como iguales. En la medida que el ego se introduce en la relación sexual, el acto sexual se transformará en una expresión de posesión de y poder sobre la mujer. El hombre tratará de representar un papel y la serpiente del fracaso sexual levantará su cabeza en lo que antes era el paraíso. Ningún hombre en nuestra cultura puede disociar el ego de su función sexual o renunciar del todo a su sentimiento interior de superioridad. En definitiva: ningún hombre puede escapar de su formación cultural.

Donde el doble estándar actúa en la mujer para crear la disociación entre amor y sexo, en el hombre tiene el efecto de oponer la idea del poder al de la sexualidad. El poder requiere control; la sexualidad pide abandono. El poder impone obligaciones; la sexualidad descarga tensiones. El poder crea desigualdades, sujetos y objetos; la sexualidad es la interacción de seres iguales. El poder es una función del ego y de la mente; la sexualidad es una función del cuerpo. El poder lleva a la acción; la sexualidad es dar y compartir. A un nivel más profundo, esta disociación también es otro aspecto del conflicto neurótico entre amor y sexo. El ego masculino se identifica con el sexo, interpretándolo como el poder para oponerse a las demandas del amor. Esta retorcida peculiaridad distorsionó elsignificado biológico de la sexualidad y creó el doble estándar. La función sexual del hombre es vista como la posesión de la mujer, mientras que la

respuesta natural de ésta se considera sumisión.

Encontramos otro doble estándar en la relación del hombre con su trabajo. Si es empresario, es muy fácil que se sienta dividido entre el deseo natural de conseguir el máximo beneficio personal y su preocupación humana por el bienestar de sus empleados y clientes. Como empleado, las obligaciones para con su patrón fácilmente pueden estar en conflicto con sus intereses personales. A menudo es difícil compaginar el impulso de ganar dinero y poder con los sentimientos propios de una persona simpática y comprensiva. Ocurre a menudo que uno de estos valores queda sacrificado por la presión de fuerzas familiares neuróticas fuera del control del individuo. Cuando el dinero y el poder se erigen en el valor dominante, una persona puede desarrollar tendencias psicopáticas. En el psicópata, el ego es más importante que el ser, es decir, la autoimagen enmascara y empequeñece a la persona. Por otro lado, al reprimir el deseo de dinero y poder, pueden aparecer tendencias esquizoides. El individuo en cuestión se puede retirar a un mundo interior de meditación y constante preocupación por sí mismo con la correspondiente disminución de su personalidad completa.

Pudiera presentar gran variedad de ejemplos de conflictos producidos por el doble estándar. La relación de un hombre con sus hijos refleja el conflicto resultante de su particular juego de valores. Todo padre sensible tendrá ciertas dudas sobre cómo reconciliar la necesidad de castigar y disciplinar a un niño con sus sentimientos de afecto y protección. En algunas culturas matriarcales primitivas este problema no existía. La autoridad en la familia recaía en el tío materno del niño. Así, el padre podía ser un amigo con el que el niño se podía relacionar sin miedo. Pero estas circunstancias culturales exigían muy poca disciplina y entrenamiento comparado con lo que hoy en día es necesario para formar a un niño en nuestras culturas civilizadas.

Otro ejemplo de la actuación de un doble estándar se refleja en la incapacidad de los seres humanos para formarse un concepto unificado que pueda abarcar la religión junto con el pensamiento científico, los negocios y la responsabilidad social. Se suele hacer frente a estos conflictos, compartimentan— do la vida. La religión es para el domingo y la iglesia, mientras que la ciencia gobierna en todas las actividades seculares. Los negocios son para hacer dinero, mientras que el interés personal en el prójimo encuentra su expresión en obras de caridad y de trabajos de voluntariado. Los dobles estándares son un fenómeno cultural que proviene de la antítesis entre cuerpo y mente, espíritu y materia, razón e instinto. A diferencia de los animales, el ser humano controla y modifica sus

reacciones instintivas para adaptarse a los ideales de comportamiento socialmente aceptados. Pero cuánto control, qué modificaciones y por qué razones; éstas son cuestiones que no se pueden responder con facilidad en un caso particular. Eso es especialmente cierto para la función sexual. ¿Cuánta moralidad es compatible con una sexualidad saludable? Es una pregunta a la que tan sólo la experiencia puede proporcionar una respuesta.

El proceso de antítesis y disociación actúa para crear una tensión polar que aumenta la conciencia si la capacidad del ego de elaborar síntesis funciona correctamente. En este proceso, todas las funciones del organismo se elevan a un nivel superior de intensidad: el placer aumenta, el orgasmo sexual es experimentado con más vitalidad y la vida se vuelve mucho más gozosa. Pero también es posible que la antítesis aumente los conflictos. Cuando no se produce una integración constructiva, no se puede resolver la tensión. En tal situación el resultado es la enfermedad y no la salud; neurosis o psicosis, nocordura; infelicidad, no gozo. En su término más simple, el problema es cómo ajustar las exigencias de la naturaleza y de la cultura en conflicto.

Aunque podamos reducir un problema a sus términos más simples, llegar a su solución no suele ser tan sencillo. La cura práctica de las dificultades neuróticas requiere un amplio conocimiento de los factores complejos involucrados. Incluso cuando se haya adquirido este conocimiento, su aplicación a una situación específica, sea ésta social o individual, representa un nuevo juego de problemas. Esta dificultad me recuerda la historia de un oso que cruzó la montaña para ver lo que había en el otro lado. Encontró otra montaña. Pero la inmensidad de la tarea no tiene por qué impedimos escalar la montaña. Una parte de nuestro ser, el inconsciente, nos cuenta que en el otro lado de la montaña hay un valle fértil. Este sentimiento interno es tan válido como la fría lógica que reconoce las dificultades para la realización de esta visión.

17. LA VERDAD DEL CUERPO

El resquebrajamiento de la vieja moral sexual asociada con la autoridad patriarcal ha desafiado la atención y los pensamientos de todas las personas serias. En un editorial sobre el tema «El sexo en los Estados Unidos: las buenas costumbres y la moral» de enero de 1964, la revista *Time* hizo un repaso sobre la actual confusión de los valores sexuales. El artículo anotaba como progresos la desaparición del doble estándar del comportamiento sexual, la aceptación más amplia de la satisfacción sexual como un deseo legítimo y el incremento de la apertura de mente hacia los problemas sexuales. Por otro lado, deploraba la falta de significado espiritual en la visión sofisticada de la sexualidad.

No podemos ofrecer una solución sencilla para este problema, pues la crisis se extiende hasta las raíces mismas de nuestra cultura. En un mundo crecientemente industrializado, estandarizado y deshumanizado, la sexualidad, a muchos, les parece ser la única fuerza capaz de unificar al ser humano con su naturaleza de instintos, inconsciente y animalidad. El artículo en *Time* refleja esta actitud: «Existe además la tendencia de ver en el sexo no sólo la salvación en lo personal sino también en lo social, la última área de libertad en una sociedad industrializada, la última frontera». Pero incluso esta área ahora está siendo explotada comercialmente con avidez por la ambición humana de acumular dinero y poder. Incluso esta frontera puede llegar a desaparecer por el así denominado objetivismo científico que tiende a reducir la función sexual a una mera técnica. Si reducimos también este último gran misterio de la vida a una fórmula, entonces el ser humano se transformará definitivamente en un autómata, completamente dominado por su ego y despojado de toda pasión y gozo. En el nombre del progreso, la productividad reemplaza a la inspiración y la espontaneidad abre el camino a la compulsión. Hoy en día podemos observar con facilidad actitudes compulsivas en el trabajo, el juego y el sexo. Nuestra única esperanza reside en la creciente insatisfacción de la gente con su actual forma de vida y en la percepción de que el gozo de la vida, que encuentra su máxima expresión en el orgasmo sexual, parece escaparse.

Es fácil practicar el fetichismo con el orgasmo y Wilhelm Reich ha sido acusado de fomentar un culto basado en este concepto. Esta acusación apareció, por ejemplo, en un artículo para una revista titulado «El culto del sexo y de la anarquía», publicado en *Harper's*

Magazine en 1945. Gracias a mis experiencias personales con Reich, puedo testificar en contra de esta denuncia. No obstante, queda el hecho de que tal actitud se puede desarrollar basándose en las enseñanzas de Reich. Muchos "rebeldes" se han aprovechado de sus ideas para justificar sus sentimientos antisociales y su marginación con respecto al esfuerzo social. Rollo May cree que la preocupación por el orgasmo puede llevar a una nueva forma de neurosis. Estoy de acuerdo con May en la posibilidad de este peligro, pero no podemos ignorar la importancia del orgasmo. El orgasmo pleno, como lo he descrito, es un importante indicio de salud emocional, puesto que representa la capacidad de un individuo de unir el consciente y el inconsciente, el ego y el cuerpo, el afecto y la agresividad en una única respuesta completa. Es precisamente por esta falta de unidad en las personas modernas que son incapaces de alcanzar una experiencia orgásmica plena en el acto sexual. Sin embargo, el orgasmo es el *resultado*, no el *recurso* de una vida completa. Sería un error considerar el orgasmo como la posesión de algún misterioso poder para resolver los problemas personales. El énfasis de un entendimiento racional de la enfermedad emocional debería enfocarse en los conflictos y cismas que quebrantan la unidad de la personalidad moderna y no en el orgasmo o la potencia orgásmica.

El conflicto básico está entre la racionalidad y la animalidad de la naturaleza humana. Es el conflicto entre el ego y la sexualidad, donde el ego simboliza la autoconciencia, el conocimiento y el poder, mientras que la sexualidad representa las fuerzas inconscientes que operan en el cuerpo. Estas fuerzas inconscientes han de ser reconocidas y hay que asignarles una posición de igual valor que él de las funciones "superiores" de la mente. El conocimiento, el poder y la riqueza no tienen significado si no contribuyen al bienestar general de un individuo, tanto como al bienestar común de la sociedad. Pero no pueden conseguir eso sí ignoran las demandas del cuerpo de expresión y satisfacción. Hasta este punto, estoy seguro que todo el mundo está de acuerdo. Pero muchas voces se levantarán en gritos de protesta cuando insisto en que en nuestra cultura las demandas del cuerpo son negadas.

En muchas ocasiones he hablado sobre la rigidez e inmovilidad física que padecen mis pacientes. Pocos de estos pacientes eran conscientes de que las tensiones físicas acompañaban y estructuraban sus problemas emocionales. La idea que prevalece es que las dificultades emocionales son puramente psíquicas y residen en algún rincón de la "cabeza" de uno. El pensamiento popular considera al cuerpo y a la mente como dos entidades separadas. Si en el curso de una terapia analítica permitimos que persista esta

forma de pensar, creamos un abismo entre lo que el paciente aprende y cómo vafuncionando. Así se mantiene la ilusión del pensamiento de que el conocimiento es un sustituto del sentimiento, y se alienta a esquivar la verdad de que la función sexual de la persona es una expresión de su unión entre cuerpo y mente.

He mostrado que las dificultades sexuales están relacionadas íntimamente a las alteraciones físicas en su forma de tensiones musculares, rigideces pélvicas, espasticidades de la musculatura de las piernas y restricciones respiratorias. El sexo es una función física que depende de la gracia y coordinación del cuerpo para que pueda ser placentera y satisfactoria. Sería ingenuo creer que todo lo que necesitamos para un sexo fantástico es una pareja bien dispuesta. Es pura sofisticación sexual creer que la libertad sexual es una actitud de la mente. ¿Acaso puede uno sentirse libre para disfrutar del sexo si su cuerpo no se mueve rítmicamente? ¿Qué tipo de libertad sexual se gana mediante el uso de un lenguaje obsceno o de la indulgencia a la sensualidad? Sólo un egoísta puede confundir el libertinaje con la libertad.

La excesiva valoración del ego y del intelecto ha llevado a negar la verdad del cuerpo. Para el ego, el cuerpo es un objeto a controlar. Pero si vamos tan lejos como para considerar el cuerpo como una máquina, nos arriesgamos a perder la única realidad capaz de conservar la salud en esta época nuestra de confusión. Carl Jung describió este problema a la perfección: «Si todavía estamos atrapados en la vieja idea de una antítesis entre mente y materia, entonces la situación actual de las cosas conlleva una contradicción insalvable; nos puede dividir de tal manera que incluso nos volvamos contra nosotros mismos. Pero si conseguimos reconciliamos con la verdad misteriosa de que el espíritu es el cuerpo vivo visto desde dentro y que el cuerpo es la manifestación externa del espíritu vivo —siendo estas dos entidades una única realidad—, entonces podemos comprender por qué los esfuerzos para trascender el nivel de conciencia actual han de conceder al cuerpo sus derechos».

La verdad del cuerpo se refiere a la percatación de la expresión, de la actitud y del estado del cuerpo. Esta frase tiene sentido sólo en términos de conciencia. Conocer la verdad del cuerpo es ser consciente de sus movimientos, de sus impulsos y sus restricciones; es decir, sentir lo que está ocurriendo en este cuerpo. Si un individuo no *siente* las tensiones, rigideces o ansiedades de su cuerpo, está —en este sentido— negando la verdad de su cuerpo. Esta negación, inconscientemente, se presenta como una pérdida de percepción de las condiciones corporales. Con frecuencia va acompañada de la expresión de un estado opuesto de sentimientos.

Por ejemplo, los pacientes a menudo enmascaran un sentimiento de tristeza bajo una sonrisa compulsiva, con el resultado de que ya no perciben más su sensación de estar tristes. Otros pacientes encubren la hostilidad, visible en su fría y dura expresión de ojos y sus mandíbulas apretadas, con una cortesía y formalidad exagerada. La verdad del cuerpo se puede disfrazar mediante racionalizaciones o intelectualizaciones. Un paciente puede racionalizar su incapacidad de expresar rabia diciendo que la rabia no es una reacción apropiada. Pero la verdad de este paciente probablemente será que es incapaz de movilizar o soportar un sentimiento de rabia debido a sus tensiones musculares crónicas en la zona de los hombros. El orgasmo es un sentimiento del cuerpo que expresa amor por la pareja sexual. La impotencia orgásmica indica el miedo al amor a un nivel sexualmente maduro. ¿Cuántas personas son conscientes de esta simple verdad del cuerpo?

El sentimiento de que el corazón "se abre" hacia el amor es una verdad en el cuerpo. Puede que relacionar el amor con el corazón no se ajuste a la visión científica. Pero, entonces, la ciencia no está interesada en los sentimientos, sino sólo en los mecanismos. Cuando una persona habla del amor sin ninguna sensación corporal de esta emoción, está hablando de una imagen, no de un sentimiento. Muchas personas encuentranmuy difícil decir "te quiero" porque les falta este sentimiento tan específico. Otras usan estas palabras sin conexión con las sensaciones corporales que implican. De manera similar, la gente habla de deseo sexual sin tener un fuerte impulso sexual. Lo que esto quiere decir es que quieren tener contacto sexual para que les haga sentirse vivos y excitados. La disociación entre las palabras de amor y los sentimientos sexuales es característica del tipo de sensualidad descrito en el capítulo diez. La expresión "te quiero" a menudo significa "te necesito" y es más una demanda de amor que una declaración de un sentimiento corporal.

La idea de que el corazón es la sede del amor tiene relación con la cuestión de la potencia orgásmica. En todos los individuos neuróticos observamos que las paredes del pecho están muy tensas. Además, tienen el diafragma contraído, la barriga succionada hacia adentro y sus hombros son inamovibles. Su corazón está literalmente encajonado entre una armadura muscular que lo protege, pero que también lo aísla del sentimiento en el área genital. Esta "armadura" explica por qué las sensaciones sexuales se suelen limitar a los órganos genitales y no se extienden al cuerpo completo en una reacción de orgasmo plena.

Otra condición física que interfiere con la potencia orgásmica es una barriga plana y retenida y nalgas apretadas y contraídas. En los hombres, un vientre plano se supone que es un signo de

masculinidad. El ideal de la figura varonil ha sido y sigue siendo la figura militar: vientre hacia adentro, pecho hacia afuera, hombros cuadrados. Pero si esta postura puede ser deseable para un soldado, no tiene ningún sentido en términos de sexualidad. Es una postura que denota control, restricción, orden y, quizás, liderazgo. Enfatiza los valores del ego, pero inhibe la entrega al inconsciente y a los sentimientos necesarios para una buena descarga orgásmica. Reduce el cuerpo a un instrumento sujeto a la voluntad y disminuye la potenciaorgásmica. La contracción del vientre evita que el sentimiento pueda invadir la pelvis. Aísla al órgano genital del resto del cuerpo y lo transforma en una herramienta. Las nalgas apretadas limitan aún más el sentimiento sexual, proporcionando al empuje pélvico una connotación sádica y haciendo los movimientos duros y compulsivos. El pene se transforma en un arma. Esta postura se puede considerar masculina sólo en el sentido de que niega el lado femenino de la naturaleza del hombre. Los sentimientos sexuales suaves de todo el cuerpo son considerados por el ego como aspectos de lo femenino.

Es difícil entender por qué las mujeres a menudo adoptan estándares de atractivo masculino para ellas mismas. Una reciente campaña de publicidad de unos grandes almacenes ilustra muy bien esta tendencia de forma humorística y dramática. En el anuncio se ve a una mujer de perfil, cuya apariencia —vestida con pantalones anchos, y con poco pecho y nada de barriga ni cadera— provoca que un chico colocado en un rincón del anuncio pregunte a otro a su lado: «¿Quién es tu hermano pequeño?». Este valor, un físico como el de un chico, es una negación inconsciente de la sexualidad femenina. Indica el grado hasta el cual los rasgos distintivos masculinos han llegado a penetrar en el pensamiento femenino. En vista de este hecho, sólo podemos llegar a la conclusión de que la desaparición superficial del doble estándar se debe a su sustitución por un estándar único: el estándar masculino.

Aunque cualquier remisión del doble estándar sea bienvenida, esta tendencia reciente ha ido acompañada de un deterioro de la moralidad, de los valores, del amor y del cuerpo físico. La deplorable condición física de tantas personas en nuestra cultura ha llegado a ser tema de preocupación y estudio para un comité presidencial. Pero todas las exhortaciones, programas y proyectos no parecen producir ningún efecto de mejora en esta situación tan caótica. Cercenado, mediante el poder de su mente racional, de los nexos místicos que unían a

sus antepasados con la naturaleza y la vida, el hombre moderno ha rechazado también los ideales y las creencias que sostenían a su padre, y entre ellos el doble estándar del comportamiento sexual.

Como individuo solitario, tan sólo puede mirar hacia sí mismo en la búsqueda de un código de comportamiento que dé sentido a su vida. En la verdad del cuerpo y en sus sentimientos sexuales, el ser humano tiene una guía hacia una conducta moral y ética mediante la cual puede realizarse y satisfacer su naturaleza.

Reich, en su obra *La función del orgasmo** propuso una moralidad basada en el concepto de la autorregulación genital. Este concepto surgió de su observación de que, cuando un paciente alcanzaba la capacidad de entrega genital plena, su personalidad entera cambiaba radicalmente. Las actitudes compulsivas en relación con el trabajo y el sexo desaparecían. La promiscuidad sexual terminaba no debido a ninguna compulsión moral, sino porque este comportamiento ya no proporcionaba la satisfacción que el paciente buscaba. El "carácter genital", como bautizó Reich al individuo que había alcanzado tal capacidad, podía combinar el sexo con el amor y el amor con el sexo: «Era como si las entidades morales desaparecieran completamente, siendo reemplazadas por salvaguardias contra cualquier actitud antisocial mejores y más defendibles, salvaguardias que no estaban reñidas con las necesidades naturales, sino que, por el contrario, se basaban en el principio de que *la vida es para disfrutarla*». El carácter genital no es hedonista, como esta última afirmación pudiera sugerir, sino racional. Tiene el poder de elegir: cuándo y cómo buscar la satisfacción de sus deseos. Y su elección sería racional puesto que no padece conflictos internos relacionados con deseos reprimidos. Por ejemplo, un hombre con una estructura de carácter genital no seduciría a una niña, esto sería actuar en contra de sus sentimientos. Trataría de encontrar a una mujer que respondiera espontáneamente a él. Para un individuo con la estructura de carácter genital, el sexo es una experiencia plena de sentido y placer. Para el individuo neurótico, “el acto sexual esencialmente es una demostración de *potencia"*.

El análisis de Reich de las diferencias entre la moralidad compulsiva y la autorregulación natural impresiona por su lógica aplastante. El caos sexual del siglo XX parece demostrar que una autorregulación tal es muy necesaria. Habiendo llegado a la convicción de que esta autorregulación es posible, de que se presenta cuando las cosas vuelven a su cauce natural y de que es imaginable que algún día se hará universal, Reich dedicó su vida al problema de transformar este concepto en una realidad social. No me parece pertinente metemos aquí en la historia personal de la vida y del trabajo de Reich con su fiasco final de encarcelamiento y muerte. Con amargura y frustración, Reich finalmente llegó a creer que la masa de la gente no estaba preparada para aceptar y luchar

por este ideal. Llegó a la conclusión de que los miles de años de represión sexual y moralidad compulsiva habían creado en el humano moderno un miedo demasiado abrumador a la libertad y al placer sexual.

Reich enmarcó la cuestión: «¿Por qué ha llegado el concepto de un antítesis tan brusco entre naturaleza y cultura, entre instinto y moralidad, cuerpo y mente, diablo y Dios, entre amor y trabajo a formar parte tan destacada de nuestra cultura y *Weltanschauung*?» Sus respuestas, sin embargo, venían predominantemente del lado negativo: «Para ser capaz de existir en el mundo, la gente tenía que luchar y destruir dentro de sí misma lo más verdadero, lo más bonito, lo más propio» y «hacer dinero como fin y meta de la vida es contradictorio a todo sentimiento». Estas respuestas son fundamentalmente correctas. La tragedia humana resultante de estas contradicciones en la naturaleza de las personas es bastante obvia para todo el mundo. Pero Reich no había explorado la historia de la conciencia humana como lo hicieron Jung y Neumann. La lucha por la conciencia, la individualidad y la cultura fue difícil. El precio por ella, como recién ahora podemos ver, puede que fuera demasiado alto, pero hasta ahora apenas fue cuestionado, con la excepción de unos pocos grandes pensadores. Arnold Toynbee compara el estado del hombre civilizado con los apuros que pasa un montañero ante un escarpado abismo, salvado sólo por un estrecho saliente. Debajo, en el valle, está su anterior condición primitiva. Arriba se esconde la cima de la montaña a cuya escalada aspira el hombre civilizado. Pero el ascenso es peligroso y no hay cuerdas que lo aseguren. Caer significa la muerte y seguir adelante y luchar hasta que esté preparado para intentar el ascenso es doloroso, incluso mortificante. Pero ¿qué otra opción le queda?

Una buena visión de las alturas no es suficiente para justificar un desesperado esfuerzo incondicional para escalar el precipicio. Reich lo intentó y fracasó. Hemos de ganar mejores conocimientos, encontrar nuevas vías, desarrollar técnicas que todavía no poseemos. El concepto de autorregulación basada en una potencia orgásmica plena es una visión, no una destreza. No ha podido ser aplicada como herramienta terapéutica, como Reich con gran desilusión tuvo que admitir en sus últimos años. En consecuencia, no podemos aceptar por completo la interpretación del concepto de Reich, expresada por Norman Mailer, de que el orgasmo libera las posibilidades para una vida creativa del individuo. Más bien tenemos que formularlo a revés: un individuo libre (libre de conflictos neuróticos) puede explorar sus posibilidades para una vida creativa, una vida para la cual quizás la clave más importante

es la capacidad de una entrega orgásmica completa en el acto sexual.

El problema no es el sexo sino la sexualidad. Y la ésta es una función de todo el cuerpo, no sólo del aparato genital.

Reich tuvo un desliz serio cuando contrapuso el carácter "neurótico" al carácter "genital". Todo adulto es un carácter "genital" en la medida en la que mantiene una vida sexual y, con razón, puede alegar que, puesto que el sexo es importante para él, está funcionando "genitalmente". El término "neurótico" se puede contraponer sólo a su opuesto: "sano". La neurosis y la salud son los extremos opuestos de una polaridad en la cual "salud" significa la capacidad de disfrutar de la vida y "neurosis" la incapacidad para ello. Éstos son criterios subjetivos. Objetivamente, la salud ha de representar un estado del *cuerpo*, es decir, un cuerpo vital, energético, libre de tensiones musculares crónicas, coordinado en sus movimientos, armonioso en sus distintas partes: un cuerpo con el cual la personalidad está plenamente identificada. En otras palabras, la salud no se puede separar de los atributos como belleza, gracia y veracidad. Y un cuerpo así es sexualmente vivo.

El problema no es la genitalidad, sino la sexualidad. En un capítulo anterior manifesté que el homosexual tiene sentimientos genitales, pero que el resto de su cuerpo está relativamente "muerto". Eso concierne también en diferentes medidas a todo individuo neurótico y da una explicación de su incapacidad para desarrollar una respuesta corporal completa en el clímax sexual. De hecho, cuando se produce una fuerte excitación genital disociada de los sentimientos del resto del cuerpo, la experiencia es poco placentera. La actividad homosexual se origina en la necesidad de "deshacerse" de estas sensaciones desagradables. Pero el homosexual queda atrapado en su perversidad porque cree que sus sensaciones genitales son la puerta hacia la vida. Ésta es una creencia basada en una falta de conocimiento de la verdad: la verdad de que su cuerpo está congelado, inmóvil y entumecido. Sólo esta verdad lo puede liberar, puesto que únicamente a través de la movilización de las sensaciones corporales puede superar los miedos que impiden que se acerque de forma relajada a la mujer.

No estamos acostumbrados a pensar en términos de la verdad del cuerpo. Desde hace demasiado tiempo el modo occidental de pensar ha considerado el cuerpo como un mero mecanismo, un instrumento de la voluntad o un depositario del espíritu. La medicina moderna, a pesar de todos sus avances, se sigue agarrando a esta visión. No nos tomamos en serio nuestros cuerpos hasta que no caemos enfermos. Entonces vamos corriendo a buscar a un "mecánico". Todavía no hemos aceptado la hipótesis tan simple de

Jung: «Dado que existe una forma determinada del cuerpo, como también existe una forma del comportamiento o de la mente, una caracterología general tiene que enseñar la importancia y el significado tanto de los rasgos físicos como de los psíquicos». Aquí, de nuevo, fue el genio de Reich el que trazó el fundamento para esta caracterología.

Yo ofrecería la hipótesis de que el individuo que está en estrecho contacto con su cuerpo y con sus sentimientos no miente. No miente porque le haría sentirse en falso. A los niños no les gusta mentir; dicen que les hace sentirse mal. Si uno se interpreta mal a sí mismo, crea un conflicto interno entre la imagen proyectada y la realidad de su ser. Este conflicto lo experimentan las personas sanas como una tensión física. Esta tensión es el resultado del intento del cuerpo de adaptarse a la imagen proyectada, lo que no puede conseguir. Pero si una persona no está en contacto con sus sensaciones corporales, no percibe esta tensión, así que, pronunciando una mentira, puede que ni siquiera se dé cuenta de que no está diciendo la verdad.

Esta forma de mentir es típica en las personalidades psicopáticas. La mayoría de los psiquiatras supone que este tipo de individuos no tiene conciencia. Mi propia experiencia con cierto número de tales casos es que no tienen casi ninguna sensación corporal. Existe multitud de ejemplos clásicos de este comportamiento. Todos habremos visto alguna escena de comedia en la que una persona está discutiendo en voz muy alta, excitado y gesticulando, y entonces alguien le pregunta: «Pero ¿por qué estás tan enfadado?». Y, en tono obviamente histérico y excitado viene la respuesta: «¿Quién está enfadado?».

Una división semejante se puede dar en el comportamiento sexual de un hombre. Es raro que un hombre que pierda la erección antes o durante el coito enfrente este hecho con honestidad. Los comentarios habituales, como explican luego las mujeres, suelen ser: «Esto nunca me ha pasado antes», «No lo entiendo», o «La próxima vez ya estaré bien». La verdad, tal como el cuerpo la expresa, es que el hombre ha perdido el deseo por la mujer, lo que puede deberse a ansiedades, culpabilidades o miedo. Puede que se sienta incómodo en la situación, temiendo que la mujer pueda esperar que se comprometa en una relación duradera, ansioso con respecto a su habilidad de satisfacerla, etc. Estoy seguro de que todo hombre en esta situación puede percibir sus sentimientos reales en cierto nivel de conciencia. Si es capaz de aceptar y expresarlos, se puede resolver el conflicto y su potencia volverá. Si tenemos miedo a enfrentar la verdad de nuestro cuerpo o de sus sentimientos, tergiversamos, disimulamos y adoptamos una pose.

Puedo ofrecer un buen argumento para la sugerencia de que todas las formas de mentira y engaño representan un intento de huida de la verdad del ser o del cuerpo. Por descontado que cuerpo y ser no son identidades separadas, aunque no viene al caso profundizar en este tema aquí. Lo que quiero sugerir es que una moralidad personal y un juego de valores propios se pueden basar en los principios de autoconocimiento y autoaceptación, principios en los cuales la verdad del cuerpo se halla inherente. Esto no lleva ni al egoísmo ni a una vida centrada en estrechos intereses personales. El ser no existe dentro de un vacío. Tampoco es una visión tan simplista como el manifiesto de una sola frase de Ernest Hemingway: «Moral es lo que te hace sentir bien después e inmoral es lo que te hace sentir mal después». En el actual estado de los hechos, la mayoría de la gente no experimenta sentimientos tan claramente acotados. Uno se puede sentir bien y mal al mismo tiempo con respecto a cierta actividad, o bien en un momento pero mal en el siguiente, en cuanto emerjan sentimientos más profundos. Hasta que la persona no esté plenamente en contacto con su cuerpo, del todo consciente de sus sentimientos, tensiones y cualidades, no será capaz de emitir juicios morales, aunque sólo estén limitados al propio comportamiento. En vez de formular códigos, deberíamos tratar de encontrar un "camino". El camino hacia una vida más rica, ciertamente tendrá que pasar por una percepción más plena del cuerpo y de su sexualidad. No diré nunca que eso es la única "vía", pero sí insisto en que es una forma válida de vivir, una que integra las funciones antitéticas de la personalidad humana.

He recalcado varias veces que la madurez sexual no es una meta, sino una forma de vida. La persona sexualmente madura tiene el coraje para enfrentar la verdad de su cuerpo y, como resultado de esta actitud, respetará a sus propios sentimientos y a sí misma. También respetará profundamente a su pareja sexual, a las personas en general y al fenómeno de la vida en todas sus formas y manifestaciones. Su autoaceptación abarcará todo lo que tiene en común con los otros seres humanos: la vida, la libertad y el impulso sexual. Una persona que se odia a sí misma, odia su cuerpo y los cuerpos de la otra gente. Al afirmar su derecho de felicidad sexual, la persona madura otorga a los otros los mismos derechos. Tiene lo que yo llamo "un corazón abierto". Gracias a que tiene el corazón abierto y no cerrado, la persona sexualmente madura se entrega por completo a los que ama. En contrapartida, todo el mundo suele querer y respetar a los individuos que viven con el corazón abierto porque irradian entusiasmo en sus actividades y se muestran contentos y satisfechos de sus resultados. Y, por supuesto, son orgásmicamente potentes. He conocido personas así y éstas han

enriquecido mi vida. Son ellos los que justifican mi fe en la gente.

El individuo con el "corazón cerrado" tiene miedo a amar. Profundizando en el análisis, suele ser este miedo lo que lo hace actuar de forma neurótica. Sabe del significado del amor y es consciente de su necesidad de amor, pero no puede abrir su corazón al sentimiento de amor, aunque desde luego no ha nacido de esta manera. Veo personas así constantemente en mi consulta. En cada uno de estos casos se desvela una historia de decepción amorosa a una edad muy temprana. Los pacientes recuerdan cómo lloraron siendo bebés, llamando a su padre o madre que no les respondía. A veces este hecho queda confirmado por un pariente. Durante un tiempo, cuando el conductismo estaba en auge como doctrina psicológica, varias madres me contaron que sus médicos les habían aconsejado no coger a sus bebes cuando lloraban para no estropearlos. Otros pacientes recuerdan que su anhelo de ser amamantados a menudo quedó insatisfecho. Algunos se acuerdan de su imagen de la "mala madre", cuya irritación por las demandas aparentemente sin fin de sus niños las hacía reaccionar de una manera impaciente o incluso hostil. La combinación de repetidas decepciones y miedos produce una actitud defensiva contra la probabilidad de nuevas heridas. Esta defensa toma la forma de una "armadura" que se expresa físicamente en la rigidez crónica de la musculatura pectoral. El corazón se "cierra" al ser encerrado dentro de una caja torácica rígida que por otra parte limita la respiración e inhibe los sentimientos. Todo paciente neurótico padece alteraciones de la respiración como resultado de las tensiones crónicas en las paredes del pecho y en el diafragma. Psicológicamente, el "corazón cerrado" se expresa en la actitud de "yo te querré si tú me quieres". Ponercondiciones es negar. El individuo neurótico no puede amar; sólo proyecta su incapacidad sobre otros.

No existe ningún método rápido y simple para superar las alteraciones neuróticas. Para conseguir un "corazón abierto", una persona primero ha de sentirse lo suficientemente segura dentro de sí misma como para que pueda afrontar el miedo a estar sola. Tiene que resolver todos los conflictos neuróticos que dividen su sentido de sí misma y bloquean la plena identificación con su cuerpo. También tiene que superar la tendencia cultural de disociar el ego del cuerpo y el amor del sexo. Eso no se consigue con facilidad; el análisis es un proceso largo y arduo y no siempre va coronado de éxito total. Pero la salud y la felicidad merecen el esfuerzo.

No puedo ofrecer una prescripción simple para una vida sexual satisfactoria y sana. La crisis sexual a la que se confronta nuestra era requiere para su solución algunos cambios radicales de

pensamientos y actitudes. Un orden personal y social nuevo basado en la apreciación de la verdad del cuerpo ha de aflorar. El asombro del hombre y de la mujer ante las aparentemente ilimitadas posibilidades de la mente humana no debería hacerle perder el respeto por la infinita sabiduría de su cuerpo. La sexología científica, si quiere ser de alguna ayuda, no debe cegarse ante el misterio del amor que se encuentra en el corazón del acto sexual.

BIBLIOGRAFÍA DE ALEXANDER LOWEN

1958. *The physical dynamics of character structure.* [Versión en castellano: *El lenguaje del cuerpo*. Barcelona: Herder, 1985.]

1965. *Love and orgasm*. [Versión en castellano: *Amor y orgasmo.* Barcelona: Kairós, 2000.]

1967. *The betrayal of the body.* [Versión en castellano: *La traición al cuerpo*. Buenos Aires: Errepar, 1995.]

1970. *Pleasure: a creative approach to life*. [Versión en castellano: *La experiencia del placer.* Barcelona: Paidós, 1994.]

1972. *Depression and the body; the biological basis of faith and reality.* [Versión en castellano: *La depresión y el cuerpo*. Madrid: Alianza Editorial, 1982.]

1975. *Bioenergetics*. [Versión en castellano: *Bioenergética*. México D. F.: Diana, 1977.]

1977. (Con Leslie Lowen) *The way to vibrant health: a manual of bioenergetic exercises*. [Versión en castellano: *Ejercicios de bioenergética*. Málaga: Ed Sirio, 1988.]

1980. *Fear of life*. [Versión en castellano: *Miedo a la vida*. Buenos Aires: Errepar, 1993.]

1983. *Narcissism: denial of the true self* [Versión en castellano: *Narcisismo o la negación de nuestro verdadero yo.* México D. E: Ed. Pax, 1987]

1988. *Love, sex, and your heart.* [Versión en castellano: *El amor, el sexo y la salud del corazón.* Barcelona: Herder, 1991]

1990. *The spirituality of the body: bioenergetics for grace and harmony.* [Versión en castellano: *La espiritualidad del cuerpo*. Barcelona: Paidós, 1994.]

1994. *Joy the surrender to the body an to life*. [Versión en castellano: *Gozo: La entrega al cuerpo y los sentimientos*. Buenos Aires: Era Naciente, 1994.]

notes

Notas a pie de página

[1]Albert Ellis, *The Art of Science of Love*, Nueva York: Lyle Stuart, 1960, p. 117.

[Versión castellana: *Arte y técnica del amor*, Barcelona: Grijalbo, 1978.]

[2] Edrita Fried, *The Egoin Love and Sexuality*. New York: Grune & Stratton, Inc., 1960, p. 159.

[3] A. Lowen, *The Physical Dynamics of Character Structure.*Nueva York: Gruñe & Stratton, 1958. [Versión castellana: *El lenguaje del cuerpo,* Barcelona: Herder, 1985.]

* *El arte de amar*, Buenos Aires: Paidós, 1959.

* *El yo y el ello*, Madrid: Alianza Editorial, 1997.

[4] Donald W. Hastings, *Impotence and Frigidity*, Boston: Little Brown & Co., 1963,p.57.

[5] A. Lowen, *The Physical Dynamics of Character Structure.*Nueva York: Gruñe & Stratton, Inc., 1958. [Versión castellana: *El lenguaje del cuerpo*. Barcelona, Herder, 1985.]

[6] Harry F. Harlow, «The Development of Affectional Patems in Infant monkeys», *Determinants of Infant Behavior*, ed. B. M. Foss.Nueva York: John Wiley & Sons, Inc., 1961, p. 78.

**El gran dios Brown*,Madrid: Hispamerica Ediciones Argentina, 1988.

[7]Sandor Ferenczi, *Thalassa: A Theory of Genitality*. Nueva York: Psychoanalytic Quarterly, Inc., 1949. [Versión castellana: *Thalassa. Ensayo sobre la teoría de la genitalidad*. En Obras completas, tomo III. Madrid: Espasa Calpe, 1981.]

[8]Theodor Reik, *Of Love and Lust.*Nueva York: Farran, Straus &

Co., 1957. [Versión castellana: *Psicología de las relaciones sexuales.*Buenos Aires: Ed. Nova, 1947.]

[9]Reginald D. Manwell, *Introduction to Protozoology.*Nueva York. St. Martin's Press, 1961, p. 187;

**Eros y Tanatos. El sentido psicoanalítico de la historia*. México D F.: Ed. Joaquín Mortiz, 1967.

[10] El término *gay*, aunque en desuso, significa también, "alegre". (*N. del T.*)

[11]El fundamento conceptual para este tipo de terapia fue establecido por primera vez por Wilhelm Reich en su obra *The Function of the Orgasm. Nueva York: Orgone Institute Press, Inc., 1942*. [Versión castellana: *La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós, 1993.] Luego fue ampliado en A. Lowen, *The Physical Dynamics of Character Structure.*Nueva York: Gruñe & Stratton, Inc., 1958. [Versión castellana: *Ellenguaje del cuerpo.*Barcelona: Herder, 1985.]

[12]Irving Bieber, *etal., Homosexuality: A Psychoanalytic Study.*Nueva York: Basic Books, 1962.

**Los derechos psicológicos de los niños*, Barcelona: Ed. Nova Térra, 1974.

[13]Wilhelm Reich, *The Function of the Orgasm.*Nueva York: Orgone Institute Press, Inc., 1942 [Versión castellana: *La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós, 1993.]

* *¿Quién teme a Virginia Woolf*?Madrid: Cátedra, 1997.

[14] M. Robinson, *The Power of Sexual Surrender*. Garden City, Nueva York: Doubleday, 1959.

* *Thalassa. Ensayo sobre la teoría de la genitalidad*. En Obras completas, tomo HI. Madrid: Espasa Calpe, 1981.

[15]Alfred Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male*. Filadelfia: W. B. Saunders Company, 1948, p. 580.

[16]Ibid p. 580.

[17]Ibíd., p. 161.

[18] Alfred Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Female.*Filadelfia: W. B. Saunders Company, 1953, p. 581.

[19] F.S. Kroger y S.C. Freed, «Psychosomatic Aspects of Frigidity», J. *Amer. Med. Assn.*, 143,1950, p. 528.

[20] Sigmund Freud, *A General Introduction to Psychoanalysis.*Nueva York: Perma Giants, 1935, p. 278. [Versión castellana: *Introducción al psicoanálisis.*Madrid: Alianza Editorial, 1997.]

[21]Sigmund Freud, *New Introductory Lectures on Psychoanalysis.*Nueva York: W.M. Norton Company,Inc., 1933, p.161. [Versión castellana: *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. Orbis, 1988.]

[22] W. H. Masters y V. E. Johnson, «The Sexual Response Cycle of the Human Female; III, The Clitoris: Anatomical and Clinical Considerations», *West. J. Surg*70, 1962, p. 254.

[23]«Vaginismus: Its Management and Psychogenesis», *British Medical Journal*, 1942, p. 215.

**La condición del hombre*. Buenos Aires: Compañía general Fabril Editora, 1960.

* *El lenguaje del cuerpo*. Barcelona: Herder, 1985.

**La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós, 1993.